La Hija
del Jardín
Alejandro Mansilla

La Hija del Jardín

Alejandro Mansilla

El nacimiento de mi sobrina Belén inspiró este libro…

Tú levantaste el muro que lo ampara, pero fue sin querer la Torre que lo encierra:
una prisión de seda donde el amor hace sonar sus llaves de insobornable carcelero.

Olga Orozco

Esta novela ha sido finalista del
Premio Fernando Lara - 2013 Sevilla - España

Prefácio

"Alejandro Mansilla ha escrito La hija del Jard[in valiéndose de una formal estructura narrativa y de un elaborado lenguaje con los cuales logra sugerir y alimentar la idea, luminosa por cierto, de que la Eternidad es un bien accesible a todos los seres humanos. En sus páginas ambientadas en los siglos XVIII y XIX, nos encontramos con dos actores narrativos que se comunican entre sí por medio de una enigmática colección de cartularios finamente perfumados, que forman parte de una preciosa enciclopedia con pretensiones mágicas.

En ellos, una mujer cuenta la historia de su propia reconstrucción luego de haber padecido un espantoso accidente con el fuego, y el posterior encierro para no ser vista por su marido.

Un siglo más tarde, sus memorias son leídas y transcriptas por un humilde amanuense cuya vida será transformada indefectiblemente.

A partir de allí, la fiel representación del mundo y sus hechos históricos, se entremezclarán con lo insólito hasta llegar a convencernos de que la opción sugerida por Mansilla es viable y realista. El despertar de consciencia realmente garantiza una transformación a nivel celular? Los humanos podremos algún día escapar a la apresurada decadencia de la carne y así gozar de esa prometida bendición? Me animo a ser el primero en afirmar que leer este libro, será para el lector, como sumergirse en una experiencia alquímica."

Gianni Vattimo, filósofo italiano.

A pocos kilómetros de Cisterna de Asti, Piamonte, Italia

El cuerpo, que es pensamiento y también materia llena de sutilezas, se estremeció pidiéndole a gritos que saliera de ese estado lastimoso. Los agudos golpes sobre la aldaba la habían despertado de manera abrupta, y por algunos segundos una extraña sensación en el pecho la oprimía con tanta fuerza que se sintió amenazada de muerte.

El peso de una catedral sobre su frágil contextura buscaba extinguirla.

Luego, algo similar al silencio de los locos o a la impotencia que sufren los oprimidos cuando son castigados con violencia, persistía en querer llevarla a la total confusión, impidiéndole efectuar cualquier movimiento que la alejara de esa espantosa parálisis.

Estaba fuera de sí.

Esa tortura nocturna, se iba desatando también en su interior, manteniéndola postrada en su lecho. Mientras, sus manos no podían liberarse de un horrible adormecimiento producido por estar apretando sus falanges, de manera mecánica, en las pocas horas que había durado su sueño; era como despertarse con la convicción de que se aproximaba el fin del mundo.

¿Quién se animaría a llamar de ese modo?, se preguntó con voz entrecortada.

Nadie llegaba a esa casa en medio de la montaña ni como huésped convidado, y mucho menos como visitante ocasional. Ninguno de los habitantes del poblado vecino sería capaz de hacer esa clase de disturbios en horas prohibidas de la noche.

Los golpes continuaban implacables, convirtiéndose en un sonido que se amplificaba. Su pecho sufría un dolor parecido al suave requiebro de Santa Teresa, pero sus punzadas eran aún más infalibles; su corazón sufría atemorizado. Era un ensordecedor canto de sirena que la envolvía, contundente, impasiblemente monótono, destruyendo la calma de la noche. También se veía desbaratado el silencio de todos los días transcurridos desde que trabajaba siendo la más discreta de las mayordomas en esa casa de campo. La habitual tranquilidad se rompía irremediable con esa sorpresiva visita nocturna.

Reunió energías y giró sobre su cuerpo. Vio que, aunque carente de entusiasmo, el candelabro de la mesita de noche continuaba encendido y emanaba una debilitada luz ambarina que otorgaba cierto reconforto a su alma de mujer asustada. Comprendió, tal vez se equivocaba, que serían unos minutos pasados de la

medianoche. Su adormecimiento le indicaba una falta total de descanso y el poco sueño conciliado resultaba inútil, su cuerpo continuaba agotado.

Ahora los pensamientos convulsionados por la desagradable sorpresa le quitaban todas sus fuerzas, jugándole una mala pasada.

Comenzó a temblar, no podía hacer nada al respecto.

Por más que ya fuesen los primeros días de la primavera, ¿sería el frío del invierno, que no quería apartarse de esos paisajes montañeses filtrándose, insidioso, por las rendijas de todas las ventanas el que la hacía temblar como una hoja?

Debía levantarse, debía levantarse, debía levantarse.

Una vez de pie, en medio de la semipenumbra, intentó verse en el espejo.

No debía perder más tiempo. Debía bajar las escaleras como una saeta y llegar cuanto antes a la puerta para detener a quien continuaba ocasionando tal alboroto.

Buscó con manotazos su toquilla mientras intentaba cerrar sin éxito las prendeduras de su desgraciada enagua.

Algo la detuvo.

Esos imprudentes golpes le parecieron conocidos, como escuchados antes, soñados. ¡Sí! Ahora tenía la certeza, eran idénticos al retumbar de maderas y ruginosos metales que sonaba en las pesadillas sufridas en los días de su infancia en el orfanato. Era el mismo sonido que la aterraba en los despiadados sueños donde sabiéndose encerrada en un inmenso laberinto circular, quebraba sus oídos despedazando toda esperanza que pudiera subsistir en su corazón.

¡Era cierto lo que estaba sucediendo!

Era la misma música opaca que buscaba desorientarla para que equivocase las encrucijadas callejuelas, y así continuar perdida por los interminables senderos bifurcados sin encontrar la anhelada salida de esa descomunal construcción.

Sonaba ahí de nuevo, horrible golpeteo que regresaba atormentándola.

Acomodó presurosa su cofia y empujó con nerviosismo algunos cabellos lacios que buscaban escaparse desobedientes. ¡Es necesario mantener los ojos bien abiertos para reaccionar rápido en estas situaciones!, atinó a pensar.

Volvió a observarse en el espejo, ahora en detalle, aguzando su vista. Allí resplandecía su propio rostro, que la miraba impaciente, intentando darle un mensaje. ¿Así se comportará el miedo cuando se transforma en una presencia gigante?, se preguntó con tristeza.

Quiso recuperarse de su pesadumbre y trajo a la memoria los días felices de su niñez, cuando corría por soleados jardines.

Al nacer, había sido abandonada frente a la puerta de aquel asilo de monjas napolitanas con la idea de ser auxiliada. Recordó también las sonrientes expresiones de esas mujeres blancas, que noche tras noche trataban de calmarla en sus lastimosos despertares hablándole de presencias de ángeles o contándole historias de santos bondadosos.

Pero en esos momentos, lejos del sur italiano, no recordaba en detalle aquellas fórmulas de salvación.

Hoy se encontraba lejos y sola, debía reunir coraje.

Entonces, volvió a pensar, la persona que golpeaba con tanta insistencia era alguien a quien ella conocía o al menos se trataba de un ser que ya habitaba en ella desde hacía años. ¡Ese alguien venía a buscarla! Aunque estuviese lejos del sur, lo mismo llegaba implacable al pie de los Alpes para continuar el antiguo flagelo nocturno.

El terror volvió a paralizarla. ¿Qué hacer? Sólo sucumbir ante ese rumor escalofriante y guardar para sí un sufrimiento de criatura impotente. Por un segundo volvió a imaginar el fin de todo.

¡Mejor descender cuanto antes y abrir esa desvalida puerta con la idea de disipar toda idea de persecución en su alma!

La única arma con la que contaba para defenderse de cualquier peligro inminente era una diminuta lámpara de aceite que siempre guardaba en su alcoba, que además le serviría de compañía para no pisar en falso y rodar por las escaleras.

Encendió el pabilo, la cálida luz invadió sus aposentos.

Era necesario salir cuanto antes.

Una vez en el pasillo, tuvo la disyuntiva de avisar o no a su patrón, que gracias a la Providencia parecía estar dormido, guardando convalecencia en su recámara. Ahora era cuando debía ejercer su condición de ama de llaves en no molestarlo para nada, su principal obligación consistía en encargarse del trabajo doméstico, pero sobre todo atenderlo como la más eficiente y cuidadosa de las nodrizas.

Siguió su marcha.

Por más que estuviese nerviosa, acertó de manera precisa todos los escalones que la llevaban a la planta baja.

Una vez frente a la puerta de entrada, practicó el más decidido de los silencios. Quizá si formulaba una pregunta temía escuchar del otro lado la voz de un fantasma, o las de miles de fantasmas respondiendo al unísono. Entera de sí, se dispuso a destrabar los picaportes y comenzó a buscar con temblequeos la llave maestra, que siempre tenía consigo prendida con una cinta de terciopelo que colgaba de su cuello.

Penetró la cerradura con el proyectil dorado.

A punto de enfrentar lo que fuese necesario, respiró nerviosa. Ella y sólo ella, se sabía destinada a dilucidar quién era el visitante

inesperado, el osado espíritu capaz de atravesar el frío del postrero invierno y llegar hasta ahí trayendo un mensaje que nadie quería recibir. Se predispuso y abrió de inmediato.

Una vez abierta la puerta de par en par, no atinó a decir buenas noches; su actitud se vio invadida y colonizada por los misterios de la androginia llegando a transformar su aspecto.

Mostró un gesto adusto.

Trató de observar en detalle el rostro de esa persona que se mantenía en quietud por más que los minutos siguiesen su curso indefectible. Sin duda, esa extraña presencia, de no ser atendida, seguiría allí sin el deseo de declinar en su insistencia, sin moverse del lugar hasta ser recibida como es debido.

Una debilitada nieve continuaba cayendo oblicua e impasible.

Mientras tanto, persistía el breve y a la vez eterno mutismo entre ambas presencias.

Levantó la lámpara y comprobó que no se trataba de ningún personaje que hubiese participado en sus aterradoras pesadillas infantiles, tampoco de ningún salteador ni criminal. Y por el gesto educado que mostraba al levantar su mentón, le inspiraba modales de buena crianza aprendidos en una buena familia.

Por más que su aparición hubiese resultado sorpresiva y amenazante, no representaba ningún tipo de peligro.

Era alguien que venía en son de paz.

Al instante creyó escuchar una cálida expresión de agradecimiento por haber acudido tan rápido al llamado. Eso la volvió a desconcertar, según sus cálculos, su noción con respecto al paso de los minutos se comportaba de manera disparatada. Vino a sus oídos una afectuosa declaración personal que aclaraba el real motivo de su presencia a esas horas tan desacostumbradas.

No respondió palabra alguna.

¡Todo aquello volvía a parecerle un sueño! Y aunque hubiese respirado profundo al bajar por las escaleras, todavía por extrañas razones que desconocía, continuaba en su interior entre dormida y nerviosa. ¡Si al menos el frío que, ya acariciaba su rostro, le ayudara a despabilarse!

Seguía sin reaccionar educadamente, pero decidió cambiar su actitud de estricta mayordoma e intentó sonreír con dulzura.

Escuchó un suave golpeteo de tambor que sonaba intermitente, pidiéndole que reaccionase, un dulce y confuso tropel de sonidos metálicos, más estrafalarios que los golpes que la habían despertado minutos antes.

Los que pulsaban en su conciencia no eran repiqueteos de bronce ni piedras que parecían estrellar cristales, eran, y eso le pareció

curioso, dulces sonidos que provenían de los ojos de la asombrosa visita quien al terminar de levantar su rostro se había dispuesto a observarla con la simpatía y convicción de conocerla de toda la vida.

Eran ojos amables, de color marrón, ojos profundos y repletos de mirada, globos oculares que la acariciaban, que de una manera u otra parecían decir su nombre, que la trataban como a una princesa, aunque ella fuese apenas una desconocida mujer de provincia condenada a dedicarse a los quehaceres domésticos.

En vez de sentir placer, su corazón volvió a lastimarla con palpitaciones escandalosas.

¡No era correcto experimentar ese tipo de emociones! Un súbito espanto se expandía en su frágil complexión de solterona católica. Intentó calmarse, tampoco era una situación oportuna para caer desmayada con sus nervios destrozados.

El frío comenzó a congelar todos los ambientes cercanos al vestíbulo. ¡Y la primavera que demoraba tanto en querer instalarse! Tuvo la fantasía de cerrar la puerta y volver a su cuarto, donde se refugiaría bajo sus mantas.

Hubo un modesto intercambio de sonrisas.

Hizo una leve reverencia y sintió que debía permitir el ingreso a esa visita nocturna para guarecerse en el calor de la casa, de no ser así moriría de frío. Gracias a sus buenos oficios domésticos, en menos de un minuto, la sala de las poltronas estaría iluminada y con sus manos conventuales prepararía una deliciosa infusión caliente para servirla cuanto antes.

Ocho meses antes

Al morir había dejado algunas pertenencias que a simple vista no tenían importancia o ningún valor monetario que fuese significativo. No obstante, las circunstancias que siguieron a su muerte hicieron que la perspectiva en relación a muchas creencias alrededor suyo se trastocara. De un día para otro, los antiguos y acendrados recelos que todos sentían hacia ella se esfumarían, dando lugar a inusitados sentimientos de admiración.

Todo cambiaría irremediablemente en el corazón de los habitantes del pequeño poblado piamontés de Cisterna de Asti, Italia.

A lo largo de los años, todos se preguntaban cómo se las arreglaba con su avanzada edad viviendo sola en esa casa de piedra, ¿de qué se alimentaba y cuáles eran sus secretos para pasar los inviernos sin el calor de una estufa a leña, ni provisión alguna en sus alacenas?

En las estaciones con pocas horas de sol, que comprenden los días que van de octubre a febrero, lo único que se veía por una de las ventanas rectangulares que se abrían hacia arriba, y que todos suponían fuesen de su alcoba, era el vago crepitar de una debilísima lámpara que al cabo de unos minutos ella misma apagaba, haciendo aparecer una sombra inquietante que poblaba el lugar.

Esta costumbre, para muchos descabellada, comprobaba que los relatos difundidos por todo el pueblo no eran sólo un efecto de la exagerada imaginación de sus vecinos.

Los pocos que la habían visto afirmaban que se asemejaba, por la candidez de su mirada, a una anciana indefensa e incluso bondadosa. Pero al intentar hacer una descripción condescendiente con respecto a su fisonomía comenzaban a tartamudear o a morderse la lengua, como si algo sobrenatural les impidiese el habla. Al parecer, el aura de terror que circundaba a la desgraciada mujer dominaba todo acto de misericordia que buscara convertirla en un ser humano confiable.

Todos debían temerle.

Otros afirmaban haberla descubierto en los días más fríos del invierno, subiendo sin calzado a la terraza por la herrumbrada escalera de caracol ubicada en uno de los costados externos de su casa. Cubierta tan solo por un traje color marfil, bordado con delicadas filigranas rotosas que otorgaban a la vetusta indumentaria un aire de exagerada decadencia. Parecía no tener miedo de contraer una pulmonía.

Otras veces lucía un camisón de lino, que dejaba traslucir un espantoso cuerpo avejentado, que a su vez se confundía con el de una criatura virginal que no ha sufrido ninguna clase de alteración física.

¿Quién era en realidad esta mujer tan misteriosa?

Lo único que delataba su verdadera edad eran sus pies, que mostraban tristes deformaciones provenientes del reumatismo.

Llegaba a estar horas hasta completar el circular trayecto de la escalera de hierro.

Nevara o soplara la más gélida de las ventiscas, ella buscaba acertar con cuidado y lentitud cada escalón, descansando como si se encontrase en un amplio rellano. Casi seguro que hacía todo aquello con ese extremo retraso por temor a caer y morir congelada, sin que nadie acudiese para salvarla.

¿Estaba convencida que era una mujer inmortal?

Aunque tambaleara, llevaba sus diferentes trajes como si estuviese en una ceremonia imperial, con aires de dignidad a ultranza, acompañada de movimientos que le daban la apariencia del cadáver de una joven princesa que pugna por seguir viviendo. La muerte que gobierna a todos, a ella no parecía inspirarle temor y mucho menos afectarla.

Algunos, al no soportar ver ese inquietante espectáculo, huían aterrorizados.

Otros, invadidos por la congoja, lloraban al saberse ya condenados por seguir ahí, obnubilados frente a esa imagen que los tenía atrapados y que no olvidarían nunca.

¿Cómo era posible que en su rostro no hubiese arrugas o expresión de vejez sino todo lo contrario, y que sus rasgos tuvieran la frescura de una jovencita que día a día renueva sus votos con la vida?

¿Cómo era posible que todos en Cisterna de Asti envejecieran y muriesen con las atroces marcas de la vejez, y esta mujer continuara sus días como si fuese una ninfa o peor aún, la visión quimérica de una niña?

¿Cuál era el secreto de su eterna juventud?

En las tardes de primavera abría las ventanas y dejaba que el aire crepuscular invadiera sus habitaciones; más tarde, durante horas, se oían ruidos como si muchas personas moviesen muebles y sacudieran cobijas con increíble vehemencia.

Esto sucedía hasta bien entrada la noche.

¿Acaso era cierta la leyenda que decía que materializaba entidades fantasmales y todas vivían con ella, encerradas tras esos muros?

¿En realidad la suya era una familia venida de otras dimensiones?

En verano se enclaustraba y jamás salía a dar paseos, ni

siquiera por el pequeño y maloliente jardín.

Todo era silencio en la casa de piedra; no se oía ni el zumbido de los insectos.

Los únicos seres que ofrecían un confuso mensaje de vida eran los árboles que rodeaban la casa y componían una frondosa arboleda, cuyas hojas bañaban con frescura las paredes y el tejado de la fortaleza grisácea.

Pero una tarde calurosa, unos muchachos, después de pasar repetidas veces haciendo los habituales comentarios burlones, cayeron en la cuenta de que hacía bastantes días que la mujer no daba ninguna señal de vida. Esperaron una semana; no se advertía ni el más insignificante movimiento en la puerta principal o en las ventanas.

Hicieron correr el inquietante rumor.

Era evidente que algo fatal había sucedido, pero ¿quién tendría el valor de traspasar los umbrales de ese lugar maldito y constatar lo que todos presuponían?

Ahora más que nunca, la desvencijada puerta de la casa, muda y silenciosa, transmitía esa sensación de pesadez que suelen tener las lápidas de los cementerios abandonados.

Por más que vigilaran como sabuesos ya no se oían los extraños sonidos nocturnales, ni se vislumbraban los frecuentes halos de luz mortecina que hacían suponer que adentro se practicaban actos de brujería. Incluso parecía que toda presencia espiritual de la pequeña fortaleza se hubiese mudado a una ciudad desconocida y lejana.

La horrible vecina que tanto los asustaba estaba muerta, eso era algo indudable.

¡Al fin podrían estar tranquilos!

Pero el miedo a encontrar su cadáver era tan grande como aquel resquemor experimentado cuando vivía, o aún más.

El pueblo entero creyó que el modo más adecuado de sobrellevar lo sucedido era olvidar y acallar todo comentario al respecto. De esa manera pensaban que construirían murallas infranqueables, el olvido es un arma infalible si se lo sabe utilizar con astucia acompañándolo con la práctica incansable, imaginaban de manera ingenua. Con tal de no tocar el tema y hacer desaparecer a la oscura mujer de sus vidas, ni siquiera oraban por las noches pidiendo protección a los santos. Creían que al intentar olvidarla, la marimanta de esa bruja iba a agotarse y decidiría algún día buscar otras comarcas.

Los hombres cambiaron sus recorridos en dirección a los sembradíos con el propósito de no pasar por el lugar. Sus obedientes esposas no abrían las ventanas que dejaran ver el perfil de la colina donde descansaba la casa hecha de piedras.

Pero esas estrategias no dieron ningún buen resultado.

En sus corazones sabían que una suerte de maleficio, proveniente desde el más allá, vendría para torturarlos, sojuzgándolos sin piedad a manera de venganza; mientras permanecían despiertos por las noches, durante el día caían desfallecientes debido al agotamiento. A pesar de que no pronunciaran su nombre, y que estuviera prohibido hacer ningún comentario sobre la difunta, creían que nunca lograrían esfumarla de sus pensamientos, ni de sus vidas.

Algunos perros se atrevieron a acercarse, olfateando las paredes de la temida residencia; muchos creyeron que los atraía el olor desagradable que pudiera desprender la casa ya convertida en tumba.

Pero lo que flotaba en las inmediaciones era un curioso olor acumulado por centenares de velas encendidas en el pasado, y un vestigio de perfume a hierba amarga e incienso, que se confundía con el consabido hedor nauseabundo de los árboles. Eso terminó de inundar de temor a los pocos habitantes de Cisterna que habían tenido el valor de aproximarse al lugar emulando la curiosidad canina.

¿Esos aromas solían acompañar por las noches a la horrible hechicera y ahora buscarían instalarse por todas partes?

Todos respiraban medrosos e impotentes.

Sumado al miedo generalizado, se originaron hechos inexplicables, lo que ocasionó que todos, con el paso de los días, fueran perdiendo la paz: las frutas y hortalizas, aunque estuviesen recién recolectadas, se manchaban con horribles machucones que asemejaban los negruzcos cardenales de los cadáveres en tiempos de la peste; y las que no mostraban gusanos en su interior adquirían, cuando eran llevadas a la boca, un gusto acerbo imposible de tolerar.

¡Todo debía ser echado a la basura!

Tales circunstancias diezmaron las dietas de todos los hogares, sembrando una profunda insatisfacción en algunos y un constante temor a morir envenenados en otros.

En los establos faltaban animales de pequeño y mediano tamaño, sin que aparecieran sus cadáveres en ninguna parte.

Las mujeres no se animaban a cocinar las pocas raciones que salvaban de sus granjas, aterradas al pensar que todo estuviese corrompido por una maldición. De pronto se vieron conminados a vivir una obligada cuaresma, con un ayuno despiadado que amenazaba sus vidas.

Y por más que los días veraniegos continuaran luminosos, los pájaros renunciaban de forma caprichosa a practicar sus cánticos matinales y los gallos, de repente, se dieron por mudos, cesando sus saludos del alba.

Al sentirse asediados por los insoportables insomnios, los

hombres entraron a fastidiarse. Por su parte, las mujeres notaban que sus energías decaían como si estuviesen enfermas o hubiesen envejecido más rápido de lo normal. Dedicaban minutos interminables a mirarse frente a los espejos, otras veces utilizaban los deformes cristales de las ventanas con tal de encontrar algún signo de recuperación en sus rostros, mas lo único que veían eran expresiones que hacían recordar a los enfermos moribundos. Por las noches, los niños se despertaban asustados y dejaban de respirar por largos minutos, orinando de tal forma sus mantas que parecían de animales adultos.

Al despertarse, atormentaban con sus llantos a sus desvalidas madres.

Y durante las horas del día eran perseguidos por los recuerdos nocturnos.

Era por demás comprensible que atribuyesen esta serie de infortunios a la maléfica anciana convertida en espantajo.

¡Pero alguien tenía que poner fin a todo aquello; de seguir así, morirían sin que nadie pudiese ayudarlos! Decidieron consultar al cura de San Matteo, pueblo vecino que se encontraba a tres horas de caminata.

La sentencia del párroco

Francesco di Cristoforo, el párroco recién llegado de la ciudad de Vercelli al pueblo de San Matteo, les exigió a gritos que volviesen cuanto antes para confirmar si la pobre mujer había muerto; de ser así, el cadáver debía recibir cuanto antes cristiana sepultura… Todos quedaron patitiesos al escuchar la prepotencia con la que se expresaba el sacerdote. Venían en son de pedir auxilio y terminaron siendo tratados como desalmados pecadores a los que no les importa nada la vida espiritual de sus semejantes, corriendo el riesgo de purgar en el infierno el tremendo egoísmo que demostraban tener.

Para su desgracia, sabían que había que volver y organizar el entierro de la bruja.

¿Pero quién se atrevería a traspasar el umbral de esa casa prohibida?

En las horas que duró la vuelta a Cisterna por el pedregoso sendero, caminaban con el poco aire que tenían en sus cuerpos debilitados. Los más ignorantes tejieron inútiles astucias intentando escapar de la orden impuesta por el cura. Uno de ellos, sin ningún reparo, sugirió la idea de incendiar la casa.

Hasta el más humilde de los montañeses sabía que el fuego es un sagrado elemento purificador. ¿Pero de qué serviría eso? En forma de humo, las llamas expandirían todos los secretos abominables que de seguro guardaría ese lugar, y el cielo se teñiría de negro. ¡La imprecación se multiplicaría volviéndose hacia ellos y a sus hogares devastando todo, sin contar, por supuesto, con el favor de la Iglesia para sepultar a sus difuntos!

Para cumplir con la exigencia impuesta, el primero en ofrecerse fue Marco Fragonese.

Apodado Marcone, era un hombre dicharachero, diestro albañil y constructor de muchas casas. Incluso su desempeño en las reformas de la famosa cisterna que daba nombre al poblado, lo tenía bien conceptuado por todos en el lugar.

Se sumó a la heroica lista Michelle Galizzi, próspero y respetado agricultor, dueño del despreciable mérito en estos casos de ser el más anciano de Cisterna. Eso provocó el escarnio por parte de la mayoría que no dejaba de observarlo de forma burlesca. Su aspecto de viudo fosilizado despertaba resquemores, no ayudaría a la hora de defenderse si era necesario poner el cuerpo en la batalla.

¡Pero qué más daba!

Vivían una situación donde no abundaban los valientes que

quisiesen colaborar en una causa que los tenía a todos aterrorizados. La astucia del anciano, mérito que lo caracterizaba, de algo serviría.

Pero quien más llamó la atención por atreverse a formar parte de tal particular cuadrilla fue el joven Giorgio Li Calzi, habilidoso carpintero, cuyo sueño era ser algún día un prestigioso luthier. De aspecto debilucho, era un muchacho que sufría la constante burla de los otros varones de su generación. Con delicadas manos y nariz respingada, parecía que al hablar intentara imitar a los refinados citadinos; asemejaba una graciosa cortesana de esas que aparecen en los grabados franceses.

Del grupo, el único que gozaba de la aceptación unánime del pueblo era Marcone, un hombre de nobles sentimientos que se comportaba con solidaridad ayudando a los indefensos. Tenía además una altura que intimidaba a cualquiera que se le pusiese al frente, y unos brazos capaces de partir el espinazo de un oso con tal de ganar una causa.

Pero a decir verdad, ¿cuál era el arma más eficaz con la cual luchar contra una fuerza que ninguno de ellos conocía, y no lograban imaginar?

Una vez de vuelta en el pueblo, los tres se dirigieron a la casa de piedra.

Al llegar, la primera sorpresa que sufrió el patético grupo fue que la puerta principal no tuvo que ser echada abajo; a Marcone le hubiera gustado demostrar sus dotes de fortachón, pero el astuto de Galizzi se adelantó y comprobó, para espanto de los tres, que la casa carecía de cerrojos, y que el fantasma que había vivido allí por años nunca precisó de pesadas llaves para proteger el lugar donde guardaba sus secretos.

Los tres por igual inspeccionaron en detalle la puerta. En efecto, no existían trabas en ninguna parte.

Armados de coraje la entreabrieron.

En la misma fracción de segundo intuyeron, como si fuese una bocanada de humo, una caricia helada que provenía de adentro y que los envolvía dándoles una maliciosa bienvenida. Algo macabro los esperaba en los aposentos internos para aniquilarlos.

Se miraron consternados.

Sentían, ahora más que nunca, que estaban por entrar a la guarida de un lobo devastador y hambriento.

Al traspasar el umbral, los intimidó la baja temperatura que sintieron.

Observaron con cuidado.

Todo relucía con pulcritud; ninguno de los hombres había visto nunca un orden tan impecable.

Recorrían la sala principal con pasos temerosos, percatándose

que si bien los muebles eran de humildes maderas y los enseres distaban de ser de fina porcelana, la totalidad de los ambientes ofrecía un cierto aire aristocrático que jamás hubieran imaginado pudiese existir tras la tosca fachada de la casa a la que entraban para profanar con tanta cobardía.

Por años, muchos curiosos que merodeaban siempre huían despavoridos, creyendo cargar en sus espaldas maldiciones al ser descubiertos por la oscura propietaria.

Pero al ingresar y conocer de verdad esos espacios interiores reconocían que aquel lugar no era una caverna habitada por murciélagos, sino más bien un palacio.

La armonía que reinaba en el lugar era de una perfección intachable, sin embargo, el miedo no terminaba de apartarse de sus corazones.

Con cierto y meritorio esfuerzo, Galizzi se sobrepuso e instó a los otros dos a subir con él por las escaleras.

Mientras tanto, a pocos kilómetros del lugar, todos en el pueblo esperaban las novedades que pudieran surgir con respecto al grupo dirigido por Marcone. Algunos miraban desde sus ventanas en dirección a la colina, mientras otros decidieron agolparse en la pequeña plaza de manera desordenada, hablando con nerviosismo, sin escuchar lo que decían los demás, como si aquella fuese una oportunidad única para el desahogo de sus temores más ocultos.

Al pie de la escalera, sumidos en la incertidumbre, los expedicionarios decidieron al fin continuar. Cuando subieron los primeros escalones, las maderas crujieron como atribuladas voces humanas.

La casa era un lugar embrujado, ninguno de los tres tenía dudas al respecto.

Esos sonidos espantosos eran los mismos que siempre oían por las noches, rumores que asemejaban bullicio de turbas y sacrificios de víctimas indefensas. Li Calzi, completamente atemorizado, bajó un par de peldaños, pero Marcone lo aferró trayéndolo consigo, arrancándole en el transcurso algunos mechones de cabello.

A pesar del dolor, el joven no se animó a gritar, sólo atinó a guardar un obligado silencio. Ambos se miraron, reteniendo la intención de maldecirse a gritos: en ese lugar, toda palabra tomaría forma corpórea. Al subir, continuaron conservando sus rostros endurecidos, como si intuyesen que un espíritu superior a ellos los estuviera vigilando con espada en mano para decapitarlos en el momento menos pensado.

Con sus corazones alterados, no dejaban de atender ni al más mínimo detalle. Parecían esos gatos que deambulan por cuartos a oscuras y cuyos sentidos están tan aguzados que son capaces de ver

entidades hasta en los más insignificantes movimientos.

Se creían capaces de descubrir indicios en la nada.

Sus sensibilidades explotaban a flor de piel y sus ritmos cardíacos destrozaban sus posturas. Sentían que si lograban sobrevivir en esa batalla en la que ya estaban inmersos, una vez ubicados en los confortables lechos de sus viviendas, padecerían exhaustos por muchos días hasta lograr reponerse.

Galizzi, el único dueño de cierta lucidez, indicó con sus manos temblorosas que se encontraban al frente de lo que sería la recámara, aunque nada hacía suponer que ahí adentro estuviese el cadáver que buscaban.

Sus entendimientos, más agobiados que nunca, no dejaban de imaginar lo peor.

¿Qué tal si encontraban con vida a la bruja, y ésta, al descubrirlos usurpando su lugar, los maldecía con una vida miserable?

Para castigar al más temeroso del grupo, Marcone empujó a Li Calzi al interior de la habitación. Así aprendería de una vez lo que significa ser corajudo y se olvidaría de querer huir de situaciones adversas como una maldita rata.

Un sordo golpe, que casi rompió la esmirriada espalda del aspirante a luthier, hizo que el joven volara sin lograr defenderse del gigante.

Una vez adentro, Li Calzi cubrió su pecho elevando los brazos en forma de cruz. La expresión de sus ojos esparrancados se volvió aun más trastornada, pero de nada le serviría largarse a llorar ni pedir auxilio. Debía enfrentar el resultado de su búsqueda y observar alrededor de él.

Al cabo de unos segundos, paralizado, corroboró lo que había descubierto.

Quedó atónito.

Todo era de una simpleza inimaginable, si se lo comparaba con lo visto minutos antes en la planta baja, pero mucho más bello.

Un espacio que los hombres habían olvidado vivir hace siglos.

Una luz pálida resplandecía en las delicadas líneas de los muros, jugando además en los perfiles de los escasos y bellísimos muebles. Las ventanas permanecían cerradas, pero descubrió que un halo de luz, proveniente de un diminuto orificio del techo, era el que se expandía en forma de claridad celeste por toda la estancia brindando la posibilidad de apreciar el lugar en su totalidad.

Le sobrevino la certeza de estar en el mausoleo de una reina y no cerca de la tumba de una despreciable bruja.

Trató de calmarse y vio que, lejos de inspirar terror, el lugar parecía invadido por una indescriptible armonía.

Preciosas sensaciones querían ingresar al interior de su cuerpo a la altura de su abdomen.

Él, como buen artesano, intuía que todo lo que veía encerraba un mensaje elevado y místico. La posición de los cortinados, el ordenamiento de las vasijas granate dispuestas sobre diversas estanterías, los trazos dibujados con polvos multicolores esparcidos por el suelo que asemejaban palabras o dibujos tribales…

¿Qué buscaban transmitir esas líneas dibujadas en el pavimento?

Li Calzi prestó especial atención.

Era la imagen de una mujer desnuda rodeada por signos que podrían interpretarse como zodiacales. Unos le resultaban familiares, otros pertenecían a una cultura distante y hermética que por más que se esforzara en querer dilucidarla.

Se veía una guirnalda azul, roja y amarilla sostenida en sus extremos por nudos rojos. ¿Quién era la joven impúdica retratada con trazos tan magistrales? Estaba seguro de que todo aquello, incluido el ambiente celestial, formaba parte de una sinfonía, imposible de ser apreciada por una inteligencia que no fuese excelsa. Se preguntó si el silencio en ese lugar hacía crecer y aumentar la sabiduría.

Volvió a mirar en todas direcciones, ahora queriendo recordar todo en detalle.

El joven Li Calzi continuó observando.

El cuerpo de la anciana yacía tendido y mostraba su forma difunta en un pequeño camastro.

¡La mujer que tanto habían temido estaba muerta!

Cuando tuvo la fortaleza, posó su mirada sobre ella. La luz que desprendía la convertía en una figura prodigiosa, cuya imagen jamás podría sacar de su memoria. A su alrededor persistía, como presencia indemne, flotando, un debilitado halo fosforescente. Restregó sus ojos, volvió a mirar; no era ninguna ilusión óptica.

En efecto se trataba de una aureola, rodeando la totalidad de esos restos yacentes.

Respiró disfrutando esa magia hasta perderse en un acto de contemplación, un placer egoísta y melancólico. Fueron breves segundos, que mellaron en la sensibilidad del joven con una irrefrenable necesidad de llorar.

Pero algo lo detuvo.

Al reaccionar quiso gritar avisando a Galizzi y Marcone, pero apenas si pronunció un sonido resquebrajado para convocarlos. Soltó un gemido. Al entrar sus compañeros, de inmediato fueron presas del mismo descubrimiento fenomenal.

Al ser los únicos testigos de ese hallazgo milagroso que incluía, además de la sorpresa visual, la irrefrenable sensación de

recibir luz en sus corazones, los tres hombres fueron experimentando fortísimos espasmos, como si la culpa de todos sus pecados, acumulada en sus memorias, acometiera sobre ellos y partiese sus pechos.

Por un instante olvidaron el cometido de informar a todos en el pueblo con respecto de lo que habían venido a buscar.

Desamparados, prefirieron inclinarse cruzando sus brazos; parecían niños asustados que pretendiendo salvarse. Era imposible evitar que sus almas se sintieran desnudas, hablaran por sí mismas y pidieran ser liberadas de sus pecados.

De repente, sintieron que el único remedio capaz de disipar sus dolores espirituales era arrodillarse frente a ese cadáver luminiscente, y cada tanto observar embelesados la expresión de niña dormida que mostraba ese cuerpo de anciana, tendido desde hacía semanas, negándose al acto de la putrefacción.

Lo que tanto temor les había inspirado, ahora les otorgaba una paz absoluta y, de una manera inexplicable, los liberaba de sus memorias más atroces.

Galizzi, pálido, cayó al piso.

Marcone y Li Calzi respetaron el triste abatimiento del raquítico anciano sin siquiera querer auxiliarlo, sabían que al reponerse del sorpresivo desmayo despertaría con aire renovado. No estaban seguros, pero lo intuían.

Optaron por soltar sus brazos en actitud de entrega, lo único que faltaba era que se pusieran a orar.

Sintieron correr por sus venas esa preciosa sustancia que provoca la juventud y decidieron perder sus miradas en la envolvente fosforescencia que buscaba acariciarlos. Sus cuerpos y sus entendimientos, después de recibir esa belleza en forma de santa revelación, ya no serían los mismos.

Se difunde la idea de santidad

Marcone, Galizzi y Li Calzi, transformados en cuerpo y alma, regresaron a la plaza del pueblo con actitudes renovadas, que eran perceptibles por la expresión que reflejaban sus rostros.

Por unos minutos, fueron vistos como forasteros. Sólo una mujer los reconoció y se abrazó a ellos de inmediato con un especial afecto, como se hace con los héroes que vuelven de la guerra. Volvían sonrientes, trayendo un mensaje de amor que nadie esperaba. Sin ningún tipo de exaltación y tampoco con miedo de ser tomados por enajenados, relataron con voces apaciguadas lo sucedido. Aunque casi imperceptibles, ellos también lucían sobre sus cabezas unas figuras resplandecientes en forma de aureolas que aumentaban de tamaño cuando se las observaba en detalle.

La noticia del milagro sorprendió a todos en Cisterna.

A los pocos minutos, el otrora atemorizado pueblo se acercó a la casa de piedra con un renovado alarde de valentía para corroborar si la historia desplegada por los valientes expedicionarios coincidía con la realidad o acaso ellos también, pobres desgraciados, habían sido presa del influjo de algún hechizo demoníaco.

Para buena fortuna de todos se trataba de una verdad indiscutible.

A medida que se iban agolpando en el umbral de la habitación sagrada, la misma embriaguez experimentada horas atrás por los tres hombres comenzaba a contagiarse en los demás montañeses.

Tras largas horas de contemplación, todos por igual y al unísono decían plegarias en voz alta, pedían disculpas a la memoria de la muerta, y el cúmulo de prejuicios se transformaba, a modo de milagro, en una sincera contrición en forma de súplica por haberla ofendido durante tantos años.

Algunas mujeres encendieron candelas mientras lloraban sin consuelo. Otras se animaban a dispensar caricias en el rostro de la nueva santa, aparecida de forma misericordiosa, que desprendía de su frente una sustancia insoluble de una débil coloración verde, luminosa y clara, que no se disolvía por más que lavaran varias veces sus manos.

¡Era una emoción tan intensa participar de un hecho así de inusual e importante, y por qué no decir histórico!

Bastaba con mirar ese cuerpo incorrupto. Todo aquello se trataba de una manifestación divina, capaz de otorgar milagros de

sanación, o aún de eterna juventud. Gran parte del pueblo decidió pasar las noches en la casa de piedra, los menos afortunados se conformaban con pernoctar en sus alrededores.

Como era de suponer, la noticia del deceso de la anciana, su extraño estado de conservación y en especial los comentarios acerca de la milagrosa aura fosforescente que envolvía su cuerpo, corrió como reguero de pólvora; trascendió incluso los límites de la comarca.

Con el paso de los días, una interminable procesión de curiosos convirtió lo que era un lugar de remanso de paz en un verdadero pandemónium.

Con actitudes de devotos peregrinos, cientos de personas llegaban de diferentes pueblos a la redonda e invadían las estrechas callejuelas de Cisterna preguntando dónde quedaba el lugar de la santa.

La multitud de forasteros era tal que la humilde posada no daba abasto; fue la oportunidad para que algunas matronas tuvieran el buen tino de utilizar las habitaciones de sus casas, muchas de ellas destinadas a depósitos o buhardillas, como acogedores ambientes donde todo ese gentío podía pasar la noche a cambio de dos o tres monedas de cobre según la cantidad de personas.

A modo de milagro, las granjas mostraron otro aspecto, y las pestilencias comenzaron a menguar según pasaban los días. Tanto los animales de los corrales, como los frutos de los huertos volvieron poco a poco a lucir de forma saludable.

Con respecto a más detalles de la recuperada prosperidad, las manos de las mujeres no paraban de trabajar con tal de abastecer con refacciones a las personas que acudían a sus puertas. La carestía sufrida había desaparecido, y todo parecía ofrecer una fuente de inagotables ganancias que nunca hubiesen imaginado disfrutar.

Y continuaba llegando más gente que se enteraba del milagroso hallazgo.

Debían levantarse al alba y hornear las hogazas de pan que calmaran el hambre de aquellos que seguían acudiendo a Cisterna, buscando con tanto denuedo tranquilidad para sus corazones atribulados o un poco de alivio para sus cuerpos agobiados por todo tipo de enfermedades. Nadie osaba imaginar que algún día deberían depositar en un cementerio ese cadáver que tantas satisfacciones les estaba brindando.

Todos vivían felices olvidando el mandato impuesto por Francesco di Cristoforo, el párroco, quien por su parte ya estaba enterado de la blasfemia colectiva que dominaba el supersticioso poblado.

Perspicaz, el impulsivo y astuto sacerdote, en vez de presentarse con su sotana y vozarrón armando revuelo, se escabulló entre la gente camuflándose en un traje de aldeano para ocultar su tonsura para medir, desde su lugar de falso peregrino, los alcances de todo lo que sucedía en el ya convulsionado lugar.

Lo que acontecía superaba en amplitud su capacidad de entendimiento; era algo imposible intentar revertir él solo una situación tan grave. Ante su asombro, debía volver cuanto antes y redactar un detallado informe a Turín. A su vez, según su humilde opinión, también Roma debía tomar cartas en el asunto. ¡Sus superiores eran los únicos que podrían poner orden en lo que sucedía en Cisterna!

Emprendió su vuelta de inmediato.

Transcurrían los días y las noches con peregrinos que llegaban provenientes de todo el norte italiano. Algunos caminaban cientos de kilómetros con la finalidad de rezar en la habitación de la santa. Y aunque guardaban temor y una determinada modestia, abarrotaban los escuetos espacios de la casa de piedra como si formaran parte de un empedernido ejército de almas en busca de un alimento que los alejara de la muerte.

Ansiaban rozar con sus manos el líquido aceitoso que el cuerpo yacente continuaba destilando, y así curar sus males tanto físicos como espirituales.

Formaban fila en la escalera y esperaban largas horas hasta ingresar en la recámara de los milagros, puesto que aquel era el único lugar donde se respiraba un aire de profunda paz; sólo algún que otro peregrino, aniquilado por sus pesares del alma, caía en el llanto incontenible al descubrir que sus dolores se habían redimido, dándose cuenta de tener una sensación de verdadera salud.

Pero no se corría el riesgo de que se desatara un acto de embriaguez colectiva: la calma reinante era mayor que cualquier desenfreno humano.

Alrededor de ese cuerpo, todo era tranquilidad.

El único temor que sentían era que la noticia de los milagros se propagase de un extremo a otro de Italia. De esa forma, un ejército de infinitas personas querría participar de una devoción ciega y multitudinaria.

¿Quién lidiaría con todo aquello?

La herencia

Nosotros, los familiares, entramos en acción. Es aquí cuando debo aceptar la parte que me corresponde en los enigmáticos y desafortunados hechos que intento relatar mediante esta humilde crónica.

Por lo que me enteré, mi parentesco con la difunta es bastante lejano; sé que viene por la rama de los antepasados de mi madre. Y aunque nadie me brindó ninguna precisión al respecto, lejos de vivirlo como una bendición, más bien tomé como un castigo el hecho de saber que de una manera u otra estaba emparentado con una mujer a la que todos llamaban "santa", pesaba sobre mis espaldas como una responsabilidad de carácter fantasmal.

Alertados del deceso y el particular estado de conservación del cadáver, algunos de los consternados parientes decidimos dirigirnos a Cisterna.

En mi caso, al enterarme de que existía un miembro de nuestra familia con características tan particulares, de inmediato quise acompañar a mi madre, quien todavía no lograba reponerse del duelo debido a su flamante viudez. El viaje resultó desafortunado desde el comienzo, ya fuese por el pedregoso camino que intentó varias veces destrozar nuestro carruaje, como por el estado lamentable de nuestros ánimos; estábamos doblegados por la tristeza debido al reciente fallecimiento de mi padre.

Tanto mi madre como yo recordábamos que, en los primeros días de 1821, cuando yo todavía era un jovencito, Piamonte vivía un *"moto insurrezionale"*. Había sido justamente mi padre, Alberto Damasceno, quien se encontraba en un grupo de aristócratas revolucionarios, el que organizara el motín con el cual se buscaba obligar a la monarquía de los Saboya a conceder al pueblo una Constitución que diera garantías a sus derechos.

Yo, en particular, seguía sintiendo orgullo por pertenecer a una familia cuyo jefe había buscado cambios históricos para el bien de las personas en un orbe por demás retrógrado.

Aquel grupo de insurgentes también pretendía ahuyentar, por medio de una guerra si fuese necesario, a los Austrias, que en aquel entonces dominaban la otra mitad de la llanura Padana.

Por más que mi madre guardaba silencio, el recuerdo compartido de mi padre fluía más vívido que nunca mientras el carruaje seguía su agotador trayecto y nosotros observábamos el refulgente paisaje montañoso. Recordaba las mismas imágenes de

nuestro común infortunio por tener que cargar con un apellido como el Damasceno en épocas de indiscutible auge monárquico.

Al tercer día de la insurrección, Vittorio Emanuelle I fue sustituido por su hermano Carlo Felice, quien a su vez fue reemplazado por Carlo Alberto, famoso por ser liberal.

Éste apoyó a los revolucionarios firmando la Constitución de España, que era a nivel europeo el más acertado modelo estatutario. Eso suponía una completa victoria. Mi padre y sus compañeros sintieron el sabor de una gloria que debía ser transmitida a gritos a todos los ciudadanos.

Sin embargo, la historia de los países guarda sus reveses, y todo lo que supone un descomunal festejo puede devenir en tragedia en un abrir y cerrar de ojos.

Carlo Alberto cambió de idea y jurando obediencia a su hermano Carlo Felice, volvió atrás refrenando sus acciones, convirtiendo sin valor el juramento firmado. Fue así como el 8 de abril las tropas de la Corona derrotaron a los insurgentes reprimiéndolos de manera atroz.

Mi padre y dos de sus compañeros más íntimos tuvieron la suerte de ser los únicos en sobrevivir a esa redada y al consiguiente aniquilamiento de los revolucionarios, pero cargaron con el peso de haber sido reprimidos y seguir con vida como unos despreciables cobardes.

Gracias a la Providencia, los Damasceno conservamos el prestigio y el respeto de siempre, aunque muchas puertas se cerraron en la década que duró el poder instaurado de nuevo por Carlo Felice, quien gobernó con la línea absolutista y reaccionaria. Para tranquilidad de mi madre y mis hermanas, continuamos con nuestros privilegios, a pesar de todo.

Mi padre no quiso hacer caso al pedido de mis hermanas de partir en dirección a Alemania, donde seguro contaríamos con el apoyo familiar. Los Kersche, mis ascendientes maternos, recibirían con los brazos generosos a familiares venidos en esas circunstancias de la convulsionada Italia. Tras negarse, y por demás convencido, el testarudo Alberto sentó sus bases en Turín, queriendo demostrar su amor por Piamonte. Su propósito era seguir luchando desde otros lugares hasta las últimas consecuencias.

Por desgracia, su lucha se vio frustrada por una espantosa muerte, siendo todavía un hombre con la capacidad e inteligencia que muchos envidiaban.

De repente, mi madre descorrió la cortina de la ventanilla y dijo con fastidio:

—¿Cuánto faltará para llegar a ese endemoniado pueblo?

—El cochero nos dijo que precisábamos al menos tres horas.

Falta una hora todavía —respondí con acento neutro, mirando el reloj, tratando de no alterarla con ninguna ansiedad.

Ella continuó observando el paisaje en absoluta mudez.

Creíamos que el hecho de acudir a ese lugar inhóspito se trataba de una condena de la cual no podíamos liberarnos tan fácilmente; algo nos conducía a Cisterna mientras que una gran desconfianza ya estaba instalada y corrompía nuestras expresiones faciales.

Al llegar, mi madre y yo decidimos comportarnos con la mayor discreción.

La idea era observar cuanto sucedía alrededor para no formular demasiadas preguntas. Por el contrario, mis parientes más expeditivos se hacían ahí presente en Cisterna con el objetivo de evitar más peregrinaciones y sobre todo, conseguir que la población dejara de dar a conocer nuestro lejano parentesco con la difunta utilizando el apellido familiar de manera inapropiada en hechos ligados a temas de superstición.

Me encontré con tíos y primos que hacía años que no veía, y a los cuales tampoco saludé con efusividad, debido al mal humor reinante.

Lucíamos agotados.

De manera contradictoria, casi todos mostraban turbios ojos de animales hambrientos, disputándose entre ellos un lugar para ver quién era el primero en conseguir alguna parte del sobrenatural, palabra usada por ellos mismos, y enigmático legado.

De repente, después de echar a patadas a la feligresía instalada en las habitaciones, los hombres más fuertes comenzaron a luchar entre ellos, queriendo apropiarse de algo que habían descubierto mientras husmeaban en unos arcones.

Se trataba de unos cuadernos. Al hojearlos, emanaban un perfumado polvillo que los hipnotizaba, impidiéndoles leer con nitidez ni una sola línea de sus desgastadas páginas. Al parecer, esos papeles no podían permanecer ni un par de segundos en manos de un mortal cualquiera, y mucho menos si éstas estaban manchadas por las malas intenciones que desprende la codicia.

Debido a la embriaguez provocada por el sutil veneno de esas páginas, temblequeaban como si fueran enfermos anémicos. Tratando de disimular su patetismo, hacían comentarios mordaces con respecto a quién sería el merecedor al menos de alguna de las vasijas de farmacopea, que con certeza contenían sustancias alucinógenas. De ser así, deberían ser valiosas como para venderlas a los boticarios más exigentes del norte italiano.

También se disputaban los pocos muebles de madera oscura, sin mucho valor y sin ningún tipo de fina terminación hecha por

punzones florentinos, que poblaban el lugar dando un aire de dignidad como si fuesen parte de un fastuoso mobiliario.

A la escena se sumaron las mujeres, esposas de primos lejanos de las cuales no recordaba sus nombres, ni tampoco sus desagradables aspectos, junto a las que vendrían a ser mis sobrinas en segunda línea de parentesco. Revoltosas y altaneras, las jovencitas suspiraban artísticamente anhelando obtener cada una las tres o cuatro piezas de tela que creían de factura francesa, y que mostraban figuras humanas de una extraña y exótica belleza que resaltaban sobre fondos de delicados brocados.

En realidad, se trataba de invaluables géneros persas, de fino trabajo realizado en telar por sumisas e incansables manos. En ellos podían apreciarse escenas mitológicas que mezclaban con astucia elementos de la cultura griega con ciertos símbolos provenientes del lejano Oriente.

En aquella tarde de insoportable calor, en la cual el aire faltaba tanto como el sentido común, nadie entendía a ciencia cierta qué era lo que palpitaba en nuestras dislocadas mentalidades.

Sin saberlo, teníamos sobre nuestros hombros un hechizo que nos pesaba, o en nuestros pechos algo que explotaba como un volcán que agregaba confusión, alterando las cómodas vidas burguesas que, hasta esa fatídica tarde, llevábamos con tedio en nuestras confortables residencias citadinas. Por mi parte, aunque guardaba silencio, no podía sentirme libre de toda esa locura. Me encontraba inmerso en una escena de vulgar desenfreno que afectaba mis sentidos y el normal funcionamiento de mi corazón.

El sólo hecho de perder aunque fuese una pequeña parte de esos objetos, que ahora observaban en la contienda como valiosísimos bienes, hacía que sus cuellos pareciesen pescuezos. Tensaban de tal manera sus manos, que las hacían devenir en garras, transformando sus expresiones en la de animales carroñeros. Tanto hombres como mujeres respiraban de modo entrecortado, sonriendo con cinismo, empapando sus pañuelos con sudores amarillentos.

Ellas ansiaban poseer esos tejidos, ellos querían conservar los frágiles píxides y, aunque eran imposibles de leer, todos, de forma incomprensible, deseaban ser los dueños de esos papeles carcomidos por los años y repetidas lecturas. Intuían que en ellos podían encontrar joyas escondidas o algún mapa antiguo que los llevara a lugares con tesoros formidables.

También era posible de que la escueta y en apariencia insignificante herencia, fuese sólo una trampa para desprevenidos.

¡No debían perder la oportunidad de acceder a las infinitas fórmulas milagrosas, que casi con seguridad contenían esos objetos!

En menos de un minuto, dejaban de ser escépticos

arrendatarios de propiedades inmobiliarias para comportarse como deseosos aprendices de magia, de esos que ansían dar con libros sagrados, completando así algún conocimiento oculto. Asombrado, vi que en aquel grupo de hienas se había despertado una inusitada devoción amorosa por quien fuese para ellos en vida una mujer de espantoso carácter, repudiada durante años por su condición de ermitaña y probable hechicera.

Algunos hasta se atrevieron a sugerir que el abandono familiar con que habían castigado a la mujer, se debía en realidad a una profunda admiración que sentían por ella y al deseo de no interferir en la vida espiritual que llevaba. Ése era el motivo que querían argumentar los parientes más jóvenes buscando obtener un lugar de importancia en la lista de herederos, ya que nunca se habían cruzado con ella, y mucho menos mantenido una conversación. De hecho, no podían aventurarse a inventar anécdotas que sonaran creíbles compartidas con la adorable viejecita y mucho menos describir con verosimilitud su rostro o su manera de expresarse.

Los que no bregaban tanto en esa lucha inexplicable eran los familiares más viejos; ellos no inventaban devociones ficticias.

Tenían el recuerdo de haber sufrido el desprecio concienzudo de esa mujer a la que ellos consideraban oscura, y que siempre les había negado la posibilidad de ingresar en su casa de piedra. Es más, nunca había demostrado interés por los detalles de sus vidas, incluso se permitía asustarlos con su extraña existencia de mujer inmortal.

Por más que transcurrieran las décadas, seguía desafiándolos, a ellos y a todo el poblado de Cisterna con su supervivencia.

Lejos de admirarla, siempre sintieron vergüenza por ese miembro de la parentela que superaba en longevidad a los miembros más antiguos del grupo, resistiendo de manera implacable el paso de los años.

Sabían, y eso les pesaba en el alma, que algún parentesco los unía a ella, pero ninguno precisaba detalles. Por lo que escuché de sus comentarios, a veces pronunciados en ilustrado italiano, otros en cerrado dialecto, se oían voces que la trataban como a una prima lejana, otras como a una tía, otras como a una abuela… Era evidente que la memoria de nuestro árbol genealógico se presentaba con trazos desordenados que buscaban asfixiar todas nuestras certezas, envolviéndonos en una gigantesca sombra.

En esa circunstancia tan lastimosa, los más ancianos se preguntaban qué hacían ahí reclamando objetos que no cambiarían para nada sus vidas, y el hecho de buscar relacionarse de algún modo con la existencia de alguien que siempre los había negado y hasta maldecido los llenaba de un sentimiento de odio hacia sí mismos.

Atormentados, observaban, abstenidos de hablar, las

portadas de esos cuadernos que nadie podía leer o el brillo impecable de las vasijas color carmesí, imposible de tocar sin sentir remordimiento.

Los primeros en entrar percibieron que, por más que una multitud había ocupado por días la habitación, la disposición de los muebles y el orden de los frascos estaban intactos. Ignoraron que todo tenía un carácter escenográfico. Podría transmitir un tipo de mensaje por parte de la muerta, o quizá explicar los motivos de su deceso, pero la codicia fue más grande que tratar de entender lo sucedido.

Algunos sintieron culpa por ingresar con despiadado autoritarismo utilizando la violencia para ahuyentar a todas las personas ahí circunstantes desbaratando el lugar, y en pocos minutos borrar con sus torpes pisadas la figura femenina hecha en el suelo, que todavía mostraba algunos de sus rasgos perfectos. De igual modo prefirieron ocultar el remordimiento disfrazándolo con sonrisas que al final resultaban espantosas.

Busqué apartarme del pequeño salón donde todos seguían discutiendo. A esa hora de la tarde, se veía en sus rostros el reflejo de la rabia, mezclada con una melancólica desazón.

Ubicado en la baranda de la galería posterior de la casa, quise calmar mi angustia.

Intenté inventar alguna excusa y también un convincente soliloquio que me posibilitara presentar mi respeto a todos ellos, tomar del brazo a mi madre, conducirnos de inmediato a nuestro destartalado carruaje y alejarnos de Cisterna lo antes posible. Quería huir de ese patético tumulto donde toda una familia, compuesta por una veintena de prósperos señores y señoras bien ataviadas, todos de mediana cultura, venidos de Turín y zonas aledañas, peleaba con la furia de animales desorbitados para obtener partes del botín perteneciente a una mujer a la que muchos de ellos despreciaban desde hacía décadas.

Todos los ancianos sabían que por años ella había quedado encerrada tras esas paredes, rechazando con altanería sus presencias e insultándolos cada vez que se acercaban, ya fuese por curiosidad o por cualquier otro motivo.

Con esos comportamientos de ostracismo les confirmaba que los dichos populares eran ciertos. ¡De verdad se trataba de una bruja, o al menos de una criatura abominable a quien todos debían temer!

A pesar de cargar con esos pensamientos, seguían disputando la tenencia de los enigmáticos objetos; la maldad en sus corazones les hacía relucir lo más contrastante del ser humano.

Lo único cierto es que nadie tenía en claro qué hacer verdaderamente.

Giré mi rostro y, al mirar a través de los cristales del

ventanal esas expresiones repletas de egoísmo, comprendí que si no sucedía algo tremendo, una explosión o un terremoto, la batalla continuaría un par de años más. Quise observar la contienda desde afuera, auxiliado por el aire fresco que gracias a la Providencia venía rodeándome con un olor característico de la montaña.

Una parte de ellos insistía en no darle al cadáver una sagrada sepultura con el fin de exhibirlo como un fenómeno; creían con ingenuidad que burlar el control de la Iglesia era algo factible. Si bien ciertas facciones de la aristocracia gozan de múltiples privilegios hasta conseguir aquello que para el resto de los hombres resultaría imposible, ¡no sería tan simple acceder a una anuencia eclesiástica de ese tipo!

Su único objetivo era comerciar con la muerta y sacar provechos económicos.

La otra parte de la familia escuchaba, cubierta de tinieblas, sin aportar ninguna solución al respecto.

No se vio a las mujeres ocupándose del cuerpo, ni tampoco llorando o lamentándose por dicha desaparición; incluso mi madre parecía haber llegado a Cisterna sólo por obligación.

Ubicada en una de las poltronas, mostraba con soberbia su estampa de señora burguesa; en medio del bullicio optó por conservar una actitud silente. De vez en cuando, cruzaba disimuladas miradas conmigo, pidiéndome disculpas por no haberme hablado de su tía abuela. Me decía que también ella cargaba con un mandato de hacer desaparecer de la faz de la tierra, ignorándola por completo, a su increíble familiar.

Esa técnica de exterminio ocasionó que ninguno de los miembros más jóvenes de la familia supiésemos de aquella pariente.

¡Con ese castigo lograrían esfumarla!

Mis hermanas y yo no escucharíamos su nombre ni siquiera en reuniones, velatorios o misas familiares. Ni nos toparíamos con un vago recuerdo de ella. Los tíos de mi madre, demasiado ancianos, continuaban guardando, como recelosos carceleros, todo comentario que dilucidara nada de la vida de la infame mujer, que según ellos, por deshonrosos motivos mantuvo su decisión de recluirse de ese modo.

En los momentos en que estoy escribiendo estos textos corre la tercera década del siglo XIX. Son épocas convulsionadas por las decisiones políticas que deben tomar nuestros mandatarios. Este país se encuentra en un período delicado en cuanto a la titularidad de sus territorios.

No podemos llamar Nación a nuestra amada Italia.

Sus extensiones de tierra se encuentran disputadas por diferentes regentes, insistiendo en Reinos y Monarquías que ya no pueden sostener sus blasones.

Mi familia carga con la frustración de nuestro padre por no haber logrado nunca su cometido constitucionalista, y sabe muy bien que pertenecer al Reino de Cerdeña es apenas un hecho ligado a un título político: los piamonteses no tenemos nada que ver con los habitantes de la isla del sur ubicada en el centro del Mar Mediterráneo y, aunque estemos en desacuerdo, seguimos unidos en espacios cartográficos.

Aquel es un lugar empobrecido y, si bien existen pequeñas ciudades en la costa, la totalidad del territorio está habitada por humildes pastores.

Esto explica que Turín, mi ciudad natal, sea la capital de Piamonte y el centro de un territorio que sigue perteneciendo en lo político al Reino de Cerdeña, por lo cual mi gentilicio puede llamar a confusiones, puesto que no me considero un sardo, sino más bien un auténtico piamontés.

Más allá de mi inconformismo con respecto a la actualidad política, debo advertir, a quien pueda leer estas páginas, que soy un hombre afortunado por haber realizado algún que otro viaje que me ha alejado muchas veces de los confines de Italia, viviendo experiencias que supieron templar mi alma; los viajes incitan sabiduría y convierten a los hombres, elevándolos en su espíritu.

Pero aquella tarde en Cisterna de Asti, ante tanta convulsión humana, me sorprendí como un niño inexperto observando la actitud de los peregrinos que continuaban desobedientes escondidos en la maleza, expectantes a alguna misericordiosa decisión que tomara mi familia, y darme cuenta que mientras una parte de la humanidad siempre estuvo y estará desesperada por toparse con algo que se parezca a la santidad para aliviar sus desdichadas vidas, la otra parte, escéptica y egoísta, se complace en manejar los antiguos y nauseabundos hilos de poder, recibidos por inexplicables tradiciones, sin apostar por el bien común.

Esos peregrinos eran personas deseosas de milagros y la consiguiente existencia de Dios.

Algunas de ellas serían capaces de pagar con oro por todo aquello que les posibilitara una cercanía con lo sagrado.

¡Eso fue lo que argumentó, con envidiable vehemencia, la insistente facción mercantil de mis parientes, que volvían a pedir que se considerara de nuevo la posibilidad de realizar todo tipo de “negocios” con el cadáver!

Deseaban obtener ganancias con la venta del cuerpo y el

cabello de la muerta fabricando reliquias contemporáneas, eso sí, pero tan efectivas como si proviniesen de los antiguos tiempos de Jesucristo. De hecho, ocurrida la muerte de la que ellos consideraban su infausta pariente, podrían sacar algún rédito y sentirse al menos un poco resarcidos por tanto desprecio recibido.

Los más temerosos se santiguaban aduciendo que lo acertado era terminar con todo aquello, ser obedientes a la palabra de Dios y sepultar cuanto antes a la difunta.

Más tranquilos, podrían repartirse lo que surgiera de la venta de la casa y los muebles.

Con respecto a los objetos disputados era una buena idea convocar a la diosa Fortuna, organizar un sorteo y, sin más preámbulos, rifar entre los presentes el destino de los libros, los rutilantes frascos y los valiosos tejidos.

Así evitarían que la sangre llegase al río. Era tanta la codicia instalada en sus corazones, que resultaba factible que por cualquier minucia se suscitara una masacre.

Al final se acató la decisión de los temerosos, grupo que resultó ser el mayoritario.

Las jovencitas empezaron a escribir los números del sorteo en diminutos papeles, las mujeres soplaban con entusiasmo sobre ellos para secar la tinta y así repartidos cuanto antes.

Para terminar de una vez con el constante peregrinaje de personas, se optó por anunciar las exequias que se llevarían a cabo al día siguiente. La casa se vendería por el primer dinero que se ofreciese o a cambio de algún terreno colindante.

El misterio de quién soy

Creo haber sido explícito diciendo que aquella tarde de julio me di por enterado de que soy el descendiente de una dama a la que todos imaginan como santa, o al menos como una buena representante de Dios en la Tierra. ¡Comenzó a carcomerme la intriga de saber algo con respecto a sus formas físicas o su aspecto en general!

En la casa no existía ningún retrato al óleo que develara mis inquietudes.

Me preguntaba si yo, como uno más de sus descendientes, tendría facciones similares que nos caracterizase del resto de las personas. ¿Podríamos haber compartido maneras de conducirnos al hablar o al caminar?

Vinieron a embargarme puras elucubraciones y un creciente temor por lo desconocido.

Lo poco que sabía sobre mi tía lejana lo había desentrañado por comentarios de unas cuantas señoras pertenecientes a la parentela, quienes al verme apoyado en la baranda frente al jardín, tratando de calmar mis nervios mientras respiraba el aire fresco que corría, se acercaron sigilosas con sospechosa amabilidad y recuperadas expresiones juveniles en sus rostros.

Parecía ser que reconocían en mí a un viejo miembro de la familia.

Sin querer, estábamos en un mismo juego adivinatorio, donde todos por igual queríamos reconstruir un rostro ya invisible. En el caso de ellas, la imagen perteneciente a un muchacho que había vivido en la época remota de sus juventudes, por mi parte, visualizar unas facciones femeninas que nunca antes había visto.

¡Debía darle forma a un rostro que hasta ese día no existía en mi conciencia!

Estaba obligado a inventar lo que fuese necesario, incluso convertirme en investigador para saciar mis dudas y no morir a causa de la incertidumbre.

De improviso, las cuatro por igual se aproximaron de tal modo que con sus anchas faldas impidieron que yo escapara en ninguna dirección, lo cual me puso muy nervioso.

—¡Cómo estás, mi querido Giovanni! —Dijo una de ellas.

—Creo que está confundida, mi nombre… —respondí, tratando de explicarle.

—¡Pero si eres Giovanni, el hijo de Alfredo, nuestro primo el doctor en medicina! —Replicó interrumpiéndome—. ¡Estás cada día

más hermoso! ¡Mira que no ha pasado el tiempo para ti! —Exclamó la mujer.

Esas últimas palabras las dijo buscando complicidad en sus compañeras.

Todas por igual clavaron sus miradas en mis ojos.

Quedé perplejo. ¿Por qué me trataban de esa forma?

De inmediato, otra tuvo la osadía de acariciar mi frente mientras repetía el nombre de ese tal Giovanni, a lo que tuve que reaccionar disgustado. Repliqué diciendo:

—Mi nombre es Massimiliano Damasceno, hijo de Alberto y de Bruna Kersche…

Sonrieron con amabilidad, mientras continuaron haciendo caso omiso a mi comentario, multiplicando sus expresiones lisonjeras. Yo les repetía con vehemencia mi verdadero nombre y apellido, pero ellas insistían en el equívoco. No querían darse por enteradas de que yo no era el muchacho que al parecer seguía vivo en sus recuerdos.

Gesticulaban muecas de una extraña felicidad, creyendo recuperar conmigo la belleza de sus juventudes perdidas.

¡Qué familia más tumultuosa resultaba ser la mía!

Además de los habituales ricos burgueses a los que recibía en los festejos de nuestra casona turinesa, aparecía de la nada una santa que al parecer prodigaba milagros, y ahora un grupo de viejas señoras que practicaban a la perfección todas las dotes de la clarividencia mal inducida.

Una en particular, entrada en carnes, estuvo largo rato dando descripciones sobre el atractivo joven que otrora cautivara tantos corazones femeninos. Aducía que la belleza del agraciado Giovanni relucía en el color de mis ojos y en la forma de mi sonrisa adusta.

Su voz se convirtió en una presencia chillona, cuyos comentarios repetitivos desencadenaron mi fastidio.

—¡No sé a quién se refiere! Mi buena señora, le juro que nunca escuché hablar de ese tal Giovanni. ¿Acaso vive en Turín, o es de esta zona de Alessandria? —Pregunté para interrumpirla.

No sabía cómo desviar la conversación con tal de que me dijera algo con respecto a la difunta.

¡Lo único que me interesaba de sus comentarios era sonsacar algo que aportara una clara información!

Insistí con la mirada, como si quisiera clavarle una fina espada en su pecho:

—¡Por favor, le ruego! ¡Mi único interés radica en querer saber quién ha sido esta mujer que hoy resulta ser un antepasado nuestro!

—Tienes razón… ¿Massimiliano, dices que te llamas? —Respondió ella.

Apretó su pequeño pañuelo de tarlatana como si tuviera ganas de lloriquear al ver censurado su discurso.

—Lo que sucede es que son muy tristes los recuerdos que nos ha dejado. Al pensar en ellos me vienen escalofríos… —continuó ella diciendo.

Resignada, guardó en su pequeño bolso el abanico de figuras orientales y comenzó a relatarme algunas anécdotas que en apariencia sonaban vagas e incoherentes.

Me sentí un hombre afortunado, el misterio se iba develando hasta tomar cierta forma.

Alrededor de la difunta existían diferentes leyendas bien detalladas, que de tener algo de cierto inspirarían resquemores hasta en los más duros de corazón: se la acusaba de haber sido en su juventud protagonista de perversas historias de brujería, de practicar actos demoníacos con animales, y de arruinar la vida de inocentes doncellas hablándoles en idiomas pertenecientes a otras dimensiones.

Mi regordeta parienta continuaba con su relato, persignándose repetidas veces por temor a ser castigada por el hecho de enumerar esa extensa lista de pecados mortales.

Según sus comentarios, “hechicera” y “maldita” eran los motes más delicados que la gente del pueblo usaba para retratarla.

Tras susurrar bajo, hasta que sus palabras sonaron casi imperceptibles, me comentó que las lenguas más audaces se aventuraban a sugerir que, una vez descubierta por la gente del pueblo y abandonada por toda la familia, se vio conminada a recluirse para vivir como un ser vituperante. Adquirió el hábito de los vampiros: dormía de día y vivía por las noches para dedicarse, mediante rituales satánicos, a dar forma humana a criaturas de otras dimensiones.

Mi antigua pariente, contándome esos hechos tan prohibidos, quería darme a entender que la palabra puede ser muy peligrosa si se es utilizada invocando presencias fantasmales…

Un dato importante, que no debíamos dejar pasar por alto, reforzaba las más oscuras elucubraciones con respecto a las prácticas que llevaba a cabo la espantosa bruja: tanto del pequeño jardín como de los árboles que rodeaban la casa, emanaba un agreste efluvio que invadía el lugar con un olor putrefacto.

Todos imaginaban que se trataba de un cementerio doméstico, cuyos espectros eran capaces de alterar la calma de los vecinos más próximos. Vivir a pocos metros de esa casa era algo imposible. Todos buscaban mudarse, huyendo despavoridos por miedo a padecer enfermedades o con el paso de los meses sufrir muertes inexplicables.

Fidedignos o no, de una manera u otra, los comentarios de mi

generosa interlocutora y las expresiones azoradas de las otras tres señoras ampliaron mi conocimiento.

De más está decir que se trataba de una jornada inquietante, transformada por la historia de una mujer cuya vida estaba cruzada por un tenebroso heroísmo en un pasado remoto que hasta esa tarde yo creía inexistente.

Mi nariz daba directo al jardín, y por los comentarios de las asustadas señoras se suponía fuese un depósito de cadáveres, pero por más que insistiera con mi olfato, en aquel momento, no percibí ningún olor desagradable.

Todo corría el riesgo de ser un lamentable invento.

Blasones familiares

En mi niñez me enteré que mis antepasados ostentaron grandes señoríos. Llegaron muchos de ellos a ser tan célebres por sus logros comerciales y consiguientes donaciones a causas del bien común, que de a poco fueron mutando sus originales nombres haciéndose llamar con rutilantes apelativos reservados a príncipes. Incluso poblaban sus escudos con gemas preciosas y símbolos que recreaban armas infalibles o animales mitológicos imposibles de aniquilar.

Los más atrevidos, creyendo pertenecer a la realeza, cometieron el desparpajo de adornar los salones de sus residencias con blasones similares a los de la antigua y noble familia Saboya, originaria de Francia, que se había trasladado al Piamonte en épocas del Medioevo, plantando sus dominios hasta llegar a ser con los años el clan reinante.

Sentían que al falsear sus escudos y sus nombres podrían influir en el gobierno de todo el Reino de Cerdeña.

Me temo que ésta es la ocasión oportuna de agregar a los ya dudosos logros aristocráticos de mi familia, persecuciones de brujas y proezas milagrosas con peregrinaciones incluidas.

Siempre me ha divertido escuchar las extravagantes versiones de ciertos heraldistas que visitaban nuestra casa en Turín, dándome asombrosos detalles con respecto a los orígenes de los Damasceno y los extranjeros Kersche.

Mis padres y mis hermanas también disfrutaban de ese inocente entretenimiento de pagar algunas monedas de oro por imaginar nuestros orígenes. Era una rara diversión que nos permitíamos cada tanto.

Ahora, una lejana y desconocida integrante, olvidada debido a un desprecio mancomunado, quería volver conmocionando mi vida por medio de unos cuadernos obtenidos como premio en el más azaroso de los juegos.

Hasta ese momento, no tenía idea de qué trataban, pero lo cierto era que el espíritu de mi tía palpitaba entre sus hojas apergaminadas queriéndome decirme algo que todavía no lograba entender.

Pero volviendo a la escena del sorteo, el número que correspondía a los cuadernos, según la voz altisonante de una de mis primas, era el veintiuno.

Corroboré mirando el pequeño papel que guardaba en mi mano; la enfática jovencita repitió el número veintiuno, eso

significaba que yo era el beneficiado.

Por suerte, me tocaba lo que todos ansiaban poseer con desmesura.

Uno de mis tíos más ancianos, mirándome fastidiado, propuso dividirlos en dos grupos y así desarmar la enciclopedia. Fue el momento en que mi madre habló por primera vez, increpándolo con rabia para interrumpir sus intenciones. Éste se vio obligado a acatar la orden impuesta, mientras continuaba recibiendo en su frente el martilleo de los ojos azules de esa mujer convertida en una tigresa; unos ojos que parecían querer destruirlo como si fuese el más vulgar de los insectos.

La sangre alemana de mi madre, o el traje de su rigurosa viudez, fue lo que amilanó de forma extraordinaria, no sólo al viejo de ojos saltones, sino a todos los presentes en la sala, que quedaron pasmados.

Se cercioró de que me fuera entregada la totalidad de los cuadernos. Después destruyó el número de sorteo que le correspondía y desprendió el botón superior de su vestido de cuello alto. Por último, se dispuso a aplacar con el aire sedoso de su abanico el calor que buscaba asfixiarla con indolencia.

Enseguida salió en dirección a las galerías sin saludar a nadie; me sorprendí por su inesperada reacción.

Cuando quise buscarla, había desaparecido; tampoco existían rastros de nuestro carruaje.

¡Mi madre ha olvidado llevarme!, pensé.

Allí empezó la que sería una larga sucesión de desconciertos. Me encontraba abandonado y solo en Cisterna teniendo en mis manos los cuadernos recibidos en herencia de una manera absurda, como es todo aquello que proviene del azar.

Permanezco respirando agradecido cada vez que recuerdo esa escena interpretada por mi madre. Con la forma en que se alejó del lugar, les decía a todos los allí presentes que no eran más que un grupo de hienas. En un silencio obligado, quedamos paralizados sin refutarle en nada.

El de ella fue un ejemplo de fortaleza espiritual indiscutible.

Ahora suenan las campanadas del humilde reloj que pende de la pared. Con el metálico repiqueteo intenta despabilarme y me avisa de que las horas del día han transcurrido presurosas.

Debo explicar al lector de estas humildes crónicas, que me he visto obligado a arrendar esta casa de campo que se encuentra en las afueras de Cisterna.

Espero que tanto los pesados muros, estarcidos con figuras similares a flores de girasoles, como el modesto aire que se respira en las habitaciones, me ayuden a pasar unos días que sirvan para reponer

mis energías y calmar un poco mi ánimo. Si bien he sobrevivido a la contienda familiar, que cada tanto se convertía en una descarnada batalla campal contra mi persona, sobre todo cuando me vieron dubitativo frente a la casa de piedra buscando la presencia de mi madre para que volviésemos juntos a Turín, continúo extenuado.

Todavía cargo sobre mis espaldas la envidia de mis desafortunados parientes inventando todo tipo de maleficios cuando volvían con las manos vacías a sus respectivos hogares.

A pesar de ser un verano tórrido, corre un aire fresco por el lugar y el pulcro riachuelo que cruza por detrás de los jardines, puede que contribuya con sus luminiscencias a restablecer mis nervios.

Además debo informar que finalizadas las exequias, en las cuales, salvo un par de parientes carnales, no hubo otro miembro de nuestra familia, todos los habitantes de Cisterna y personas que vinieron de pueblos aledaños han expresado sin temor su agradecimiento a la difunta.

El sepelio fue adquiriendo el cariz de una festividad multitudinaria.

Unas jovencitas del pueblo adornaron con humildes flores silvestres el rústico ataúd de madera que resguardaba el milagroso cuerpo, mientras cantaban y decían oraciones de agradecimiento sugeridas por Francesco de Cristoforo, el ahora satisfecho párroco que volvía a lucir su sotana, dispensando a cuatro manos toda clase de bendiciones. De ese modo casi festivo, toda aquella enfervorizada feligresía brindaba su último adiós a la santa milagrosa.

He quedado conmovido al ver tanto amor.

Algo palpitaba en mi pecho, como si en el fondo de mi alma existiera un preludio de afecto hacia esa mujer a quien todavía me resultaba difícil llamar en voz alta como tía.

Hay actos, aunque parezcan pequeños, que pueden conducir nuestras vidas hacia lugares insospechados.

Pues bien, hoy comprendo que la simple decisión de haber aceptado aquellos cuadernos me ha hecho establecer en esta casa de campo, pero para ser sincero creo que mis verdaderas intenciones son las de estar a solas con ellos para escudriñarlos con precisión.

Si en realidad se trata de papeles sin importancia, tomaré estos días como de merecido descanso y más tarde volveré a Turín fortalecido. Allí me espera una buena vida y oportunidades de acrecentar mis arcas personales utilizando el dinero heredado por mi padre, pero tengo el desgraciado presentimiento de que la extraña herencia seguirá cambiando mis decisiones con respecto a lo que será

mi existencia de hoy en adelante.

Si lo hay, me inquieta sobremanera saber cuál será el tesoro escondido en esas páginas, y aunque suene falso o artificial, me viene la idea de que daría todo lo que tengo con tal de develar el enigma que al parecer encierran. Si es necesario, me instalaré aquí para dedicarme los días que fuesen precisos para la elucidación de los ajados papeles.

Hoy mismo leeré y transcribiré los textos del primer cuaderno.

Muchas de sus páginas están desteñidas, otras resultan casi indescifrables.

Me atrae el color bordó de sus tapas, y sin proponérmelo he estado largo rato acariciando la suave textura del fino tafilete… ¿Quién se habrá encargado de un trabajo tan delicado? De manera contradictoria, al hojearlo he sentido como si sonara una música incomprensible alrededor de mí y un molesto cosquilleo en la espalda.

Es indudable la inmensidad que reluce en sus páginas.

Lo he vuelto a ubicar con sus compañeros; en total la enciclopedia está conformada por cinco volúmenes.

Mis emociones se trastocan.

Voy hacia la puerta para apoyarme y descansar un poco, busco observarlos con detenimiento.

Uno encima del otro, se asemejan a una montaña peligrosa, un paisaje desapacible…

Es la primera vez que me permito contemplarlos en total tranquilidad. No obstante haber hecho todo esto por ellos, los percibo como una compañía no deseada, similar a esas visitas inesperadas de personas desconocidas a las cuales estamos obligados a ofrecer nuestra hospitalidad más dispendiosa. No puedo quitarles la mirada de encima, me inspiran una extraña sensación que jamás he vivido antes.

Voy de nuevo al pequeño escritorio para observarlos más en detalle.

En apariencia lucen como inocentes pergaminos amarillentos.

Sus desgastadas formas de papel no inspiran nada horrible, ni mucho menos, pero al tocarlos, aunque lo haga con extremo cuidado, desprenden de sus páginas un polvo fosforescente. Al rozarlos nace en mi corazón un sentimiento enfermizo, y en esos momentos de exaltación no me parece descabellado pensar que estas antiguas páginas puedan transmitir algo embriagador por medio de fluidos que expelen gustosas, dueñas de un poder recuperado. Se me ocurre que puede ser verdad que estén impregnados de un elixir capaz de hechizar al más peligroso de los dragones… Me invade un horrible vértigo.

Pido a Giuseppina que me traiga con urgencia un generoso

vaso de agua.

Mi cabeza comienza con amenazas de querer explotar y un persistente dolor atraviesa mi nuca.

Suenan voces, miles de voces en mis costados, también debajo de mis pies…

Puedo percibir esos sonidos, capaces de materializarse.

Mis manos buscan entumecerse. ¿Acaso se trata en realidad de un filtro cuyas pócimas fueron creadas con fines malvados y me obliga a escuchar voces desconocidas que intentan aterrorizarme? ¿O soy yo, que en medio de la confusión pronuncio inconscientemente esas palabras que tampoco comprendo?

Veo que la puerta de mi habitación se abre con escalofriante lentitud. Al fin aparece la imagen de mi fiel sirvienta, quien observa mi desvaído aspecto y corre hacía mí dejando caer su bandeja.

Todo es gris y las voces comienzan a sonar guturales.

Parezco ir desapareciendo.

Primeros indicios de insomnio

De no ser auxiliado por Giuseppina, la humilde gobernanta de nuestra casa turinesa que accedió con suma generosidad venir a pasar conmigo unos días en esta casa de campo, no sé qué hubiese sido de mi vida.

Desde aquel día no he dejado de sentir náuseas y sufrir pesadillas. La intoxicación ocasionada por el veneno escondido en las páginas homicidas demora en irse de mi cuerpo, me confina en mi alcoba por horas diurnas que transcurren lastimosas, y por las noches transito espacios en blanco que resultan interminables.

A veces creo que nunca más seré yo mismo.

Por otra parte, la visita del médico ha sido un total fracaso, puesto que no ha encontrado nada que considere grave en mi estado de salud y me ha abandonado a mi desgraciada suerte. Al ser un hombre inteligente, me pregunto cómo no es capaz de percatarse de algo tan evidente en mi estado calamitoso. Tampoco ha observado mi desasosiego espiritual y, salvo la incipiente debilidad ocasionada por mis nervios, no ha observado nada importante que lo lleve a decirme con certeza qué ha sucedido en mi organismo.

Tampoco ha querido recetarme ningún medicamento.

—Tiene que guardar reposo y alimentarse de manera frugal —fueron sus únicas palabras.

Insistí en pedirle que corroborara si se trataba de un caso de envenenamiento, a lo cual me respondió con un gesto despreciativo, clavándome su vidriado atisbo para observarme con cierta impaciencia, lo cual aumentó la dimensión de su sonrisa escéptica. La visita no duró más que unos minutos, y según los consejos dados sólo tendría que guardar reposo por unos días.

Estaba indignado. Su atención, por demás superficial, me dejaba malhumorado, demorando mi convalecencia.

¡No mandaría a llamarlo nunca más!

Al ver que se iba esquivando las piedras del camino en dirección a Cisterna, con cuidado de no arruinar el cuero de sus delicadas botas, comprendí que no debía guardar ningún tipo de respeto por un científico tan poco amable.

Si en los próximos días sufría alguna otra dolencia, tendría que sobrellevarla sin la ayuda de ningún incrédulo galeno.

¡Médico y monstruo es cualquiera!, pensé.

Sólo recurriré a la asistencia de Giuseppina.

Permanezco sentado en mi cama guardando silencio,

melancólico, sin quitar de mi cabeza las tristes imágenes del deceso de mi padre tras padecer aquella terrible enfermedad… Haber muerto por consecuencias del cólera suponía un duro golpe para nuestra familia, llenándonos de pesadumbre, puesto que sus síntomas habían sido tan espantosos como si hubiese fallecido de viruela o de tuberculosis. Una vez contagiada la persona, se ve reducida a lo más bajo de la condición humana, y ningún médico puede dar explicaciones claras con respecto al origen de ese mal exótico que actúa con tanta rapidez, debilitando el organismo, provocándole una muerte violenta e inevitable.

Dos años atrás, en julio de 1835, la enfermedad había entrado a Italia desde Francia, afectando en particular a nuestro Reino de Cerdeña.

Muchos afirmaban que llegaba por medio del mar, en barcos que traían los cadáveres de unos desafortunados marineros.

Hacía algunos meses que ya se sabía de la existencia y de la amenaza de la "sombra negra", como solían tildarla. Se corría el rumor acerca de los estragos hechos en Francia anunciando que pronto llegaría a nuestros territorios; eso despertaba con violencia el antiguo terror que ya teníamos hacia la peste. Sin embargo, en mi familia estábamos convencidos de que nunca nos iba a tocar en desgracia probar el amargo sablazo de sus síntomas.

Primero afectó a Nizza, en los días subsiguientes pasó a Cuneo, luego se propagó en Génova hasta llegar a Turín.

En mi ciudad natal había suburbios donde las personas vivían hacinadas en lugares insalubres, pero nunca hubiéramos imaginado que eso facilitaría la propagación que tuvo en pocos días difundiendo una epidemia de esas magnitudes.

Al carecer de acueductos, los excrementos y demás líquidos, después de ser depositados en pozos ciegos en cada patio familiar, se desaguan periódicamente en las *"doires"*, especie de canales que hasta en la actualidad recorren las calles de mi ciudad a cielo abierto. Sumado a este imprudente método sanitario, saltaba a la vista otro evidente problema: la creciente desnutrición en nuestra población más humilde.

Cuando aparecieron los mil primeros casos, los médicos intentaban sus inútiles métodos para vencer el mal y los gobiernos de toda la llanura se organizaban para resistir la epidemia, pero no lograban vencerla.

A decir verdad, no existía una cura.

Por otra parte, no teníamos la infraestructura como para transportar la suficiente agua que garantizara la higiene en esas zonas periféricas. Ingenuos, creíamos que era un castigo divino que llegaba para desbastar a los pobres, pero con el paso de los días, fuimos

notando que también afectaba a las familias más ricas.

El cólera alcanzaba a toda la sociedad llenándonos de terror.

¿El origen de toda aquella desgracia se encontraba en el agua? ¿En los alimentos en descomposición? ¿Se trataba en efecto de un castigo divino? ¿La dejadez y la suciedad eran las verdaderas causantes?

La paranoia llegó a tal grado que los jefes de las familias más distinguidas, apoyados por sus esposas, se preocupaban de que las casas de los pobres estuviesen higienizadas para que desde allí no volara ningún efluvio. Mi madre, a modo de beneficencia, mandaba parte de nuestra servidumbre a limpiar algunas casas en los barrios más castigados.

Mi padre creyó que debía recuperar sus sueños juveniles organizando una comisión que ayudase a limpiar las casonas atestadas de personas en las afueras. Dicha actividad, con el paso de los días, se ampliaría hasta abarcar buena parte de Turín.

Todos habían entendido que la enfermedad nacía y se desarrollaba en las casas de los pobres, pero su limitado alcance, con el que pretendía aportar una valiosa ayuda, no alcanzaba. Eso explica que tuvieran que recurrir a las autoridades sanitarias en busca de auxilio.

Una tarde, al volver del barrio San Paolo, mi padre sintió dolores abdominales.

Comenzó a tener diarreas y vómitos que alertaron a mi madre de inmediato.

A medida que avanzaba el minutero, esos síntomas fueron haciéndose cada vez más violentos, hasta llegar a diezmar el cuerpo de mi padre de una forma asombrosa.

No había dudas con respecto a lo que sucedía.

Mis hermanas se encerraron en sus habitaciones con terror de contraer el mal, querían ignorar que las mujeres eran las más resistentes a contraerlo. Era mayor el miedo y el egoísmo que las envolvía.

Cuando supe por mi madre lo que sucedía, acudí con urgencia para auxiliarlo… Pero el esqueleto vivo de mi padre, mostraba manchones de palidez en su rostro y una inquietante rugosidad en su piel.

Postrado en su lecho, me pidió con desesperación que le alcanzara más agua. Sufría una sed que lo consumía. En medio de esos síntomas tan impresionantes, lo quebraban fortísimos dolores en todo su cuerpo.

Nuestro médico de cabecera había recibido el recado de mi madre solicitando con urgencia su presencia, tuvo que salir corriendo en dirección a nuestra casa al no encontrar ningún cochero en Turín

que lo trajera. Todo hacía presagiar un destino trágico; era perceptible su agitación y nerviosismo.

La ciudad, al igual que nuestra familia, estaba vacía y lucía como un desierto.

Quiso tranquilizarnos con sus comentarios. Según él, el cólera se trataba de una enfermedad que si era llevada bajo sus consejos, tenía las posibilidades de no ser mortal. Lo importante era erradicar el miedo.

—A los primeros que el cólera mata es a los miedosos —dijo el médico, intentando calmar nuestros ánimos destrozados.

Otro remedio era la fe. Pero tampoco fue efectivo.

Mi padre murió a los dos días. Su cadáver parecía un saco de huesos como si la convalecencia hubiese durado años.

Como he dicho, desde que me desperté de aquel primer desmayo no he logrado recobrar la serenidad, y todo lo que acontece y pueda ser observado por mis debilitados ojos se me antoja fugaz y carente de valor. Hay veces que veo a mi fiel sirvienta multiplicada por cuatro, y mis oídos no toleran el sonido chillón de su voz cuando se dirige a mí intentando ser amable al ofrecerme algo de beber, o preguntando si considero necesario enviar a alguien a Turín con un recado de auxilio.

Empedernido, balbuceo todo tipo de negaciones.

Vuelvo a observar su rostro transformado. Parece una mujer de otro planeta.

Se ha despertado en mí un poder que me ofrece tener una nueva percepción de la vida, algo en mi interior que logra captar la totalidad de las cosas desde todos los ángulos y que me obliga a ser un dios, pero viviendo en el limitado cuerpo físico de un hombre.

Me agota hasta un cansancio inaudito y a la vez ejerce sobre mí una vibración que no logro entender.

Los síntomas que observo son bastante interesantes: me niego a decir palabras que suenen condescendientes y me limito a la fría pronunciación de las frases.

Además, he comenzado a descubrir la nomenclatura de un nuevo idioma, una estructura de expresión formada por metáforas, y me doy cuenta de que son palabras depositadas en mi nueva mentalidad, como si buscara encarnar la verdad sin llegar a transformarse en exaltación.

Para hablar del limbo no es necesario recurrir a la descripción de lo fantasmagórico, ni apelar a sus pútridos ambientes. Y aunque muchos no quieran reconocerlo, todo lo relacionado con el infierno es parte de un reino que la humanidad se empeña en observar

como algo ignoto, cuando en realidad rige buena parte de la existencia de todo lo que conocemos.

No es preciso exagerar lo que todos sabemos.

Los cuadernos me han otorgado una extraña sabiduría, sin todavía haberlos leído…

Vuelvo en mí y me doy cuenta de que debo, quiera o no quiera, dar inicio a las transcripciones de los malditos papeles. Ajados y borroneados de esa manera no servirían para nada. Mi corazón no encuentra la calma. Empiezo a sollozar, me siento una criatura indefensa, consciente de que puede ser ultrajada de manera indefectible si no cumple con las reglas impuestas por el destino.

Son papeles que me han transportado a una nueva realidad, que me convierten en una entidad, también transparente, capaz de verlo y sentirlo todo. ¿Cómo es posible que un hatajo de papeles me provoque todo ese tipo de sensaciones?

Desde que estoy con los cuadernos no puedo conciliar un sueño reparador que me permita empezar los días con una sonrisa, nada sucede con naturalidad y mucho menos con frescura desde que estoy viviendo en este lugar montañés. No quiero parecer alarmista, pero desde que tengo estos papeles, ningún aspecto de mi vida resulta de buen gusto, puesto que nada puede sorprenderme y alegrarme como cuando era joven y la inocencia me libraba de todo peso existencial, posibilitándome respirar ilusionado.

Hoy me veo como un anciano lleno de amargura.

Tampoco la imagen de Giuseppina me despierta la ternura de siempre; cuando la observo, adivino sus pensamientos más recelosos y siento palpitar en su corazón el ritmo interno que tienen las obedientes y resignadas sirvientas. La contemplo como si fuese una imagen dibujada en grafito. ¿Qué está pasando con mis ojos?

Podría haber rechazado esta herencia inaudita llegada en forma de cuadernos envenenados, pero el énfasis que utilizó mi madre en aquella tarde cambió todo significado con respecto a ellos. Nació en mí el deseo desenfrenado de querer poseerlos. Sentía un hilo espiritual que me unía con aquella antigua mujer que todos mis parientes se empeñaban en condenar al unísono, aunque en realidad hubieran dado sus vidas con tal de recibir alguna pertenencia como parte de su legado.

Me viene la sensación de que estos cuadernos son reliquias importantes. El destino se había ocupado minucioso al utilizar el juego de los imponderables, haciéndome venir a este alejado paraje para hacer llegar a mis manos algo incomprensible.

Observo que las páginas que van de la 4 a la 26 del primer cuaderno, son las únicas que pueden leerse; las primeras tres han sido separadas con gran delicadeza del folio.

Debo utilizar mi tiempo en algo productivo; me abocaré en esta noche del 16 de agosto a una lectura que intente ser concienzuda. He de acostumbrarme a los fantasmas y a los infiernos que puedan sobrevenir, sin ningún temor con respecto a mi vida, pues el veneno, si es tomado en pequeñas porciones, termina siendo asimilado.

I

…no destruiré ninguna escultura de los personajes de nuestras vidas, debes quedarte tranquilo, amado esposo. Al igual que el eterno agradecimiento a tu persona, toda efigie familiar de nuestros antepasados permanecerá enhiesta. Hasta ahora son pocas y elementales memorias. Nadie lo sabe. Más adelante se irán bifurcando de manera implacable hasta tornarse infinitas.

Lo único cierto es que persiste una emoción subyacente, que palpita en mi corazón y que necesito relatarte.

Es una pequeña voz resonando tras estas paredes de incorruptible piedra.

Recuerdos compartidos contigo y demás seres queridos en otros tiempos, que a su vez se convierten en espacios atemporales, espacios azules. Algo inmenso que insiste en subsistir conmigo, pero no para hacerme compañía, ni guiarme.

La soledad es una realidad indefectible.

Ahora soy yo quien, por medio de estas palabras escritas, busca acompañarlo marcándole el sendero.

Tampoco las nuevas doncellas terminan por despertar mi confianza; al igual que las antiguas mujeres que debían ocuparse de mis cuidados y de los quehaceres domésticos, éstas también parecen guardar secretos inquietantes.

Son todas muchachas jóvenes, de frágiles cuerpos, y a juzgar por el tamaño de sus cofias, peinan por las noches nutridas cabelleras. El hecho de que se muevan con modos clericales me hace pensar que tienen temor de mostrarme indicios de voluptuosidad o juventud descarada.

Nunca me has informado acerca de sus orígenes, pero imagino que por sus venas corre sangre española porque, al igual que sus trajes, sus pieles lucen aceitunadas.

Cumplen al detalle con sus obligaciones, ocupándose también de satisfacer todos mis menesteres: traen mi pequeña ración de alimentos por las mañanas, y se encargan del aseo de la habitación puliendo hasta el más insignificante resquicio si es necesario, separan con soplidos el fragante romerillo para preparar el jabón, lavan y estiran mis túnicas de estameña, y zurcen con fuertes hilados

irlandeses los interminables metros de vendajes para que sean duraderos.

Con cuidadosos movimientos circulares, recuperan las piezas de lino ensangrentadas, lavándolas por las noches en grandes jofainas de cobre repletas con agua de lluvia, y al día siguiente las estiran para blanquearlas al sol.

Se cercioran del estado de mis tórpidas heridas utilizando el olfato. Ellas actuando ante mí, si observas sus delicados movimientos, son como seres casi inmateriales.

Por las mañanas y las tardes veneran la imagen de Nuestra Señora de la Caridad; deben creer que por medio de oraciones, obtienen la fortaleza necesaria para conducirse con entusiasmo en las horas del día, y el suficiente decoro en cuanto a sus pensamientos en las horas nocturnas.

Por ningún motivo les permito que detengan sus ocupaciones; el alivio es algo prohibido en estas celdas.

Además, deben guardar estricto mutismo.

Bien sabes que entre mujeres ociosas es fácil que se propaguen los rumores y se inventen malsonantes intrigas.

A veces, suelen caer en la tentación de violar la más delicada de las prohibiciones, deteniendo sus pupilas titilantes, mirando así mi máscara de piel corrupta.

Pero eso no sucede casi nunca.

Cuando aplican los vendajes sobre las heridas de mis piernas y mi torso deben hacerlo desviando sus miradas, y por ningún motivo observan mi rostro desfigurado. Si miran, no lo hacen adrede. Y al percibir la terrible falta, caen en estupor, dejan de respirar alejándose de mí por temor a recibir una bofetada o alguna de mis maldiciones dichas a media lengua.

Huyen por los pasillos con actitudes demudadas, aceleran sus pasos deseando cambiar de estatura, queriendo incluso desaparecer.

Las más inteligentes suelen refugiarse en artimañas, como fisgonear, sigilosas, mis pequeñas caminatas matinales frente a los ventanales avitralados. Observan la ilusión de mi monstruosidad y la apariencia incomprensible reflejada en la pureza fragmentada de los cristales.

Otras, más audaces, aprovechan la nobleza de los utensilios de plata, y agotan largas horas puliéndolos y desgastándolos con sus manos con tal de lograr perfectos espejos metálicos y así vislumbrar a través de ellos, aunque sea de reojo, algo de mi apariencia.

Entonces comprueban que no es mentira lo que se dice de mí en todos los pueblos de la comarca. Descubren, empezando a torturarse con sus propios temores, que están conviviendo con un ser más espantoso de lo que imaginaban.

Cuando me miran, las invade el terror. Quedan impávidas sin lograr articular ningún pensamiento coherente, para comportarse como marionetas deslavazadas.

Los sentimientos puros son los que dan origen a la belleza. Doy fe de lo que digo, puesto que carezco de los mismos. No hago más que provocar resquemor en el alma de estas pobres jovencitas.

Lo que agrada al oído y a la vista me ha sido quitado, lo que es moralmente perfecto se ha destruido en mi apariencia. Sólo existe resentimiento en mi corazón cansado y, al no haber preciosura, es imposible que el placer pueda concretarse en mi vida.

¡Hay un valor en la belleza que sólo los filósofos pueden penetrar!

Yo carezco del mismo.

Soy disonancia que altera el bienestar de mis sumisas vírgenes.

Además, ignoran que soy consciente de sus conquistas deshonestas al intentar por cualquier medio burlar mis prohibiciones, pero no puedo reprenderlas por estos juegos que en realidad debo calificar como infantiles. Tendría que haber pensado en las variantes de corrupción que estas jóvenes podrían llegar a inventar con astucia para burlar mis órdenes.

Por desgracia, la prohibición consiste sólo en mirar mi aspecto de frente… y de modo descarado.

Ninguna de las temerosas doncellas comprende que yo siga con vida; ése, por supuesto, más que mi aspecto horripilante, es el miedo más acendrado que las invade. No logran entender que una persona continúe respirando a pesar de haber estado por meses postrada, con heridas que aún siguen abiertas, inflamadas, sin cauterizar, supurando día y noche, heridas inexplicables.

Yo continúo viviendo, y aunque sufra terribles dolores, abro mis ojos bien temprano por las madrugadas decidida a empezar el día. Todo se presenta como una claridad grisácea y difusa, similar a la luz que desprenden las brumas de los pantanos; estoy acostumbrada a ese tipo de cegueras nada más despertar. Se oyen ciertos rumores en las habitaciones contiguas, las muchachas siempre comienzan con sus labores antes de que el sol aparezca.

Poco a poco, mis débiles ojos se acostumbran a las manchas amorfas, dando lugar a los objetos cotidianos que me rodean. Espero unos minutos hasta que mi cuerpo también se despierte, me alzo con decisión y, una vez de pie, ayudada por mi delgado bastón y mis ojos despabilados, me dispongo a dar pequeños pasos.

Antes de mi aseo personal, incluso antes de probar un sorbo de agua, salgo renqueando en dirección a las habitaciones de las vírgenes con la sola intención de examinar sus inmediaciones y así controlar cómo han comenzado el día. Muchas veces puedo escuchar la suavidad con la que dicen sus plegarias matinales.

Al aproximarme detengo mis pasos. No me animo a ingresar a sus estrechos dormitorios vacíos.

Puedo presentir y a los pocos minutos respirar el aire que sale de sus celdas, mezclado con el perfume que suelen emanar las mujeres cuando duermen, ese olor a cascabillo tostado, pero perfeccionado por manos de hadas, que ocupa los lugares donde han pasado la noche. Puedo percibir un milenario aroma hecho de mixturas de naranjos nuevos, mezclado con arándanos, agua de antiguo aljibe y semillas. Perfume a muchas sustancias que a veces me pone frenética, muriendo de envidia hacia la insolente belleza de juventud que muestran estas muchachas… Tanta fragancia, que invade, impregna y circunda sus habitaciones, invita a la sensación de estar todavía en un lugar donde todo es una mujer durmiendo.

Cuando el sol despunta, si nos cruzamos en las galerías, no hay saludos matinales ni intercambio de palabras entre nosotras.

¿Cómo puede una mujer sin rostro responderles un saludo o brindarles una sonrisa?

De inmediato, aceptan el castigo que debemos compartir en esta cárcel de piedra, inclinan sus cabezas y siguen sus pasos para continuar cuanto antes con sus actividades.

Y si bien se han acostumbrado a la falta de cortesía, guardando al encontrarme un mutismo cada vez más sepulcral, por mi parte he aprendido con habilidad a percibir sus silencios. He logrado diferenciarlas y puedo decir que conozco a la perfección sus maneras de callar o estar atentas a cualquier requisitoria de mi parte.

Sin mirarlas, puedo reconocer los olores de sus vestimentas mezclándose con sus efluvios corporales, y con solo atisbos he aprendido a recordar de memoria el ritmo con el que transitan despreocupadas de un lugar a otro de nuestras habitaciones, o cuando se alejan entristecidas de mi lecho, cargando las sábanas manchadas con sangre ennegrecida.

En pocos segundos, puedo darme cuenta si están decididas a concentrarse en sus labores o por el contrario llevan en el corazón algún tipo de cansancio, o peor aún, el afán de volver a ser indiscretas y perder sus traviesas miradas en los juegos cristalinos de los vitrales.

El hecho de que a veces quieran mirar mi rostro desfigurado demuestre el interés por saber cómo me encuentro, preocupadas por adivinar si he dormido bien o he sido de nuevo presa de mis oscuras pesadillas.

Tal vez busquen descubrir en mí algún nuevo esperpento que sea tema de conversación, mediante susurros, en las largas horas vespertinas cuando tejen mis sábanas, acariciando el lino con otro tipo de hebras, hechas con sus lenguas de jovencitas que se permiten comentarios mordaces.

Dirás que sus actos forman parte de un juego inofensivo y que debo sacar de mi cabeza tantas ideas de persecución, pero solo los grandes de corazón logran liberarse del miedo, erradicando la convicción de que toda persona, aunque se muestre inofensiva y cándida, pueda albergar también algo tenebroso en sus intenciones. ¿Será que la apariencia, en verdad, tiene una relación fidedigna con lo que uno es?

A veces siento compasión por ellas, sobre todo cuando recuerdo sus primeros días en esta parte de la casa.

Aquella tarde se toparon con desperdicios y mugre acumulada en todas partes.

Las anteriores mujeres habían convertido todos los lugares, desde las habitaciones y galerías hasta el más insignificante escondrijo, en espacios perfectos para banquetes de gusanos y roedores.

Una vez instaladas, las jóvenes dedicaron todas sus energías para limpiar denodadas. Pero por más que los días fueran transcurriendo, donde ponían sus manos seguía habiendo escoria renegrida; no existía lugar donde pudiesen respirar tranquilas. Siempre caía sobre ellas un hedor nauseabundo.

Todo aquello era obra de las anteriores mujeres…

¡Esas sí que eran horribles compañeras de encierro!

Al ver que nadie de nuestra servidumbre soportaba ver el estado en el que me encontraba, hiciste llamar a ese grupo de mujeres para que me asistieran en las primeras horas de mi agonía. Pero eran tan fastidiosas, quejándose siempre, que poco a poco fueron convirtiendo mis desalientos y dolores en torturas infernales. No podrías imaginar el descuido que sufrí cerca de ellas. ¿Cómo se enseña a alguien a cuidar como es debido a una persona enferma?

Eran hembras añosas, de horribles contexturas.

Al sonreír mostraban, además de dientes con extrañas desviaciones, algo que invitaba a participar de un juego tenebroso similar a la locura. Desprendían de sus cueros cabelludos olor a grasa maloliente y tenían la mala costumbre de maldecir a cada paso.

¿Qué hacer en mi lecho de mujer convaleciente, más que intentar borrarlas de mi conciencia?

Tampoco tenía el suficiente vigor como para defenderme dándoles coces cuando rozaban mis piernas con desaprensión al aplicar los vendajes.

Gracias a Dios nunca logré recordar si eran tres o cuatro las horribles desconocidas que se ocupaban desganadas de todos mis cuidados en aquellas primeras horas de mi dolor.

Fueron las que cargaron mi cuerpo e improvisaron los ambientes de esta celda ubicada en la parte posterior de nuestra residencia.

Recuerdo que me llevaron en alzas como si fueran en procesión, pero en vez de oraciones para honrar mi presencia de santa mutilada, sonreían con sarcasmo soltando perversos comentarios. Atravesaban mi cuerpo con sus pensamientos llenos de maldiciones.

Más tarde sería yo la que decidiera estrechar los ventanales, pidiéndote cambiar el antiguo enrejado por asfixiantes fretes que no permitieran ver nada del otro lado de las ventanas.

Y más tarde, rogarte que hicieras levantar los muros que hoy me siguen apartando de todo lo conocido.

Hierro y piedras son los materiales sagrados con los que hice levantar esta maliciosa celda que simbolizaba mi próxima y definitiva desaparición.

Vivir en estas condiciones me llevaría, de manera acelerada, a una muerte que todas, tanto yo como ellas, necesitábamos.

Al oír mi declaración de autoexilio, me observaban satisfechas. Concordaban con esa forma de suicidio; lejos de la mirada de mis seres queridos, ellas podrían experimentar todo tipo de excesos en mi cuerpo moribundo.

Los suyos eran ojos que anhelaban, y de una manera u otra daban forma a mi desgracia.

Con sus malogradas imaginaciones construían laberintos cubiertos de sombras.

A diferencia de las jovencitas, éstas observaban con descaro mis magulladuras, muchas veces burlándose a carcajadas. Se predisponían a curarlas con el descuido propio de las mujeres rústicas, haciendo entre ellas comentarios villanos. En esos días me sobrevino la idea, y también la espantosa sensación, de que todo lo que tocaban era infectado con sus manos vulgares, extremidades que yo detestaba, algunas por su fortaleza, otras por lo regordetas e inmundas.

Mi aprensión se convertía en un terror deliberado hacia esas manos.

Hubiese sido tan fácil para esas mujeres matarme… Por las noches, un solo movimiento certero, les habría bastado para estrangularme o atravesar mi pecho con sus uñas; ostentaban tanta brutalidad que más que dedos humanos asemejaban garras de bestias salvajes.

Me sentía tan expuesta por mi falta de piel que tuve que recurrir a ti burlando la vigilancia a la que estaba sometida y con mis

últimas energías enviarte mensajes de auxilio que deslizaba por debajo de la única compuerta que me unía al exterior. Te suplicaba que tomaras cartas en el asunto, y de una vez por todas las horribles mujeres desaparecieran de la casa.

No me extrañaría que hubieran proyectado asesinarme como juego macabro, o simple desahogo de su furor asesino, practicando sistemas más sofisticados con tal de exterminarme, pero ninguna se hubiese animado a concluir tal empresa. Si bien eran malvadas, por su comportamiento se percibía que las doblegaba la cobardía.

Al ver que mi estado general, a pesar de estar sometida a sus torturas, seguía igual, generaron en sus cabezas la idea de que la muerte parecía haberse olvidado de mi persona.

Les fastidiaba imaginar que iban a quedarse hasta el final de sus vidas obligadas a cuidar de mi cuerpo que no terminaba de fenecer.

Cuando trataron contigo los detalles pecuniarios, pensaban que se iban a dedicar a cuidar a una moribunda en sus últimas horas, y que pronto volverían satisfechas a sus respectivas cuevas con los bolsillos abultados con emolumentos de oro.

Pero fueron las primeras en notar el curioso y extraño comportamiento de mi carne y su milagrosa manera de seguir presentando batalla, como si debajo de las heridas existiese una naturaleza incorruptible.

Sintieron que al apoyar mi decisión de hacer levantar los muros y clausurar buena parte de los ventanales, se encontraban encerradas dentro de una trampa que yo les había tendido.

Una noche, al intentar subir por los costados de las rejas, se percataron de que era imposible escapar de mis asfixiantes habitaciones.

Frente a ellas se alzaban los infranqueables muros, gruesos como montañas, insolentes y tiesos imitando la conducta de un gélido tótem, sin ninguna aspillera que les ofreciera consuelo para pedir auxilio.

Esos insobornables muros las apartaban de los suyos de una manera cruel.

Si esforzaban la vista, localizaban en lo alto un par de ranuras estrechas en forma de saeteras, únicas aberturas que dejaban pasar un poco de luz proveniente de los espacios habitados al otro lado de nuestra muralla, tan diminutas que nadie lograría escuchar sus alaridos.

Se sumó algo más espantoso: con el paso de los días no había quien respondiera del otro lado de la pesada puerta al pedido de destrabar la brillante cerradura; eran tratadas como enfermas en cuarentena a las que se les entregaba por la pequeña compuerta, al ras

del suelo, el alimento suficiente para sobrevivir algunos días sin darles ningún tipo de explicaciones.

Creyeron que se volverían locas y el odio comenzó a cundir en sus corazones.

Se sentían hartas; día y noche con sus manos mugrientas se rascaban con nerviosismo hasta lastimarse los dedos y también sus rostros, como si el dolor que ellas conocían al dedillo por haberlo provocado, se les estuviera volviendo en contra, desfigurándolas más todavía.

Al caminar por las galerías proferían maldiciones. Acomodaban sin buena fortuna sus cabellos, tratando de atarlos con sus esperpénticos pañuelos. La falta de buen descanso por las noches hinchaba sus párpados y acrecentaba sus aspectos de mujeres desdichadas.

Al amanecer, me miraban con sus ojos desafiantes; esperando que me golpeara de forma fatal al cambiar de postura en mi lecho o imaginando algún tipo de caída mortal cuando intentaba ponerme de pie.

Me obligaban a comer alimentos cocinados en grasas corruptas para provocarme lacerantes náuseas, y buscaban debilitarme de cuantas formas se les ocurriesen.

Todos los días trataban de inspirarme algún nuevo mal.

Debí acostumbrarme a ver correr mi sangre, sin que ellas hicieran nada para detener las hemorragias, y convivir con el hedor de mis vómitos negros, puesto que habían tomado la perentoria decisión de no limpiar mis aposentos. No me daban de beber y con eso provocaban que mis micciones fuesen cada día más dolorosas.

¡Pobres infelices!

Ignoraban que al planificar mi daño, no hacían más que lastimarse a sí mismas.

De manera indefectible, todo el dolor causado volvería multiplicado en sus vidas y en las de sus descendientes. Si el mundo es justo, toda la maldad que practicaron en estas celdas, la llevaron cargándola en sus espaldas como una pesada losa. ¿Acaso esas mujeres, una vez alejadas de nuestra casa, habrán comenzado a propagar infundios por toda la comarca? No logro imaginar cuánta cizaña habrán sembrado en nuestra contra…

Debo agradecerte que, ante mis repetidos pedidos de auxilio, te hayas comportado como un príncipe dadivoso y cambiaras con apuro a las abominables mujeres por las pulcras doncellas que hoy me acompañan.

Éstas son ángeles si tengo que compararlas con aquéllas, pero por temor a caer en nuevas desgracias he debido ser rigurosa manteniendo con ellas un trato distante. Ahora les toca a las pobres

jóvenes sentir el temor que antes me asfixiaba. Castigadas con dolorosos hilos de prohibición que cosen y sellan sus labios, se sienten vigiladas y sin aire; es una manera de exigir respeto por el dolor de mis heridas.

De ser posible me encantaría que me trataran con devoción religiosa.

Cuando supe que los antiguos demonios ya no circularían más por mis habitaciones y que pronto llegarían las jóvenes que describías como seres angelicales, organicé un plan acorde con mi recuperada felicidad para recibirlas.

Cobré un impulso inusitado en mis extremidades y me animé a caminar erguida; no estaba en mis planes que la primera impresión que ellas tuviesen de mí fuera la de una lamentable moribunda.

Recuerdo con absoluta nitidez la tarde en que llegaron.

Se respiraba un aire reconfortante, como si estuviésemos viviendo en otoño o en un debilitado verano. Un fresco recuerdo de músicas venidas del cielo transitaba por las galerías cuyos recovecos, hasta el más ínfimo, festejaban al ser inundados por una luz tenue pero persistente.

Al llegar fueron guiadas por unos sirvientes para entrar a mi lugar de reclusión autoimpuesta.

El umbral de piedra era más ancho que sus delicados pasos.

El miedo asfixiaba, pero decidieron continuar con su marcha.

Detrás de ellas, la puerta de madera con pesados herrajes se cerró con un golpe sordo.

Sintieron desolación.

Sabían que no tenían, ni tendrían hasta el día de mi muerte, la llave que les posibilitara salir. Traspasaron la compuerta sabiendo que estarían obligadas a vivir encarceladas, acompañando la convalecencia de una mujer que se negaba a la muerte.

Intuí que todas por igual sintieron temor y ganas de renunciar, pero algo, parecido a un rictus religioso más fuerte que ellas, las obligaba a continuar, teniendo que mirar cabizbajas en todas direcciones sin la posibilidad de pedir auxilio.

Sus respectivos parientes o tutores recibirían por el servicio prestado monedas de oro y plata, además de gozar de la bendición de contar en la familia con un miembro valiente, capaz de servir a Dios en una peligrosa causa que para muchos ya estaba perdida.

Ellas estarían recluidas, los días o meses que fuesen necesarios, en un claustro con una mujer a la que debían asistir con la más absoluta sumisión, un ser que todos imaginaban sufría de una peste o algo más ominoso que ningún médico podía curar.

Yo las esperaba de pie al fondo de la galería principal.

Al verme de espaldas, intuí que se detuvieron sin saber cómo

continuar, pero no tenían otra opción que seguir caminando hacia mí. Yo guardaba una altivez desconcertante, propia de las columnas de los templos romanos.

Giré, despejé mi rostro embozado y las miré menos que un instante.

Después de quedar espantadas, bajaron sus rostros con delicadeza entendiendo mi claro mensaje de que nunca más debían dirigirse a mí con el intento de observar mi fisonomía.

Se mantuvieron inmóviles, escuchando mi respiración sibilante.

Como te he dicho, hasta el día de hoy les tengo también prohibido dirigirme la palabra. Deben guiarse por la intuición para realizar sus labores y acertar en la manera correcta en que deben llevarlas a cabo. Si se equivocan las maldigo dando golpes en los muebles con mi bastón en señal desaprobatoria.

De las cinco muchachas, hay una que me ha llamado la atención y debo admitir que la he observado con más detenimiento.

A diferencia de las otras, ésta tiene una piel blanca y reluciente.

En cierto modo espanta por su transparencia.

Es la única de las vírgenes que no siente temor en demostrar un abierto regocijo cuando abre las ventanas por las mañanas, para disponerse a respirar el escaso aire fresco que ingresa por los fretes. Cuando limpia el agobiante enrejado, por el buen humor con el que mueve sus manos, podría decirse que canta o repite para sí hermosas plegarias.

Su extrema delgadez inspira un total desinterés con respecto a los actos voluptuosos.

Intuyo que sus cabellos son de color isabelino, que es el color similar al de la mies.

Toda su apariencia transmite mensajes que sólo las personas refinadas pueden dispensar; podría decirse que tiene un aspecto casi irreal por lo lábil de su cuerpo y a la vez benigno y generoso por la confianza que inspira.

Por el contrario, su palidez transmite fortaleza, como si la debilidad jamás la hubiese aquejado, como si ninguna enfermedad hubiese torturado su infancia o mutilado sus sueños de juventud. Tiene un respetable aspecto de santa, un ángel dichoso de haber encarnado.

Lo único que enerva mi calma, desde el primer día, es su costumbre de querer siempre burlar mis prohibiciones; sin ningún tipo

de recato dedica largos minutos a observar los reflejos de los cristales mirando con detenimiento mi perfil inanimado.

Lo hace con un aire decidido, como si en el fondo de su alma no conociera el temor.

Un día llegó a mirarme de frente y guardó un deliberado silencio, pero a la vez me transmitió mil mensajes agraciados desde su lugar de doncella. Nuestro intercambio de miradas pareció durar horas. Me observó con una distancia infinita como suelen hacerlo esas figuras en claroscuro que se encuentran en los cuadros al óleo que pintan nuestros maestros italianos, ostentando a la vez un aspecto tan real que produce escalofríos. Su desenfado, lejos de inspirarme deseos de reprenderla, me paralizó de tal modo que creí estar frente a la más hábil encantadora de serpientes. Sentí confusión ante esa imagen, cuya falta de malicia me inspiró una idea asombrosa…

Comencé a revolver en mi escritorio para coger un papel y escribirle una pregunta.

Hice un gran esfuerzo para empuñar la pluma, acertar en el tintero abandonado y garabatear temblando sobre el quejumbroso papel. ¡Sabía que yo misma estaba a punto de violar todos mis reglamentos! Al terminar me acerqué y se lo di temerosa como al descuido.

Recibió el papel y, sin darse la vuelta, se quedó observándolo. Al cabo de unos segundos empezó a girarlo, buscando dilucidar mis palabras. Tal vez para ella fuesen simples garabatos que no lograba descifrar. De seguro era una pobre huérfana que no sabía leer.

Permaneció cabizbaja.

Sin emitir ningún sonido, con pequeños pasos fue al escritorio. Una vez allí tomó la pluma con respeto, dio vuelta al papel, levantó y observó el tintero cerciorándose de la poca cantidad de tinta que quedaba y comenzó a moverlo con el fin de vivificarlo. Después, embebió la pluma y comenzó a responder mi pregunta escrita.

Al terminar, salió de inmediato sin dar aviso y dejó la puerta abierta de par en par.

¿Mi acción la había alterado a tal punto de conmoverla, que salió de mi habitación sin prestar ninguna atención? Me acerqué y leí en perfecta caligrafía: Mi nombre es True.

—¿True? Extraña palabra… ¿No venía de España esta muchacha? —Me pregunté.

Imaginé que sólo se trataba de un error caligráfico, pero eso resultaba imposible; aquellas letras relucían perfectas, como si hubiesen sido escritas por el más dedicado de los amanuenses. ¿Acaso era un ángel de sabiduría encarnado en esa muchacha…? Desde entonces no he vuelto a buscarla para pedirle explicaciones de dónde

y cómo aprendió los rudimentos de la escritura.

Nuestros días continúan de ese modo, respetando el común acuerdo de convivencia.

Pero mis emociones se despiertan renovadas cada vez que la veo entrar a mi habitación para realizar sus quehaceres, y cuando lo hace, por los cristales se cuelan ciertas luminiscencias que se transforman en figuras moviéndose de un lugar a otro con un espíritu protector. Esa luz altera benéficamente el aspecto de los revoques, creando presencias mágicas que me calman, quitándome toda sensación de amenaza, como si ya no existieran personas agresivas y crueles.

Me bastó leer esas cuatro letras para que mi corazón comenzara a funcionar como si estuviera alimentado por una suerte de bálsamo milagroso.

Cuando empiezo mis días, pronuncio su nombre para mis adentros, e imagino decir True el resto de mis horas.

El sonido incomprensible

¡Ésa era la palabra que repetían con insistencia al disputarse las piezas de tejido de seda! Mis parientas vociferaban y mostraban sus dientes como animales salvajes, repitiendo el sonido que hasta ese momento me resultaba incomprensible. ¡True! ¡True! En medio de tanto bullicio me preguntaba qué hacían al pronunciar esas letras que hasta entonces no significaban nada.

También recuerdo a los hombres más viejos cuando caían embriagados sobre los sillones repitiendo esas letras. ¡True! ¡True! Tuve la fantasía de creer que se trataba de un capricho senil por parte de ellos, que por el hecho de haber abierto los cuadernos y darse cuenta que no podían leerlos, ponían en escena un lunático juego fonético para confundirme. Me río recordando que la paranoia se había apoderado de mí a tal punto que llegué a pensar que se trataba de un siniestro plan urdido por mi parentela, para ocultarme todo lo posible acerca de la mujer cuyo "nombre" resultó ser True.

¡Ahora recuerdo bien! Cuando se ubicó el féretro en la fosa, hubo quien dijo:

—Perdónanos, True…

Pero no ubiqué a la persona que pronunció dicho lamento en la multitud. Los dos o tres parientes que había allí, sentían tanta vergüenza que se mostraron cabizbajos entre el gentío enfervorizado. Al escucharlo, debo admitir que era un sonido que llegó a inquietarme, pero preferí no darle importancia.

¡Así que mi tía fue en vida la doncella True! La intrépida y, al parecer, predilecta jovencita al servicio de la extraña autora de estos cuadernos resultaba ser mi sobrenatural tía. ¿Pero cuál habrá sido el motivo para hacerse llamar de esa manera? ¡Cuántas preguntas surgen al respecto!

Giuseppina interrumpe mi trabajo al traerme en una bandeja lo que será mi cena en esta noche calurosa. Sus platillos se ven deliciosos y, a decir verdad, estoy famélico debido a tantos días de abstinencia, pero no creo que pueda soltar estos papeles.

No probaré ningún bocado.

Observo que hay un vacío en las páginas que siguen, más adelante continúa una serie de dibujos con anotaciones explicativas. En fin, sigo sin entender el motivo por el cual esta mujer buscaría alternar cartas a su esposo y memorias de su vida cotidiana con esta clase de dibujos que sólo podrían ser realizados por un experto científico.

La corrosión ha provocado que ciertas partes estén casi ilegibles; haré un nuevo intento todavía y buscaré continuar con mis transcripciones.

II

Algo pesado como una piedra impactó sobre mi frente, al instante un par de manos presionaron mi cuello. Todas las noches del mundo buscaban estrangularme.

Desperté sobresaltada y sin aire, creyendo haber escuchado, a pocos centímetros, un estruendo o un grito parecido al bufido de un animal encarcelado que me sacó con brusquedad de mi atormentado reposo. Creí oír una serie de lamentos que provenían de lejos, pidiéndome auxilio.

Confundida, comencé a sollozar, mientras sufría degluciones espasmódicas del poco aire que mis pulmones debilitados podían dispensarme. La falta de aliento terminó por torturar mi pecho y tanta conmoción aumentó mi asfixia. ¡Ya desesperada, me puse a dar manotazos en la negritud del aire! Tuve la intuición de que todo aquello se trataba de la vuelta de las antiguas brujas, y que permanecían al pie de mi lecho, observándome expectantes, resueltas a asesinarme…

Pero no estaban allí, hubiera sido muy fácil reconocer la presencia de sus cuerpos pestilentes. Lo que me despertaba, espantándome de esa forma tan horrible era más ominoso que el peligro que podrían inspirar mis antiguas torturadoras.

Sin despabilarme siquiera, intenté observar en todas direcciones y busqué algún indicio que me salvara de esa terrible confusión.

¿Qué tipo de espíritu u oscura presencia deambulaba acechando en mis aposentos?

No veía nada, la bruma insistía indolente, aumentando mi ceguera.

Mi cuerpo comenzó a temblar. ¿Había alguien más ahí? ¿Sería una de mis doncellas que entraba en lo profundo de la noche para husmear entre mis cosas? Atiné a buscar mi bastón. ¡No lo encontré por ninguna parte! Me torturó la idea que de nuevo era víctima de un plan maquiavélico, trazado por mis vírgenes convertidas ahora en harpías, y yo sin armas para defenderme.

No podía emitir gritos, ni siquiera farfullar, sentía sofoco.

De pronto fui viendo cómo se dibujaban las líneas de mis muebles. Comenzaban a vislumbrarse los perfiles de las ventanas notándose las pequeñas bovedillas con sus formas ornamentales decoradas al fresco. Todo estaba en orden, al parecer una quietud inabarcable reinaba ahí desde hacía horas.

¿Acaso todo sucedía en mi imaginación? Cuando te aqueja el dolor, ¿es más fácil imaginar presencias fantasmales?

Las cortinas traslúcidas de linón que rodeaban mi cama estaban intactas; incluso las guardas bordadas imitando inflorescencias en flabelo tampoco se movían amenazantes.

No había presencia humana; lo único que ocupaba los espacios era una luz escuálida que provenía de las delgadas ventanas. Al no existir rumores, todo sobresalía sobrenatural y estremecedor.

¿Qué estaba sucediendo?

¿De quién era la voz pidiéndome auxilio?

Volví a sospechar de alguna de mis doncellas que, sola o en complicidad, estaría haciendo de las suyas deambulando en horas prohibidas, y al creerse descubierta habría escapado asustada rompiendo algo en su camino. ¡De ser así, las muchachas no eran más que diablos disfrazados!

A duras penas observé con detenimiento cada resquicio de mi celda y no encontré restos de vajilla destrozada por ninguna parte. Los cortinados no lucían corrompidos, la escribanía y los arcones de madera tallada relucían tranquilos. Las diminutas ventanas, invadidas por la claridad de la luna, conservaban sus formas cristalinas.

Todo anunciaba que nada había sucedido, pero algo continuaba pesando en mi alma.

Una extraña presencia buscaba desbaratar mi percepción tanto del tiempo como del espacio. ¿Era ésa mi celda, la misma que me cobijaba o era una cueva que intentaba expulsarme?

Creí oír un leve dejo de respiración en dirección a la puerta y me acerqué decidida a descubrir a la invasora para desenmascararla.

Abrí con enojo y me di con el vacío.

El corredor desprendía efluvios helados.

Todo alrededor palpitaba con una quietud que asustaba. Si en verdad hubiera existido un grito estentóreo, había ocurrido en las habitaciones ocultas de mi imaginación.

Continué despierta el resto de la noche. Al final, el sueño se adueñó de mí, venciéndome cuando las primeras luces del alba iban asomándose por las hendijas de las ventanas. Por demás agotada y llena de miedo, todo conspiraba para que me sumiese en un horrible sueño. ¡Oh Dios, mi cuerpo presentía que se acercaba a un sueño espantoso! Para calmarme, repetí el nombre sagrado de mi doncella predilecta…

Una nueva pesadilla me llevaba consigo.

Al caer en el sueño volvía a repetirse el golpe estruendoso que aturdía anteriormente mis oídos, pero ahora venía multiplicado y acompañado con formas circulares, como esferas encendidas despidiendo humo negro y pestilente, cayendo desde lo alto directas

hacia donde yo me encontraba.

Las esferas de fuego me aplastaban y quemaban completamente.

La voz de un hombre ordenaba que se infligiera más tortura sobre lo que quedaba de mí, y también sobre mi pueblo.

De inmediato, una cantidad de esas esferas ígneas cayó sobre nosotros como venida del cielo. Aparecían imitando infinitos soles en medio de la noche. Aturdían con su estremecedora música, nos incineraban y nos extinguían.

¡Se escuchaban los gritos de mi gente pidiendo auxilio a los dioses! Pero nada, ni nadie venía a salvarnos.

El dolor de los hombres era tan grande que rogaban tener la forma de animales para escapar más veloces de aquel lugar invadido por la atrocidad. Las mujeres, aterradas, hubiesen querido transformarse en pájaros y alzarse en vuelo inmediato con tal de huir de ese infierno. Pero nuestra humilde naturaleza humana nos tenía detenidos en ese lugar de tortura.

En pocos minutos, la muerte triunfaba sobre mí, la que sería mi familia y mis compatriotas. Tanto hombres como mujeres, desvalidos ancianos y niños, ahora deshechos, yacíamos derrengados, convertidos en carbón sangrante. Yo veía todo aquello en detalle y ahí residía la verdadera naturaleza aterradora de mi sueño.

Sobre nosotros, un grupo de ángeles nos observaba impávido.

Horrorizada, comprobaba que ningún dios benevolente se manifestaba para ayudarnos y que una magia antigua de maléficos conjuros era lo que en verdad triunfaba sobre nuestros destinos.

Veía cómo del horizonte nocturno surgía una cantidad inimaginable de soldados de una hueste enemiga, cubiertos con mantos purpúreos. Sobre sus cabezas brillaban yelmos de acero, y venían decididos a caminar entre nuestros cadáveres para cerciorarse de que ninguno de nosotros estuviera con vida. Clavaban con desprecio sus lanzas enastadas en nuestros restos miserables, pronunciando todo tipo de maldiciones y expresiones coléricas. Al destrozar nuestros espinazos y extremidades, ponían en evidencia la fragilidad de la carne humana…

Esta pesadilla fue la que provocó mis deseos de escribir los primeros papeles que componen estos cuadernos, con los cuales intenté describir a True los pormenores de mi calvario nocturno. ¿Pero sería correcto entregar a mi doncella mis sueños convertidos en palabras escritas?

Al final me animé, y le entregué la solitaria hoja.

Cuando leyó mi sueño, la joven, que siempre mostraba laxitud en su rostro, se comportó agitada, intentando con temor descifrar hasta el más pequeño signo ocultándose en mis letras. Por

más que tuviese el aspecto de esfinge devoradora de todo aquel que la conminase, esbozó la típica sonrisa de quien observa con cierta preocupación.

Por primera vez descubrí en sus gestos que detrás de las actitudes frescas que mostraba, se ocultaba una mujer capaz de leer los posibles significados que encubren los malos presagios.

Volvió a leer con detenimiento.

Entonces alzó su mirada y, despreocupada, me observó sin miedo alguno; lo hizo como si fuese una estoica conocedora de la mántica y también fuese capaz de predecir el futuro a partir de sus premoniciones.

Convirtiéndome en alguien transparente

Giuseppina ha dado golpes en mi puerta hasta cansarse. Anoche cometí el error de cerrar mi habitación con llave, y hoy por la mañana un morboso sopor me ha mantenido encarcelado, por lo que no escuché ni el primer aviso para desayunar, ni los consiguientes llamados cada vez más cargados de preocupación de mi desvalida mayordoma.

La pobre mujer, asustada al no escuchar ninguna respuesta mía, con el correr de los minutos ha imaginado lo peor y ha entrado en pánico.

Estos días de supuesto reposo en las afueras de Cisterna, para ella se han convertido en jornadas alejadas del alivio.

Desde que la he traído con el fin de acompañarme, no le he dado descanso a sus desgastados nervios, primero llenándola de tristeza con mi calamitoso estado, ahora ocasionándole estas clases de sustos, lo cual me provoca cargo de conciencia. Además, observando en lo que se ha convertido mi vida práctica, tan vilmente transformada, me acosa la incertidumbre de no saber hasta cuándo podré continuar con este improvisado y jamás imaginado oficio de transcriptor.

¿Dónde me llevará todo esto?

Comienzo a recriminarme por continuar en esta empresa que no debí haber empezado nunca.

Como ya he dicho, hasta hace poco, llevaba mi vida en Turín, verdadero centro cultural de la llanura Padana. Además, una ciudad donde los comerciantes ven multiplicar sus inversiones y las tierras circundantes, aptas para la buena agricultura, otorgan a sus propietarios generosas y cuantiosas ganancias. Allí podría estar viviendo como un príncipe.

¿Qué estoy haciendo en este lugar perdido de la montaña? ¿Cuál será el verdadero motivo que me impulsa a continuar con este deseo inexplicable, y torturar de este modo a la humilde servidumbre, sin olvidar el aditamento de preocupar a mi familia?

Hasta hace poco, mi vida llevaba un ritmo humano razonable; ahora mis días son casi iguales a los de la autora de estos inaccesibles cuadernos, mujer que decidió hace más de un siglo confinarse en su absurdo refugio de piedra, apartándose para ocultar el horror de sus heridas.

Sigo sin comprender sus verdaderas intenciones, pero las mías son más descabelladas por haber tomado la decisión de

encerrarme, pretendiendo salvar estos papeles cuando en realidad no tengo nada que ver con ellos.

Me he convertido en el lazarillo de una mujer inmaterial, que vive oculta y protegida en las páginas envenenadas de estos cuadernos terribles.

¿Habrá esperado todos estos años para llegar a mí y ser resucitada por medio de mis transcripciones o, peor aún, pretenderá volver a la vida a través de mi fisiología?

Me pregunto, y permanezco meditabundo, sin respuestas.

Al igual que True, hoy me veo en la obligación de leer sus palabras escritas. Parece que la consigna es que debo encontrar, oculto en sus textos, un mensaje soslayado. Siento que me está pidiendo auxilio, llamándome desde alguna desconocida dimensión… Y mediante un inexplicable mandato, me veo en la obligación de tener que otorgarle la posibilidad de volver a dar pequeños pasos, como si en realidad fuese yo su delgado bastón, a punto de quebrarse, guiándola en su renovada existencia.

Al transcribir sus textos he vuelto a inyectar vitalidad, no sólo a sus palabras sino también a algo más de su existencia, que todavía no puedo penetrar por lo incomprensible de todo esto.

Me ha sido impuesto este fastidioso trabajo a través de True, mi antecesora, y también en alguna medida por intermedio de mi madre, a la cual tuve que acompañar en este viaje a Cisterna que no debería haber realizado nunca.

También las circunstancias, que creo haber informado en esta crónica, llevaron a desencadenar los desgraciados acontecimientos sucedidos.

Me siento encarcelado.

Al abordar el primer cuaderno, me engañó el hecho de creer que la autora podría ser algún tipo de heroína que se animó a enfrentar las costumbres de su época al recluirse en sus habitaciones. La veía como una extraña sobreviviente, que se negaba a ser observada por los ojos de su marido y que además no se permitía morir, por más que todos esperaran su inminente deceso.

Ahora, tendido en mi cama, siento que se ha convertido en una criminal que busca despojarme de todas mis pertenencias vitales.

Mis noches están pobladas de espacios en blanco, similares a las interminables horas de su insomnio.

Escucho su respiración agotada y su debilitado palpitar cerca de mí.

Busco mantenerme despierto en una tortura constante por temor a ser asesinado por los fantasmas de sus antiguas sirvientas. Y cuando logro cerrar mis ojos para descansar, de inmediato soy presa de pesadillas más agobiantes que las suyas, de las cuales no logro

despertarme.

Temo girar y encontrarme con su abrazo apasionado al confundirme con su esposo, creyendo que con sus fastidiosas epístolas ha logrado convencerlo de que su encierro es algo acertado, e incluso beneficioso para muchos.

Lo más terrible del caso es que no puedo ni siquiera imaginar la posibilidad de destruir estos papeles y su desgraciado bagaje literario, que intenta sin buena fortuna describir un amor platónico.

Desde algún lugar del pensamiento, hora tras hora, esta mujer despliega sobre mí una seducción que enerva mis sentidos, volcando un hechizo que vuelve a inyectar vigor a mi organismo de varón ya agotado. Me mantiene con vida para continuar leyendo día y noche, mientras transcribo sin detenerme ni un minuto, hasta que mis ojos dejan de ver con nitidez y mis manos palpitan entumecidas por la fatiga; por momentos actúan como torpes o descoyuntadas partes de un cuerpo al que ya no pertenecen.

Al igual que los besos embriagadores, esta mujer sin forma humana, llegando mediante palabras escritas, invade mis sentidos con sus efluvios de diferentes colores.

Me cautiva, y caigo en emociones inexplicables…

No debería maldecir tanto a estos cuadernos, ni tampoco mi condición de calígrafo elegido. ¡Ojalá pueda convencerme de que se trata de papeles importantes y milagrosos en muchos aspectos!

En la mitad de la madrugada, cuando mis percepciones ya se encuentran diezmadas, suelo mirar hacia la ventana de mi cuarto procurando aligerarme.

La luz de la lámpara es mi única compañía.

En el reflejo del cristal, veo un rostro que me observa; es un contorno, una imagen apenas delineada que con sus labios amorfos intenta decirme algo, el rostro de un Massimiliano que no logro reconocer. Parecería querer tomar formas contundentes, para advertirme con sus gestos compasivos que no vaya a caer en el error de creerme merecedor de nada, de que el verdadero destinatario de esta herencia en realidad no soy yo, que soy apenas un transcriptor, casi un traductor, por la complejidad del texto… En efecto no hay beneficiario. Aún no ha nacido en esta Tierra.

—¿Sabré manejarme con prudencia? —Le pregunto al diáfano retrato como si de él pudiese surgir la contestación de un condescendiente oráculo.

No surge ninguna respuesta del frío cristal y continúo sumergido en las linfas de la ignorancia. Me invade un inmenso

apagamiento de mis sentidos, sufriendo a la vez esa espantosa somnolencia que adviene cuando las energías se han consumido y algo nos quiebra. Pronto caeré en un sueño reparador.

Agradezco a Dios y vuelvo a posar mi mirada sobre el escritorio.

Los cinco pesados cuadernos despliegan una debilitada luminiscencia, como si estuvieran llamándome. Intentan llamarme utilizando las voces de antiguos hechiceros.

Los cubro con un grueso paño.

No volveré a trabajar en ellos al menos por un par de días, en los cuales me dedicaré a dormir y alimentarme como es debido. Por si algo malo me sucede, he entregado a Giuseppina todas las llaves de la casa.

Visita inesperada

Días atrás aparecieron de repente mis tres hermanas. Por sus expresiones adiviné que habían organizado un sospechoso plan que las traía a Cisterna para visitarme, trayendo diferentes canastas con todo tipo de antipastos, además de unos deliciosos *capeletti* y arrollados de espinaca, todos platillos, según sus comentarios, preparados por ellas mismas sin ayuda de la servidumbre.

El banquete se completaba con generosas porciones de *mostarda* de Cremona enviadas por mi madre, todo empaquetado en graciosas fuentes de madera tallada para que fuese capaz de sobrevivir a la travesía. Al desempacar movían las bandejas con un gracioso y extremo cuidado para no mancillar sus mangas de pernil.

Al ver tal abundancia de exquisiteces, que iban mostrándome mientras reían y olfateaban con delicados modales femeninos, creí que el veneno de las páginas me había hecho perder la noción del tiempo, y que ya estábamos en vísperas de Navidad.

Atiné a mirar por las ventanas y noté que los pequeños sembradíos, labrados en las laderas de las montañas, seguían reluciendo sus inocentes colores verdes, llenos de pureza, como las primeras pinceladas en el cuadro de un artista aficionado y que todo el paisaje continuaba acariciado por una ventisca calurosa, por lo tanto debía seguir siendo agosto.

Ayudadas por Giuseppina, en menos de un minuto, mis hermanas armaron bajo uno de los robles la confortable mesa donde almorzaríamos displicentes. Por mi parte lavé mi rostro repetidas veces con agua fresca, tratando de borrar mi agotamiento. Puse bajo llave los antiguos manuscritos y resguardé bajo el paño azul francés las transcripciones.

Tuve el impulso de bajar a la bodega para buscar un par de botellas de buen vino y dar a mis visitantes la bienvenida que merecían.

Mientras descendía, atisbé por una pequeña compuerta que Carlina, la mayor de mis hermanas, al asegurarse de que yo estaba lejos, empezaba a inquirir con exageradas expresiones a Giuseppina, quien sólo atinaba a responder con medias palabras y aferraba la bandeja por temor a dejarla caer debido a la presión que sentía.

Las otras dos observaban la escena, atentas para dar rápido aviso si yo me presentaba trayendo mis botellas. En el ínterin trataban también de sonsacar algo de las entrecortadas expresiones de la pobre sirvienta. Era evidente que mis tres adorables hermanas tramaban

algo, pero seguía yo sin entender el verdadero motivo que las traía a Cisterna.

Lamentablemente no podía hacer uso de ninguna clarividencia que me permitiera desenmascararlas. Mi oscura autora era una mujer recelosa de sus propiedades y sólo me quería embriagado en los espacios que implicaban su intricada literatura.

Llamaba la atención que tres damas tan elegantes, desposadas con gentiles varones turineses, dejaran las comodidades de la ciudad y apareciesen de ese modo, debiendo viajar largas horas por una carretera pedregosa hasta llegar a un insignificante poblado en medio de la montaña y compartir un improvisado día familiar con un hermano por el que tampoco sentían un denodado respeto… Ellas se encontraban cómodas viviendo con sus prósperos esposos bajo los antiguos e injustos ordenamientos napoleónicos. Incluso la más humilde de las fregonas o mucamas que deambulaban por las habitaciones de sus casonas parecían disfrutar del hecho de servir a una aristocracia protegida por vetustas constituciones. Gozaban la buena fortuna de haber conseguido respetables contratos conyugales a pesar de cargar con el peso de nuestro revolucionario apellido.

¿Qué hacían en Cisterna?

Dicho comportamiento resultaba más extraño y peligroso al no haberse comedido ninguna de ellas en enviar un mensajero que anunciara tan aparatosa visita. ¿Qué sería lo que en realidad buscaban?

No quise hacerme demasiadas preguntas.

Me dispuse a relajarme y disfrutar de la sorpresiva visita fraternal. Aparecí llevando en mis manos dos preciosas botellas de buen vino, y una sonrisa bien articulada.

El claro mantel de organdí, al igual que el blanco de fondo de sus ropajes estampados con diminutas flores y mariposas multicolores, daba la sensación de tener la pulcritud necesaria para esconder lo inconfesable. Sin embargo, los frunces y sucesivas capas superpuestas de algodón calado sobre sus delicados hombros no lograban ocultar sus verdaderas intenciones. Aunque fuese una práctica superficial, mis ojos de oráculo no dejaban de observarlas y escrutarlas.

¿Eran espías tratando acaso de robar mis cuadernos?

¿Pero enviadas por quién?

De repente perdí los movimientos de Giuseppina, a quien busqué de manera insistente para saciar esa estúpida sospecha ya instalada en mi cabeza. ¡Quería vigilarla!

Mis propias palpitaciones me ahogaban impiadosas.

Al observarlas más en detalle, noté que sus talles lucían más estrechos que nunca.

Me volví a preguntar cómo habían podido soportar un viaje

en carruaje con esas inmensas hopalandas con varias capas de enaguas que servían para mantener esos volúmenes, sumados a los remates acolchados de sus ruedos y a hombreras rellenas de plumón, que levantaban sus mangas abullonadas, imitando a las banderas victoriosas.

Una tortura así, al tener que soportar un viaje en esas condiciones, guardaba un propósito que todavía no me era posible dilucidar. ¡Pero pronto lo sabría todo!

Me tranquilizó el hecho de ver la figura escurridiza de Giuseppina que se movía de un lugar a otro en la cocina.

Al parecer, mi cuarto y mi escritorio estaban intactos.

Durante el almuerzo, nuestra sirvienta se condujo con un detestable rictus que transformó su rostro. Se acercó lo menos posible a nosotros, bajando su mirada cada vez que nos alcanzaba lo indispensable. A mis hermanas parecía no molestarles la inusitada indiferencia de nuestra otrora servicial y condescendiente sirvienta.

Aunque se percibía cierta tensión, que nos obligó a todos por igual a guardar incómodos mutismos, el almuerzo transcurrió tranquilo. De vez en cuando surgían risas ocasionadas por el recuerdo de nuestra infancia, que siempre repetíamos con inocencia cada vez que nos reuníamos.

Nadie se animó a traer la imagen de nuestro padre y su desgraciado fallecimiento, es más, pasados los platos principales, y mientras degustábamos los diferentes sabores de la fruta abrillantada, comprobé, por algunas palabras que pronunciaron María y Cristina con humor femenino, que en las casas de algunos parientes de Turín existía a mis espaldas una corriente de crítica mordaz, que intentaba aniquilarme, con respecto a mi vida y mi nueva tarea de transcriptor.

—Si continúas refugiado en este pueblo, perderás las nuevas oportunidades que está brindando nuestro rey a los jóvenes de la aristocracia —dijo Cristina para convencerme.

Al estar bajo las órdenes del condescendiente sucesor de Carlo Felice, muchos de los jóvenes provenientes de familias cultas teníamos acceso a ciertos lugares de privilegio. Era parte del “cauto” reformismo implantado por el autoritario y monárquico Carlo Alberto.

Por otra parte, sabía que mis cuñados, al ser considerados nobles de confianza, tenían además la posibilidad de acceder algún día a cargos públicos que con seguridad ampliaran aún más sus fortunas y licencias para hacer lo que se les antojase.

—Todos comentan con mucha preocupación que estás en el camino errado —terminó diciendo María.

Por lo visto, tanto mi madre como mis hermanas, no habían respetado mi expreso pedido de guardar en secreto todo aquello que tuviera que ver con mis nuevas actividades llevadas a cabo fuera de la

ciudad.

Quise mantener la compostura, reprimiendo toda expresión defensiva.

Estaba tan decidido en querer sumergirme en los escritos de mi enigmática autora, pero sobre todo develar la herencia dejada por nuestra común antecesora, True, que tal vez, bendecido por Dios, me llegó una diáfana revelación. Respaldado por una extraña sabiduría, comencé a observar a mis hermanas y demás parientes con una piedad inmensa, mientras que al mismo tiempo ejercitaba un desinterés descomunal, marcando una lejanía con sus ignorancias.

Ninguna de ellas, ni nadie, podría jamás experimentar la tortura, pero también la fascinación de sentirse, por medio de la magia de la literatura, respirando de una forma tan palpable en el cuerpo de alguien del siglo XVIII. Tenía la sensación de estar viviendo en carne propia sus días y contemplando con sus debilitados ojos las líneas que conformaban su celda levantada con piedras.

Cuando uno vive emociones de otras personas, éstas resultan ser tan pesadas como las torres de una gran abadía, pero de forma inexplicable, era la única felicidad a la que yo accedía.

Muy poco me preocupaba lo que algunas personas sin importancia dirían maliciosamente con respecto a mi nueva vocación.

Mis hermanas continuaron con sus comentarios aprensivos. Cuando intenté convencerlas de que todo estaba en orden, que me encontraba muy bien tomándome esos días en las afueras de Cisterna hasta que lograra desentrañar al menos algo de mi extraña herencia, las tres por igual me observaron boquiabiertas, intercambiando entre ellas gestos de escepticismo.

Según las expresiones de sus cejas un tanto arqueadas, mi rostro desfigurado decía otra cosa muy diferente.

No pronunciaron ninguna palabra. Era evidente que las tres sentían pena y preocupación por mí.

Al despedirme de ellas sentí resquemor. Tenía la certeza de que en los pocos minutos que estuvieron a solas, habían intentado convencer a Giuseppina para que hiciera un trabajo fino de colonialismo femenino, a fin de que yo desistiera de mi voluntad de seguir trabajando en los cuadernos y volver cuanto antes para cumplir con mi obligación de hijo menor, cuidando de nuestra madre en Turín.

Otra cosa no explica el hecho de que hayan aparecido así tan de repente con sus figuras voluptuosas, haciendo un admirable esfuerzo para representar sus personajes de hadas, vistiendo sus trajes de blancos materiales para acrecentar sus aspectos de mujeres

benévolas.

Pero no haré caso a mis temores.

Cumpliré con mi promesa de descansar un poco más, y volveré más tarde a la compañía de mi mujer fantasma.

Al entrar y revisar mi escritorio, volvió a mi cabeza la idea de que Giuseppina, que por más que hubiese estado atareada en la cocina, habría aprovechado alguna oportunidad como para hurgar mis papeles.

¿Y si era una secuaz de mis hermanas y de todos mis parientes…? Pero no. Todo parecía intacto.

Al volver a abrir el primer cuaderno, comprobé que sus páginas estaban por deshacerse, todo lo ahí escrito corría el riesgo de desaparecer. A punto de desintegrarse como ceniza, era necesario que alguien lo salvase cuanto antes; me embargó una inmensa pena y algo en mi interior me dijo que debía postergar de nuevo mis horas de sueño.

Me pondré a trabajar ahora mismo; me he alimentado con un delicioso almuerzo y eso repondrá buena parte de mis desgastadas energías.

Esta noche, si es necesario, me ayudaré con lupas, y por la mañana esperaré los primeros destellos del sol, que es cuando brilla enérgico y cristalino, para afirmar los traslúcidos papeles sobre los cristales de mi ventana. Así trataré de adivinar el mensaje de ciertos anagramas, que aparecen debajo de unos estrambóticos escudos con borduras jaqueladas, y que mi memoria de aficionado al estudio de la heráldica todavía no logra identificar.

¡Si tuviese una sortija mágica que me protegiera del agotamiento humano, me ayudaría a continuar mi trabajo con mayor soltura!

Al adelantar las preciosas ilustraciones, de las que me ocuparé más adelante, veo que continúan más palabras.

Comienzo a transcribir; mi rostro palidece, y todo mi cuerpo se conmueve intuyendo cierto rasgo de insalvable esclavitud en mi nueva condición de amanuense de los muertos.

III

En las noches en que me resulta imposible conciliar el sueño, utilizo una particular manera de adormilarme. Cierro mis ojos y siento que un gris amarillento, color inventado por mi debilitada ceguera, comienza a salir del interior de mi cuerpo para poblar el lecho y toda la habitación con su naturaleza volátil.

Lejos de sentirme aterrada por esa especie de desangrado en colores, encarno un tipo de libertad que me colma de júbilo permitiéndome habitar en esa bruma, adquiriendo la forma de un cuerpo renovado.

Advienen primero los recuerdos de ciertas texturas, aparecen nuevos colores, luego sensaciones infinitas, y por lo tanto inclasificables, de mi vida anterior.

De repente me convierto en la niña que corría alegre por los inmensos pasillos de la infancia, y con la memoria vuelvo a recorrerlos, pero ahora con el aspecto de una niña transparente o de probable libélula que ha recibido el premio de ser inmortal. Un ser etéreo capaz de volar y de traspasar los prohibidos umbrales que llevaban a ciertos lugares vedados de la casa.

El insomnio me devuelve el desvelo, obligándome a cerrar mis ojos, dispuesta a recordar las texturas de los suaves ropajes con los que me solían vestir en aquellos días entrañables. Es una forma de buscar consuelo, de comunicarme conmigo misma en términos algo amables.

No debes pensar que es una perversa manera de castigarme al recordar los tesoros que he perdido, o peor aún, una nueva modalidad de la locura.

En esas ensoñaciones añoro volver a palpar los tersos hilados, y sentir las cálidas suavidades de las camisetas de impecable lino, que debido a sus costuras artesanales, asemejaban vestimentas similares a las estrictas lorigas de las doncellas de la edad media, y que en mi cuerpo no lucían rústicas ni agresivas, sino más bien como togas angelicales, y que las obedientes nodrizas prendían en mi pecho con botones de nácar que acertaban en ojales zurcidos en hilos de seda.

Ponían tanto cuidado, que sus manos temblaban al hacerlo, como si estuviesen tratando con alas de delicadas mariposas.

Para probar mis nuevos trajes, me llevaban en alzas recorriendo extensos pasillos y galerías hasta llegar a un mágico recinto, donde se hallaba un imponente espejo suspendido en el muro por medio de cadenas de pesados eslabones y cuyos ornamentos

señoriales eran dorados al igual que las coronas gigantescas.

Una vez ubicadas en mi cuerpo las piezas hilvanadas, esas mujeres candorosas disfrutaban en consultarme cada detalle, si gustaba de diseño o si estaba de acuerdo con la combinación de colores aplicados en las sobrefaldas. Buscaban tranquilizarme diciéndome que en los ruedos habría diminutas e incluso invisibles puntadas, hechas con hilos que desprendían de los mismos géneros.

Lo hacían con tanto respeto, esperando mi aprobación de niña consentida, que despabilaban y despertaban en mi inocencia una solemnidad innata, propia de los niños bien amados.

Pero el recuerdo de la suavidad de aquellos camisones, enaguas y trajes infantiles, pierde relieve cuando llegan las formas de los diminutos botones de nácar, irregulares presencias, manchas brillantes sobre las telas que al menor de mis movimientos buscaban cambiar de aspecto tornasolando sus colores de forma súbita. Era un espectáculo observar las mutaciones de aquellos botones con tonalidades azules que mudaban a grises y rosadas, capaces, con la hermosura de sus reflejos, de transportar por medio de la imaginación a cualquier mortal a las más alejadas profundidades marinas.

Aparte del espejo, conmovedora ventana de cristal biselado donde se repetían mis expresiones azoradas, se encontraba, depositada a pocos metros, una colección de trajes de mi madre, ubicada sobre maniquíes y prendida con filosos alfileres para evitar probables desmoronamientos. Yo disfrutaba escapándome de las tediosas sesiones de prueba, haciendo perder la paciencia de mis nodrizas costureras, al pasear entre los mudos maniquíes, acariciando los perfiles de los trajes brocados. Voluminosas confecciones hechas con piezas de terciopelo *tagliato* proveniente de Venecia o sedas tejidas en Lyon… Reía desaforada cuando levantaba los tules que protegían los trajes más delicados, perdiendo mi mirada en los fantásticos colores e irisaciones de esos paños tan exquisitos, traídos desde tierras lejanas, lugares que una niña como yo jamás imaginaría por la distancia.

Era evidente que el hecho de que esos paños también tuviesen infinitas texturas, confería a la vestimenta de mi madre el aire de una reina inalcanzable. Yo me deleitaba percibiendo esas sinfonías cromáticas que nacían al observar la altisonante pureza de los colores en esas preciosas prendas.

Azules pavonados, dorados difíciles de creer que pudiesen ser fabricados por manos humanas, bermellones que superaban con ventaja por sus resplandores a los más perfectos y antiguos cinabrios…

Mi madre era una mujer tan agraciada por Dios en su belleza que no necesitaba hacer uso del cuerpo de ballenas, especie de estructura torturante que repetía la forma de mujer espigada, realizada en hierro y forrada finamente por manos de varones

artesanos, para adquirir la más refinada silueta femenina.

Tampoco precisaba del aparatoso guardainfante, que dejaba machucados sus costados con tal de ensanchar sus caderas y así llamar la atención de los invitados en sus reuniones sociales. Pero todas aquellas prendas que marcaban a sangre buenas partes de su delicada espalda, eran indispensables para lucir como la reina que ella pretendía ser.

Como solemne y solada señora de su casa, se obligaba a recibir con obediencia las visitas que poblaban sus salones; era una mujer ceñida a esas agobiantes costumbres, tanto en el vestir como en el comportarse.

Las tersas texturas de los rasos y las sedas acariciaban sus formas de mujer blanca y frágil. Los bordes de su escote, terminados en encajes de Alençon, iluminaban los colores ebúrneos de su pecho, que siempre cubría con los extremos de su fino fichú, pequeña y delicada prenda en forma de triángulo que simulaba un chal y que ella misma bordaba con sedas policromas.

Con sus ornamentos y particular don para elegir sus atavíos y espléndidos perfumes, imponía con delicadeza lo que conformaba para ella la cultura francesa, era su manera de ofrecer resistencia por el hecho de verse obligada a vivir en otro país que no fuese su amada Francia.

Y bien aconsejada por sus damas de compañía, no se conformaba con llenar sus arcones con cantidades de piezas originarias de su país natal, sino que también coleccionaba antiguos encajes y sedas italianas para contentar la mirada de mi padre.

Yo debía esperar a casarme para gozar de ese tipo de opulencia, y al preguntar con curiosidad con referencia al origen de esas telas, las humildes costureras callaban, ocultando su ignorancia o tal vez queriendo reprimir mis ansias de querer saberlo todo. Tampoco mi madre hacía comentarios al respecto, prefería ocuparse de otros temas antes que explicarme los secretos de los trajes que conformaban su bella estampa.

Me mandaba con una gobernanta para que me distrajera y me ocupara entretenida.

La esmirriada muchacha que se encargaba de formarme en buenos modales, tenía la tarea de guiarme en detalles tan disímiles como saludar a distinguidos invitados o aprender a hacer moños hermosos.

Yo me complacía en no prestar atención a ninguno de sus consejos.

Ante mi persistencia de niña curiosa con respecto al origen de las telas satinadas que ocupaban los estantes del taller de costura, se veía en la obligación de narrarme historias acerca de un país

llamado China.

Así me enteraba, por medio de sus dulces palabras, de que muy pocas personas llegaban a ese país, volviendo luego victoriosas para contar sus experiencias. Al parecer, la mayoría de los hombres que lograban volver sanos y salvos de aquel lugar distante, a los pocos meses comenzaban a sufrir trastornos mentales hablando de un país con dragones gigantescos. Como fruto de sus imaginaciones malsanas, aseguraban que existían ciencias milenarias y otras extravagancias que, por ser yo tan niña, ella no tenía autorización para contarme.

¡Todo porque no estaba preparada! ¿Cómo era posible? Desde aquella época comencé a alimentar la rebeldía que siempre me ha caracterizado.

Espero no te ocasione malestar el enterarte de que no es el recuerdo de nuestro amor, tan apasionado y voluptuoso, lo que suele hacerme agradable compañía por las noches, y sí las pequeñas felicidades infantiles que intento relatarte en estas palabras diletantes.

Te preguntarás cuál es el verdadero impulso que tengo para evocar con tanto afán estas remembranzas infantiles.

Para mí, en esta fría celda, el aire, la quietud y toda memoria corren el albur de convertirse en sombra; es fácil caer en un olvido confuso.

¡Por eso busco recuperar a la niña indómita antes de que toda mi existencia termine por descomponerse, traerla conmigo para confesarle mis temores de mujer que ha creído equivocar el camino, pedirle que me ayude a recordar que alguna vez fui ella, luciendo la perfección en su cuerpo, en todas sus proporciones y rasgos de niña!

¿Qué más puedo hacer?

La forma de mi cuerpo hoy tiende a desaparecer incomprensiblemente, la mía ni siquiera es una lucha por seguir con vida. Es permanecer escondida.

Salvo para mis doncellas, muchos me creen desaparecida.

Pero no pienses que he buscado olvidarte, todo lo contrario, sólo que el hecho de evocar tu existencia implica muchas veces caer en el llanto. Ya no tengo cuerpo para permitirme ese tipo de recuerdos.

Bien sabes que nada queda de la mujer que amaste, sólo este cuerpo destrozado, lleno de heridas, donde no hay ninguna silueta razonable para el afecto.

Para sobrevivir me refugio en escenas infantiles; de una manera u otra sigo habitando por medio de la imaginación en aquella casona paterna en el Valle de Aosta y sus floridas inmediaciones.

Y aunque tildes de extraña esta manera de soñar a medias, mis juegos mentales, habitados por laberintos que se superponen, me ayudan a seguir viviendo en las noches blancas, en las cuales también

puedo recordar con dulzura la imagen de mis dos hermanos varones, infantes graciosos y obedientes, cuando yo los obligaba con mis juegos a que fuesen felices, y que dejaran de temblar temerosos al imaginar los castigos prometidos si traspasaban los confines demarcados por nuestros padres.

Éramos niños que teníamos prohibido corretear por la casa, ya que podíamos arruinar los lustres de los muebles o toparnos, destructivos y fatales, con las figuras palpitantes que conformaban las piezas de *chinoiserie* que nuestro padre solía coleccionar.

Siempre teníamos miedo de caer enredados en las texturas de las infinitas alfombras que poblaban nuestros salones.

Estábamos educados y sometidos a tener sumo cuidado al manejar la vajilla.

Y bajo ningún motivo debíamos suspirar ni sollozar, puesto que eran costumbres catalogadas como “vulgares” por nuestra madre.

Yo, burlándome del temor de mis hermanos, hacía oídos sordos a sus pedidos desesperados. Era la única que se atrevía a inmiscuirse por los espacios restringidos de nuestra casona, habitados en exclusiva por la servidumbre.

Al comienzo, los mayordomos notaban mi presencia enmudeciendo de manera súbita. A los pocos minutos comenzaban a tratarme con un respeto sobreactuado; no lograban acostumbrarse a que yo apareciese cada tanto para hacerles sorpresivas visitas.

Me encantaba observar a esos hombres haciendo sus labores, que al saberse descubiertos me sonreían con discreción buscando refugiarse en sus expresiones sonrojadas.

Más tarde, aparecían las mucamas vistiendo sus graciosos trajes a la polonesa, sujetando sus faldas con brillantes cordones amarillos, sorprendiéndose al descubrirme caminando con suma tranquilidad entre ellas.

Seguía la sucesión de lavanderas riendo nerviosas, y al final las humildes cocineras, que siempre se enternecían con mi aspecto de niña curiosa y eran las que en definitiva me devolvían al cuidado de mi desesperada nodriza, que me llevaba de nuevo a la habitación del gran espejo para realizar nuevas medidas.

La compañía de esas inocentes personas resultaba mágica. Cuando pasaron los años, fui dándome cuenta de que el contacto con ellos me posibilitaba vivir en lo imposible, e imaginar que los aburridos e inmóviles maniquíes que soportaban los pesados trajes de mi madre, eran capaces de tomar movimiento para enseñarme que la vida estaba repleta de milagros. La servidumbre terminaba siendo

constructora de un orden ideal y perfecto.

Yo adoraba alejarme de las decoraciones suntuosas en las cuales continuaban encarcelados mi madre y mis hermanos, creyéndose resguardados.

¡Prefería respirar el aire impregnado de olores humanos que desprendía aquella gente laboriosa!

Al pasar unos minutos de mis inesperadas apariciones, sobrevenía la calma y todos continuaban con sus quehaceres. Volvían a sonar esos bullicios que se amplificaban hasta poblar los espacios que iban desde la cocina hasta los lavaderos.

Era un festín inusitado para mis sentidos si me ponía a compararlos con la actitud anodina de mi madre, tejiendo sus encajes de punto de aguja frente a su atril, o con la quietud inclinada a la que estaban condenados mis hermanos al repetir sus lecciones de caligrafía, tomando con corrección las plumas y repitiendo los trazos de las letras sobre las finas piezas de papel. Repetir hasta el hartazgo sus delicados movimientos de muñeca, con tal de llegar a satisfacer el mandato familiar de ser algún día los más encomiables pendolistas.

Al parecer, mi ausencia no alteraba demasiado la tranquilidad de nadie, en especial mi madre, quien seguro pensaba que alguna de las mucamas, en complicidad con mis nodrizas, se estaría encargando de que no me pasara nada malo.

Pero en realidad mi conducta lastimaba su corazón.

Cuando volvía a sus brazos, me sonreía como suelen hacerlo las elegantes francesas. Controlaba con fría ternura que mi cabello estuviese en orden debajo de la cofia, y como era su costumbre, haciendo uso de sus miradas más profundas, buscaba reprimir todo tipo de espontaneidad que surgiera en mí. Era evidente que al observarme de ese modo sentía temor. Mis actitudes tan irreverentes le despertaban desconfianza y le impedían imaginarme llevando una vida con un futuro promisorio.

Se transformaba en fina estatua y se complacía en mantener esa actitud sin pronunciar palabra alguna; era una mujer que jamás caía en actos de exaltación. En el fondo de mi corazón de niña sentía su desprecio, debido a causas que nunca llegaré a saber. Desde mi nacimiento nunca había querido tenerme en brazos, ni hacerme sentir el sabor de su leche. ¡Le parecía espantoso tener que amamantarme! Por eso fui alimentada por innumerables y compasivas nodrizas.

Cuando fui creciendo, comenzó a detestar los desenfadados gestos itálicos que nacían en mi conducta de niña desobediente.

¡Le hubiese encantado cambiar mi testarudez!

Por haberse desposado con mi padre, comportándose como la digna señora de un próspero comerciante de arte cuyas relaciones con la Iglesia y algunas familias nobles del Norte italiano, se veía obligada

a soportar esos mismos actos peninsulares que ella consideraba insociables, tanto en la servidumbre, con la cual no alimentaba ningún tipo de confianza, como con los risueños e insoportables invitados en las inacabables fiestas brindadas en su casa.

Siempre fue una esposa abnegada, añorando las reuniones de su conspicuo círculo social. Nunca más disfrutó de la compañía refinada de algunos miembros de su familia, de los que tampoco recibía noticias frecuentes. Jamás podré saber si conoció lo que era la felicidad al lado de su esposo, o si su corazón sabía lo que era el amor verdadero.

Lo único seguro era que su rostro delataba un constante sufrimiento al verse rodeada de lujos, mientras se sentía abandonada seis meses al año en nuestra casona del valle, debido a los obligados viajes comerciales que mi padre debía realizar para mantener la economía familiar.

Su única recompensa, que mostraba con orgullo a todas las demás mujeres de las inmediaciones del valle, era estar rodeada por refinadas damas de compañía traídas de las más distinguidas familias de París, Francia, que al igual que ella ejercitaban un envidiable estilo en sus modales.

Jamás escuché que esas mujeres hablasen en voz alta.

Cuando me enseñaban secretos de feminidad, me hacían practicar sonrisas sin esforzar mis facciones. Con ese grupo de mujeres, ya en los primeros años de mi juventud, aprendí también cómo debería manejarme en mi vida marital. Lo primero que debía exigir al que sería mi esposo, era tener dos ayudantes de cámara a mi lado, que se encargasen de mis prendas y cuidasen de mis alhajas.

Con sus consejos pretendían perpetuar el oficio de excelentes damas de compañía que practicaban con tanta dedicación.

Para mí todo lo que dijesen esas mujeres carecía de importancia, en el fondo de mi corazón seguía siendo una niña que buscaba mirar más allá de las formas.

Mi cuerpo comenzaba de manera indefectible con sus secretas transformaciones, mi aspecto en general ya no era el de un ángel asexuado, pero algo en mi mirada persistía en delatarme como una criatura inocente e incorruptible. A lo largo de los años, y aunque mi cuerpo hubiese cambiado de estatura como para vestir prendas más elaboradas, y luciera piernas, talle y brazos alargados como para imitar un cisne listo para dar su más fino canto amoroso, seguía repitiendo mis excursiones por las zonas prohibidas de la casa, igual que una niña de cinco años, embelesada por lo que descubría todos los días.

Rozaba con inocencia y con gracia las faldas de las sirvientas para llamar su atención, saludándolas con afecto, jugando con sus

niños o divirtiéndome al no lograr descifrar del todo el dialecto que utilizaba toda esa gente.

Un día, uno de mis hermanos me explicó que ellos pertenecían a una misma familia, proveniente de una región del Sur; eso explicaba que no hablaran como nosotros. Por eso callaban cuando notaban nuestras presencias, limitándose a ser amables con sus expresiones cerradas. Jamás formulaban preguntas, y acataban nuestros comentarios moviendo sumisamente sus mentones para decir "sí", o gesticulando con timidez sus rostros a la hora de responder "no".

Conmigo era bien diferente el comportamiento de todos ellos. Incluso se animaban a mantener entusiastas conversaciones.

En aquellos lugares suyos descubrí que utilizaban un extraño lenguaje aún más particular, construido con sonidos que se asemejaban a los nuestros, pero sin llegar a ser del todo comprensible; sus palabras más bien parecían ser dulces tintineos que emanaban de las cuerdas vocales y parecían provenir de muñecos articulados, no obstante, estaban tan llenas de sinceridad por la forma en que las expresaban que me emocionaba y me complacía escucharlas.

Al igual que mis oídos, quedaba con mis ojos abiertos de manera expectante, ponía mi rostro en una actitud extraña, dispuesta a absorber todo aquello que pudieran brindarme con sus palabras imposibles de entender.

Permanecía frente a ellos como cuando se está tendida en el campo y se busca observar el azul del cielo en las mañanas más luminosas, sabiendo que jamás podremos abarcar la totalidad de ese vasto universo.

Mi intención no era aprender, y mucho menos apropiarme de los secretos de su divertido dialecto. Era un simple placer escucharlo, abierta a esas resonancias maravillosas que suelen reproducir las voces humanas. Existía tanta sabiduría en esa forma degenerada del idioma, que terminé aceptando que lo importante no necesariamente debe ser comprendido.

Es preferible alejarse de las palabras que son fáciles de adivinar, y vivir en un eterno y apacible desconocimiento.

Aprendí también que las sonrisas más francas, abiertas y vitales suelen provenir de personas que solemos tildar de insignificantes y que nadie tiene en consideración.

En la parte trasera de la casona, se abría un campo inmenso donde podían verse los Alpes estribando el paisaje. La belleza y la presencia altiva de esos montes se bañaban con un rutilante e increíble color

blanco, ostentando un poder inagotable. Ese aire de montaña era el que utilizaban las lavanderas para secar la infinidad de sábanas y manteles que disponían por todo el parque. Al observar cómo extendían esa cantidad de ropa impecable, acudía a mi entendimiento de jovencita andariega la sensación de estar frente a otro tipo de montañas, pero éstas de naturaleza movediza, inspiradoras de vértigo.

No creo haberte comentado mucho sobre mi infancia y mi primera juventud en el valle. Lo que sí, jamás me ocupé en recordar tantos detalles como lo hago ahora sobre la servidumbre que acompañó a mi familia con tanta fidelidad en aquellos años.

Era un pequeño ejército de almas serviciales, que con una dedicación absoluta, se encargaban del funcionamiento de nuestra casona. Eran seres de comportamientos hoscos, pero cada vez que observaban que alguno de nosotros aparecía, se convertían, tratándonos con respeto sobrenatural.

En las cercanías de sus casas se oían los graciosos cacareos de las gallinas y el simpático piar de sus polluelos; los perros jugaban distendidos hasta terminar agotados en el suelo, otras veces eran ahuyentados a patadas por las mujeres si estaban estorbando el paso a la hora de llevar las hogazas de pan al horno.

Sin embargo, lo que mi alma disfrutaba como si estuviese en el Paraíso, consistía en observar los árboles a los costados de las casas donde vivían aquellas personas. Sus ramas siempre estaban repletas de pájaros coloridos y chillones, dando la sensación de estar presenciando un nuevo orden del universo. Además, debo aclararte que en sus patios, si bien había un marcado desorden, palpitaba una genuina vitalidad que nunca percibí en ningún otro lugar.

Eran patios olorosos que desprendían un perfume indescifrable, quieto y lastimoso, pero también lleno de vida.

Como ya te he comentado, todos pertenecían a una misma familia; eso se evidenciaba en sus fisonomías y movimientos. Desde los más viejos hasta las criaturas, pasando por los fuertes mocetones y las regordetas muchachas, parecían seres cortados por la misma tijera.

Mi padre sentía afecto por ellos, cada vez que sabía de una nueva criatura nacida en la servidumbre tampoco se enfadaba. Nadie preguntaba sobre el origen de esas nuevas vidas que de seguro provenían de luctuosos amoríos mantenidos por nuestras jóvenes con hombres de algún poblado vecino. Lo único cierto era que en cada primavera aparecían dos o tres nuevas bocas para alimentar y que con el paso de los años el número de niños sirvientes se convirtió en incontable. Mi madre rezongaba al oírlos llorar todo el día y argumentaba que nosotros, niños educados y refinados, carecíamos de la maldita costumbre de gritar como marranos.

A diferencia de esas pobres criaturas, habíamos sido vástagos

bien alimentados, arropados como príncipes y cuidados con inusual y amorosa firmeza por un grupo de nodrizas. En cambio, aquellos niños lloraban siempre, reclamando el afecto que sus madres no les brindaban por tener que estar cuidándonos a nosotros. Por las mañanas y las tardes llegaba el sonido transformado de sus llantos, un cántico que sonaba lejano y constante, que hablaba de sus orfandades y tal vez anunciaba los detalles de sus desgraciados futuros.

Como es de suponer, mis hermanos y yo también teníamos prohibido atravesar los parques y transitar los senderos de piedra que llevaban a las casas de aquellas familias.

Ellos, por su parte, una vez llegada la noche, sin falta, se ocultaban apagando todas sus luces, como si buscaran refugiarse en sus habitaciones de probables enemigos nocturnos. Y como todo estuviese despoblado, sobrevenía un silencio profundo.

No sé si eran los inventores, pero al parecer disfrutaban de ser partícipes de ese ritual de extraña discreción que consistía en encerrarse durante las horas nocturnas. Sus formas y sus rumores se esfumaban. Apenas caía el sol, dejaba de oírse el cuchicheo de las mujeres cuando conversaban al ocuparse de los últimos detalles de limpieza en las fornituras de las glorietas. El llanto de sus criaturas también desaparecía. Y en el verano tampoco se los veía caminar por los parques bajo las estrellas buscando respirar el aire fresco.

Desde entonces, creo que es un castigo eso de no deambular con libertad por todos los lugares de una casa, punición que gracias a mi indómita condición de niña confronté hasta destartalarlo. Lamentablemente, aquella servidumbre se imponía a sí misma esa prohibición de no existir en ciertos lugares en horas que no fuesen prudentes, y mucho menos transitar en espacios denegados a ellos por no pertenecer a nuestra clase. Era un particular y despiadado juego nocturno, impuesto tácitamente y aceptado sin hacer comentarios por ambas partes.

Así transcurrían las noches en la casona del valle, con habitaciones que por tanto respeto y distancia guardados entre las personas en las horas del día, parecía surgir en los espacios nocturnos un espíritu de soledad que se incrementaba como si fuese el alma de un dios que lo gobernara todo.

Era tan grande ese poderío reinante, que los sueños de todos los que dormíamos allí corrían el riesgo de ser inútiles, mudos o inexistentes.

Los que seguían palpitando, sin detener sus ritmos y sus péndulos, eran los relojes diseminados por salones y galerías, que vigilaban el paso del tiempo; los únicos seres vivos del lugar.

Si no fuese por la presencia de mi doncella predilecta, las habitaciones de este calabozo donde me he recluido, apartándome de tu mirada, serían aún más terribles.

Como te he dicho, la única que despierta mi confianza, y también un dejo de ternura, es True. Estoy segura de que nunca ha comentado con sus compañeras lo sucedido aquella tarde cuando le pregunté su nombre. Imagino que prefiere guardarlo para sí, alimentando conmigo una sana complicidad como si el nuestro fuese un secreto de niñas.

Me he permitido mostrarle mis flaquezas.

Cuando estamos a solas acompaña mis horas de llanto.

Observa mis lágrimas, me auxilia con su ternura y, aunque se dirija a mí con un afecto sencillo y fresco para calmar mis sollozos, nunca llega a comportarse aduladora. De manera delicada y prudente, ha combinado con las otras doncellas de ocuparse ella de mis vendajes, eso la posibilita estar más tiempo conmigo por las tardes, y tal decisión hace más llevadero el trabajo de sus compañeras. A decir verdad, mi corazón rebosa de una extraña alegría.

Al principio, observaba y llevaba a cabo con absoluto respeto todas mis órdenes, pero después ha cambiado su conducta, incluso ha llegado a pronunciar algún que otro comentario usando un tono desenfadado. Lejos de sentirme ofendida, sus palabras nunca me han agredido, más bien me encanta escuchar el sonido brillante de su voz. Disfruta al contarme escuetas anécdotas de su infancia, de las cuales todavía no he podido extraer los datos necesarios para imaginar de dónde viene en realidad esta muchacha, o cuáles son los orígenes de su cultura que muchas veces resulta por demás refinada.

Por momentos, parece demostrar que suele lucir cómodamente ese aspecto de criatura preferida entre las demás personas, como si fuese la princesa proveniente de una distinguida dinastía.

Me intriga todo su pasado y, aunque pudiera, tampoco la llenaría con inoportunas inquisiciones. Ella también se pregunta quien seré en realidad. Su trato es el de una persona que busca alimentar una genuina amistad, por ejemplo… hay días en que demora al máximo sus actividades, acomoda mis papeles o limpia las bases de los candelabros sumida en una inquietante lentitud con tal de estar conmigo algunos minutos más.

Me alegro cuando está cerca.

Observando la dignidad que le otorga la pureza que corre por su sangre, acreciento la idea un tanto estrafalaria que desde que decidió su reclusión para cuidar de mi convalecencia, me he convertido para ella en sacerdotisa y dueña de su santuario de clausura. Es una idea vaga y absurda que no deja de rondarme…

Ambas, atrapadas en esta prisión construida con piedras grisáceas, cuyas salidas y compuertas están todas blindadas con hierro y caliza. Sabemos que, en realidad, se trata de un templo no tan maligno si se lo observa con buenos ojos, tomándolo como un lugar que nos reúne y mantiene aisladas de la vida.

La belleza casi espectral de su contextura me conmueve y me transporta a otras épocas. La observo encender las candelas y me vienen imágenes de antiguas vestales, las mismas que sostenían y guardaban el fuego sagrado, preparando rituales cuyos únicos objetivos eran la meditación y la trascendencia. Cuando el magnífico atardecer se convierte en noche, gira su rostro y me ofrece dulces sonrisas y, aunque yo baje mi mirada en la imposibilidad de devolvérselas, ambas sabemos que podemos fundirnos en un acto de incomprensible y extraña filiación.

A su lado, el potente fulgor de los candelabros ya no irrita mis agotados ojos; con esa luz, siento que no ocurrirá nada terrible en mi vida.

Bien sabes que el hachazo del fuego debilitó mis pupilas, y la mirada que otrora ofreciera milagros de seducción femenina ahora devuelve sólo una luz amorfa y confusa. Por eso adoro la buena e inofensiva luminiscencia que me regala True al despedirse por las tardes.

Al empezar mi descanso, la cálida luz amarillenta comienza a transformar mi habitación de piedra en un recinto envolvente y protector. De seguro son las manos de True las que han bruñido los ornamentos de plata, y han apoyado con extrema delicadeza las velas en los respectivos candelabros ubicados con estrategia para provocar tanto milagro de ternura que impregna mi recinto.

Prepara mi reposo, cubre mis pies con varias mantas, repite con modestia sus movimientos de santa alisando las sábanas sobre mi pecho, y vuelve a cerciorarse de que los candelabros estén ubicados de forma que la luz que me acompañe por las noches sea amable y maravillosa. En esos acotados segundos, me permito disfrutar de la vida.

Con tanto encierro he aprendido a callar todo tipo de ambiciones, no me permito sobresaltos, mucho menos la felicidad. La presencia de True es el único lujo provocativo que me permito en estas frías celdas.

Escucho su respiración y sus palpitaciones cuando camina, adivinando si da vueltas innecesarias, haciendo figuras infinitas sobre el embaldosado con tal de demorar su partida. Tiene la costumbre de detenerse en el umbral para mirarme al final sonriendo como lo hacen las personas piadosas; no sé si tendrá la idea y el entendimiento de que la suya es la única compañía íntima que me permitiré mientras

viva.

Ahora es True, además de tener que soportar la lectura de mis escritos aproximativos y repletos de falencias gramaticales, la que sufre la condena de contemplar los restos de tu amada.

Antes de traspasar la puerta, vuelve a examinar si todo está en orden. Al no quedar tranquila, regresa y unge mi boca con un delicado toque de su pañuelo; yo me paralizo contemplándola con una mirada extraviada. No encuentro otra manera para agradecerle tanto cariño en sus cuidados. Busco observarla en detalle, la perfección de sus cejas que enmarcan sus ojos pardos me hipnotiza. Adviene tu imagen, y nacen confusos recuerdos de nuestro amor apasionado, giro a un costado y sufro por carecer en mi rostro de labios capaces de devolver ternura, y mucho menos besar.

Vuelvo a True, y compruebo la fortaleza inusitada que existe en su interior; ella me sigue observando con cariño, comportándose inmutable frente a mi rostro violado por las llamas.

Parece no inquietarla mi aspecto de mártir.

Permanezco recostada en la más absoluta quietud.

Es tan fuerte su respiración, que no logro reponerme de la magia hipnótica de su hálito rodeándome. Caigo debilitada en un corto sueño. Al abrir de nuevo mis ojos, compruebo que ha desaparecido. Nunca he podido recordar con precisión si han sido los roces de su pañuelo, o si son sus labios los que me han dado esas últimas caricias fraternales con las que quedo tranquila y espero que llegue por fin la noche profunda. ¡Minutos después de sus despedidas, es tanta la quietud en mi alcoba!

Las demás vírgenes han concluido sus oraciones y ahora todas duermen…

Presiento que los muebles intentan moverse, llevados de un lugar a otro por alguna magia incomprensible, o como si quisieran escapar o explotar en mil pedazos… Tengo la sensación de encarnar una soledad tan extrema que ni los buenos recuerdos quieren acompañarme. Antes, al menos, venían a la memoria las remembranzas de las tardes infantiles, cuando correteaba por el amarillo de las gramíneas en los campos estivales y el paisaje desaparecía en transparencias por tanta luz veraniega. O pedir con gritos desenfadados a los sirvientes que treparan a los manzanos para recolectar la mayor cantidad posible de frutas, y percibir esos frescos aromas al llenar sus canastas.

Ahora todo suena vacío sin la presencia de True.

Esos mismos árboles de mi infancia sufren, al igual que yo, el peso de cargar con cuervos horripilantes, aves de aspecto petrificado. Ya nadie me invita por las noches a recordar mi infancia; por más que lo intente, la niña sonriente va desapareciendo, ya no respira. Sola,

por las noches, me convenzo de que estoy condenada a ese tipo de muerte, similar al que sufren las flores al ser olvidadas. Siento que el aire podría destruirme si se lo propusiera, pero a diferencia de ellas no lograría nunca convertirme en luz.

Cuando estoy sin True, hasta los resplandores me atacan filtrándose entre los cortinados, reflejándose luego en todas partes.

Incluso las maderas conspiran con ellos para refractar sus afilados cuchillazos.

¡Y ni hablar de los espejos!

Esos perversos cristales me atacan día a día y les guardo profundo temor; eso explica que haya ordenado hacerlos desaparecer de mi cárcel. Los únicos admitidos son los espejos invisibles… Con esta decisión estoy comunicando y pidiendo a toda entidad que pueda escucharme desde el más allá, que me otorgue algún día el regalo de cambiar mi rostro y mi cuerpo magullado por una presencia inadvertida.

¿Seré así de inmaterial en tus recuerdos?

Lo que antes imaginaba imposible…

¡Qué manera despiadada de terminar lo que vendría a ser una epístola romántica, al utilizar como colofón una pregunta que nadie es capaz de responder, a no ser que se sea un mago o un filósofo! La mujer ha decidido su propia reclusión, pero a la vez reclama a su esposo gestos de amor con la más egoísta y franca de las liviandades.

En fin, he concluido con las transcripciones del primer cuaderno y debo admitir que ha significado toda una proeza.

El agotamiento físico y espiritual, que implicó haber transitado por las habitaciones y galerías descritas en este primer cuaderno, y respirado el mismo aire de una nada hospitalaria cárcel habitada por esta autora que insiste en ocultar su rostro y que niega su verdadera identidad, ha sido más grande de lo que imaginaba. Empiezo a toser como si fuese el más indecente de los tuberculosos. Reconozco que he sido imprudente al descuidar mi alimentación y reduciendo al mínimo las horas de sueño. Sufro recurrentes cefaleas y mi aspecto, a pesar de tener apenas treinta años, se asemeja al de un anciano.

Se han borrado aquellos modales de caballero *bennestante* que, según expresiones de mi madre, me diferenciaban de los demás hombres, dándome la imagen de un varón jovial y refinado.

En las últimas semanas, mi rostro ha comenzado a tener reacciones de una persona infeliz. Mi boca expele, sin que yo pueda dominarlos, diminutos hilos de saliva amarga. Mis ojos no resisten las fuertes incandescencias de las lámparas que utilizo para trabajar en la noche y mucho menos la luz deliberada del mediodía.

Respiro con dificultad.

Me aqueja una fatiga constante y mis piernas se comportan como articulaciones diezmadas. Poco a poco acompaño con los mismos síntomas y debilidades el transitar cansino de quien ha escritos estos cuadernos. Me digo con humor sarcástico que encarnando los atributos de la autora, estoy poniendo en práctica la forma más correcta de transcribir estos documentos antiguos…

He decidido realizar algunos paseos cuando despunta la tarde. Lo hago para tonificar mi musculatura, y así aprovechar el aire fresco mientras pierdo la mirada en los follajes de los árboles que pueblan estas zonas de Cisterna.

Por fortuna, el verano insiste en quedarse acariciando estos parajes con sus brisas cálidas, y yo lo aprovecho para caminar tranquilo, llenando mis pulmones con un aire que me fortifica.

El paisaje se muestra siempre exultante, brindando con generosidad sus colores más vivos. Los verdes sembradíos, con sus olorosas voluptuosidades, parecen un gigante dormido que ocupa con su tamaño descomunal toda la comarca.

Los matorrales de brezales y otros arbustos más pequeños, todos entusiasmados y llenos de flores, dibujan senderos para entretener mi mirada.

El amarillo y el rojo de las flores silvestres, chispeantes presencias que se multiplican por doquier, se convierten por arte de magia en graciosas figuras humanas practicando extrañas danzas con los insectos, que a su vez dibujan en el aire fugaces escrituras rodeando mis pies cansados.

Podría asegurar que son los únicos momentos del día en que disfruto y me convierto en un hombre agradecido.

Al caminar por esos lugares campestres, me siento agasajado como si fuese un hijo predilecto de la naturaleza. Mi felicidad se asemeja a la que experimentan los artistas pintando un cuadro, reconociéndose como parte de un mundo generoso en bendiciones, al cual observan con el deber de representarlo y así llevar consuelo a los corazones humanos.

Me pregunto si las formas, vivaces y juguetonas del bosque, serán las mismas expresiones agrestes que acompañaron alguna vez a True en su juventud, atravesando los frescos y estrechos pasadizos que se forman debajo de los frondosos árboles de estos lugares montañeses circundando el pequeño poblado.

Al acercarme a las primeras callejuelas de Cisterna, disfruto al pretender intercambiar algún que otro saludo de cortesía con las personas que van apareciendo por el lugar. Debo admitir que siempre recibo respuestas reticentes, muchas veces frías y distantes.

Salvo raras excepciones, todos me tratan como si yo fuese un forastero lunático.

Les debe parecer inexplicable mi presencia en el pueblo, o tal vez me perciben con temor al intuir que soy un descendiente de la mujer que ocasionó tanta excitación con su muerte, cambiando sus vidas y sus costumbres con un milagro de prosperidad al atraer a tantos peregrinos al pueblo, para que de repente, a un día de su entierro, ya nadie quisiera saber con respecto a la santa y todo volviera a la obligada quietud en sus hogares.

En cierta manera, me gusta observar sus miradas medrosas; es un modo diferente de conocerlos un poco más, y a través de ellos acercarme a la vida que se llevaba a cabo en cercanía a la casa de piedra donde vivió por años recluida mi incomprendida tía.

El temor y las supersticiones de los lugareños me hacen entender que la empresa en la que me veo inmerso es más compleja de

lo que imaginaba.

Por sus dimensiones llega a ser astronómica.

Pero si supiesen en detalle lo que experimento día y noche en mi improvisado escritorio, intentando dar vida a un fantasma mediante mis transcripciones, se volverían soldados rencorosos, juzgando a mis actos como hechos deleznables.

¡Alimentarían hacia mí una gran aprensión!

Limitados e ignorantes, condenarían mi estadía comenzando una deliberada cacería de brujas en mi contra, por lo cual era necesario conservar mi secreto.

Mientras tanto, lo único que atino a realizar por las calles del poblado montañés, son taciturnas caminatas. A veces me dirijo a un pequeño estanco, justo al lado de la posada, donde compro algunas raciones de tabaco, cerciorándome de que sea de la calidad que suelo utilizar. Para distraerme, observo los diferentes amarillos de las humildes casas colindantes buscando tal vez descubrir una costumbre o un signo escondido que pueda ayudarme a entender el alma de Cisterna. Pero permanezco de pie sin que nada me llame la atención en demasía, salvo que una u otra mujer con gesto fastidiado haya cerrado las ventanas de su casa y haya dicho algo defensivo al percatarse de mi mirada indiscreta.

Parecería que toda Cisterna quisiera ser un lugar deshabitado.

Sus moradores no muestran voluntad de sociabilizar conmigo. Busco consolarme con un falso conformismo… ¡Lo indicado en estos casos es evitar hacer nuevas amistades! ¿Para qué? ¿Para que un día puedan delatarme y contar a todos acerca de este oficio tan íntimo que me aqueja? No debo alterarme… ¡Sólo se trata de un temor provinciano debido a mi llamativa figura en un lugar que no suele recibir extraños!

Todos, o casi todos, buscan refugiarse detrás de sus umbrales de rústicas piedras, mostrando tal vez el fastidio ante un miembro de una familia que les quitó la única santa que habían podido conocer en persona.

Me quedo tan sólo con los atisbos de algunos ancianos que han olvidado deslizar las cortinas y no dejan de observarme detrás de los cristales esmerilados por el viento, o la mirada de algún niño que ha escapado del control materno y ha venido a baranda de la posada para mantenerse callado, dedicando todo su entusiasmo a observarme de cerca, en la silenciosa espera de disfrutar en pocos minutos más de un juego prohibido, que implica la travesura de acompañarme a algunos metros de distancia bajando por las callejuelas más empinadas cuando yo decida mi vuelta.

Al alejarme del pueblo, se repiten en mi memoria los pocos

rumores domésticos que he podido escuchar. Pero me niego a querer imaginar la vida de todas esas personas detrás de sus casas convertidas en murallas medievales; sería otra aventura que no creo resistiría si me involucro.

Siempre sucede lo mismo. A los pocos minutos, el niño que suele acompañarme ha dejado de ser mi ángel protector y ha vuelto a casa antes de que su madre haya notado la ausencia. He continuado mi sendero en absoluta soledad, en ocasiones también he pensado palabras sin importancia que siguen dándome vueltas, mientras respiro recuperado por el aire de la montaña.

Al volver de mis obligados ejercicios, me contento en observar desde lejos el modesto aspecto provinciano de la casa que me alberga. El tejado brinda una digna y a la vez doméstica sinfonía de matices color ladrillo jugando con la frescura indescriptible de las paredes y sus debilitadas tonalidades flavas, que son las mismas que desprenden las personas empalidecidas por enfermedades añejas. Y aunque parezca contradictorio, esos colores alicaídos me reconfortan, haciéndome olvidar toda idea de desfallecimiento físico. Esa lograda imagen de hogar me inyecta energía en el corazón o algo beneficioso que no puedo describir con palabras.

Camino con más ímpetu, y podría decir con cierto contento. Me siento recuperado y con ganas de reposarme en un confortable sillón mientras bebo algo refrescante. Pero los sutiles manchones de color anaranjado de mi casa, potenciados por los últimos fulgores del atardecer desaparecen, como si de repente pudiesen avizorarse en el cielo oscuros nubarrones y se insinuase la más amenazante de las tormentas.

Por desgracia, el gélido rostro de Giuseppina me está observando desde la ventana del vestíbulo; con su mirada callada traspasa la fría textura del cristal.

En esos momentos me acomete la sensación de que con sus ojos renegridos, puede medir de manera precisa mis pasos cuando vuelvo de mis caminatas, y lo hace como si quisiera recordarlos de memoria. Siempre sucede lo mismo, pero se trata de una sospecha que no quiero alimentar para no sufrir con más dolencias de persecución.

Lejos de asemejarse a True, en las últimas semanas, como consecuencia de la sorpresiva visita de mis hermanas, se ha convertido en una oscura figura que controla todos mis actos, observando hasta el más insignificante de mis movimientos.

Al llevar a cabo su misión, utiliza la más distante postura de ser ausente y lejano.

Tal vez el cargo de conciencia por tener que vigilarme es lo que la hace moverse con torpeza, llevando por delante banquetas o dejando que en la cocina se carbonicen las cacerolas. ¿Acaso las serpientes familiares, en esos pocos minutos de conversación, lograron convencerla de que controlara todo lo que yo hiciera o dejara de hacer? ¡O peor todavía, secuestrar los cuadernos y hacer desaparecer mis transcripciones!

De no ser así, no logro explicarme el motivo de una transformación tan sorpresiva y al parecer perentoria en la pobre Giuseppina.

Ya no es aquella mujer que despertaba mi confianza, que llegaba a mi cuarto con la bandeja de alimentos acompañada de comentarios musitados en voz baja y así no alterar mi calma. En los últimos días, su aspecto no transmite pulcritud ni buena espiritualidad. Las diminutas puntillas que adornaban el contorno de su cofia ya no lucen impecables, el poco cabello que asoma tiene una desagradable textura y su mirada tiene menos luz que los opacos relieves de su duro camafeo.

Pareciera que su calzado la oprimiera con rudeza, por lo cual camina con la dificultad de un enfermo, y la prendedura de su delantal debajo del busto le saca el aire a tal punto que su imagen es la de una mujer quebrada. En realidad son sus pensamientos los que la atormentan.

Ni siquiera se permite incurrir en el hábito de contradecirme.

Guarda un lamentable mutismo.

Y cuando se ve obligada a comunicarse, lo hace sin pronunciar amables palabras lo cual transforma sus explicaciones en vagos sonidos, tan poco corteses que agredirían al más montaraz de los hombres. Con facilidad puede intuirse que quiere alejarse cuanto antes de mi presencia.

La que era mi eficiente sirvienta ha desaparecido.

Aquélla capaz de resolver con alegría cuantos problemas surgieran en mi vida doméstica, ha tomado un carruaje para escapar en medio de la noche y se ha desvanecido en una inconmensurable bruma. En su lugar ha quedado su espectro, con una enfatizada expresión de desprecio, mostrando lo más escabroso que habitaba en la sombra de mi antigua Giuseppina… Incluso hay veces que me sobreviene el terror de morir por un descuido suyo en la elaboración de las comidas.

Para mostrar su hartazgo, ha reemplazado su uniforme compuesto por un pulcro jubón de algodón azul pálido, que siempre acompañaba con un riguroso delantal de muselina, por un escuálido traje color marrón oscuro que le otorga un aspecto de deshollinadora encorvada.

Cuando opta por lucir alguna camisa blanca, estira sus mangas y olvida atarlas con las cintas de terciopelo que una vez supe traerle como obsequio de Burdeos. Puedo percatarme, lo hace para ocultar sus manos.

¿Habrán comenzado a surgir manchas en sus extremidades superiores?

Cuando se dirige a mí, lo hace cabizbaja, tratando de mantener un aire sereno. Me alarma lo fácil que es percibir en el leve movimiento de sus manos ocultas, como si practicase algún pase de magia tenebrosa bajo la tela de los puños, el creciente rencor que le provoco. Tiembla por no atreverse a gritar. Algo en su temerosa alma la obliga a reprimir bofetadas que daría gustosa en mi rostro.

Sin lugar a duda, algo en mi expresión la llena de ira y a la vez la aterroriza.

Con increíble prontitud, ordena y adecenta mi escritorio, acomoda algunas de mis prendas, fregotea con descuido el pavimento y suele tropezar dando pasos apresurados como si buscara escapar de mi habitación con gesticulaciones de fastidio. Es tal el cambio que ha sufrido mi gobernanta, que inclusive el rumor de los pájaros y el aire campestre que antes se colaba por las ventanas invadiendo todos los espacios de la casa, parece haberse silenciado como si estuvieran en sintonía con su alma carente de toda buena palpitación.

La compañía de esta mujer, por desgracia, se ha convertido en estas últimas semanas en molestia más que en alivio.

Observarla, haciendo sus últimos recorridos en los pasillos por las noches, es como contemplar a una criatura devastadora que porta con desgana una lámpara que no alumbra. Su desordenada aura se acrecienta con el sonido hipnótico de los grillos. Además de tener que convivir con la entidad desfigurada que ha redactado mis cuadernos, ahora tengo que lidiar con su presencia agotadora que no deja de impacientarme. ¡Yo mismo creo haberme vuelto un desafortunado aprendiz de brujo al inventar un mecanismo defensivo que consiste en dibujar ataúdes con las siglas de su nombre escritas en sus tapas con tal de que ese espíritu opresor que la gobierna deje un día de hostigarnos!

Lo hago en cantidades exorbitantes de folios de todos los tamaños… Después los guardo en un cajón que espero nunca vaya a ser profanado.

¿Qué más puedo hacer?, pienso.

Salí de Turín con la idea de instalarme en esta casa de campo a fin de comprender y resolver mi herencia. Después de poner en riesgo mi nombre y todo mi capital, otra huida por temor a mi gobernanta sería la muerte…

Por medio de los macabros dibujos, realizados tanto en

grafito como en tinta, confío que ocurra tal vez el milagro de volver a ver de repente, en una de estas mañanas, la expresión de una nueva y recuperada Giuseppina al traerme el desayuno… Voy a mi escritorio y tomo con cierta resignación el segundo cuaderno; mis debilitados ojos comienzan a recorrer los manuscritos.

IV

El tiempo ya no existe tras estos muros, y a partir de la decisión de no pensar ni escribir al respecto, siento que la trayectoria del sol ha cambiado de manera invariable; las fechas y las estaciones se han convertido en períodos que burlan mi consciencia y la de mis fieles doncellas. Los días y los meses pueden significar años. Poniéndonos en la ardua tarea de intentar sumarlos, tal vez lleguemos a la conclusión de que ha pasado una década, que a su vez se asemeja a un penoso siglo, sin que hayas podido traspasar el umbral prohibido, ingresando para abrazarme con ternura.

Por otra parte, con la ayuda de las escuetas cartas que te envío, nunca imaginarás lo que es mi vida de encierro en estas celdas.

Preguntarás si mi salud ha decaído, o el paso de los años me ha ocasionado estragos de vejez. Eso es algo que no puedo responderte; como sabes… los espejos, al igual que los relojes, han desaparecido en esta parte de la casa, y tengo entendido que las arrugas no pueden aparecer en rostros surcados por cicatrices. Al menos, sobre mi monstruosidad otorgada por el devastador fuego, no pueden acrecentarse otras marcas que corrompan aun más mi poca felicidad.

Con respecto a tu viril galantería, debo agradecerte que te hayas comportado conmigo como suelen hacerlo sólo los reyes magnánimos. En las expediciones de canastos con alimentos, podrías haber agregado cofines más suntuosos que contuviesen obsequios de las más finas facturas, ya fuesen trozos de ricos géneros, zapatos o joyas con gemas espectaculares conseguidas en las últimas transacciones de tus prósperos acuerdos comerciales.

Lo tuyo ha sido siempre más especial y valioso…

Decidiste colmarme con extensas misivas, conteniendo lo más importante que ansía el ser humano, la comprensión con respecto al devenir continuo y sucesivo del mundo. Según tus palabras, no importaba cuánto durara mi encierro, estarías ahí dedicado a la interminable espera.

Con increíble generosidad, supiste comprender el desgarro que habría sentido mi alma si hubiésemos continuado en convivencia en las mismas habitaciones. Aceptaste mi deseo de reclusión, dispuesto a esperar con paciencia, recordando y guardando con fidelidad nuestra unión eterna. Estábamos de acuerdo en levantar los muros que separasen por completo tu vida de mi nuevo lugar elegido…

Paredes que taponaran todos los umbrales que pudieran aproximarnos, delatando las formas de nuestras figuras al transitar por espacios y pasadizos privados. Debíamos seguir guardando un silencioso recato, para que algún día lográsemos comprender todo lo sucedido

¿Con qué rostro me verías al intercambiar los primeros saludos matinales?

El sentimiento de lástima terminaría por ahogar todo amor.

Día tras día, vería en tu expresión la pena de habitar con una moribunda, mostrando el desconsuelo que acrecentaría el terrible fluir de mis purulentas heridas. He debido aprender a respirar sola, agradecida a estos gruesos y pesados muros infranqueables. ¡La dura decisión de recluirme es más atroz de lo que puedas imaginarte! Lo único que me consuela es saber que sigues expectante a la llegada de alguna misiva que yo pueda enviarte.

Una vez desaparecidos todos los relojes, arrepentida, comencé a idear todo tipo de mecanismos intentando medir los minutos y las horas.

Imaginaba en los pasos de mis doncellas, atravesando las largas galerías, el continuo movimiento y compás de un péndulo gigantesco. O en el sonido cristalino del agua cuando True colmaba mis copas matinales, creía percibir el ritmo de una clepsidra, reloj de origen egipcio que mide el transcurso de las horas mediante el paso regular de agua de un recipiente a otro, pero siendo éste de carácter elemental y transparente, que desde algún confín del universo me otorgaba su periódico mensaje.

Veo todo tipo de relojes en todas partes.

Aún necesito medir el misterio de lo invisible.

Si me lo propusiese, podría dejar de recurrir a los sonidos circundantes y refugiarme en elementos que muchas personas tildarían de inauditos a la hora de crear nuevas formas para medir el avance del tiempo, por ejemplo los aromas, ellos también me servirían.

A la hora de dar forma a nuevas y desquiciadas invenciones, todo puede servirnos para concretar lo que buscamos.

Incluso podemos recibir colaboraciones de quien menos imaginamos, creándose alianzas y fortaleciendo complicidades con personas que nunca hubiésemos pensado sentirían interés en colaborar con nuestra causa. Se trata de desear algo con profunda convicción, y el apoyo se presenta.

Ahora mis últimas aliadas son las ratas.

Lejos de ser mis enemigas, al permanecer guardadas, ejercen una pequeña muestra de solidaridad con mi deseo de querer medir los minutos. Así me hacen saber, por ejemplo, que el día durará un par de

horas más. Y más tarde, con sus cuchicheos deambulando por las hendijas de las ventanas o queriendo atravesar con sigilo los umbrales, me avisan de que ha llegado la oscura noche. Cuando suben a mi lecho, nunca se atreven a mordisquearme; se aproximan temerosas, como si mi indescifrable hedor las doblegara y no tuvieran el valor de atravesar un círculo inmaterial que me rodea. Con sus diminutos cuerpos conforman un palpitante reloj viviente que respira temblando alrededor de mí.

Al enterarse de la existencia desmedida de las visitantes nocturnas, mis doncellas han comenzado a temer por mi vida. También las mueve un irrefrenable asco y una sensación de agobiante amenaza sobre ellas que no pueden evitar en sus corazones. Rezongan y se conducen con actitudes crispadas.

Ese constante enojo las llevó a idear un atroz ataque de exterminio utilizando un arma inimaginable: lejos de contentarse con ahogar a los pobres roedores, han decidido cocinarlos con agua hirviendo.

Para no llamar tu atención, solicitándote cantidades extras de leña, se han organizado de tal modo que racionalizan los suministros acumulados en la bodega, llegando a negarse a esparcir aserrín a la hora de limpiar los pavimentos, con tal de ahorrar todo resquicio de madera que pueda haber en esta parte de la casa.

Se han abstenido de pedirte ningún tipo de auxilio, y se comportan tan decididas en cumplir el macabro objetivo que de ser necesario serían capaces de dejar de alimentar las estufas hasta correr el riesgo de morir todas congeladas.

El frío ha sido cada día más lacerante en este invierno.

¿Hasta cuándo, la empedernida nieve, entorpecerá nuestros pasos por las galerías?

El jardín también es un espacio invadido por gruesas escarchas. Sabíamos que las plantas más delicadas morirían con los primeros fríos del otoño, pero hasta los arbustos más fuertes se muestran mustios. Sufríamos al ver todo aquel devastador mensaje en nuestro paisaje privado, convertido ahora en un lugar desolado con canteros y arriates de piedras vacías.

Pero algo más perturbador continuaba alterando la calma de mis doncellas.

La exorbitante cantidad de roedores les resultaba intolerable, tanto que sentían repugnancia por todo lo que tocaban, imaginando que antes había recibido el inmundo paso de las alimañas.

La falta de sosiego comenzó a inquietar sus corazones, provocando en el interior de sus espíritus algo similar al deseo de un soldado que quiere participar cuanto antes en una guerra, aunque ésta le parezca absurda e innecesaria.

En los últimos días han apartado sus sensibilidades, abocándose de manera incansable a seguir el transitar nocturno de los roedores con el sólo propósito de ubicar las entradas y salidas de todas sus madrigueras.

Hasta que por fin, una madrugada, se dispusieron a emprender la cacería.

Empuñaron con soltura palas, estacas y filosas asas, armadas además con el hirviente líquido. En la cocina, las cacerolas explotaban por tanta agua en ebullición. Agua y fuego, elementos que debían ser aprovechados con sumo cuidado. Cuando inundaron las cuevas, sonaron los primeros chillidos. De inmediato se vieron infinitos cuerpos de criaturas desesperadas que salían despavoridas y despellejadas de sus lugares de resguardo.

Las de mayor tamaño lograban recorrer trayectos más largos, aunque lo hacían con mucha dificultad por estar atontadas por el ardor. Conmovía ver que no olvidaban su instinto de supervivencia, moviendo sus patas con una fuerza proveniente de viejos recuerdos de su especie. Intentaban el respiro, siguiendo a toda costa la huída en cualquier dirección. Enloquecidas en la carrera, hasta recibir el palazo final que destrozaría sus cabezas, o una estocada que partiría sus cuerpos reventando sus vértebras.

La precisión en matar, pero sobre todo la muda frialdad de mis vírgenes convertidas en expertas asesinas, que vestían sus túnicas recogidas, dejando ver la totalidad de sus piernas, se oponía al perturbador chirrido proveniente del horror vivido por las alimañas diezmadas.

La matanza continuó por un par de horas, hasta adquirir el aspecto de interminable.

De las cuevas seguían saliendo más ratas desesperadas. Éstas eran un poco más pequeñas y con la piel desnuda y despellejada, siendo más fáciles de atrapar exterminándolas con simples y frías pisadas. Por último, y sin oponer resistencia, las crías aparecieron por decenas, flotando ahogadas por los últimos resabios de agua hirviendo que continuaba fluyendo por las salidas de las cuevas.

Escondida en mi habitación presentía cada detalle y sonido del exterminio. Un miedo atroz me tenía paralizada. No sentía temor al imaginar que una pobre rata, perdida en el pánico, buscase refugio cerca de mí e intentara atacarme enfurecida. Mi miedo, creciente y asfixiante, era más bien hacia mis doncellas. Por la manera en que organizaron su infalible cacería, me daban a entender que eran unas alevosas matadoras.

Sentía en mi cuerpo escalofríos imposibles de contener…

¿Cómo se habían permitido idear un plan así, si con utilizar simple y gélida agua de los estanques, taponando las salidas de las

cuevas, se garantizaba el asesinato de todas ellas…? Pero necesitaban torturar despellejando a esas criaturas dejándolas en carne viva… ¿Era una idea compartida por todas, o una de ellas había tenido la suficiente sevicia como para convencerlas y guiarlas? Algo me inquietaba aún más. ¿Por qué ninguna gritó despavorida al verlas salir por primera vez de sus cuevas? Es ancestral, y conocido por todos, el miedo que las mujeres tenemos a los roedores…

Perdida en divagaciones confusas, atiné a batir y atrancar mi puerta. Me apoyé en la madera rugosa, intentando descansar y reponerme del temor, quise entender la acción de las muchachas; pero no cesaba de resollar. Mi corazón continuaba latiendo con furia. Con tranquilidad, al igual que las antiguas brujas, ellas también podrían asesinarme en pocos minutos si se lo proponían.

Cada tanto, volvían a escucharse los golpes que repetían, indolentes como verdugos despiadados, sobre los cuerpos de las últimas víctimas.

Un terror antiguo me invadió.

En las siguientes horas me encerré, negándome a recibir alimentos.

Durante un par de días conservé esa rectitud de mantenerme disfrazada en una máscara de orgullo, diciendo con mi silencio que no quería probar bocado. El llamado de True a mi puerta se repitió por las mañanas y las tardes de los dos primeros días, hasta que se desvaneció entrando en el tercer amanecer.

Ese supuesto enfado y consiguiente olvido por parte de mi doncella predilecta ya no me importaba, y mi puerta continuaría cerrada los días que fuesen necesario hasta reponerme del temor que sentía. La debilidad me provocaba desfallecimiento, incapaz de sobrellevar esa situación con decoro, tendida en mi lecho mientras seguía llorando.

Era tal la conmoción y la fragilidad de mi estado que me pareció escuchar en esos días una voz masculina que cantaba en las habitaciones contiguas.

Sabía que se trataba de un fantasma, o de una ilusión de mis sentidos, instalada de manera empedernida en mis habitaciones. ¡Estaba ahí, dando fuertes respiros intercalados con tenebrosas canciones para destruir la poca calma que me quedaba! Era la voz de un hombre. Confundida, no sabía por quién sentir mayor recelo, si por las asesinas o por la nueva presencia invisible recién mudada a mi presidio… ¿Acaso somos todas presencias abominables las que poblamos estas habitaciones grises?

Pasados unos días de la extinción de las ratas y mi subsiguiente encierro, las intrépidas muchachas han logrado burlar mi cerrojo. Adueñándose así de mi cuidado, con más convicción que antes. Han llegado a tenerme en sus brazos como si yo fuese una criatura recién nacida, colocando en mi boca ínfimas porciones de líquidos tibios para revivirme. He debido refugiarme en sus regazos, sintiendo la ternura de sus bondadosos cuerpos.

He aceptado esa manera de salvación con el deseo de encontrar un calor más amoroso en los brazos de mi doncella predilecta, pero True ha desaparecido.

Tampoco puedo articular palabras, ni efectuar gestos lo suficientemente claros pidiendo explicaciones al respecto a las otras muchachas.

¿Habrá caída enferma ella también? ¿Qué sucede con True?

Abandonada por las noches, sin el alivio que suelen transmitir los candelabros encendidos por mi doncella blanca, he tenido pesadillas recurrentes, donde veo a mis hermanos pequeños huyendo desesperados por pasadizos de una ciudad subterránea y pidiendo a gritos un auxilio que nunca llega. Corren despavoridos hasta que son despedazados por las gigantescas garras de una criatura indescriptible.

Me despierto en medio de sollozos, pero alguna doncella me alcanza una copa con agua fresca que de inmediato me niego a beber. Lo mismo hago con las pequeñas raciones de alimento del mediodía y de la tarde. Es mi manera de reclamar la presencia de True, pero ninguna se digna a comentarme qué ha sido de la suerte de la más preciosa de mis doncellas. Debo acatar las terribles reglas de un silencio que yo misma he impuesto.

Debo esperar con paciencia.

Casi no me levanto de mi lecho y no he podido escribir nada razonable en estos últimos días.

Una de mis silenciosas compañeras ha decidido cortar mi almuerzo en diminutos trozos, poniéndolos en mi boca con tal de obligarme a ingerirlos. Por mi parte, sin la menor intención de alimentarme, me contento con cerrar mi boca, perdiéndome en un oscuro deleite, observando con un inusual y sospechoso detenimiento el refulgente filo de los utensilios que minutos atrás ha utilizado.

Sería tan simple sajar la piel de mis muñecas con la ayuda de esos metales cortantes…

Eso ha provocado miedo en la perspicaz jovencita, y rápido lo ha comentado con sus compañeras.

De inmediato se han organizado para vigilar mis movimientos día y noche, alejando de mi alcance todo elemento que signifique un riesgo. Son una suerte de carceleras dentro de otra

mazmorra. Mi muerte significaría la libertad inmediata de ellas, pero un incomprensible sentimiento de amor hacia mi vida las ha puesto en actitud de almas salvadoras, temiendo que yo cometa imprudencias hasta llegar al suicidio.

True persiste encerrada en su celda; es evidente que no quiere venir a visitarme.

¡Mi manifiesto deseo de morir la enerva en contra de mí!

Tal vez, mostrando compostura, intento no hablar del tema y mucho menos pido que venga a cuidarme, jamás me permitiría hacer ninguna mueca preguntando por ella. Lo único que puedo sonsacar de los comentarios indiscretos de sus compañeras, es que hace, como siempre, sus plegarias en las madrugadas.

No he sabido más nada: todas se abstienen de hablar. Es evidente que pretenden castigarme manteniendo esa actitud distante conmigo.

En los últimos días, he notado que han comenzado a guardarme una especial aprensión, que por otra parte demuestran sin temor a ser castigadas. Se aproximan trayendo las bandejas con cierto desdén y cambian mis vendajes, podría decir con desprecio, actuando como madres ofendidas obligadas a cuidar y alimentar a una cría que no aman. Despliegan sobre mí un tipo de potestad que todavía no logro entender, dándose valor para convencerse a sí mismas de que deben luchar por mi supervivencia, como si tal empeño las convirtiera en heroínas garantizándoles un lugar en el cielo.

Deben creer que la vida es un valor absoluto similar a un tesoro.

¡Maldigo la hora en la que se difundió la falsa virtud de tener que ser valientes a toda costa y, a pesar de estar destrozados por infinitas batallas, tener que apartar de nuestras cabezas toda idea de auto-exterminio! ¡En la antigüedad se proclamaban otros principios al respecto!

Tanto los griegos del continente como los de las islas y demás pueblos antiguos, vivían sumergidos en la costumbre de entregar con total soltura, sin apego la vida humana, en renuncias sangrientas.

Nadie cuestionaba esas prácticas.

Por desgracia, hoy se vive otra realidad, donde una nueva cultura convierte a las personas en figuras temerosas, que imaginan el suicidio como pecado o como un aterrador delito. ¡Si al menos una noche volvieran las viejas asesinas que deseaban mi muerte!

¡Oh, amado corazón! Si estuvieras aquí, te abrazaría con tanto entusiasmo…, y te diría que hace días la tristeza me ahoga, que no soporto mi espantosa existencia, que mi confianza en volver a vivir no llega ni a ser mediocre.

Ahora estoy convencida y preparada para morir gustosa.

Me ofrecería como víctima en un ritual sangriento, caminaría con los pies descalzos, sin cabellos y sin velo que me cubriera, en dirección al cadalso de mi juicio final para entregarme a una cuerda mortal que estrangulase mi cuello y apagase mis sentidos. Pero las dudas me persiguen. No logro comprender del todo cuál sería el género más apropiado.

Otra forma, más eficaz y por lo tanto más despreciable, sería desfallecer degollada en manos de mis fieles doncellas.

Pero las vírgenes no cesan en sus puestos de vigilancia, no puedo imaginar tranquila cuál sería mi deceso.

¿Cómo pueden saber estas jóvenes mujeres lo que significa cargar en sus cuerpos con restos de carne chamuscada, escoria llena de ceniza?

¿Qué saben del dolor?

Cubren mi apariencia con finos terciopelos y ponen en mi cabeza cofias almidonadas, sin embargo, mi apariencia se sigue asemejando a la de esas horribles pordioseras que no tienen piedad de sí mismas contentándose con flagelar sus partes al dormir a la intemperie o bajo la mugre, expuestas a la mala muerte… Y si bien se dedican por horas a zurcir y bordar con finos hilos de oro mi esclavina, sigo teniendo el aspecto de una mendiga moribunda mantenida con vida por incomprensibles motivos que nadie logra dilucidar.

¿Qué sabrán ellas de las noches interminables y del llanto más lacerante que puede existir, que es aquél que ocurre cuando ya no hay lágrimas?

Jamás lograrán entender mi dolor y mi congoja.

Han pasado incontables noches desde que me siento más sola que nunca.

Debo pedirte disculpas por estas palabras tan deficientes de buenos contenidos, pero es que mi debilitado ánimo apenas me alcanza y emborrono con desagradables garabatos estos lastimosos papeles...

Me parece escuchar pasos de alguien viniendo por las galerías, pasos que logro reconocer. La puerta se abre lentamente. ¡Es True! Al verla, me alegra saber que el rechazo de mi virgen predilecta no ha sido tan implacable. Mi corazón comienza a galopar como si estuviese en un vasto campo, y la observo con ternura. Con ese aspecto indescriptible de su cuerpo, es el más bello espectro, el único capaz de transmitir paz y no desasosiego.

Ha vuelto para protegerme.

Se acerca para abrazarme.

¿O soy yo la que imagina un abrazo infinito?

Agradezco que hayas autorizado, aceptando de manera estoica, la construcción en esta parte de la casa de nuevas murallas, capaces de mantenerme más protegida.

Hay albañiles y picapedreros que deambulan por andamios de todos los tamaños. Los observo escondida tras los vitrales rosados y ambarinos de mi habitación, acompañándolos con oraciones. ¡El buen Dios los proteja de sufrir accidentes!

Se dedican a realizar sus sacrificados trabajos sujetándose de andariveles de cuerda, transportando y levantando con la ayuda de una fenomenal árgana inmensos bloques de piedra que cada día, según sus comentarios, resultan más pesados.

Pero por la energía y la rusticidad que se percibe en sus músculos, pienso que pronto terminarán la fortaleza que necesito para estar apartada de todo… y de todos. Cada día mi celda se convierte en un lugar más pequeño que se prefigura como un espacio destinado a la eternidad.

Me conmueve, y agradezco que también hayas dejado de insistir con el imposible pedido de venir a visitarme. Encontrarme contigo significaría multiplicar mis dolencias.

Con mi testarudez he apagado tu deseo de volver a verme, debo admitirlo con tristeza.

¿Pero qué puedo ofrecerte?

¡Sólo doliente piel y una boca sin palabras, nada en mí puede resonar con belleza!

Vivo en una extrema sensibilidad donde provocarías heridas más profundas al poner tu mirada; prefiero que sigan creciendo estos muros insoslayables. Transcurriré encerrada lo que sea necesario, y mis pasos se reducirán a los que pueda realizar, con dificultad, tras estas paredes heladas. ¡Es tan difícil seguir en un estado de muerte inconclusa, perteneciendo a dos reinos tan distantes como son el telúrico y el trascendental!

¿Será por eso que al observar mi desavenencia, True me ha sugerido no volver a dedicarme a este tipo de reflexiones y mucho menos seguir inventando relojes con nada que se me ocurra? También me ha recomendado dejar de escribir con respecto al paso del inexorable tiempo. Así no sabremos nunca con exactitud cuántos son los días y los meses que dura esta desventura que nos une y martiriza.

Con su particular dulzura, la joven blanca me pide que recuerde otras escenas de mi pasado: ese consejo me hace recordar cuando las monstruosas mujeres desaparecieron de mis habitaciones, y por unos días debí quedar a la espera de las nuevas dependientas.

Durante las mañanas, completamente sola, me animaba a dar

algunos pasos fortaleciendo un poco mis piernas e intentando una que otra respiración profunda y también, por qué no, disfrutar del desértico ambiente que me abrigaba. Solía dirigirme a la pesada puerta; allí recibía algún platillo aparecido con rapidez atravesando la compuerta al ras del pavimento.

Al incorporarme, apoyaba mi sien sobre la puerta para oír los sonidos debilitados que venían a través de la estructura de madera.

Temblorosa, prestaba atención.

Escuchaba sucesiones de sonidos capaces de atravesar con facilidad toda muralla construida por el hombre, nítidas y a la vez tumultuosas vibraciones que poblaban todo el lugar, trayéndome alegres recuerdos de nuestra vida como esposos. Otras veces eran vagos rumores domésticos, conversaciones de la servidumbre hablando sobre los cuidados del mobiliario o discusiones con respecto al mantenimiento que debían guardar en los revestimientos del suelo. Algunas mujeres parecían lamentarse por la locura de seguir soportando mi inexplicable decisión de continuar recluida tras los muros. A los pocos minutos llegaba a mis oídos el molesto ladrido de un perro y la voz de una gobernanta que lo reprendía.

Era la otra parte de una casa que yo había decidido abandonar, un lugar cálido y lleno de amor que sufría las consecuencias e inclemencias de mi capricho mortífero.

Muy de vez en cuando, solías aparecer en escena para dar órdenes incoherentes a los sirvientes, exagerando tus gritos con un falso autoritarismo. ¿Montabas esos graciosos espectáculos para que yo te escuchara y recordara aunque fuese tu voz…? Me pregunto si alguna vez habrás tenido la fantasía de emular mi postura de vulgar espía, dedicándote a apoyar tu cabeza en la puerta con tal de sonsacar algún mensaje.

Con el paso de los días, por misericordia, me alejé de ese único lugar que nos aproximaba. Así fue como tu imagen sonora, al igual que muchos otros recuerdos de tu voz, perdió consistencia y significado. Todo… o casi todo se fue esfumando en mi memoria, y con pena debo admitir que si volviese a escuchar tu voz, me resultaría dificultoso reconocerla.

Las piedras que conforman el muro gris de mi fortaleza, son cada día más potentes si las comparo con la fragilidad de la belleza de nuestros recuerdos compartidos.

Si estuvieras aquí y transitaras por esta parte de la casa, no podrías reconocerla como propia. Donde antes existían puertas he mandado levantar nuevos muros. Hay muchas habitaciones que ya no se usan; lo único que se ha respetado de la vieja estructura son las galerías que dan al claro de nuestro jardín privado; nuestro jardín del Edén.

Mostraré a True estas palabras escritas esperando descubrir en su mirada cuál es el juicio que merecen.

Cada dos semanas, dos de mis doncellas se encargan de estar atentas frente a la compuerta por la cual llegan nuestras provisiones. No hay otro aviso más que un simple golpeteo hecho con desgano. Se oye el sonido de una cerradura y el ansiado girar de los goznes anuncia la fiesta que implica la llegada de los esperados suministros.

Sin mediar palabra, comienza el desfile de canastos con frutas y legumbres, botellas de aceite, quesos caprinos. También llegan bultos que contienen generosas raciones de carne con las cuales las muchachas preparan suculentos cocidos. El resto lo acecinan secándolo con sal, aire y humo para después conservarlo en la bodega.

Al otro lado del muro no hay persona que quiera saber nada sobre nuestras existencias; con seguridad, el lugar donde vivimos mis doncellas y yo, se ha convertido en una especie de mausoleo que inspira recelo y leyendas supersticiosas en mis antiguos sirvientes.

Deben imaginar que mi sufrimiento tiene que ver con una enfermedad relacionada con la peste, puesto que el recuerdo de la muerte bubónica lusa, por más que hayan pasado trescientos años, sigue vivo y continúa provocando resquemores en nuestra comarca. Eso debe hacer presuponer que mis pobres doncellas cargan con el castigo de haberse contagiado y explica que, cuando intentan mirar al otro lado de la mirilla, la compuerta se cierre furiosa y definitiva ante sus narices. ¿Habrá sido siempre así? ¿Nadie se habrá preguntado nunca cómo me encontraba yo después de tantas estaciones? No creo que sea tan grande la repulsión que puedan sentir por nosotras.

Con discretos comentarios escritos en pequeños papeles, trato de sonsacar a True si existe alguna información sobre lo que acontece en tu vida, pero sólo recibo comentarios que niegan todo conocimiento. A la pobre doncella, ni siquiera se le permite mirar al otro lado de la compuerta.

Por más que has prometido fidelidad absoluta. ¿Con quién acallarás tus deseos físicos? No haces ningún comentario en tus estrictas cartas de las cuales pueda adivinar nada al respecto.

¿Quién te acompañará en las noches invernales?

¿Será alguna generosa criada la que te muestra, desenfadada, su cuerpo íntegro y desnudo, perfecto y sin magulladuras, despertando tu pasión como si fuese una sacerdotisa compasiva que abre sus brazos ofreciéndote abrigo? ¿O serán mujeres que traes de otros lugares, las cuales ignoran mi existencia? Pero no puedo odiarlas o maldecirlas. Calmando tus furores han evitado que caigas tú también en una forma

de locura...

¡Qué horrible cargar con esta pena de saber que nunca podrás salvarme de nada! ¡Ni yo aparecer nunca más, en ninguna otra noche, en nuestro lecho de amor! ¡Qué horrible condena la de habernos transformado en seres transparentes, convertidos en almas errantes que viven sin respirar el aire por las noches!

¡Ya no somos el uno para el otro! Es como si la bruma de la *foschía*, implacable neblina que cubre estas tierras del norte, nos hubiese absorbido hasta hacernos desaparecer.

Los dos nos hemos ido sin pronunciar ningún adiós.

Ambos hemos subido a carromatos que siempre nos están llevando a lugares inexistentes, lugares que son ninguna parte.

Tu familia jamás me otorgará su favor, incluso estará convencida de que el hecho de que siga con vida en estas extrañas condiciones es obra del demonio, y que algo maléfico habita en mi cuerpo calcinado, manteniéndome con vida para vaya a saber qué espantosa voluntad del infierno…

Ellos, al igual que tantas personas que te acompañan, esperan que mi muerte ocurra cuanto antes, no puedes negarlo. De esa manera tú gozarías de una merecida viudez, y ellos se quitarían de encima el castigo de vivir emparentados con alguien de mis características. Deben creer que donde me encuentro escribiendo estas palabras, en realidad es un bastión, lugar sombrío con argollas en los muros, guarida de una hechicera que espera salir alguna noche de éstas, concretando las más oscuras maldiciones sobre sus vidas.

¡Si supieran que en realidad soy yo la que sufro terror por ellos, y sus acendradas costumbres religiosas con las que no dejan de hostigarme!

Soy la única que se sabe víctima de sus condenas y de sus injurias.

No he dejado de pensar quién habría sido capaz de desearme algo tan espantoso y provocar mi accidente con su pensamiento destructivo, logrando deshacer el que fuera mi cuerpo de hermosa mujer hasta convertirlo en esta especie de simulacro humano, viéndome obligada a apartarme de todos. ¡A nadie he hecho tanto daño! ¿Quién buscaría venganza por medio de una magia tan maligna? ¿Quién sería capaz de envidiar tanto mi buena fortuna? ¿O acaso habré sido yo misma, la que pidió en un mal sueño o en algún delirio, pasar por un tormento así, para padecer como una infeliz condenada estos días tan tenebrosos? ¿Lo habré deseado sin darme cuenta y ahora busco culpables en lo que era nuestro entorno, huyendo de mis propias memorias e intenciones?

El apagamiento de mi celda me otorga este tipo de reflexiones, que muchas veces me dejan atónita, vuelvo a pedirte

disculpas si no hago otra cosa más que espantarte con mis ideas delirantes.

Todavía me atormenta recordar los minutos previos al accidente. Busco cambiar la historia e imaginar que nada de todo aquello llegó a suceder. Lucho conmigo misma, e invento nuevas maneras de trastocar los eventos de aquella noche y evitar llegar al encuentro con esa lámpara de aceite de jazmín.

Pruebo de mil maneras diferentes, transito por otros pasillos, trato de subir otras escaleras, abro otras puertas y traspaso otros umbrales que no sean los nuestros. Imagino todas las formas posibles de no llegar nunca a la oscura cita que implicaría dicha desgracia.

Pero está ahí, incorrupta lámpara, luciendo sus tulipas hechas con pálida seda, esbelta como la imagen de una diosa. Hecha de un cristal eterno que contiene el siruposo líquido, más peligroso que el veneno, combustible que despide su hipnótico y pegajoso hedor similar al que emana el ámbar cuando está naciendo. Ahí está, esperando tranquila mi tropiezo, dispuesta a caer a mis pies e incinerarme. Guardo un temor antiguo por ella, que hasta el día de hoy logra iluminar todas las partes de mis pesadillas que creía olvidadas. Su luz puede volverse fuego lacerante.

¡Pero estábamos avisados! ¡Nuestra desgracia parecía haber sido preconizada, mi querido corazón! Sabíamos que tarde o temprano algo espantoso iba a sucedernos. ¿No lo recuerdas?

Fue durante los festejos de nuestro primer aniversario de boda.

V

La casa lucía sus más fastuosas galas. Algunos convidados canturreaban nuestros nombres, otros nos observaban en disimulado escorzo, conservando sus posturas elegantes, mientras en sus corazones se mezclaban sentimientos de admiración y disimulada envidia.

El satinado azul claro de tu vestimenta te otorgaba un aspecto de mocedad recién inaugurada. Mostrabas la imagen de un hombre vigoroso, que tiene la sana costumbre de sonreír con ternura a sus queridos invitados. Los más habilidosos sastres habían lastimado y ensangrentado varias veces sus dedos con tal de terminar a tiempo tu terno. Lo hacían con gusto, puesto que con esos brocados y recamados en dorado refulgente, sumaban incontables puntos al prestigio que ya tenían en todo el principado.

Mi madre, en un alarde de generosidad, me obsequió, envuelto en terciopelo, su más preciado juego de collar y pendientes. Al darme un abrazo que intuí falso, y ante mi sorpresa al ver aquellas magníficas joyas, me vi obligada a recibirlas, mostrándole un gesto entre emocionado y frágilmente femenino.

El fino resplandor de las piedras preciosas combinaba a la perfección con el rosado de la infinidad de alforzas y ribetes encarrujados de mi traje, y obnubilaba a quien posase su mirada sobre él.

Con suma delicadeza, mi madre colocó los pendientes en mis lóbulos, entonces vi en el espejo que esas joyas brillaban como estrellas. Ella devolvió mi gratitud con una sonrisa y acomodó el abultado peto de mi traje a la altura de la cintura. También puso en orden la totalidad de mi imagen, ajustando algunas fantasías fabricadas con hilos de chenilla que sobresalían de manera exagerada. Sus movimientos, eran los de una mujer experta al acariciar esas finas pasamanerías en seda sin dañarlas con tal de que realzaran el tafetán con el que estaba confeccionado mi traje de esposa homenajeada.

Cuando terminó de colocar el collar, me ofreció sus manos. Debía besárselas.

Una vez en los agasajos, nos sentíamos esplendorosos y teníamos la certeza de ser un inusual matrimonio que festejaba su unión basada en

el amor y no en algún tipo de conveniencia económica, tan común en los ambientes de nuestras familias. Lo teníamos todo, incluso disfrutábamos en silencio la feliz noticia de mi demorado embarazo, que queríamos mantener en secreto por si no llegaba a buen término. Nadie podía comprender en carne propia lo que sucedía en nuestras vidas. Yo era feliz y me sentía merecedora de aparecer en los cuadros de los artistas más excelsos, o de ver mi rostro en los esmaltes de vasijas imperiales como un ejemplo de heroína beneficiada por la gracia del amor y la fecundidad.

¿Habrá sido un pecado mortal vivir así de encantada con tu hermosura? Yo amaba tus palabras, y también tu cuerpo. Una sonrisa tuya completaba mis mañanas, alimentando mis ansias de pasar las noches enteras, acurrucada en el calor de tus brazos masculinos. La vida había sido generosa conmigo al darme un esposo por el cual sentía un amor infinito y correspondido.

¡Ahora un hijo completaba nuestra fortuna!

Pero debíamos ser discretos unos días más, guardando nuestro secreto en forma de tesoro privado hasta que llegara la ocasión oportuna de comunicarlo.

Transcurrido el banquete, un joven poeta, que por su apariencia estaba dando sus primeros pasos, se acercó a mí para regalarme una oda. Abrí mi corazón. De ese modo los mensajes más bellos de las musas podrían iluminarlo.

Para nuestra sorpresa, permaneció callado.

El grupo completo de invitados esperaba con atención regocijar sus oídos con las palabras del artista. Lo recuerdo bien; su cara tomó el cariz que tienen los oráculos antiguos, observó y disfrutó mi apariencia, detuvo su mirada en las maravillosas joyas. Sonrió cuando posó su mirada en mis ojos celestes y se entretuvo mirando el fino trenzado de mi peluca, que esa noche en particular lucía maravillosa.

Sin embargo, algo sucedió en su interior, quebrando su alma.

A punto de recitar, quedó paralizado, sin siquiera recordar algún antiguo epigrama que lo salvase del ridículo. No le llegaba ninguna inspiración ni impulso creativo; la frescura de su corta edad tampoco le facilitaba el camino para inventar alguna escapatoria ingeniosa, puesto que no atinaba a ser condescendiente ni galante. Tal vez una fuerza proveniente de la Naturaleza, se interponía impidiéndole que pronunciase sus versos, negándole toda posibilidad en su habla; ella desde siempre ha mantenido una disputa con los artistas puesto que éstos, en recalcitrante actitud, buscan superarla con sus engañosos rudimentos.

Enmudeció debido a la situación adversa, su respirar asemejaba al del rígido mármol de los hermas.

Una estatua, una estatua perfecta parecía, pero sin ningún gesto que delatara su laberíntica construcción interna de poeta.

Mi belleza no le inspiraba ninguna palabra.

¿Lo recuerdas? ¿Habrá visto la fealdad que hoy me desfigura, y paralizado por el miedo no se animó a expresarla?

Transcurridos algunos años, reflexiono y hoy llego a la conclusión de que fue un implacable oráculo, que con su mutismo nos dictaba una alerta con respecto a lo que sobrevendría en nuestras desgraciadas vidas. El joven artista nos dio un aviso que no quisimos escuchar.

Habitación de Giuseppina

Cada tres o cuatro días, no hay un plan establecido, mi mayordoma va a Cisterna, donde realiza algunas compras. Como es de suponer, en el momento menos pensado, se complace en desaparecer sin dar aviso. Hoy, por ejemplo, salió casi de madrugada.

Tampoco anoche me preguntó si me apetecía comer algún platillo en particular hoy en el almuerzo.

Para justificar su falta de atención, había dejado sobre la mesa de la cocina panecillos recién horneados, algo de mantequilla y tocino, también se veían frutas bien acomodadas, simulando irónicamente ser parte de una naturaleza muerta. El vivificante aroma del café invadía todo el ambiente a manera de saludo matinal.

Eso tampoco ayudó a despabilarme.

Me encontraba extenuado por una mala noche en la que había sufrido durísimas pesadillas. Al disponerme a desayunar, tuve la idea de aprovechar la ausencia de Giuseppina para entrar y explorar su cuarto. Parece curioso, pero desde que decidí instalarme en esta casa de campo, nunca me había dignado a entrar en su pequeño habitáculo.

Sentí en mi espalda un ligero escalofrío al imaginar que podría descubrir algo escabroso entre sus pertenencias; debía tener en cuenta que su habitación ya no era la de una mujer normal y corriente. Al ingresar a ese cuarto, tuve la misma sensación de invadir la cueva de un animal salvaje.

Al traspasar el umbral, me doblegó la pena. Por más que luciera limpio, olía mal por la falta de ventanas otorgándole una suficiente luz y un poco de aire. Sentí cargo de conciencia por haberle deseado, con tanta vehemencia, la muerte. Surgió en mi interior un cruel sentimiento, muy difícil de quitar, debido al desagradable ambiente de ese insignificante cuarto.

Era envidiable su capacidad de adaptación instalándose en un espacio tan pequeño. Ahí sólo cabía una cama, una cómoda de tres cajones y una silla un tanto desvencijada, utilizada como reemplazo de una mesa de luz. La falta de ventana se disimulaba con una rústica cortina que agregaba patetismo al ambiente.

La pobre Giuseppina, al ver las que serían sus dependencias en la próxima temporada, le debieron parecer espantosas en comparación con las que disfrutaba en mi casa paterna. Éstas parecían una pocilga y no un lugar digno. Reposar allí en las horas nocturnas, luego de un arduo y desgastador día de trabajo, resultaba imposible.

Comencé a husmear en el mueble, pero al abrir y esculcar los cajones, no encontré más que humildes camisas, ropa interior y sus trajes de fajina.

Un par de botines de cuero descansaba en un rincón de la infame estancia.

Volvía a preguntarme qué había sucedido con Giuseppina.

¿Qué la motivaba a comportarse tan diferente de aquellos días cuando llegó a nuestra casa en Turín? Entendía que el hecho de tener que venir a Cisterna significaba un tipo de desalojo, pero tampoco era un motivo valedero.

Siempre había actuado con una inusual cordialidad al realizar sus quehaceres, ganándose con eso la confianza de todos. Se comportaba discreta, llevando con obediencia toda labor que le fuera asignada. Había en ella un don especial. Adivinaba los gustos y requerimientos de mi madre, venciendo también de ese modo la reticencia que mostraban mis hermanas ante su imagen de mujer disminuida por la pobreza. Al mes de estar viviendo con nosotros, llegamos incluso a considerarla como parte de nuestra familia.

El que no conociera a Giuseppina, hubiese apostado que era soltera, e incluso afirmaría que se trataba de una mujer virgen, pero en realidad era una viuda sin familia en Turín, por lo tanto no había nadie que la respaldara en épocas adversas. Eso la había obligado a buscar un puesto de trabajo bajo la protección de una familia poderosa.

Cuando se presentó, trayendo como referencia una pequeña nota de una vecina nuestra, la casa precisaba apenas de fregonas.

A mi madre le agradó su aspecto distinguido transformado por la pena. Inspiraba confianza.

¿Estaría dispuesta a aceptar un trabajo humillante?

Giuseppina, con tal de obtener un tipo de protección, estaba dispuesta a trabajar en cualquier cosa; vivir de sus costuras o como lavandera, además de verse obligada a tener que solventar los gastos de un alquiler, sería un riesgo total si le sucediera algo malo a su salud.

A las tres o cuatro semanas, nos enteramos de que además era madre de un muchacho llamado Rafael que debía estar viviendo, según sus escuetos comentarios, en la zona del Véneto. Pasados algunos meses posteriores a la muerte de su esposo, se vio obligaba a tener que mandarlo con una familia conocida para que allí encontrase otras fuentes de trabajo.

Al surgir el tema de su hijo, no sabía cómo superar la sensación de total abandono que la aquejaba. Rafael era su única familia y, al parecer ya ni recibía noticias de él. ¡Ojalá no haya caído víctima de alguna enfermedad!, se repetía con ánimos de despejar sus

miedos.

Otra vez guardaba silencio.

Para ella resultaba más fácil si se hablaba lo menos posible de su hijo. Tenía la plena convicción que soterrar el recuerdo de Rafael, frente a nosotros y a sus compañeras de trabajo, era la forma más efectiva de olvidar el dolor y disipar la incertidumbre.

Eso explica que actuara como si fuese una doncella que no conoce los secretos de la vida marital; tampoco permitiéndose aires hablando de su hijo, exponiéndolo como un trofeo.

La verdad era que se sentía sola y devastada por no saber nada del joven Rafael desde hacía meses.

El hecho de sobrevivir obliga a las personas a ciertos tipos de transformaciones.

En el afán de cumplir con sus labores, debía subir las escaleras como si fuese un muchacho con tal de limpiar como es debido los dinteles que recubren los marcos de las puertas. También debía doblar hasta resentir su espalda, ocupándose de sacar brillo a los diferentes pavimentos de la casona, limpiar la loza, restregar los peroles y llenarse de tizne las manos hasta dejar impecable todo espacio de la cocina.

Según comentarios de mi madre, la nueva dependienta era un ser intachable…

De pronto, escucho que alguien anda por la cocina. ¡Es imposible que Giuseppina haya vuelto tan pronto de Cisterna!

—¿Quién anda ahí? —Pronuncié asustado.

Nadie responde.

Al salir hacia la cocina, me cruzo en el pasillo con ella que ha percibido que vengo de su cuarto.

—¿Necesitaba algo, señor? —Preguntó Giuseppina con una forzada muestra de respeto.

—Estaba buscándola. Deseaba pedirle que me trajese algo de Cisterna. Pero veo que ya está de vuelta… —respondí intentando reponerme del susto.

No dijo nada.

No sé cuánto duró ese juego silencioso que buscaba oprimirme. Ella parecía gozar de una virtud natural e intransferible para reconocer con rapidez todas las gitanerías, pero sobre todo de inspirar miedo en aquél que viniese con segundas intenciones a la hora de ganarle una apuesta con respecto a las perspicacias.

Dirigió con astucia sus ojos en dirección a su cuarto, volvió a observarme y me clavó su mirada.

Comprendí que si continuaba guardando ese mutismo, debía estar atento a mis propios pensamientos, puesto que la habilidosa mujer sería capaz de inventar un séptimo sentido con tal de escrutar

todas mis emociones. Sentí que me encontraba frente a una clarividente.

Volví de inmediato a mi escritorio. Quería refugiarme cuanto antes en mis transcripciones. No lograba enfrentar a Giuseppina.

Las páginas del segundo cuaderno me recibirían con entusiasmo.

VI

A lo largo de estos años, también he aprendido a convivir con la poca movilidad que ha quedado en mis manos.

Varias horas del día trato de observar por debajo de mis cicatrices, como si buscara adivinar lo que está adormecido y oculto. Presto atención a cualquier indicio de vitalidad que pueda existir.

Las respiro hasta casi rozarlas.

Muevo mis dedos con delicadeza y les digo que deben ayudarme a sacar del sueño ese tipo de vida adormecida debajo de mi piel traslúcida.

Practico, y vuelvo a practicar cada vez con más insistencia.

Abro hasta el límite mis falanges convocando aquella perdida y olvidada agilidad que tan sólo parece estar viva en el recuerdo. La inmovilidad intenta proseguir. Pero no decaigo, me preparo con obligado entusiasmo. Me esperan arduas horas de escritura. Al observar mis manos, comprendo que no existe ningún demonio de vanidad que logre hostigarme; aceptando mi condición de mujer desfigurada estoy condenada a tener que acallar mis voces internas para tomar así mi forma definitiva de criatura ermitaña y contemplativa.

Dicho ejercicio espiritual también me ha llevado a dedicarme con obediencia y rigor benedictino.

Mis manos se salvaron de ser amputadas y hoy se dedican, incansables, a llenar estas páginas, que más que epístolas se asemejan a exhaustivas memorias. Debo admitir que, en su mayoría, son recuerdos carentes de valor, cuyo origen he olvidado, pero de una manera u otra me han ayudado a detener el transcurso de los días, regalándome la posibilidad de volver a vivir la ternura de personas que hoy no son más que entidades transparentes.

Escribir es la manera más feliz de convocar a esas presencias y volver a participar con ellas para idealizar y perfeccionar recuerdos compartidos.

Un pájaro vuela, diez pájaros hechos con páginas escritas siguen su vuelo, la eternidad y el pensamiento son la misma cosa al reflexionar con respecto al pasado.

¡Qué inmensa empresa la de evocar los recuerdos!

Y qué conmoción más devastadora… cuando vuelven trayéndonos la sensación de percibir como algo sin valor lo que un día significó una gran entrega o un amor al parecer eterno en nuestras vidas. Sin saber, continuamos con nuestros cuerpos insistiendo en

querer sentirlos como algo lleno de autenticidad. ¿Será que persistir en recuerdos erróneos prefigura la tragedia en la vida de los seres humanos?

Debo decirte que en mi caso ha sido diferente, puesto que al recordar mi vida, en vez de alimentar un sentimiento de nostalgia, paradójicamente he ido olvidando todo aquello que pueda anclarme al pasado. Sucede tanto con los recuerdos que me fustigan, como las sensaciones que pueden traerme algún tipo de placer o felicidad. Funciona como si la energía de esos registros mentales quedara condenada a palpitar en la tinta de mis escritos siguiendo encarcelada en estos papeles que veo cómo se transforman a medida que las redacto.

Escribir me convierte en la representación de una diosa sin identidad y sin forma.

Mientras más me adentro en esos lugares del corazón, desalojo con agradecimiento todo lo vivido. Eso acrecienta una idea que me ha acompañado desde niña al contemplar los maniquíes disfrazados con trajes de mi madre: la de que probablemente todo lo transcurrido ha sido soñado y palpitado por otra mujer diferente a ésta que soy. ¿Quién era en realidad la verdadera observadora, la niña o la inmutable muñeca que se manifestaba ante mí sin practicar ningún tipo de respiro?

Si en mí se operan esas preguntas y el consiguiente milagro de iluminación, no veo por qué no puede suceder lo mismo en la conciencia de todas aquellas personas con las cuales he compartido la existencia.

Pensar eso me llena de felicidad, y alimenta la ilusión de que algo en ellos también llegue a transformarse algún día en luz de sabiduría. Respiro agradecida por este regalo de Dios que inspira mis palabras, y albergo el sueño de ver muy pronto en el cielo nuevas estrellas, mucho más refulgentes, que me observen gustosas, brillando diferente a cuando fueron creadas. Siempre son más bellas las estrellas de los atardeceres compartidos…

Como verás, el recuerdo es un palacio inmenso que no termina nunca de habitarse y, aunque quieras abarrotarlo de invitados participando de festejos descomunales, no lograrás jamás llenar todas sus habitaciones. De manera invariable sobrevienen las dudas infinitas con respecto a algunos hechos de nuestro pasado remoto, que se convierten en inalcanzables.

Todo queda vacío. Y nuestras imaginaciones vuelven a jugar.

Al observar cómo corre la tinta, percibo la manera delicada con la cual penetra la textura del papel, y me invaden pensamientos propios de una persona altanera, de lo que me avergüenzo…

Resulta una grandiosa ironía que mis hermanos se hayan

esforzado tanto en la infancia como en la juventud al ejercitar con impensados sacrificios las buenas artes de la caligrafía, accediendo por ser varones a leer libros y tomar clases con prestigiosos maestros que podían guiarlos por caminos de excelsos pensamientos y sea yo, que sólo he podido articular algunas desvalidas aproximaciones al latín cuando leía los libros de la biblioteca de mi padre, la que termine plasmando en papeles las palabras que intentan describir la memoria transcurrida.

Mis pobres hermanos, lo único que han logrado a través de los años es tener cierta destreza que les permite salir airosos de la constante vigilancia de mi madre y la desalentadora mirada de mi padre, que nunca logrará aceptarlos por la debilidad que siempre los ha caracterizado. Viven a expensas de las cuentas familiares y no imaginan ningún tipo de buenas negociaciones que puedan colaborar con el negocio paterno.

Esa postura de mis hermanos no es tan condenada, como sería esta costumbre mía de plasmar en papeles palabras que surgen de la reflexión.

En otras épocas, algunos miembros ancianos de mi familia, como también algunas rocas impenetrables que componen buena parte de nuestra iglesia, hubieran insultado a gritos al enterarse de esta actividad del pensamiento que estoy llevando a cabo, tan sagrada y prohibida. ¡Imposible que una descendiente de Eva lo haga!

Las princesas no tienen lugar entre los clérigos y sus seguidores católicos; para ellos, las mujeres no somos más que brujas, que deben ser sometidas y esclavizadas.

Al enterarse, buscarían verdugos que ataran mis manos con gruesas cuerdas, pidiendo mi cabeza o rogando a Dios ver mi cuerpo colgado en un patíbulo, donde me azotarían en público.

Honrarían a los despiadados de la antigüedad hasta conseguir que me enterraran viva por llevar estas costumbres “inusuales y pecaminosas”, como si yo fuese en realidad una adepta a prácticas de hechicería. Pero después de mi accidente, convertido en ritual de fuego, sumado a mi carácter de niña indómita, he perdido todo temor a ser perseguida. Me tiene sin cuidado el zumbido de sus calumnias.

Salvo raras excepciones, aparte de los que he leído, nunca he podido acceder a los textos más importantes redactados por los más encumbrados sabios de la antigüedad. Tan sólo me he contentado con algún tratado de Matemáticas y Geografía. Los otros, que incluyen la Filosofía y la Astronomía, son regalos que todavía me siguen siendo denegados.

También tengo, además de mi persistente mudez y la obligada introspección, que como fieles consejeras me otorgan sabiduría, el recuerdo de una decena de libros leídos a escondidas,

entre ellos algunos de un neerlandés llamado Spinoza, y otros cuyos nombres no logra recordar mi atribulada memoria. Pero podría responderles al vuelo a esos opresores, sin hacer alarde de erudición, que en este mundo hay tantos varones cultos que deambulan por ahí haciéndose llamar maestros y eruditos, insistiendo, sin importarles nada, que se continúen levantando destructivas y egoístas construcciones a base del pensamiento, y carentes de buena acciones, buscando incluso destruir toda manifestación de vida, que caen en el consabido error del desalojo, tan propio de la naturaleza masculina

Por mi parte, persisto sobre estos papeles hasta que la falta de ánimo termine por agobiarme; el hecho de dedicar tantas horas a escribir me hace adoptar el aspecto de un monje encorvado repitiendo miniaturas. Pero mis doncellas ya no se espantan con esa imagen y, si antes se sentían obligadas al mutismo absoluto, ahora han comenzado a transitar por las habitaciones con una delicadeza que ellas eligen *motus propio*, tratando de pasar inadvertidas, diáfanas y moderadas.

En las horas de la madrugada, ubicada en mi escritorio, acaricio uno a uno los infinitos papeles.

Elijo los menos tersos para utilizarlos como borradores, poblándolos con trazos garrapateados, tal vez algunos de ellos, en las horas del día, podré transcribirlos en los de más calidad.

Una vez que lo hago, me cercioro de que la tinta está bien seca, me animo a dar repetidas lecturas susurrantes que suenan como soplidos o respiraciones que se asemejan a silbidos tenues. Me dedico a corregir y vuelvo a transcribir los que considero valiosos. Al final del día, True se encarga de encimar y desvirar los extremos de los papeles. Después los dobla y enhebra hasta darles la forma de pequeños folios de ocho páginas. Con sus comentarios amables me da a entender que si fuese necesario guardaría con su vida estos cuadernos que, considera y abraza como documentos indeciblemente valiosos.

No tengo por qué dudar de su palabra. El hecho de que se ocupe con tanta dedicación, preparando los refinados tafiletes con la idea de encuadernarlos, me da la certeza de que será una perfecta guardiana de estas palabras escritas si mi salud se ve desbaratada.

Suele comentarme, entusiasmada, que tanta fatiga compartida tiene un sentido trascendental.

Según sus graciosos comentarios, admite que muchas veces imagina que estos amados manuscritos algún día tendrán un valor incalculable. Parece una niña de tres años refiriéndose a ciertos temas…

Debo darle la razón, no todas las obras de arte tienen la fortuna de ser descubiertas y festejadas en tiempos contemporáneos. De seguro ahora mismo, oculto en algún taller de España o en algún confín de Francia, trabaja sigiloso un maestro de las artes, dedicando

horas en sacrificar alientos y felicidades momentáneas, por alcanzar la perfección en una obra que sabe Dios cuántas décadas más tarde, sea descubierta y festejada.

—Hay ciertas obras del hombre que necesitan dormir en el más absoluto de los anonimatos, para recién salir y brindar su mensaje a los seres humanos —dice True musitando.

Yo la observo con el deseo de devolverle el comentario, pero la mudez me imposibilita comunicarme con ella. Continúo obligándome a mí misma a reprimir todo afecto que pueda sentir por mi fiel compañera. Me limito a observarla, comprendiendo que debe volver a sus manualidades para seguir con perseverancia a traspasar, usando filosa aguja y sedoso hilo, las páginas que aún se encuentran en su exigua mesa, ubicada a pocos centímetros de mi escribanía.

Se concentra al máximo.

Como te he dicho antes, todo lo que hace y toca mi doncella, inspira aquella paz que tenían las antiguas vestales dedicándose al cuidado de los santuarios. Si algo malo me sucede, ella sabrá encontrar el modo oportuno de hacerte llegar todo este bagaje epistolar.

Las vírgenes conservan la riqueza de la ambigüedad.

Ojalá que su inocencia no te confunda y caigas en el grave error de subestimarla.

Por sus acciones castas, este tipo de mujeres están condenadas a parecer siempre jóvenes e inexpertas, pero cargan en sus espaldas con una sabiduría ancestral que las convierte en eximias maestras de la Verdad. Por lo tanto, gozan del privilegio de saber esperar toda la eternidad si es necesario. En ellas no existe la noción de los placeres carnales, por eso no hay ansiedad que las atormente, y toda espera siempre resulta llevadera, como si en realidad el paso de los años no existiera en sus vidas.

Por su manera de observar a las personas mundanas, podrá parecerte altiva y desalmada, pero no te dejes llevar por las apariencias.

Cuando empiezas a tratarla, ves que su espíritu puede manifestarse con sofisticación pero también con ternura, como si hubiese sido instruida por filósofos griegos o fuera el miembro de una noble familia. Su comportamiento es el de una doncella refinada, y aunque todavía ignoro detalles sobre su cultura, además de saber escribir frases íntegras y leer con soltura ciertos pasajes de mis escritos, intuyo que en su alma hay una inmensa predilección por las artes.

La he descubierto muchas veces contemplando con especial atención mis objetos personales y mirando sin aliento los cuadros al óleo que conservo de mi padre, sin evitar sucumbir a tales tentaciones

y a la vez comprendiendo la exaltación del arte barroco, observando con detenimiento las pinceladas magistrales en esas telas.

Comparadas con True, las otras doncellas siempre se comportan frente a esas pinturas como si comprendiesen el verdadero destino del arte. Con sus inteligencias de corto alcance, ignoran el espíritu y la belleza de los objetos que las rodean. Si por ellas fuese, venderían los lienzos que componen mi modesta pinacoteca por el mismo valor que pudiesen obtener a cambio de un montón de sargas viejas.

Por el contrario, la doncella blanca agobia esos cuadros con su mirada, como si quisiera escudriñarlos para obtener algún mensaje. La de ella es contemplación gozosa, invadida por un deseo que todavía no logro dilucidar.

Con respecto a sus obligaciones, es la que se conduce con mayor rigurosidad trayendo mis medicinas, moviéndose con tal apuro y diligencia que supera a cualquiera de las otras. Siempre es impecable administrando las dosis, y no deja pasar detalle, sobre todo observándome largo rato después de haber ingerido los brebajes, como si quisiera investigar los resultados que puedan tener esas bebidas amargas en mi cuerpo. Es simple amor doméstico, y simple cuidado maternal hacia mi persona y no un afán científico la que la motiva.

Estos días suele alcanzar a mi escritorio perfumadas fuentes con frutas, acompañadas con bandejas que contienen finas lascas de queso caprino y rodajas de pan impregnadas con olorosos aceites. Son regalos vespertinos que me sorprenden exaltando mi corazón por su hermosura… Yo embebo mis sentidos observando esas pequeñas obras de arte realizadas por sus habilidosas manos. Le agradezco con la mirada; esas actitudes suyas despiertan en mi interior todo tipo de ternura, y consiguiente agradecimiento.

La suya es perfecta misericordia.

Mis manos se recuperan y escriben con multiplicadas ganas.

Seguro que utiliza esas magistrales combinaciones de colores datilados y sabores temperados, para expresarme su afecto o tal vez acompañarme con buenos deseos en esta inmensa obra que conforman estos manuscritos que escribo durante todas las horas del día.

Al ingerir esos alimentos, accedo a un espacio de perfección dentro de toda esta disonancia circundante; un lugar donde todo reluce y nada puede ser añadido.

Me alimento con esos sabores amables y me nutro con sus colores refulgentes. Recuerdo la Naturaleza. Agradezco al Sol surtiendo de calor y abundancia todos los confines de la Tierra, y a ésta las hierbas y las flores, los majestuosos cereales, las frágiles y nutritivas hortalizas, y los adorables árboles ofreciendo sus frutos.

A veces se suma el sonido de la flauta de un pastor y, sin

haberlas visto nunca, puedo imaginar el aspecto de las cabras que suelo escuchar correteando alrededor de mi claustro por las mañanas y las tardes. Van y vuelven de la pradera donde apacientan tranquilas. Fantaseo con el aspecto del macho y su cencerro de bronce, invento a las tiernas hembras ofreciendo con generosidad su leche a las crías.

Por medio de mi fantasía, acaricio sus ásperos pelajes marrones y permito que esas criaturas hagan sobre mis manos temblorosas, pequeños y precisos roces con sus intangibles hocicos húmedos. ¡Tengo tanto que agradecer a Dios esta costumbre de escribir palabras que hilvanan sensaciones! ¡Puedo representar cuanta figura y símbolo me proponga!

Al degustar los exquisitos sabores de las bandejas preparadas por True, ha vuelto a llegar a mis oídos el sonido de la manada que de nuevo pasea a pocos metros de estas paredes.

En cierta manera, la música caprina de ese rebaño me impele y me guía hacia inusitadas meditaciones. Suelo adormilarme con el sabor de esos nobles ingredientes en mi boca, mezclados con el placer que trae la rústica melodía construida por medio de los silbidos del pastor, que termina por invadir mi habitación, y aunque lo sonoro pueda parecerte insignificante o baladí, junto a las otras sensaciones de mi cuerpo mutilado, me permite construir verdaderos universos sensoriales.

Así transcurren mis mañanas y mis tardes escribiendo en esta celda.

Aunque muchas veces decaigo y me lamento como la peor de las ingratas, no debes pensar que el mío es un destino funesto, todo lo contrario; con mis prácticas de escritura tal vez evito que se cumpla en mi vida, fuera de estos muros, un designio más devastador y terrible.

¿Estarás leyendo estos manuscritos porque he podido dártelos yo misma, o ha sido True quien te los ha entregado en persona? ¿Cuál habrá sido el camino transcurrido por ellos para que hoy lleguen a tus manos? Lo único seguro es que estos cuadernos son confeccionados con un amor infinito.

Lo que sucede conmigo…

He dado un grito en medio de la noche. En los últimos días he adquirido la costumbre de despertarme de este modo y mirar con desconfianza en todas direcciones hasta lograr espabilarme. Estaba sediento y bañado en transpiración. Me asomé con temor en dirección al cuarto de Giuseppina. Gracias a Dios, la puerta parecía trancada por dentro, lo cual tranquilizó mis ansias. Hubiera sido espantoso que la horrible figura transitara en medio de la noche llenando con el mal olor de su lámpara mortecina las otras habitaciones de la casa.

Al servirme un vaso de agua, me percaté de haber soñado con True varias veces. Me invadió el mal humor; al parecer no me conformaba con tenerla presente en las horas de mis vigilias, sobre todo transcribiendo las precisas descripciones de la doncella, sino que también algo en mi interior quería encontrarla una y otra vez en los recónditos lugares de la subconsciencia.

En uno de los sueños se mostraba joven y sonriente, traía en sus manos un reloj de plata con forma de ángel, construido por ella misma, que me mostraba con orgullo y cierta altivez.

Reloj que seguro pertenecía a una exhaustiva colección que ocultaba en su celda.

Se trataba de un ser viviente o al parecer un autómata capaz de alterar toda noción de la realidad, era un objeto de naturaleza providencial que yo observaba fascinado con la intención de llevarlo a mi boca para devorarlo. Era una pieza única que, por la nobleza del metal con la que estaba fabricada, lucía como una joya de la Casa Real. El finísimo acabado era fácil de atribuir o, al menos, ser comparado a la obra del más exigente de los orfebres; el prodigioso reloj a la vez era de un tipo de metal precioso comestible. En el sueño se demostraba que sus buenas artes de doncella no se limitaban a desplegar secretos culinarios, ayudar en la confección de precisas caligrafías y encuadernar textos. A la lista debía agregarse su capacidad e ingenio para construir, con pocos elementos, los más complejos instrumentos de ciencia y de belleza.

Volví a revisar los dos primeros cuadernos; en ningún lado se afirmaba que la joven True hubiese construido alguna maquinaria.

¿De dónde habré obtenido una información tal que me lleve a elucubrar un sueño de esas características?

Dediqué algunas horas en recurrentes lecturas exhaustivas sin deducir nada…

En fin, debe ser el cansancio mental que me hace caer en este

tipo de sueños, donde veo a True como inventora de relojes espirituales con los cuales intenta enfrentar al Universo.

La agitación acumulada en mi particular trabajo, de seguro ha creado este tipo de locura, que consiste en querer participar inconscientemente de esas inefables construcciones con tanto entusiasmo que incluso me impele a querer deglutirlas.

La doncella transparente ha sido una mujer de excepcional sabiduría.

De no ser así, hubiese sido imposible acompañar de un modo tan sofisticado a su amada señora, demostrando al cuidar con tanto ahínco de su vida, que también era dueña de una voluntad tan grande que de ser necesario, trasportaría por tierra el barco más inmenso con tal de que la escritura de los cuadernos no se detuviese.

Pude recostarme y, gracias a la Providencia, el sueño volvió a reducirme. Otra vez el rostro angelical de True comenzó a inyectar en mi consciencia una sustancia que me adormecía.

En el siguiente sueño, mi admiración por esta mujer llegaba a ser tan grande que buscaba aproximarme a ella para rozarla a modo de adoración. Mi sentimiento era tan intenso que me provocaba el deseo de viajar al cielo nocturno y besar las luminiscencias estelares. Es tanta mi ensoñación que imagino traerle una estrella como humilde regalo.

Me sorprendía una fuerte asfixia y exasperación por no frenar mis verdaderas intenciones.

Me sobrevenía un fortísimo deseo carnal de querer poseerla y absorber los secretos de su santidad. Al percibir mis verdaderas intenciones, la joven True se decidía a destrozar el reloj, quitándole las alas y en menos de un segundo se convertía en una mujer añosa. Me observaba con terror. Y… aunque fuese una anciana, a lo único que yo atinaba era a ultrajar su cuerpo con mi sexo inflamado.

Desperté gritando como un niño atemorizado.

¿Se habrá percatado Giuseppina de mi última pesadilla, alegrándose al enterarse que de nuevo me encontraba envuelto en un horrible sufrimiento nocturno del cual no estaba dispuesta a salvarme?

Llevada por sus malas intenciones, ¿habrá puesto otro tipo de traba más infalible a su puerta para acrecentar la distancia conmigo, dejándome librado a mi suerte?

Busqué reaccionar de mis temores y abrí las ventanas de mi cuarto.

Como si me estuviera zambullendo en una laguna de aguas claras, perdí mi rostro en el remanso del lavatorio, intentando vivificar mi forma humana. Empapado, me mantuve inmóvil, sin encender ninguna lámpara. Tampoco observé mi rostro en el espejo. Lleno de dudas, busqué, ayudado por la claridad de la luna,

información en mi pequeño reloj de bolsillo, que marcaba unos minutos pasados de la medianoche.

Recordé mi pesadilla. ¿Cómo era posible experimentar ese tipo de sentimientos tan rastreros? Antes de caer en peores infiernos, prefiero seguir con mi trabajo y disipar el enojo que tengo conmigo mismo.

VII

Días atrás, escuché a las doncellas hacer algunos comentarios sobre la llegada de una mujer a nuestra cárcel. Por sus palabras entrecortadas, entendí que se referían a algún tipo de bruja o curandera que venía de tierras lejanas. A pesar de la gravedad del tema, decidí no golpearlas en la espalda con mi bastón.

¿Cómo estaban enteradas de una noticia con esas características? ¿Acaso True mantenía correspondencia con alguien del exterior? Guardé la compostura y no las interrumpí, estaban en sus horas libres y, con seguridad, lo que conversaban era fruto de sus delirios.

¡Nada de lo que comentaban podría suceder!

El encierro les jugaba una mala pasada a sus frágiles mentalidades, como para caer con tanta facilidad en esas fabulaciones. Al juzgar por sus hábitos, propios de la hampa, sentía pena por ellas; de nada les había servido que estuviesen recluidas para acceder a comportamientos de elevación espiritual. Continuaron el oscuro diálogo con acallados susurros, pero con un entusiasmo que provocaba repulsión. A los pocos minutos, dieron rienda suelta a pequeñas risotadas, que nacían con respecto a detalles sobre otras historias de idolatría, conjuros y sistemas de adivinación que sonaban perturbadoras.

Con tu misiva, confirmando lo que yo creía fuese un infundio, sentí miedo. Por las noches, tampoco concilié el sueño debido a una nueva angustia multiplicada. En las siguientes cartas, te limitabas a informarme de que la llegada de la ilustre visitante, sabedora de antiguas prácticas de curación, acontecería en un día no preciso de las próximas semanas, y que debía prepararme para recibirla, puesto que era un lujo que hubiese aceptado venir a verme desde tan lejos.

La emoción desbordaba en tus palabras escritas, diciéndome que después de recibir a infinitos emisarios que habías enviado a su santuario con tus repetidos pedidos de auxilio, la buena mujer, al fin, comprendía tu ruego de venir a Italia e intentar conmigo algún tipo de curación.

Tras meditarlo, y compadecida por nuestro dolor, había tomado la decisión de emprender el largo viaje. De hecho ya estaba en camino.

Quise guardar la calma y tranquilizarme, aunque debo admitir que, con el paso de los días, siguió creciendo en mi pecho un

inagotable resquemor mezclado con intriga, que exaltaba mi corazón. Necesitaba saber quién era esa mujer y cuáles serían sus métodos curativos. Al preguntarte, tampoco te dignabas a darme explicaciones que clarificaran mis dudas.

¿Cómo te habías enterado de su existencia?

Todo era un misterio alrededor de esa figura que no podía quitar de mis pensamientos.

El hecho de que no fuese un hombre me llenó aún más de incógnitas.

¿Qué clase de criatura extraordinaria era ésta que tenía, según tus palabras, una reputación de la que suelen gozar sólo los varones de la nobleza?

¿De qué maestro ocultista era seguidora de sus oficios?

¿Era practicante de nuestras creencias o pertenecía a una religión demoníaca?

¿Vendría sola o acompañada de aprendices?

¿Nuestro confesor y su séquito sabían de esta maniobra tuya, basada en paganas supersticiones, para traer como huésped a una persona con tales características?

Con True nos preguntábamos lo mismo, pero a la vez evitábamos tocar el tema guardándonos en total mutismo. ¿Qué opinarían nuestros amigos y nuestros parientes al enterarse? Seguro que se transformarían en frailes inquisitoriales, propagando insidiosamente la noticia por todos lados. Además de la incomprensión y el desprecio que ya conocemos, caeríamos en espantosos juicios religiosos.

Comencé a sufrir con pensamientos paranoicos que me agobiaban hasta partir mi frente. Lo único que faltaba a mi reputación de egoísta Cleopatra, confinada en su mausoleo con la sola asistencia de sus siervas, era agregar el pecado de ser anfitriona de una bruja, para ser vilipendiada como una judía, o ser acusada y perseguida como hacían en el pasado con los cátaros, pidiendo mi cabeza por cometer toda clase de herejías.

En este siglo tan atribulado por las persecuciones, en que los partidarios del Papa, aunque parezca mentira, buscan destruir a los seguidores de Lutero tildándolos de disparatados, y éstos a su vez desprecian toda práctica espiritual que no vaya conforme a sus estrictas reglamentaciones, es necesario que guardemos bajo siete llaves la novedad de la llegada de una persona tan especial a nuestra casa.

Espero que no te hayan molestado las cartas que te he enviado en los últimos días. No quiero mostrarme ante ti como una mujer ingrata, puesto que comprendo que has buscado hasta el hartazgo una y mil formas de salvarme de mis dolencias, pero la

presencia de alguien así en mis habitaciones sería darle de comer a los buitres de las habladurías, significando una nueva condena para nosotros. ¡Y tendría que atrincherarme más todavía!

¿Te has cerciorado de que sólo las personas de tu confianza saben al respecto de la llegada de esta mujer?

Ya estaba habituada a la oscura seguridad de mis celdas, disfrutando con la sola presencia de mis serviciales vírgenes, como para tener que alterar mi calma al mostrar y desnudar mis heridas frente a una desconocida…

En los días que duró la espera, dejé de lado mis escritos, pero no concilié ningún sueño que fuese reparador. Volvía a preguntarme… ¿Quién será esta mujer? La extrema excitación que me agobiaba encendía algo de mi interior que no puedo definir con palabras. Mi cuerpo palpitaba diferente, haciéndome presentir una algarabía espiritual.

Al imaginarla en mis habitaciones, fluía un halo de dignidad, como si en realidad estuviera convocando la presencia de una princesa… o una reina.

En los días previos, todas las jóvenes ya mostraban ansiedad y palidez en sus rostros. Sobre todo mi doncella predilecta, que se la veía exhausta y taciturna, como si buscara ocultarme algo que pudiera sobresaltarme.

¿Habría escuchado por las compuertas algún comentario de la servidumbre del otro lado, y sabría algún pormenor que convertía a la enigmática curandera en un personaje aún más extraño?

Ese comportamiento de mis doncellas hacía que la antigua calma que caracterizaba a mi claustro, cambiara trastocando su luz tenue en fulgurante energía, acelerando nuestros corazones como si fuésemos carromatos cayendo en precipitosas pendientes; no se respiraba tranquilidad y mucho menos armonía.

Hasta los cielos parecían comportarse caprichosos.

Estábamos viviendo los meses de otoño, pero las tardes se mostraban calurosas y asfixiantes. Todo hacía presuponer la llegada de un verano sobrenatural.

Al percibir esa magia circundante, tuve la idea de esperar la llegada de la importante mujer desde la terraza. Eso provocó el asombro y también el espanto de mis doncellas. True fue la única que aprobó mi decisión de experimentar mi coraje al pretender exponerme a la luz solar. Sonrió iluminando sus ojos, como si en realidad estuviese riendo para adentro, disfrutando de mi osadía. Las otras, si bien estaban exaltadas y felices por mi decisión, guardaron el recato

que las caracterizaba; guiadas por sus miradas formularon pequeños y entrecortados comentarios. Tuvieron múltiples ideas con las que confeccionarían un atuendo para protegerme de los rayos del sol.

Quedaban pocos días y debían apurar sus manos.

Al minuto habían vuelto trayendo en sus brazos diferentes tipos de géneros, que me mostraron entusiasmadas. Yo, sin manifestarles ningún tipo de afecto, elegí de entre aquel desordenado grupo de retales, uno que me llamó la atención por tener el color digno de un traje para asistir a un baile ceremonial.

Me pareció exagerado optar por un tejido tan rico y opulento, pero al querer evitarlo mi agotada mirada volvía hipnotizada sobre esa pieza de seda azul, que por sus resplandores y fino entramado con seguridad había sido tejida en Lyon. Sentí un inusitado amor por la tela que me llamaba desde sus delicados brocados. Imaginé los fastuosos pliegues que mis doncellas, con sus habilidosas manos, lograrían a la hora de confeccionar mi vestido. Me perdí en una bella ensoñación de lo que sería mi nueva estampa.

Añoré volver a lucir un cuerpo de ballenas, finamente confeccionado por los más hábiles artesanos parisinos, ajustando hasta marcar en mi talle una silueta palaciega, y una vez ataviada con esos lujos, mostrar de manera encantadora un peto realzado con cintas escalonadas al tono. Un traje enriquecido por volantes y flores artificiales en un delicado equilibrio. Saludar doblando mi cuerpo y exponer a la vista de la forastera el preciosismo de los engageantes de encaje acariciando mis diminutos puños…

Pero reaccioné y volví a mi triste condición de mujer mutilada.

Lo único que admitía mi contextura y mi calamitoso estado, era un traje de línea medieval que debía colocar sobre una figura hecha con vendajes y variadas enaguas en capas de linón, capaces de detener, por acotados minutos, el constante y oscuro flujo de mi sangre. Al igual que las conventuales paredes de mi celda, todas mis vestimentas me hacían recordar que estaba obligada a vivir en un mundo apartado, vestida como una mujer trescientos años más vieja… No obstante la culpa y el consiguiente castigo, me empeciné con la hermosura que resplandecía en el género de color azul, que no dejaba de invocarme. Con cierta tristeza, presioné mi bastón dos veces sobre la tela de noble factura, para que entendiesen cuál era mi elección final.

Comencé a descomponerme de melancolía.

Al presentir mi llanto, acataron obedientes el solapado mensaje de mis gestos y salieron presurosas con sus espaldas contraídas, respetando mi voluntad de quedarme sola y encerrada.

Trabajaron dedicando a Dios una estricta privación de

alimentos con tal de que todo saliese a la perfección.

Dividieron de tal forma las diferentes partes de mi atuendo, que pudieron organizarse para zurcirlas y coserlas en un tiempo tan acotado que a ojos humanos hubiese parecido imposible. Mientras una se ocupaba de mi túnica, otra daba terminaciones a mi cofia de tres puntas, y las otras dos se encargaban del velo de lino teñido en gris y las inmensas y renegridas sombrillas, tan infalibles que serían capaces de cubrir todo mi cuerpo salvaguardándolo del indolente sol.

La única que no tocó aguja ni hilos fue True, quien se encargó de la limpieza hasta hurgar y pulir el más pequeño recodo de todos nuestros espacios y objetos personales.

Llegados el día y la hora del evento tan esperado, estaba todo dispuesto.

Mi traje lucía un modesto resplandor y desde la simpleza de sus líneas medievales transmitía, a mi modesto entender, un delicado mensaje de bienvenida a la ilustre visitante.

True tomaba mi mano con delicadeza, cerciorándose de que yo no tropezara mientras subíamos uno a uno los peldaños de la escalera circular de aquella torre. Lo hacíamos sin ningún tipo de preocupación que nos hostigara, era una extraña felicidad la que sentíamos.

Llevadas por nuestra alegría, podríamos haber hecho algún comentario; yo estaba convencida de que mis broncos sonidos no le hubiesen molestado ni agregado más inquietud a la que ya padecía, pero decidí guardar un discreto silencio que ella por su parte respetó de forma monacal.

Hacía años que no me conducía por esos anchísimos escalones sin pretil, cincelados en gélida piedra, que al no absorber la luz de los ventanales, perduraban guardados en el más helado y olvidado vacío. Sentía que esos peldaños buscaban congelarme. La de ellos era una violenta agresión a mis agotados pies. Apoyada en el brazo de mi fiel doncella, ahora me tocaba transitarlos con dificultad, guiada tan sólo por la luz de una diminuta lámpara, uno, dos, tres peldaños hasta quedarme sin aire.

Después de recuperarme, volver a repetir el intento subiendo poco a poco la interminable escalera de caracol sin ningún descansillo.

Arriba me esperaban el resto de las doncellas al resguardo de dos generosas sombrillas negras que se movían con la brisa, imitando a figuras suntuosas e intimidantes. Sus flecos de seda bailaban con una confusa delicadeza que resultaba brusca y otras veces apacible. Al verlas en conjunto, daban la sensación de ser antiguos estandartes.

Las doncellas vinieron rápido a mi encuentro y me rodearon instintivamente, simbolizando un tipo de protección que nacía de sus corazones bondadosos. A los pocos minutos, acompañaron con

disimuladas sonrisas los pasos que continué haciendo de manera mecánica. Una vez ubicada en el medio de la terraza, sentí un escalofrío que intentó paralizarme. Al minuto comencé a tambalear. Lejos de pedir auxilio, como si buscara alejar a los malos espíritus, las dispersé con nerviosos gestos de mis manos, y de inmediato busqué la baranda para apoyarme y reponer fuerzas.

Una vez allí, intenté respirar la pureza de un aire que tenía olvidado.

¡De verdad la vida continuaba en su sana insistencia!

Quise observar el paisaje, pero mis ojos no respondían. Al parecer, el agotamiento me confinaba a una nueva ceguera. Era una bendición, me dije. Hubiese sido terrible mirar hacia la entrada principal de nuestra casa y descubrirte caminando en dirección a los parques para recibir a la ilustre visitante.

¡No hubiese resistido una conmoción tan grande!

Me sobrevino un vértigo aún más profundo que atentó contra mi vida.

Siguieron náuseas y una amenaza de desmayo…

¡Debía ser más cuidadosa y no pretender vivir todo tan de repente! Mi cuerpo había perdido buenas costumbres con respecto a la naturaleza. Respirar el aire de esa manera tan altanera era algo que no debía permitirme.

Gracias a Dios, la suave brisa continuaba acariciando toda la terraza, lo cual facilitó mi recuperación.

True me alcanzó una copa con agua fresca, mientras otras dos de mis doncellas buscaban resguardarme bajo ambas sombrillas. En unos minutos, ya me sentí recuperada. Al reponerme, mis ojos me regalaban una ensoñación inolvidable. No estaba segura, tal vez sería fruto de mi debilitado entendimiento…

Con asombro, noté en el horizonte una inmensa figura con el aspecto de un gigante. No lograba ver en detalle, pero sus formas eran por demás amenazantes. Hice un gesto con mi mentón y les indiqué que mirasen.

Se exaltaron, mientras yo continuaba sin saber con certeza de qué se trataba todo aquello. Recurrí a True para que observara por mí y fuese relatando lo que sucedía en la planicie.

El impactante fenómeno al que asistíamos, según palabras de mi doncella, parecía hecho de polvo, pero también de pájaros. El sol de un incipiente crepúsculo matizaba desde atrás, con pinceladas fuertes de oro y rubí, a esa nueva y extraña representación panteísta que por primera vez contemplaba sin llegar a ceñirla.

Las demás doncellas observaban boquiabiertas.

Mi vista tan sólo era capaz de mirar detalles cercanos, me hubiese gustado disfrutar de esa magia que sucedía a lo lejos...

¡True continuaba entusiasmada con la descripción! Según sus palabras, los cascos de presurosos corceles levantaban grandes olas de polvo y un ejército de reyezuelos y estorninos, que se diferenciaban por sus diminutos cuerpos de los altivos cucos que también formaban parte de la espectacular agrupación, aleteaban, dando vida y movimiento a esa criatura colosal que se acercaba sin cesar a nuestra propiedad. La figura acompañaba el transitar del carruaje, como si fuese la representante de la diosa Fauna, divinidad romana que protege a todos los animales resguardando a la importante viajera que venía en sus compartimentos.

Esa mujer llegaba a nuestra casa trayendo sus secretos de curación.

En medio de la sorpresa, True seguía comentando que en la cubierta del coche venían arcones o extraños bártulos. Yo deseaba mirar y adivinar, pero mis intentos seguían siendo infructuosos. ¿Qué sería lo que vendría oculto en ellos? A pesar de la gran velocidad, el carruaje jamás llegaba, manteniendo con vida detrás de él a esa figura dorada que iba cambiando de forma e intensidad según caía el sol.

Mi corazón comenzó a latir de una forma renovada. Tuve la sensación de que mi luctuoso accidente se convertía ahora en una oportunidad de recibir un regalo inmenso… La figura, hecha de seres volátiles, polvo y oro, era un signo de buenaventura. Si bien el carruaje se mantenía lejano y mis ojos no me daban la confirmación de que existiese en realidad, presentí que esa persona ya respiraba cerca de todas nosotras en carne y hueso y nos curaría de la angustia ya instalada en nuestras vidas.

Si Corinto y Cartago, ciudades destruidas en la antigüedad por los romanos con la idea de borrar sus existencias tanto de mapas como de la historia, fueron reconstruidas por los mismos conjurados que intentaban restaurar viejos imperios, ¿por qué mis doncellas y yo no accedíamos al mismo milagro de resurrección?

Si bien sentía felicidad por su llegada, a pocos minutos de encontrarnos, algo en mi corazón volvió a palpitar dándome señales de lacerante confusión y, aunque estuviese en mi acogedora recámara, comencé a temblar como una niña asustada en medio de un campo baldío. Era un cierto remordimiento, o tal vez el hecho de que fuese una mujer extranjera, llegada de tierras lejanas y dueña de secretos de curación, lo que me hacía alimentar la desagradable fantasía de que en realidad se trataba de una criatura venida de otro planeta, llegando a mi celda para segarme la vida.

Hubiera abierto mi pecho para que entrara el fresco aire que

provenía de las diminutas ventanas, pero era más fuerte el miedo que buscaba asfixiarme.

Entró acompañada por dos de las vírgenes; la luz detrás de su figura no me permitía ver qué tipo de rasgos tenía. Al verme, detuvo su paso. Sin embargo, sentí que me observaba, mientras reprimía todo comentario que le sugería mi lamentable aspecto.

Guardó y volvió a guardar silencio.

El suyo parecía querer acallar las voces de la eternidad, era más fuerte que el mutismo impuesto por mí en los últimos años y con el cual destrozaba mi presencia.

Pasada la silente tortura, en vez de ocuparse de mi persona, se dedicó, expeditiva, a primero mirar con detenimiento los detalles del mobiliario, más tarde le intrigó el aspecto de mi lecho y acarició la textura de los abultados cortinados.

Siempre me mostró su espalda.

Cuando atiné a querer ser cortés ofreciéndole mi saludo, me interrumpió alzando en actitud amenazante su mano izquierda. Sus dedos con uñas disparejas desprendieron un aire sin perfume.

Sus líneas ponían en evidencia cualidades de clarividente, pudiéndome también dilacerar si lo deseaba, y llevarme en pequeños pedazos a su boca para deglutirme en menos de un segundo.

Volví a temblequear.

Interrumpí mis balbuceos.

Un minuto más tarde, me animé a mirarla de reojo; las líneas del perfil de tu célebre invitada correspondían a una bruja negra. Una africana de movimientos bruscos y torpes, cuya figura y mirada resultaban agresivas también para mis doncellas.

Toda su apariencia de salvaje, pero sobre todo la opacidad de su piel y la de los pocos cabellos quebradizos que sobresalían de la rústica capota de fieltro, se debía al hecho de no haberse alimentado apropiadamente por años. Creí estar frente a uno de esos insectos despiadados y omnipotentes que no le seducen para alimentarse ni siquiera el sabor de las cortezas de los árboles, y que rechazan incluso las raíces o las frutas del bosque por creerlos indignos de su presencia.

Sumado al desasosiego de tener que observarla, contuve el aire sin lograr averiguar quién era en realidad esa mujer que buscaba escudriñar a través de sus ojos desteñidos todos los objetos de mi cuarto.

Cargaba con el aspecto que tienen los farsantes, ostentando todo tipo de artificios con los cuales buscan distraer la atención, como si escondieran partes prohibidas de sus cuerpos y de sus rostros.

Muchas mujeres y muchas manos hechas de huesos, sin piel.

Mujeres ocultas bajo esos trajes encimados y harapientos que hacían imposible imaginar su verdadera forma.

Una mujer hecha con líneas que yo intuía esmirriadas, de ésas que suelen realizar amuletos con raíces de ciclamen y que se alimentan sólo con carne de gallo…

¡Pero podía ser cualquier cosa!

Transmitía la sensación de ser una honorable boticaria o una inofensiva curandera ambulante, hasta que algo que veía en mi habitación de repente la alteraba a tal punto que comenzaba a realizar movimientos contrayendo su espalda, delatando su verdadera naturaleza de nigromante o de espantajo de baja calaña, de ésos que habitan en las huertas inspirando terror a los niños pequeños.

De más está decirte que sentí repulsión hacia toda su vulgar guardarropía.

Debo retractarme en cuanto a su descripción.

No era una mujer.

Más bien era un animal, de ésos que se mueven impacientes huroneando por los rincones. Al girar hacia mí, observaba mi aspecto sin prestar suficiente atención; me recordaba a una de mis antiguas sirvientas, ahora convertida en guerrera amotinada. Una sola palabra suya, dicha en voz alta, ocasionaría en mí el más fulminante de los desvanecimientos.

Pero gracias a la Providencia, después de su minucioso recorrido, no dijo nada; se ubicó frente a mi temblorosa figura y se limitó a fruncir su entrecejo. Desaprobó toda mi presencia y comenzó a observarme con sumo detenimiento, afirmando para sus adentros ciertas sentencias como si me conociera desde siempre y sintiera aprensión hacia mi persona. A lo mejor, mi traje de reluciente seda le despertaba náuseas o le transmitía algún tipo de mensaje despreciativo.

¡No deseaba agredirla con aires de soberbia al recibirla vistiendo un traje realizado en tan exquisito género, todo lo contrario!

Con un leve movimiento de sus labios, masculló una palabra que no alcancé a escuchar, quiso sorprenderme y me sonrió mostrando con descaro su dentadura. Adquirió un innegable aspecto de sibila. Sin embargo, todo a su alrededor, incluido su ropaje, conformaba un intrincado mensaje de oráculo incomprensible.

Quedé desconcertada.

Ordenó con rápidas señas a las muchachas que quitaran cuanto antes mi traje y la totalidad de mis vendajes. No opuse resistencia; ahora toda la servidumbre actuaba propensa a obedecer a ciegas cualquier mandato que esta extraña mujer impusiese. Su sola apariencia provocaba escalofríos.

Nada las detenía, proseguían con el desnudamiento como si fueran viejas y horrendas sirvientas que no conocen de contemplaciones.

Si con esa mudez, carente de conjuros y altisonancias, lograba en pocos segundos ser la dueña de todos nuestros actos, mi corazón temblaba al intuir lo que sería de todas nosotras el día en que decidiera desplegar la totalidad de sus palabras.

En menos de un minuto, mi desnudez lucía obscena ante la mirada de todas.

Intenté refugiarme mirando al suelo, ocultando por unos segundos mi rostro cuarteado y percudido. Mi desafortunado aspecto superaba el despojo del más encumbrado gimnosofista, pero a diferencia de los sabios ascetas hindúes, yo era la encarnación de la total ignorancia. Lejos de parecerme a la imagen de una diosa, mostraba colgajos con fístulas purulentas que parecían ropajes de corte antiguo, con transparencias azules y violáceas, similares a las túnicas de las antiguas griegas.

Era tanta la atención puesta sobre mi doliente ser, que sólo faltaba que mis doncellas formasen con sus manos una cadena espiritista pidiendo ayuda con devoción ciega.

Los orificios hechos por el fuego, ahora lucían como espantosas heridas en carne viva, rodeadas por abultadas magulladuras que supuraban expeliendo sanguaza con materia viscosa, ocultaban todo vestigio de que yo hubiese sido una mujer hermosa. Diferentes líneas de pestífera y blanquecina espuma brotaban y descendían hasta bañar impúdicamente mis ijares y la totalidad de mis piernas. Podría representarse mi dolor como un dibujo cuyas líneas oblicuas atravesaran mi apariencia para seguir mutilando otras partes del abdomen, luego mis extremidades y todo lo que está dentro del cuerpo, y todo lo que está antes del cuerpo.

Sentía que mi humanidad expuesta era un traje de alguien degenerado, corrompido por el más espantoso albarazo.

Mis hombros eran casi insignificantes por su pequeñez y mis brazos pendían macilentos a mis costados, como si careciesen del valor para pedir auxilio.

Todo en mí tenía el aspecto de un alma condenada.

Ni los humildes barberos-cirujanos practicando sus sangrías, ni los sabios más encumbrados examinando mis excrecencias habían sido capaces de explicar mi estado, y mucho menos develar las causas por las cuales yo seguía con vida. Algunos creían que se trataba de vestigios del *mal francese*. Estaban convencidos de que el daño en mi piel se debía a algo oculto en mis venas, eso explicaba el motivo por el cual las sanguijuelas se negaran a extraer mi sangre dando a entender que la totalidad de mi cuerpo continuaría infectada hasta un lastimoso desenlace. Otros creían que se trataba de un daño proveniente de antiguos pecados familiares y que sólo podría expiarlo si pasaba por terribles sufrimientos a los que continuaría condenada.

Las golondrinas que traían a mi recámara se resistían a mirarme, estaba destinada a morir…

La debilidad de mi organismo, la fiebre abrasadora y mis alucinaciones nocturnas alimentaban sus ideas con respecto a mi muerte como algo inevitable. Algunos se animaron a realizar apuestas a sus asistentes con respecto al día y la hora de mi inminente desaparición.

Pero mi empedernido despertar por las mañanas, mi deliberado deseo de respirar y descubrir con la ayuda de la luz matinal las formas de sus perplejos rostros, les mostraba con mi actitud, un aspecto de mujer recuperada, e incluso pujante.

Confundía sus diagnósticos y sumía a esos distinguidos doctores en escabrosos desórdenes mentales.

Todo en mi cuerpo era un dolor incalculable al que yo, sin ninguna razón estaba acostumbrada, llevándolo como parte de una nueva e inexpugnable naturaleza. Mi sufrimiento era una obra de arte que nadie comprendía, una perfección inexplicable.

La extranjera, utilizando sus dedos huesudos, comenzó a casi rozar las heridas de mis piernas y tobillos. Luego las miraba y volvía a mirarlas en detalle.

Siguió así, conservando su actitud encorvada, frente a ellas largos minutos, pero ahora, para sorpresa de todas nosotras, estaba con sus ojos cerrados, presintiéndolas, acercándose a tal extremo como si en realidad buscara olisquearlas. Se asemejaba a una criatura doliente que ha recibido el castigo de todos los dioses de la antigüedad, sin permiso para respirar ni cambiar de posición. De pronto, volvió a inflar sus pulmones y abrió los ojos para observarlas de otra manera. Se quedó meditabunda, e intentó justipreciarlas. Para ella, eran más que simples heridas encaprichadas en llorar hilos de sangre, parecía saberlo todo.

Parecía que estuviese embelesada por el milagro de mi existencia.

¿Continuaría así de penetrante y exhaustiva con el resto de las lastimaduras en todo mi cuerpo?

Aterrorizada, tomé ímpetu y crucé mis brazos intentando ocultar mi busto inexistente. Por desgracia fue a mi abdomen y de inmediato comenzó a realizar en el aire figuras que repetía dibujándolas con mecánicos gestos de sus manos abiertas y extendidas.

Me miró absorta.

Actuó como si hubiese escuchado mi voz interior y cada detalle de mis lamentaciones. Era evidente que conocía todas las presciencias y contase con la facilidad de escuchar las palabras no dichas. Ocupó cada espacio de mis pensamientos, ahora más que

nunca se encontraba a escasa distancia de todo lo mío, era imposible ocultarle nada. Transformó su expresión y me sonrió, llenándome de remordimiento. ¡Era una bruja adivinadora que por haber descubierto vestigios de mi desafortunada gravidez, disfrutaba desafiando lo poco que quedaba de mi dignidad!

¿Por qué sonreía de esa manera?

Se burlaba de mi tragedia como el más malvado y arrogante de los seres.

Se incorporó y dijo para sí algunas palabras en un idioma que no se dejaba entender.

Nunca quitó su mirada de mis ojos, observándome en una quietud podríamos llamar indignante. Me dio a entender con su atisbar que se trataba de una mujer extraordinaria, capaz de sondear la naturaleza de todo lo circundante, pero sobre todo con un perfecto conocimiento de los seres humanos, yendo hasta el final de sus más íntimos secretos.

Era evidente que a lo largo de su vida había aprendido a observar con detenimiento el oleaje menudo que se levanta en la superficie de los mares o los parajes donde hay tranquilas corrientes de agua con tal de sonsacar sus mensajes, y que también sabía cómo descifrar el verdadero significado de las acciones o divagaciones de las personas cuando intentan ocultar algo. Ya sea observando las nubes o por medio del vuelo de los pájaros o los movimientos de las serpientes, ella era capaz de acceder a la información precisa con respecto a lo que pretendía averiguar.

Todo estaba a su alcance.

En pocos minutos, se había enterado del recorrido certero de mis laberintos emocionales y se daba el gusto de haber llegado, de manera victoriosa, a nuestro secreto más profundo. Lo declaraba en silencio, sin quitarme la mirada de encima.

Sin proponérselo, se había apropiado de mi memoria.

Entonces declaró, en perfecto italiano, que mi cuerpo era un envoltorio larvario.

“Cuerpo de larva”, pronunció ella varias veces.

“Disfraz hecho de piel, divina manifestación de cuerpo que comprueba que la vida es eterna… ¡En verdad hay cuerpos que pueden escapar victoriosos de la destrucción de la tumba!” —continuó diciendo la maga.

Desapareció el ser perverso que era.

Buscó mis manos para acariciarlas con el tipo de ternura con el cual se quiere percibir el sutil y escondido calor que corre por las venas de los niños. Alzó su rostro y, por primera vez, me miró con total dulzura. Sentí una energía parecida a la del nacimiento del amor, ese ardor que sustituye toda pérdida y todo desgarro que pueda

aniquilarnos como mortales. Una benéfica vibración me invadió, penetrando mi existencia desde todos los lugares, pero a la vez una tristeza comenzó a dividirme.

Comencé a llorar, a seguir llorando, me sentía la dueña de un dolor acumulado en un solo y definido punto, era mi cuerpo, pero también mis sentimientos y mis recuerdos lastimados los que salían explotando en total nudismo. Ese ritual que expresaba sin reparos, duró largos minutos ante la observación compasiva de mis doncellas y el respetuoso silencio de la mujer que, lejos de ser extranjera, se había convertido en el ser más cercano a mis emociones.

De repente, por una de las ventanas, entró un pájaro asustándonos a todas.

Volaba piando como si quisiera gritar, y podría decirse de una manera oscura, como si hubiese probado un veneno que lo debilitaba a tal punto de no mover alegremente sus alas, ni abrir con soltura su pico.

Se estrelló contra una de las paredes.

Lo creíamos muerto sobre el pavimento, pero una vez recuperado volvió a emprender su vuelo, ya de una manera alicaída. Ahora daba pequeños graznidos, pidiendo auxilio, o quizá alertándonos de algo peligroso.

¿Quién era ese mensajero llegado a nuestra celda tan de improviso?

Al seguir con nuestras miradas el vuelo del extraño visitante, continuábamos sin entender qué buscaba o necesitaba mostrar con tanto empeño en ese confuso recorrido aéreo. Se golpeaba contra todos los muros sin terminar de caer nunca, movía sus alas con dificultad para seguir en el aire, repitiendo su sombra hecha de figuras que se asemejaban a serpientes de humo. Se conducía maquinalmente sobre las cofias de las doncellas, llevando en sus plumas negras y tornasoladas todo tipo de pensamientos que pudiesen resultarles aterradores, mensajes que las muchachas recibían, por más que intentaran defenderse con nerviosos y ensordecedores gritos, usando todo tipo de ademanes para sacarlo cuanto antes de la habitación.

Al final, el atormentado pájaro encontró amparo en las manos de la curandera, quien acariciándolo lo llevó a sus labios para saludarlo con besos y pequeños silbos; los latidos del corazón de la pequeña ave no dejaban de multiplicarse.

Parecían felices por haberse vuelto a encontrar.

Participaban en una conversación que nos excluía a todas nosotras, llenas de intriga. Para nuestra sorpresa, la indefensa criatura emitió una voz extraña a nuestros oídos, expresando un grito sanguinolento.

Estuvo largo rato inmóvil, con su pico abierto de manera

exagerada.

Lejos de espantarse, ella volvió a sonreírle.

A los pocos segundos, depositó su mirada en mí. La luz que desprendían sus ojos se tradujo en mil palabras que llegaron de inmediato a mi corazón. No obstante, yo continuaba sin querer seguir participando en esa reveladora escena.

La curandera se acercó con pasos demorados.

Acurrucó con sus manos huesudas a la criatura y me dijo al oído:

—¡Un día serás una princesa del mundo! No habrá vejez que te aplaque, ni te vuelva débil o incapaz. ¡Jamás serás visitada por el demonio de la decrepitud! Mi pequeño y fiel compañero ha venido de lejos, ha volado día y noche arriesgando su vida, para confirmarme que por tus venas corre una sangre imputrescible. No debes temer. No llores ninguna pérdida. Las peores desgracias, si son contempladas con la sabiduría del espíritu, pueden convertirse en las felicidades más genuinas.

Comencé a temblar de nuevo, clavando mi mirada en el pavimento.

Saqué fuerzas de donde no tenía y afirmé la cruz hecha con mis brazos sobre mi pecho.

Debía borrar sus palabras de mi consciencia; lejos de calmarme, me llenaban de renovadas ansias y ganas de vivir.

¿Qué decía esa desgraciada?

Sentía arrepentimiento por haber imaginado que esta mujer llegaría a curarme, pero no de una manera tan burlona. ¡Ahora, cómo se permitía inspirarme optimismo! Su forma de hablar y de moverse sin respetar el dolor por mis heridas, volvió a despertar mi rechazo.

Intuía que con sus actos disparatados y su manera tan propia de mostrarse como maga infalible, llevando en sus manos una horrible criatura emplumada, buscaría hacer uso de su oficio de mujer hierofántica, purísima y altanera sacerdotisa, para iniciarme en menos de un minuto en sus conocimientos recónditos, que yo por mi parte no estaba dispuesta, ni quería comprender.

De ser así, llegaría a entender todo lo sucedido en mi pasado y me haría responsable de mi negación a la felicidad cuando decidí mi encierro…

Debía ser otro el camino, y no la dicha lo que debía calmar mis dolores, rezongaba en mis adentros.

A mi modo, la insulté evitando pronunciar ninguna respuesta a su sentencia tan excesiva. Busqué esquivar su escrutadora mirada. En aquellos días, yo era una mujer diestra en eso de acallar las emociones. La perfecta y malsana costumbre de ocultar todo lo que sucedía en mi interior ya era carne de mi carne. El hábito de no decir

ni expresar nada, sería lo que me salvaría de sus ataques de habilidosa y persistente guerrera. Opté por perder mi mirada en la rugosidad de las piedras debajo de mis pies desnudos y temblorosos.

Para llamar mi atención volvió a los artilugios y formas gramaticales de su idioma, articulando lo que sería un saludo para despedirse con una supuesta amabilidad.

Volvió a pronunciar palabras que sonaban como algo imposible de entender, pero por secretos de la magia, todas por igual sabíamos a lo que se refería: mientras acariciaba con delicadeza las alas del ave, prohibió a las doncellas que volvieran a lavar mis vendajes. Pronunció su pedido como si ya fuese dueña de la casa, obligándolas a que cavaran unos pozos en los espacios libres del jardín para ocultar allí las telas ensangrentadas.

Según sus expresiones, la sangre del dolor debía ser enterrada y olvidada.

Sin dar ningún indicio de cuando volvería, cruzó el umbral y desapareció por las galerías. Las doncellas no sabían qué actitud tomar. Pasados unos minutos, que resultaron interminables, una de ellas vino a cubrirme con una manta.

VIII

Al amanecer del siguiente día, apareció ante las doncellas y las saludó con particular cariño, descorriendo de ese modo el velo azafranado de la aurora. Con suaves gestos, algo que no correspondía a su naturaleza indómita, les pidió que se dirigieran al jardín y consiguieran una gran cantidad de caléndulas.

Con esas flores, se ocupó con vehemencia en hacer un ungüento aceitoso y maloliente, que luego mezclaría con preparaciones cenicientas que conservaba al resguardo en sus pesados arcones.

Como primer paso, colocó telarañas sobre mis heridas para que dejasen de supurar.

Las curaciones, además, consistirían en baños matutinos con agua estacionada en vasijas de cobre que haría escaldar con lentitud. ¡Pretendía curarme con simples baños con plantas medicinales! ¡Eso ya lo habían sugerido y practicado sin ningún éxito los demás eruditos al intentar frenar mis hemorragias con extracto de consuelda y amasijos de arcilla, sumergiéndome luego en agua con azufre!

Lo cierto es que a la semana de haber recibido sus untuosos electuarios, mi cuerpo dejó de inflamarse como lo venía haciendo. Esos líquidos malolientes, en sus manos, se convertían en ambrosía líquida, alimento que confiere la inmortalidad preservando de manera indefinida los cuerpos de los héroes. Al parecer, las flores guardaban cualidades febrífugas y un poder, secreto e infalible, que detenía la supuración.

Ahora pondría en práctica lo que nadie se había animado a hacer.

En cada baño practicaría con mi cuerpo una extraña y sutil carnicería con la cual buscaría liberarme de mi antigua vestidura, usando sus propias manos milagrosas con la rapidez del más hábil prestidigitador.

Así, a cinco días de su llegada, fue extrayendo las excrecencias de mi piel muerta con una facilidad y maestría envidiables.

Yo salpicaba las baldosas emitiendo gritos, que alentados por tanto dolor, se iban convirtiendo en sollozos circulares que subían y flotaban alrededor de mi bañera. Cuando el padecimiento se tornaba insoportable, la maga mezclaba ámbar en polvo con ceniza, mientras pronunciaba conjuros indescifrables hasta atemorizar a las doncellas, que atinaban a taparse los oídos con sus puños cerrados. La africana

frotaba de inmediato, con ritmo firme y acompasado, mi cuerpo torturado por las convulsiones.

—Ante la violencia, el alma busca purificarse —repetía en un italiano aproximativo.

Día tras día, iba extrayendo los restos de mi piel, y ante mi desesperación, al terminar sus oficios, buscaba calmar mi llanto, pronunciando dulces e incomprensibles palabras en mis oídos.

A diferencia de True, las demás doncellas se desvanecían cada vez que miraban dar esos pequeños y decididos tirones en mi vestido de piel, y al observar en detalle la consiguiente hilera de sangre renovada que se manifestaba fluyendo en todas direcciones, indicando que la vieja apariencia de mi cuerpo estaba destinada a desaparecer, eso las hacía rodar por el piso con desparpajo. Caían como inocentes moscas.

Con los bruscos movimientos, la curandera desnudaba en mí un nuevo cuerpo, todo desollado, semejante al de un recién nacido, lavado y sembrado con la esencia de las flores anaranjadas. Parecía tener la cualidad de examinar los movimientos instintivos de los enfermos, y por esa mántica visualizar sus días futuros.

Decidió atravesar el resto de mis heridas con sedales perfumados y de ese modo excitar a mi cuerpo para seguir supurando todo el dolor restante. En su rostro se percibían las expresiones concentradas del más hábil victimario, resuelto a preparar la ofrenda para un oculto y exigente dios. Juzgando por el afán que ponía en su labor, la promesa consistiría en llevar a su altar pagano los resultados de una tortura que era necesario trascender, y de esa forma obtener el permiso a la ansiada curación.

Como ya te he dicho, la única que soportaba ser parte de esa suerte de alumbramiento era mi doncella predilecta, que siempre terminaba siendo la fiel asistente quirúrgica.

Aunque suene controversial, en aquellos días milagrosos, mi estado era de tal vulnerabilidad que comencé a fantasear con quitarme la vida. Conocedora del dolor, lejos de alegrarme al recibir la noticia de mi pronta recuperación, había olvidado mis antiguas creencias y costumbres religiosas de agradecimiento, lo cual facilitó mi propensión a la locura. Sentía culpa por ser dócil y participar de un acto que consideraba sádico y despreciable.

Me encontraba de nuevo en el callejón del desaliento.

Tenía dudas con respecto a la existencia del Dios aprendido desde niña, y a la vez me carcomía la idea de ser la pecadora más absoluta que merece la muerte, por permitir que una curandera con aspecto de bruja me estuviera dando las llaves para una nueva vida. ¿Cómo podía existir un dios que curara mis heridas, que ahora descubría persistían en mi corazón? Eso era algo imposible.

¿Quién podría tenerme la suficiente piedad como para liberarme de tanta agonía y desespero?

Por más que veía significativos adelantos en mi cuerpo, sabía que el verdadero dolor residía en mi alma. Caía en llanto todos los días y todas las noches, lloraba acompañada por la imagen de la niña que nunca había dejado de habitar mis recuerdos. Esa figura de ángel era mi único consuelo y el persistente motivo para seguir con vida. Debía refugiarme en ella, ¿acaso no es común que los niños se la pasen pensando en un Dios benevolente?

¡La niña que fui, la única que era capaz de auxiliarme!

Ella me ayudaría, al menos como criatura inocente creía en algo superior capaz de salvarnos. Dedicaba largos minutos a verla, en un ángulo de mi recámara siempre de pie, como si no existiera el dolor en su entendimiento, observándome, vistiendo sus enaguas de finos algodones con prendeduras de nácar; conservando en sus manos guijarros y sílices que acariciaba calentándolos con sus dulces respiraciones. Lo hacía con la idea de participar en juegos infantiles.

Ahí fue que la curandera, comprobando mi renovada tristeza, comenzó a friccionar mis manos con una infusión de ajenjo, así, según sus expresiones, dejaría de sufrir el peso del calor, y tampoco tendría el miedo que inspira el frío cuando te envuelve. Me dio de beber pócimas, de sabores similares al del fortísimo aciano, utilizadas para disipar las toxinas de la sangre, y otras que resultaban grumosas y ácidas, que la afanosa maga mezclaba con hojas apisonadas de borraja.

Si esas maneras de curación no daban resultado, intentaría adornarme con incontables alfileres de sudarios. Ella tenía la creencia de que dichos amuletos ayudarían a calmar mi angustia. Pero la sola idea de imaginarme con esos temibles metales surcando mis vestiduras, me inspiraba la fortaleza como para insistir con el tratamiento por medio de las bebidas horripilantes.

Al degustar sus obras de artes boticarias, me venía la idea de tomar el más letal de los venenos realizado a base de beleño. Siempre sentí un particular recelo por los medicamentos provenientes de hierbas venenosas, sabía que si son mal suministrados, podrían ocasionar la locura y la muerte con espantosa rapidez.

Al parecer, mi vida estaba en las manos de esa mujer.

No obstante mis temores acendrados, el milagro se instalaba en nuestro claustro. Esas preparaciones me alejaban de la idea de morir de forma súbita. Funcionaban como tónicos en mi alma desvalida y, a la vez, me convertían en una suerte de Mitrídates, monarca cuya inmunidad a los venenos era proverbial en tiempos antiguos.

Las abluciones con las aguas de caléndulas, con las cuales la

curandera pretendía purificar tanto mi cuerpo como mi alma, prosiguieron de manera ininterrumpida por dos semanas más.

Había veces, debido al agotamiento que comenzaba a quebrarla, que sus expresiones en italiano volvían a ser insuficientes como para comunicarse con fluidez; debido a eso, distraída, hablaba en su lengua natal. Pero a pesar de nuestras barreras culturales, con el paso de los días, nos acostumbramos la una con la otra y fuimos creando una manera propia y efectiva para comunicarnos. Dueña de las artes fisiognómicas, ella era sensible a cada respuesta que pudiera darle con mis apagadas expresiones. Su mirada ya no refulgía como la de un ser de dimensiones extraordinarias; todo lo contrario, muchas veces, en sus ojos se percibía la paz que sólo irradian los ángeles que ocultan sus verdaderos nombres, pero que continúan mirándonos compasivos.

Con sus palabras entrecortadas, me daba a entender acerca de las infinitas formas que existen desde siempre para purificar las almas.

Según los ejemplos que utilizaba, el fuego que destruyó mi pretérita apariencia de mujer quitándome la posibilidad de ser madre, de una manera u otra continuaba lastimando mis emociones y pensamientos, se trataba en realidad de un acto de conmiseración que tenía el Universo conmigo, y no de una condena.

¡Compasión!

¿Compasión?

Estas expresiones suyas me enfurecían. ¿Qué sabía ella del dolor que me aquejaba, si ni siquiera observando en detalle mi aspecto desfigurado se adivinaba que un día yo hubiese sido la orgullosa dueña de nuestra casa, tu amante esposa, la mujer más tierna y frágil que un hombre hubiese podido disfrutar?

La expeditiva maga acariciaba la zona de mi pecho sin usar sus yemas, con el revés de sus manos huesudas y embadurnadas con aceite, continuaba sus eternos movimientos de masaje con los cuales intentaba hipnotizarme diciendo al mismo tiempo sus discursos imposibles. Sentía que sus comentarios sonaban como horribles herejías, con los cuales se burlaba de mi imposibilidad de amamantar nuestro hijo imaginario…

Sólo la luz de su mirada aplacaba mi furia y, aunque parezca mentira, muy de a poco los fui tomando como expresiones santas. Si lograba cambiar mis antiguas ideas de víctima calcinada, todo ese cúmulo de piel chamuscada que todavía envolvía y conformaba mi cuerpo, daría lugar a una nueva vida.

En la tercera semana, gracias a la Providencia, sólo tenía la obligación de descubrir mi espantosa desnudez día por medio, a partir de ahí, fuimos escalonando dos días libres para continuar con la

sucesión de los baños. Como siempre, debía sumergir la totalidad de mi cuerpo en la tina. Por la mansedumbre impuesta por la curandera y sin ánimo de refutar sus sentencias, me obligaba a mí misma a escuchar esas extrañas historias provenientes de prohibidas creencias populares.

Me atenía a cerrar los ojos, tratando de captar algo de todo lo que esa mujer me decía mientras aplicaba sus olorosos ungüentos. Con el movimiento de sus manos, provocaba extraños gorgoteos en la tibieza del agua.

La infinidad de píxides, que había dejado desordenados por todo el pavimento del cuarto, serían los únicos que podrían testimoniar algún día, de manera silenciosa, con respecto a los secretos ademanes, acompañados de nerviosas reacciones, que nacían en mi cuerpo al recibir sus inquietantes caricias mientras duró la milagrosa ablución que estábamos llevando a cabo.

Una tarde, cuando el aire fresco del crepúsculo comenzaba a filtrarse a través de las hendijas de las ventanas y el sol iluminaba inundando las galerías con una particular luz rojiza, la más inteligente de mis doncellas entró de manera impetuosa a mi habitación, luego hizo dos pasos hacia atrás y se detuvo en el umbral.

Después de un minuto, vino a mi lecho, decidida a comentarme algo que la tenía preocupada.

Me relató acerca del milagro que sucedía en el jardín.

Desde que se iniciaron mis primeras curaciones, no habiéndose contentado con aparecer por todos lados, ahora las caléndulas se estaban reproduciendo de una manera extraña.

No resultaba un hecho demasiado alarmante, pero las doncellas sentían inquietud al ver que por más que cortasen y trajeran para la preparación de los brebajes todas las flores hasta casi exterminarlas, éstas crecían presurosas, apareciendo como presencias adventicias hasta rebosar los arriates, poblando también todo espacio de tierra que pudiese existir para nacer y reproducirse.

Y por más que volviesen a cortar cantidades inmensas, al otro día aparecían multiplicadas en forma exponencial.

El jardín se comportaba con signos de magia, como si supiera que la curandera precisara de él, ofreciéndole con gusto todos sus dones.

Lejos de azorarme, yo observaba con la misma placidez que gozan los sabios cuando disfrutan los milagros que brinda la naturaleza, los emocionados labios de mi doncella al querer transmitirme cada pormenor de todo lo sucedido

Las palabras de la curandera, que hasta pocos días atrás sonaban incomprensibles y enigmáticas, ahora resultaban ser más potentes y llenas de claridad de lo que yo imaginaba. Las flores también tienen alas, pensé emocionada, y pueden hacer volar nuestro espíritu…

No me era posible sonreír, pero todo mi cuerpo festejaba por dentro.

Las heridas curaron y poco a poco sentí cómo mi piel, que no obstante seguía mostrando un aspecto aterrador, comenzó a distenderse dándole flexibilidad a los ocultos recovecos de sus membranas. El dolor que experimentaba cada vez que la rozaban al recibir los baños y demás curaciones hechas en base de las milagrosas e infinitas flores, desapareció por completo.

Me animé a pedir a la curandera beber un poco de té con la misma sustancia madre que utilizaba en mis baños; ansiaba probar el sabor de esa infusión tan milagrosa, que intuía amarga, pero a la vez, motivada por un fuerte presentimiento, creía que sería necesaria para mis vísceras.

Sonrió cuando le comenté mi deseo, pero me advirtió que estaba prohibido beber el elixir de las caléndulas sin antes estar preparada lo suficiente para tal experiencia.

Hizo limpiar cada pulgada de mi cuarto, cambiar los cortinados e hilar nuevas sábanas. Organizó con True un minucioso y especial régimen de alimentos, que con el paso de los días mudaría en una dieta atroz. La idea era hacerme pasar por una prueba de voluntad capaz de convencer al más escéptico de los maestros de que estaba segura y convencida de purificar también mi corazón. Si sobrevivía, me premiaría con grandes medidas del ansiado té de caléndulas diluido en agua de canela, además de generosas raciones de comidas calientes, que calmarían los dolores de la tortura física y mental a la que iba a someterme.

La dieta duró treinta días.

Ella misma preparó pequeñas raciones de alimento, que por las tardes guardaba en potes de cristal azul, dejándolos expuestos al sol por largas horas sin temor a que éstos se descompusiesen. Probaba sus sabores y, si no se sentía satisfecha, los perfumaba con un raro bálsamo que decía haber extraído de antiguos palmares africanos.

Esos minúsculos trozos de comida me permitían seguir con vida, o al menos respirar levemente. Era el modo más efectivo que tenía para cerciorarse de que yo estuviese segura en mi decisión y dispuesta a seguir curando mis antiguas heridas del alma.

Mi prueba espiritual fue silenciosa.

No hubo reflexiones y nunca llegó a mi consciencia algo que se pareciera a un mensaje revelado por los ángeles.

Me mantuve en una total quietud, postrada en el lecho sin pronunciar en mi interior ninguna voluntad, ningún pedido. Estaba habituada, y en eso radicaba el secreto de guardar una privación de alimentos tan estricta, a ser un alma que ya no espera nada de la vida, puesto que ya somos merecedores del todo. Si continuaba de esa forma, aprendería a saciar con mero rocío mi apetito y ser una habilidosa maestra en utilizar mis propias lágrimas para cebar el despiadado ayuno.

Comprendí que no se precisa nada para seguir existiendo, es más, el vacío bien entendido es el camino más claro para llegar al estado de la divinidad.

Una vez que mi cuerpo estuvo purificado, se encargó de acibarar el brebaje de las flores hasta a llegar una sustancia, que si bien parecía perfumada por el condimento de la canela, resultaba casi imposible de beber. Y comenzó a dármelo mientras repetía con vehemencia que debía abrir mi alma y permitir que ingresara a mi interior un sol que fuese capaz de eliminar y disolver todas mis dolencias lunares.

—No basta con ungir las heridas. Debemos encontrar el arma que las ha producido para usar con ella el mismo ungüento del perdón —decía la maga en voz baja.

Ya nada me provocaba náuseas, bebía como agua bendita aquel amargor de su líquido santificado.

Cada vez que hacía este ritual, las doncellas, jugando con los símbolos, debían abrir las ventanas para que ingresara a mis aposentos, aunque fuese casi imperceptible, la luz de la verdad.

A medida que mis heridas, tanto físicas como espirituales, iban cicatrizando, el jardín fue decayendo en abundancia de caléndulas.

Con tal contundente manifestación, todas aprendimos, en pocos días, el verdadero idioma del jardín. Bastaba con guardar silencio, acallando nuestras palabras humanas, para deducir esas nuevas grafías que resaltaban en colores verdes y marrones frente a nuestros azorados ojos. Tanto la tierra del suelo como la de las macetas buscaba retraerse, ensimismada, como si respirara un aire para sí misma, satisfecha de haber cumplido con su misión de madre dadivosa.

Privada de sus jugos, se desecaba para entrar en un apacible sueño.

Emanaba un perfume que ninguna de mis doncellas olvidaría nunca, ese olor a orden universal, a no metáfora, a no sueño.

Era una verdad absoluta convertida en materia y en forma palpable.

La maga observó que True era la única en haber aprehendido

la enseñanza natural impartida por el omnisciente jardín, y comprendió que debía seguir curándome, ahora con la especial ayuda y colaboración de la joven. Si bien era importante que las otras doncellas estuviesen convencidas del camino de curación que habíamos emprendido, le bastaba con que una sola sostuviera con sabiduría la idea que pretendía poner en marcha.

Debía reforzar mis vísceras, y eso implicaba una empresa no menos compleja que la que venía llevando a cabo.

La mujer que antes me parecía un esperpento amenazante, capaz de disecar pequeños animales encontrados muertos en el camino, moliéndolos hasta reducirlos a polvo para luego mezclarlos con sustancias añejadas a base de hojas de rosa y bellotas y así preparar pócimas milagrosas, ahora no era otra cosa más que un ángel benéfico; una suerte de alma salvadora.

Ella misma depositaba y reponía pimientillo desecado debajo de mi cama para proteger mis sueños.

Por las noches, cortaba ajos en trozos pequeños para ponerlos en remojo, resguardándolos en vasijas que cubría con finos tejidos azules. Por las mañanas, me daba de beber el fermento en ayunas, mojaba con el resto del oloroso líquido mis sábanas esparciendo también flores de enebro por todas partes. El pavimento que rodeaba mi cama quedaba impregnado con esos perfumes agrestes. Su objetivo era mantener el aire de mi recamara lo más limpio posible. Cuando se agotaban sus preparados, pedía auxilio a las doncellas diciendo:

—Este cuarto debe oler a vinagre y ámbar para que la mujer se recupere más rápido.

Solicitó tu auxilio económico haciendo traer una variedad silvestre de la flor anaranjada que, según sus estrictas recomendaciones, sólo debía ser recolectada a los costados de los viñedos franceses.

Una vez llegadas, las cajas conteniendo la preciosa expedición de caléndulas relucían como si proviniesen del cielo. La maga no demoró en poner en marcha sus buenos oficios. Con un amor que conmovía, enseñó a True a colocar los capullos de las flores en infusión de vinagre para, cuando estuvieran bien macerados, mezclarlos con polvo de lombriz de tierra, obteniendo así una preparación infalible destinada a limpiar de forma definitiva todo resquicio en mi estómago e intestinos ya purgados por el ayuno.

Antes, la obediente doncella debía embeber todos los recipientes en alcohol para limpiarlos y pulirlos con su aliento. Una vez hechas esas labores, debía trasegar ese licor milagroso a frascos más pequeños.

Ahora comprenderás el porqué de tan inusual y costoso pedido. Las caléndulas francesas serían las encargadas de ir reforzando

la función de mi corazón, y de otras partes internas que ella se complacía en palpar, a diario y por largas horas, en reconfortantes masajes que hacía sobre mi estómago y mi espalda.

En esos días, comenzó a sacar de sus arcones algunos frascos que contenían medicamentos estacionados con los que ungía mi renovada piel. Cada vez que los aplicaba sobre mi cuerpo, yo intentaba ir descubriendo con mi olfato las sustancias con las que estarían hechos.

Yo hacía el esfuerzo por vivificar mi nariz, buscaba darle forma útil.

¡Me agotaba respirar tan profundo, pero mi curiosidad era más grande!

A veces, intuía la cebolla y la melaza, otras, la flagrante presencia del romero selvático, luego llegaba el aroma que emanan las alas de los ángeles, perfumes que soltaban colores, rayos imaginarios o tan reales como la luz misma, dibujando imágenes de un pasado remoto, imágenes indescifrables y eternas como la música que sólo puede sonar en los sueños. Por desgracia, me resultaba imposible seguir adivinando al respecto. ¡Las fragancias mutaban y desaparecían en sus manos!

Mujer de quien todavía desconocía su verdadero nombre…

Frotaba mi cuero cabelludo con sus dedos que emanaban buenos efluvios, mientras repetía palabras en su idioma paterno. Cuando mi cuerpo ya no ofrecía resistencia a su contacto, se disponía a cantar dejando caer sobre mi cara un puñado de monedas, que al llegar al pavimento, mostraban extrañas efigies de reyes; eran metales antiguos, pertenecientes al reino de donde provenían sus antepasados… Las canciones, al igual que los detalles acuñados en aquellas estampas metálicas, eran imposibles de asimilar, y mucho menos recordar.

Repetía con insistencia la palabra *Numidia*. Sonreía y pronunciaba los nombres de sus antepasados, que según sus afables comentarios fueron los que enseñaron el arte de la adivinación de los antiguos arúspices romanos. De la que hablaba, era una religión más antigua que el conocimiento que tenemos de Roma.

—¡Antes se respetaban los dioses de los otros! —Decía con emoción—. El planeta era un lugar de felicidad. Más tarde se impuso el imperio, y todo cambiaría.

Sus ojos se llenaban de lágrimas recordando la devastación del planeta.

—El mundo continúa existiendo, pero de otro modo para los desvalidos hombres que siguen como ciegos esas falsas creencias. Ese es el horror de las mentiras implantadas como verdad. “Ellos” han utilizado una habilidosa forma para poner de rodillas a la humanidad

al quitarle lo verdadero del alma —comentaba la maga con tristeza.

Cuando volvía a conversar con respecto a sus artes de adivinación, decía con vehemencia que ella se negaba a regar la tierra con la sangre de inocentes para lograr tales fines conjeturales. ¡Tenía un sabio contacto con la naturaleza! Eso explicaba la fiel presencia del ejército de aves pequeñas que la consideraban su amiga, trasladándose expectante, por donde ella se moviese. La observaban atentos, como si estuvieran encargadas de su cuidado.

¡Ah esas aves obedientes!

Transformadas en soldados, vivían organizadas en pequeños nidos ubicados en los reparos de las bóvedas, vigilando en las almenas como una legión invencible. Otras veces atravesaban el aire de las galerías sin molestar a las muchachas y piando con delicadeza para no alterar mi tranquilidad.

Como te he dicho, cuando era necesario adivinar sobre el futuro de mi estado de salud, la bondadosa curandera se negaba a leer los mensajes divinos en las entrañas de un animal sacrificado, y se limitaba a pedir pequeños perros o gatos de la casa para palparlos con suavidad. Eso predisponía muy bien a las doncellas, mientras que las pequeñas criaturas, en vez de reaccionar defendiéndose, en sus manos quedaban adormecidas. Se dejaban revisar subyugadas, caídas bajo el mágico influjo de esa extraña e inofensiva vidente, que al cerrar sus ojos imaginaba los órganos internos a través de las cúspides de sus dedos huesudos.

Fue en esas incursiones de adivinación, sentada en el jardín en una tarde bañada por el color rosa de un cielo crepuscular, cuando recibió aquel mensaje que cambiaría mi vida y la de todas mis doncellas.

Por medio de su tembloroso tacto, le llegaba todo tipo de detalles con respecto a lo que sería mi curación definitiva.

Para estar segura, pidió más animales, pero la verdad ya estaba dicha.

Por más que continuara la fila de inocentes criaturas que se ofrecían serviciales para que ella accediera por medio de la lectura de sus entrañas a la más pura verdad dictada por los maestros de la naturaleza, la revelación seguía siendo la misma.

Encendió un pequeño fuego, esparciendo luego sobre el fulgor de las llamas generosos puñados de semillas de jazmín. El humo era su fiel surtidor de imágenes, incluso cualquier fenómeno luminoso natural hubiese servido para su causa. La desenvoltura que mostraba en esas acciones adivinatorias era envidiable.

No había dudas, pero refrenó sus ansias de gritar y también de bailar llorando como una niña emocionada.

¡Al fin comprendía el sentido de haber realizado tan largo

viaje y venir a Italia!

Era tanto su entusiasmo, que hubiese recurrido a un holocausto de vegetales quemando ramas de laurel, o bien incienso, harina o granos de trigo para festejar su hallazgo. Se sentía feliz y también orgullosa al ser partícipe de todo lo que sucedía. Soltó el pequeño felino que sostenía en sus brazos para que volviese a su rincón, pero el animal, enamorado de la temperatura de su cuerpo, prefirió seguir adormilado sobre la haraposa falda.

La emocionada maga se dio algunos débiles golpes en el pecho con los puños cerrados, una y otra vez, hasta lograr calmarse. ¡El mensaje era más claro y contundente que nunca! Sonreía, volvía a sonreír, lo hacía con la misma placidez que se tiene al ver por primera vez el amanecer del mundo.

La multitud de pájaros vino para festejar con ella, posándose en sus hombros y en su cabeza, que ahora más que nunca estaba alborotada. Ella no dejaba de regalarles sus más brillantes, sinceras y emocionadas sonrisas de maga.

¡Qué bueno había sido aplicar los ungüentos sobre mi cuerpo!

¡Y la nueva forma que sobrevendría a mi existencia ya aparecía prefigurada en la transparencia de sus visiones!

Sumamente agradecida, buscaba besar a los pájaros más pequeños que volaban rodeando su rostro. También los dóciles perros y los lustrosos gatos le hacían caricias mientras buscaban refugiarse bajo el abrigo de su miscelánea vestimenta de arpillera.

La naturaleza ejercía en todos ellos un sentimiento exultante.

Al cabo de unos minutos, detuvo su festejo y me observó con dulzura. Se dirigió a mí como si viniese a abrazarme, pero lo único que hizo fue decirme estas palabras a los oídos:

—De ti dependerá que te conviertas en arbusto, árbol o enredadera… ¿Acaso le encuentras sentido a traspasar la existencia con apenas una vida?

No sabía qué respuesta ofrecerle, suspiré inmóvil y conmovida.

Las puertas

Existen muros que apartan a Giuseppina de todo aquello que puede disfrutar, alzándose incorruptibles, rodeándola de manera imaginaria. Los límites del territorio donde habita mi gobernanta son tan acotados que terminan cuando mucho en los pequeños negocios de Cisterna.

Respira convencida de su castigo, que la obliga a permanecer en estos lugares alejados en medio de la montaña, comportándose como una mujer que ha perdido las llaves y confunde las puertas que podrían liberarla de su opresión.

Se limita a conformarse sumisa a vestir trajes de duelo, prestados a las antiguas y obedientes mujeres de su antigua familia, que la conminan a parecer una mujer que debe guardar silencio.

Una vez en Cisterna, al hacer las primeras compras, intercambia algún que otro comentario con la mujer del carnicero, otras veces se entretiene un par de minutos enterándose de las últimas noticias, que puedan llegar de Alessandría o de Génova, sonando en los labios de otras ancianas que limpian los menudos. En esos momentos, la abnegada Giuseppina no quiere mostrar su cansancio, lo guarda para sí. Sonríe imaginando escuchar en las voces de esas mujeres, una historia capaz de darle forma a su vida, como si esas rústicas empleadas pudieran otorgarle la manumisión tan deseada para escapar del poblado. Con el instinto de superación aletargado, sabe que ya está instalada en un territorio de sombras.

Allí, donde la valentía es tan importante, me pregunto qué corre por sus venas, pues parece ser conducida en la vida por el puro acatamiento.

Cuando llega al almacén, examina los artículos de metal de menor valor con la idea de comprarlos con sus ahorros y así reponer los peroles carbonizados a causa de su descuido. Las cacerolas que ha traído hace unos días provienen de la más humilde quincallería del pueblo, pero las cuida atenciosamente.

Cada vez demora más en volver a casa, pero eso no significa que se pierda en distracciones femeninas, ni mucho muchos. El transitar de Giuseppina por el escarpado sendero se demora debido a la tristeza que la envuelve. Se complacería en chutar las piedras con las cuales tropieza, pero eso significaría una manera de poner en práctica un divertimento en el camino que no forma parte de sus planes.

Desprotegida del sol, desprotegida de sí misma, va y vuelve

de Cisterna dando pasos cansinos.

¿Qué será lo que la incitaba a seguir soportando?, me pregunto. Sería sencillo volver en dirección al pueblo y pedir auxilio a cualquiera de las mujeres que ha conocido en los últimos meses para conseguir un carruaje y huir a Turín. Pero algo la detiene.

¿Cuál es el verdadero motivo para infligirse una penitencia tan rigurosa?

Se conduce como si no existiera un exilio suficiente que le prometa la paz que pueda reconfortarla.

La solución estaba ahí, a pocos metros, como mucho a una hora de caminata. Pero la pobre mujer continúa en la oscura tarea de vivir conmigo en esta casa de montaña. El encargo de mis hermanas debe resultarle por demás importante como para soportar tanta adversidad.

Vuelve siempre cabizbaja, sin mirar el herboso prado, repitiendo en su transitar un malicioso ritmo como si buscara lastimar serpientes con sus acertadas pisadas.

Al llegar a nuestra casa, detiene su mirada en la fachada amarillenta, disponiéndose con un respiro lleno de fastidio a reunir fortaleza para atravesar la cancela. A través del visillo de la ventana de mi cuarto, por donde puedo entrever también el horizonte, la observo hacer esa rutina llenándome de zozobra por tener que compartir mis días con una mujer tan atribulada.

Por fin, la desvaída imagen de Giuseppina ingresa por la puerta pequeña de la cocina.

Conforme pasan los días, Giuseppina, buscando imitarme, también ha bebido las venenosas aguas del insomnio. Es tanta la pesadumbre que luce por las mañanas, que su rostro muestra cambios abruptos como si hubiese recibido culetazos de un arma inmaterial y por lo tanto infalible. ¿Qué tipo de esfinges la atormentan por las noches?

Ahora, más que nunca, un sufrimiento inhumano parece doblegarla, lastimándola por dentro. Es tan grande su disconformidad por vivir en Cisterna, que no puede evitar mostrármela. Dentro de poco, llegará al extremo de no pronunciar palabras y sus ojos tampoco transmitirán nada saludable.

Se conduce como si tuviera amenazas de muerte que la convencen de un final lastimoso para su vida. Camina haciendo equilibrio por quejumbrosos andamiajes que se esfuman en las tinieblas de su incertidumbre a la hora de imaginar una escapatoria.

Los números de marfil de una estúpida partida, han marcado lastimosamente su suerte.

¿Qué tipo de enfermedad está consumiendo su alma? ¿Su disgusto ha llegado a tanto que la piel de sus manos ahora estará surcada por manchas venenosas?

De estar equivocado en esta inexplicable empresa de intentar transcribir los cuadernos… ¿qué verdad está intentando mostrarme con su actitud de inmutable mártir? Cuando me dedico a observarla, parecería estar frente a un ser poseído, de esos que hablan en atávicos idiomas sin saberlo, pero a diferencia de todas las almas perdidas, la de mi gobernanta se especializa en decir el silencio.

Cada tanto se permite observarme con inexpresivos ojos parapetados bajo sus prominentes cejas; lo hace como si conociese al dedillo la diversidad de las emociones humanas. Tiene el aspecto de una institutriz implacable que intuye la suma de mis intenciones.

Al observarme con frío detenimiento, su rostro muta con insospechadas sombras y transparencias.

De continuar así, mi extraña gobernanta adquirirá la costumbre de hilvanar con soltura pensamientos enigmáticos; y si se lo propusiese llegará un día a ser una respetable maga, conocedora infalible de la fórmula triangular del “abracadabra”, o una habilidosa prestidigitadora, pero nunca alguien capaz de pronunciar palabras salvadoras.

Quiero pensar que todo lo que observo es fruto de mi dislocada imaginación, pero por desgracia, mi gobernanta es real y convive conmigo, llevando a cabo sus desacostumbrados modales como actos cotidianos. Respira como una criatura nacida de la habilidad que tiene la naturaleza para realizar sus cosas inexplicables.

Pero gracias a la Providencia, hoy sucedió algo que desbarató nuestra rutina.

Giuseppina atravesó la puerta de mi habitación y dijo:

—He armado una mesa a la sombra de los árboles. Creo que el señor disfrutará respirando aire puro a la hora del almuerzo. ¿Sirvo ahora mismo? ¿O prefiere esperar?

Me ofreció una sonrisa abierta.

Parecía transformada. ¿Era una invitación o me estaba rogando? En su voz se percibía un toque de cinismo, no obstante reconfortaba saber que el silencio dilacerante que veníamos practicando ya no existía entre nosotros.

Escandalosamente, tenía una serenidad que conmovía. Siempre había sido la típica mujer que muestra costumbres de una buena educación cristiana, pero ahora se la veía decidida a restablecer nuestra antigua relación de cordialidad, como si nunca hubiese sucedido nada malo.

Se la veía tranquila, como si ya no estuviese tramando algo en mi contra. Al cabo de unos segundos, levantó la cerviz, esperando

mi respuesta.

Resultaba fácil imaginar que era una mujer capaz de darle de beber cerveza e hidromiel a los muertos con tal de revivirlos. De pie, al borde de la puerta de mi habitación, respiraba impasible, tal vez queriéndome contar cuentos de espíritus aún más inquietantes y tenebrosos que los que estoy obligado a transcribir si no respondía con premura a su pedido.

Era tanto el dominio que ejercía sobre mí que perdí el color, sobreviniéndome un frío espantoso, acompañado con la idea de un desmayo. Tomé aire y le respondí con entusiasmo:

—¡Me parece una idea genial!

Mis palabras sonaron capaces de encender toda la casa.

Giuseppina me acompañó hasta llegar a la mesa que había vestido con un riguroso mantel blanco. Los cubiertos resplandecían como si perteneciesen a la más fina platería. Ubicado sobre una bandeja circular, un sustancioso plato de conejo cocinado al estilo cazador, parecía estar sobornándome con sus deliciosos aromas para que lo devorase como si yo fuese un muerto de hambre. ¿Qué tipo de sustancias machacaba mi gobernanta en su almirez de acero para lograr esa magia tan embriagadora que se adueñaba de mi olfato? Me venía la sensación de que los condimentos que utilizaba ya no fulminaban mi estómago, sino más bien llenaban de renovado vigor mi debilitada contextura.

Comencé a ingerir, ansioso y agradecido, ese elaborado alimento hecho con sus manos de hada.

Todo parecía funcionar con normalidad. Mi apreciada sirvienta volvía a poner empeño en preparar refacciones deliciosas con los pocos ingredientes que conseguía en Cisterna, y yo no corría el riesgo de continuar mis días teniéndome que alimentar con trigo y abrojos en sus panes amasados con desgano.

Giuseppina me miraba con cierto afecto, como si estuviese ejercitando esa manía que tienen las mujeres que aspiran a querer curar toda dolencia con su sola imagen protectora. Era el almuerzo más suculento que había cocinado desde nuestra llegada a la montaña.

Después de escanciar el vino en mi festiva copa, fue a la cocina.

Por mi parte, mientras seguía comiendo y atragantándome con el delicioso almuerzo, miraba en dirección a la cocina, adivinando su esmirriada figura de gobernanta afirmada al marco de la puerta, bebiendo una taza de té.

Había olvidado que debía volver a mi escritorio y continuar

con mi ardua tarea; las desgastadas páginas del segundo cuaderno me esperaban para ser traducidas. Estaba ansioso por querer saber más detalles con respecto a la escandalosa predicción de la maga y a la posibilidad que auguraba en su paciente, de volverse paulatinamente en planta. ¡Pero era tanta la felicidad de volver a tener a Giuseppina, con sus gestos amables y la sonrisa abierta, que tuve la fantasía de organizar una fiesta y tomarme un par de días de descanso! ¡Mi cuerpo necesitaba una tregua!

¡Había ocurrido el milagro que tanto había deseado!

Contar la historia es más difícil que vivirla.

IX

Cuando las hiedras encuentran un muro donde afirmarse, absorben la fortaleza de la piedra. Entonces, tanto la debilidad como la fragilidad de planta se transforman en un signo indeleble de perseverancia, voluntad y resistencia. Y cuando paseas por el jardín sintiendo en el rostro la caricia de una brisa, debes tomarla como una recompensa por alguna buena acción que has realizado; es recomendable agradecer un regalo de la naturaleza tan encomiable.

Entenderás que estas palabras las he aprendido en compañía de la generosa curandera.

Ella también me enseñó que si prestas atención al amanecer, siempre se oye un gorjeo primordial. Y si te asomas por las ventanas, no verás presencia ni forma de ave alguna en ningún árbol o balaustrada cercana.

Se trata del sonido de un pájaro elemental que la Madre Tierra utiliza para anunciarte la aparición del día.

También me recomendó que observara a las doncellas al abrir las ventanas por las mañanas, y disfrutara de las beneficiosas temperaturas de la primavera tanto como del gélido aire cuando transcurre el invierno, puesto que todo aire vivifica el corazón.

Me conducía a la cocina y solíamos dedicar días enteros a leer las burbujas de aire en los líquidos en ebullición, o estudiar las influencias de las brisas sobre las superficies de las aguas.

Me enseñaba a observar el modo de soplar del viento en nuestro jardín interno, descifrando los mensajes que traen los diminutos espejismos en las hojas de los arbustos.

¡A su lado, resultaba fácil interpretar el comportamiento del aire y sus misterios!

Como cuando llega a nosotros en forma de mensajero agresivo, transformado en tormenta de tierra que asfixia todo lo que encuentra, asustando comarcas enteras, castigando al gentío que busca encerrarse, o espantando a los animales domésticos, que buscan desesperados refugiarse en cualquier rincón que puedan encontrar.

Puede oírse el balido persistente de las pobres cabras alteradas por el afónico sonido del cierzo, y ellas encarceladas en sus rediles. El cencerro del macho persiste con insistencia en el llamado de auxilio a sus patrones, pero nadie acudirá. El único cobijo serán las ramas y troncos del corral.

Todos encerrados en sus casas, esperarán que pase la molesta tormenta. El aire convertido en viento soplará más fuerte todavía,

brindando su rugido, trayendo sólo tierra y confusión, sin ningún vestigio de agua bendita. Lo tomarán como un mal augurio, ignorando que, en realidad, es una presencia benéfica en forma de tormenta llegando para limpiar nuestras maledicencias. Nadie es capaz de aceptarla como una suerte de bendición que recibimos los humanos ignorantes, grandes decidores de incoherencias, viviendo en la falsedad. ¡Debemos agradecer cuando el aire se muestra magnífico en negrura, puesto que viene para llevarse con generosidad nuestras confusiones!

Al pensar en esto que trato de decirte, justamente observo desde mi pequeña ventana cómo se dibuja en el horizonte una tormenta que muchos tildarían de temible.

Para mí, es un simple recordatorio de Dios, enviado por medio de su elemento más sutil que viene a curar horrores, y el mío, por supuesto, no es ninguna excepción. Intentaré abrir mis pulmones a ese nuevo aire tormentoso que se avecina con tanta potestad.

Por más que haya curado y vivificado mi aspecto, las manchas negras de mi piel delatan que todavía tengo profundas heridas en mis emociones.

Mis quemaduras internas son tan insistentes que me seguirán hasta el fin de mis días. Hay tantos dolores ocultos que buscan emerger sin encontrar el modo. Ahora entiendo que el fuego, como buen símbolo del amor, terminó ayudándome para que pudiese conocer observando lo que muchos ignoran. De no haber sido por mi maestra, jamás hubiera aprendido a recordar con misericordia, e incluso agradecimiento, la flama de esa lámpara que cayó a mis pies envolviéndome en llamas abrasadoras.

Hoy, una cantidad impresionante de incógnitas se bifurcan, llenándome de otras preguntas, pero ya no vivo ese recuerdo como un castigo.

Mientras estuve contigo, no recuerdo haber albergado nunca malos pensamientos en contra de nadie. Como esposa, mantuve mi intimidad y mis candores para dártelos sólo a ti. Sé que hice felices a mis padres al casarme contigo, dando buenos ejemplos en nuestra casa. Tal vez los motivos para que sucediera todo lo terrible que aconteció no sean una malograda acumulación de malvados pensamientos, ni acciones erradas que haya tenido en esta vida.

Dios me perdone, pero terminaré aceptando como auténticos los comentarios que suele hacer la maga a True, cuando afirma que las personas cargamos el conocimiento de nuestros ancestros, tanto como buenas y malas fortunas que provienen de un espacio anterior a nuestros nacimientos…

¿Pero cómo hacer para que todo eso guardado no intente seguir saliendo por mi piel de esta manera tan penosa, sino por medio

de otras maneras menos lamentables?

Desde la aparición y permanencia de la curandera en nuestro calabozo, su presencia se ha convertido en mi muro de contención.

Todavía me cuesta imaginar y, sobre todo, aceptar que un día deba adquirir la forma de la planta que ella auguró en aquella tarde, rozando con amor a los pequeños animales. Puedo recordar en detalles. A pocos minutos de haber recibido la espectacular revelación, se acercó y me abrazó con ternura. Continuó pronunciando sugerentes palabras, llenas de buenas intenciones.

—Una preciosa hiedra, de ésas que se animan a lucir presuntuosas el color disciplinado de sus hojas, y que parecen vigilar toda actividad humana desde sus altivos miradores —terminó diciendo de manera sentenciosa.

Quedé atónita, queriendo suponer que tan sólo se trataba de una metáfora.

Mi apariencia, aunque continuase cubierta por una persistente y verdosa palidez, había adquirido inusitados ápices de aquella dignidad y soltura de mujer que conociste años atrás. Por las tardes, me ocupaba yo misma de acariciar las cicatrices de mis lastimaduras ya cauterizadas. Y si bien existía felicidad en mi alma, con mucho temor me preguntaba qué sería de mi existencia con el devenir de los días.

¿En verdad se llevaría a cabo el milagro de transformación que con tanta seguridad la maga estaba anticipando?

¿Y una vez convertida en planta lograría tener la sabiduría suficiente como para absorber la fortaleza de los muros que con tanta vehemencia buscaba enseñarme mi maestra?

Me sentía incapaz de todo.

Si como ser humano carecía de voz para expresar mis ideas, teniendo en muchas oportunidades que farfullar hasta el más insignificante comentario, por ejemplo, para pedir a una doncella alguna minucia, mis labios despedían una irrefrenable saliva. Para comunicarme con decencia debía hacerlo con pequeñas anotaciones que sólo True era capaz de leer. El don de la palabra me seguía vedado por completo, mucho menos podría comunicar nada importante desde la inerte quietud que tienen los vegetales. No quería traspasar ese umbral prometido sin el don de la otra palabra, la que se pronuncia con bellos sonidos.

Era lo único que pedía, pronunciar una palabra de manera humana y digna…

Fue cuando nuestra huésped, con su aguerrido amor, decidió emprender las lecciones que me ayudarían a develar el secreto que ocultan las palabras.

Su actitud me hizo reflexionar, y de inmediato quise frenar

sus intenciones.

Tomé sus manos y le pedí con la mirada que no me sometiera a nuevos experimentos. No estaba dispuesta a resistir otro de sus rituales; no porque me resultaran tortuosos, sino porque… ¿qué sentido tenía el hecho de que recuperase el habla, si mi destino era el del mutismo más absoluto? Inmovilidad y mutismo era lo que vendría cuando me alejara de la forma humana.

Por lo cual me respondió sin inmutarse.

—Tienes que transformar tu limitada dialéctica humana si pretendes trascender a una nueva forma. ¡Además, ya está escrito en tu destino! Empezaremos mañana mismo —dijo mientras se le iluminaban los ojos.

No contenta con el miedo que me inspiraba, se acercó y me clavó su mirada.

—Para pronunciarlas, deberás primero meditarlas en el corazón. Cualquier otro camino se tornaría cenagoso e imposible de traspasar —concluyó diciendo.

"…Pero mi voz está destruida y sólo existen malas pronunciaciones", escribí con dificultad en un papel que ella se negó a leer. Yo seguía repitiéndole que no tenía sentido recuperar el don del habla si mi destino era el de un vegetal.

Se limitó a mirarme compasiva, haciéndome recordar que a las malas pronunciaciones, aunque fuesen mentales, las limpia el viento.

¿Por qué se permitía expresarse con ese aire de arcángel, capaz de leer hasta el más ínfimo de mis pensamientos?

Al repetir esas enseñanzas, no hacía más que confundirme, jugaba con mis impulsivas intenciones de mujer asustada, trastocando toda antigua idea guardada en mi memoria. Hasta entonces, yo creía que toda expresión humana nacía de forzar el intelecto, que mis hermanos, aunque fuesen unas criaturas, lograban realizar sus perfectas letras caligráficas mediante artilugios mentales ejercitados a través de sus artes. También recordaba a mi madre, enhebrando las pasamanerías de sus trajes hasta llegar a realizar pequeñas obras de arte que relucían como réplicas de joyas imperiales. Entendí, junto a mi maestra, que el único secreto y motor para que ellos lograsen sus proezas, aunque no lo supieran, estaba oculto en sus corazones. Sus manos eran sólo herramientas adiestradas por los sabios sentimientos, y sus destrezas resultaban ser el fruto de sus emociones bien conducidas.

Ahora, según sus consejos, no importaba que mis cuerdas vocales fuesen hilos diminutos y que mi boca ostentara la forma que tienen los metales abollados, tampoco debía desalentarme el hecho de que mi lengua pareciese la de un animal moribundo.

Debía observar todo con una nueva perspectiva y darme cuenta de que no eran mis labios deformados y dolientes los que venían cerrándose a recibir alimentos, temiendo que mi organismo los rechazara. Negarme a nuevas raciones de frutas por la mañana y un poco de guisado por las tardes eran simples excusas. En realidad, refutaba asimilar nuevas ideas, disfrazándolas con el rechazo hacia alimentos que no fuesen los corrientes. Era más fácil cerrarme y no permitir que nada nuevo ingresara a mi vida, para luego tener que digerirlo.

Lo mismo sucedía con mi capacidad de pronunciar palabras.

A todo esto, en los últimos tiempos, tenía yo la maldita costumbre de morder con insistencia lo que quedaba de mi lengua y los costados de mi boca. ¿Qué tipos de pensamientos apresados en mi alma me aquejaban hasta llegar a torturarme de esa manera?

Después de la conmoción por escuchar las palabras de esta sabia mujer, comprendí que debía realizar una piadosa reflexión conmigo misma. Con sus enseñanzas, me ofrecía los accesos a las infinitas conexiones entre el cuerpo y el espíritu.

Tendida y respirando, buscando la quietud de mi organismo, no lograba imaginar esos caminos que, según ella, existían muy bien demarcados.

Por un lado, disfrutaba transitar esos senderos imaginarios, respirando con calma, pero no llegaba nunca a un lugar certero que diera respuestas claras a mis interrogantes. Era necesario refugiarse en lo más profundo del corazón y esperar con cautela para escuchar sus latidos, capaces de guiarme en la colosal empresa de volver a expresarme tal como lo hacen los seres humanos.

—¡Tienes que encontrar la verdadera causa! —Afirmó la maga.

Lo decía con tanta facilidad, que despertaba mi ira. Escuchar la totalidad de sus frases implicaba un esfuerzo titánico por mi parte.

Ella continuó diciendo:

—Verás que en tus anotaciones ya existe una voz subyacente. Además de transcribir tus pensamientos, debes escucharlos. También puedes escribir mis palabras si eso te tranquiliza, pero lo que yo diga no es tan importante como lo que puedas oír en tu corazón. Una vez que logres la maravilla de la expresión, que implica el hecho de escuchar y pronunciar la voz interna, tu lengua volverá a tomar la antigua forma humana, y vivirás en un espacio verdadero, donde podrás expresar un renovado gusto por vivir; verás como todo cambia...

¡Otra vez, otro misterio!

Debía escuchar las palabras primero en mi alma, pero por más que trataba de concentrarme nada sucedía.

Hasta entonces, mi atención se depositaba en los sonidos con

los cuales intentaba construir nuevos relojes formidables, en el rumor de las fallebas de las diminutas ventanas, o en el repiqueteo de las cerraduras cuando las puertas son abiertas al descuido.

También era experta en escuchar el cencerro del macho cabrío al circundar las paredes de mi cárcel y la subsiguiente respuesta sonora de las obedientes cabras y el silbido del pastor, siguiéndolo en sus frecuentes paseos por la pradera.

Conocía de memoria el cuchicheo o el transitar temeroso de las doncellas, y el sonido metálico de la voz de True al preguntarme si necesitaba algo más antes de despedirse por las noches.

Pero nada importante o útil surgía en mi ejercicio espiritual.

Continuaba en la nada, sin el ánimo suficiente para mover la voz.

En esas primeras noches, ni siquiera el canturreo de mi amorosa curandera podía ser escuchado por mis "oídos del alma". Los únicos que llegaban eran los persistentes rumores que tenían que ver con mi oscura vida de convento o recuerdos de sonidos de antiguas conversaciones coloquiales o domésticas… Pasaban las noches, una tras otra, persistentes y eternas con mis manos cerradas sobre mi abdomen en forma de flores. Y del corazón nada salía.

Hasta que por fin llegaron los primeros indicios.

En una madrugada, cuando me tenía sin cuidado realizar el ejercicio impuesto por mi maestra, aparecieron los sonidos prometidos.

Eran casi imperceptibles; parecían golpeteos de una debilitada música exótica y, de inmediato, se convertían en tintineos, pero se lograba percibir que se trataba de mágicos y bienaventurados sonidos que formaban un bello motivo similar a una melodía, como ésas que suenan al final de las celebraciones para apaciguar a los invitados antes de despedirlos.

Llegaban a todo mi cuerpo viniendo con el ritmo de los palpitares, mutando también en sensaciones.

Comenzaba a llegar a mi boca un sinfín de sabores renovados y, al mantener mis ojos cerrados, se presentaban, como en un lienzo negro, portentosos colores que danzaban en un parsimonioso e interminable baile de reflejos y tonalidades. En ciertas partes de mi cuerpo, comenzaba a sentir delicadas caricias, y aromas del pasado volvían para agasajarme. Luego, otros perfumes, ignorados hasta entonces por mí, hacían acto de presencia como signos de añoranza de un futuro lejano, alimentando en mi consciencia la idea de que la vida es eterna.

Al otro día amanecí con la sensación de haber dormido un par de meses.

Sorpresivamente, mi rostro intentó sonreír.

¿Era una felicidad renovada la que me despabilaba para empezar el día? La primera en aparecer fue mi doncella blanca y, como siempre, se acercó a una de las ventanas para deslizar el cortinado. Una mágica luz invadió toda mi recámara. Noté que mi boca no tenía el rancio sabor con el que acostumbraba despertar todas las mañanas.

—¡Gracias, True! —Dije con clara y preciosa sonoridad.

Al escucharme no atinó a girar hacia mí y escondió su felicidad con auténtica timidez. Y como si nada hubiese sucedido, con sus ya conocidos movimientos fue a mi escritorio y comenzó a separar los papeles según el tamaño de los pliegos, asegurándose de que todo estuviese en perfecto orden. A los pocos segundos, salió sin dirigirme la palabra, pero llevando consigo un aire de complacencia y algarabía nunca antes visto en sus modales.

A partir de ese día, los gritos broncos y demás sonidos guturales que solían espantar a mis doncellas han desaparecido para dar lugar a suaves palabras que suelen colmarlas con ternura.

Por las noches, debía volver a recordar el sonido secreto de las palabras para pronunciarlas al otro día sin ningún temor a equivocarme. Dicho código oculto consistía en recordar cada expresión que expresara agradecimiento; me perdía en la insondable presencia que me rodeaba y las palabras más formidables seguirían surgiendo en mi interior para que yo las repitiese con calma a la jornada siguiente.

¡No te adelantes en festejar, amado mío! Debo advertirte, que esta voz que estoy comenzando a expresar no es ni similar a la de otrora. Aquel sonido ha quedado extinto en el olvido…

Esta nueva voz vibra de un modo diferente, por momentos firme, otras veces como si la pronunciara una presencia anodina y transparente. Tiene un timbre despojado de toda angustia, como si hubiese olvidado sentir miedo por la muerte o por los nacimientos, que son temores similares.

El hallazgo de haber recuperado el habla trajo consigo otros milagros.

Suspendí toda prohibición que pudiera existir en mis celdas.

Y vinieron nuevas formas...

Las muchachas, al escuchar que me dirigía a ellas con sonidos llenos de respetuosa ternura, transitan por los pasillos con un modo más distendido, y se han animado a entablar comentarios al hacer sus quehaceres domésticos, celebrando con sonrisas abiertas el milagro acontecido gracias a la aparición de la curandera en nuestras

habitaciones. Otras veces inventan historias de caléndulas imaginarias para alegrar sus tardes con fábulas de graciosas moralejas.

True se ha convertido en la persona con mayor responsabilidad sobre mis cosas. Además de las horas de escritura, hemos venido manteniendo lentas conversaciones que ayudan a la práctica de mi nuevo lenguaje. Deposita su mirada en mi rostro, observando insistente mis labios como si quisiera guiarlos. También se permite mirarme directo a los ojos, como si dicho desenfado le posibilitara ser el fiel bastón y la compañía perfecta que tanto necesito. ¡Qué hermoso aspecto de vestal trasluce en esa mirada construida con el más fino ámbar! ¡Qué aire delicioso con el que busca envolverme sin ofender mi condición de criatura desfigurada!

La suya es una belleza angélica: debo admitir que suelo refugiarme en la contemplación de su piel saludable y blanca, tal vez para encontrar un alivio que tanto necesito. Con el generoso ardor de su mirada, ha logrado que yo vuelva a querer observar de frente el rostro de otro ser humano y hacerlo sin temor a morir por la vergüenza. El amor por esta doncella parece tomar dimensiones infinitas.

¡Pero no debía ser ingrata!

Me he propuesto conocer también, uno a uno, los rostros de las demás doncellas que con tanta humildad han venido acompañándome en este encierro. Deseo recordar sus expresiones, alguna de sus miradas, intentando aprender de ellas, por qué no, cómo se expresan las personas cuando están vivas.

Por las noches, he cambiado la costumbre del insomnio por la de llorar repleta de gozo.

¡Pensar que una vez tuve la idea de que mis labios olvidarían la costumbre de decir palabras condescendientes! También he conversado con mis ojos, para pedirles que recuperen el esplendente hábito de brindar miradas amorosas.

¡Todo cambiará!

Los milagros no deben ocultarse.

Una especie de bondad llegaba a mí para transformarme de nuevo en una respetable dueña de casa. ¡Me invadía una extraña y dichosa alegría! ¡Hacía tanto que no albergaba en mi corazón nada bueno ni amoroso! ¿Pero a quién debía amar, a quién agradecer tanta redención? ¿A la curandera y sus menjunjes hechos con flores y sabiduría? ¿A True, cuya inocencia día a día había despabilado mi confianza casi muerta? ¡Estaba dispuesta a más! ¿Organizar mi vuelta a nuestra casa e imaginar volver a tus brazos?

¡Eso era algo imposible!

Todavía no era la mujer que merecías tener a tu lado como esposa.

Al rozar mis texturas faciales, frenaba toda idea de volver contigo.

Una mañana, mientras dábamos pequeños paseos en el jardín, la curandera percibió que yo escondía nuevos temores cada vez que me refería a la decisión de recibirte en mi celda; mostrarme sin velos frente a ti era algo que me frenetizaba.

La maga me miró con cierta misericordia, pero nunca se apartó de su postura de mujer ungida por la sapiencia, llegando en nuestra conversación a ser incisiva, e incluso despiadada.

Parecía no importarle mi pudor.

Un par de veces comentó que veía factible la posibilidad de un encuentro contigo, dentro del marco de una romántica escena, en los próximos días.

—¡Sería todo un honor recibir a tan noble caballero en un espacio limpio de todo pecado! ¡Recibido por su esposa convertida en Virgen, en algo más grande, en algo que ningún ser humano podría comprender! ¡Eso embargaría a tu esposo de una infinita felicidad! —Decía la maga, con entusiasmo.

Cuando hablaba, sus ojos eran tan hermosos como los de una madre henchida de bondad para con sus hijos, confiando en que yo sería capaz de afrontar con éxito toda prueba que se me presentase, como la de estrecharte con los brazos abiertos y compartir una amena conversación, brindándote también consiguientes besos de amorosa consorte. Al hablar, sabía que sus consejos hacían mella en mi alma; según sus comentarios, ya se veían, en la manera de pronunciar mis palabras, los maravillosos frutos benditos de un árbol gigantesco y eterno que seguía creciendo en mi corazón, y eso la llenaba de felicidad.

—Ahora puedes tomar decisiones, desde la convicción de la alegría y no de la desesperación —repetía ella para calmar mis ansias.

Como mujer lo sentía, ella también ocultaba algo en sus palabras. La hora de su partida se presentaba inexorable… ¿Sería por eso que comenzó a mostrarme sus más ocultos secretos de curación con el propósito de compartirlos conmigo?

Cuando venía a mi cuarto, llegaba con pasos dubitativos y, a la vez, con una seguridad serena como si tuviese la posibilidad de verlo sin utilizar sus ojos. Era una maga rabdomante sin varita mágica, sin amuletos, sin ídolos, sin talismanes, ni péndulo que le sirviese para sentir los dolores y los temores ajenos.

Apenas un leve contacto sobre los objetos de mi escritorio, mediante la yema de sus dedos repletos de ocelos infalibles, alcanzaba

para observar aquello que necesitaba saber de mi estado de ánimo… y de ese modo continuar con sus disertaciones de manera más efectiva. Sílfide de la luz, me ofrecía ese formidable regalo de comprensión para calmar mis ansiedades de mujer que en el fondo seguían lastimadas. Pero también tenía otras intenciones solapadas…

Me contaba historias incomprensibles a mis oídos educados en el catolicismo.

Se refería al planeta donde vivíamos como un cuerpo viviente.

Hablaba de los magos de Numidia, y también de períodos más antiguos, de cuya existencia apenas teníamos conocimiento por las tradiciones orales de sus antepasados.

Decía que la Luna era hija de la Tierra...

Un día interrumpió sus historias y me dijo con decisión:

—Es el momento de que dejes de escribir tus memorias para abocarte a la escritura de todo lo que voy diciendo aquí en tu cuarto o cuando paseamos por el jardín. Sé que con la ayuda de tu doncella predilecta, podremos terminar con el dictado de las enseñanzas antes de mi partida.

Pretendía que yo fuese su aprendiza.

¿Pero cuál sería el motivo por el cual obligaría a True a ayudarme a transcribir en papeles esas palabras suyas indescifrables, imposibles de almacenar en nuestras inteligencias tan alejadas de su cultura africana?

¡Era tan grande su legado!

Era capaz de despertar en las personas ciertas ideas hasta transformar, si era necesario, las creencias más arraigadas. Así fue como comenzamos con los primeros pliegos de los cuadernos que serían nuestra primera incursión en lo enigmático.

Debíamos con urgencia darle forma escrita a lo sobrenatural.

No habría espacio para el sosiego. A la vez que True se encargaría de conseguir papeles a granel y afilar las suficientes plumas como para escribir un Nuevo Testamento de la Biblia, por mi parte, me dedicaría a escribir todo lo que pudiera decirme y también recordar de nuestras amenas conversaciones. Por más que fuese imposible abarcar tanta historia, trataría de escuchar todas las anécdotas de sus antepasados magos. Al escuchar sus sabios relatos, vendría a mi alma la sensación de que algún día yo también podría volver a ejercitar con destreza el habla y, tal vez, sería capaz de aprender no sólo el idioma de los vivos, de los muertos y el de los demonios, sino también el de los ángeles.

—Hay quienes quieren confundir a las personas al hacerles creer que todo lo que digo pertenece a la mitología, pero son hechos históricos. ¡No olvides escribir eso! —Solía decir la sacerdotisa con

cierta expresión de hastío.

En su boca, esos eventos maravillosos se volvían realidad, pero de una manera perfeccionada y más contundente. Para expresarse, utilizaba su cuerpo haciendo aspavientos con sus manos. Era magia que resplandecía en su aura, pero sobre todo dentro de ella. True la observaba con tanta admiración que detenía sus manos, como convertida en piedra. Aquella mujer lograba hacernos participar de hechos trascendentales como el de viajar a otras dimensiones y permanecer dichosos en universos tan remotos.

Sabíamos que todas sus palabras contenían una verdad absoluta; ninguna de ellas cargaba con disfraces patéticos ni adornos inservibles.

Su voz se convertía en las voces de todos sus ancestros convocados y, reunidos en una sala imaginaria, eran los mismos que buscaran con tanto ahínco los secretos de la vida y las fórmulas más eficaces para engendrar milagros.

Su ascendencia estaba conformada por magos; eso explicaba que las aves, al saber que era la única descendiente de tan noble egrégora, la siguiesen por todas partes. Jamás atentaban contra su calma; eran aves prudentes, a la espera de alguna de sus reacciones o algún silbido para volar de inmediato a sus manos, una vez allí, le ofrecían suaves picoteos y varias voces simultáneas. True y yo, sorprendidas, presenciábamos el extraño comportamiento de esas aves, de todos los tamaños y colores, que acudían para brindarle cariño, envolviéndola en un donoso aire nacido de sus enfervorizados aleteos.

Fue cuando mi cabello, impulsado por una antigua costumbre de supervivencia, comenzó a querer asomarse con timidez.

Una mañana, mientras estábamos absortas en la confección de las caligrafías, la maga percibió que se estaba llevando a cabo una transformación en mí. De pronto, arrancó mi tocado.

Me miró frunciendo una sonrisa. Yo no sabía qué hacer.

¿Qué sucedía? ¿Por qué volvía a comportarse como una mujer rústica?

—Tus cabellos están creciendo con una coloración rojiza —se percató la maga.

Me extrañó que me dijese eso, no terminaba de caer en mi sorpresa.

—¡Tendrás que verlo tú misma! —Masculló ella.

Con delicadeza, terminé de quitarme la cofia, rocé con mis dedos y percibí la suave pelusa que, insidiosa, comenzaba a cubrir mi cabeza. Tuve la curiosidad de saber cómo se vería ese color tan extraño a mi naturaleza, mis cabellos por lo que recordaba, siempre habían sido de una coloración castaña, pero no pude ante mi miedo.

Mi cuerpo se estremeció de sólo imaginar que debía volver a ponerme frente a un espejo.

Comencé a temblar; era imposible que volviese a verme en un reflejo. ¡Era imposible! ¡Era imposible! La sola idea me llenaba de pánico. Al buscar su contención, comprobé que los ojos de mi maestra parecían habitados por la mirada de un centenar de pájaros amenazantes, capaces de tronzar mis extremidades con sus patas si yo insistía en mi actitud de víctima. Los suyos eran pájaros que yo únicamente, desde mi miedo, lograba ver y escuchar.

Salí huyendo, respiraba con miedo, desgarrada, llena de desamparo.

¡Fortísimo escozor!

Los antiguos dolores por las quemaduras en mi piel eran insignificantes con respecto a esta nueva desazón en mi alma. ¡Me veía inmersa en una nueva pena por tener que ver en un espejo, obligada, los vestigios de mi rostro! Sentimientos que me llevarían al recuerdo del infierno vivido. Sentía un miedo inmenso capaz de paralizar mi destino. “Si todo lo ignoras, nada podrás saber con respecto al camino de tu alma”, me repetía con insistencia, elevando su voz como si estuviera gritando o lanzando un clamor al cielo.

Recostada en mi lecho, busqué refugiarme en recuerdos de nuestra pasión compartida, tal vez para perderme en un deseo de volver a besar tus labios y sentir esos sabores que hoy sólo viven en mi memoria.

Caer en un movimiento convertido en una espera interminable, un nuevo espacio cuyo pulso me desconcierta, me regala un nuevo entendimiento, mientras pretende paralizarme…

Rezar y rezar, pero sin la esperanza de recibir nada del cielo.

Lejanas sensaciones, como realizar viajes siempre inconclusos a lugares que no termino de conocer. Seguir circulando en un viaje infinito que implica el deseo y casi nunca sus comprobaciones, como si tuviera permitido tan sólo llegar al acotado límite de la exaltación frente a la belleza, y nunca poder probar la parte que me corresponde.

Acariciar con el pensamiento tus formas perfectas, pero reprimiendo al mismo tiempo el verdadero motivo que me convoca. Tener que conformarme con la más austera de las contemplaciones, refugiándome en el miedo aprendido inconscientemente a través de mis ancestros. Apagar y narcotizar mis necesidades más auténticas, convertida en desperdicio, siguiendo por la vida con el rostro desfigurado por la hipocresía más que por el fuego, a cuestas, apagando el grito y el deseo de apropiarme en cuerpo y alma de esa

belleza que por siempre seguirá siendo "esa belleza", inalcanzable tras el muro.

Los días siguientes fueron aciagos. Por más que la curandera no se dedicara a seguir en el dictado de sus palabras, con True teníamos suficiente material como para transcribir en los siguientes dos siglos. De vez en cuando, la maga solía aparecer para interrumpir nuestras horas de escritura con el solo motivo de insistirme con rudeza que debía acostumbrarme a pronunciar la palabra "cristal" sin morir de espanto. O a escuchar con mi corazón el sonido de la palabra "bruñido", viviéndolo de a poco con más tranquilidad y sin ningún tipo de remordimiento. Ella estaba convencida de que por medio de las palabras meditadas y bien pronunciadas, me iría habituando a la existencia de los "reflejos" o cualquier otra expresión que implicase la renovada presencia de espejos en mi triste presidio.

Al ver que yo me empedernía en el miedo, la maga decidió probar otra manera de calmar mi desasosiego y convencerme:

—Tendrás que imaginar un árbol que pasaré a describirte; si logras visualizar sus formas podrás probar sus frutos mágicos… No es un árbol frondoso; más bien tiene el aspecto de un arbusto cuyas hojas son altamente venenosas.

X

Mientras cantaba en voz baja su canción, me llevó a los ventanales que dan al norte. Luego desprendió las ataduras del paño que cubría mi cabeza. La luz que entraba con dificultad por los cristales impecables se iba tornando del celeste a un color dorado que invitaba a la sabiduría.

Acarició con ternura la débil pelusa de cabello que seguía creciendo en mi pelambre, y me indicó que debía recostarme en los mullidos almohadones que se encontraban en el piso.

Volvió a rozarme con sus manos, ahora mi nuca y otras partes de mi cuerpo.

Toda mi contextura comenzó a temblar.

Recordé que en la soledad de las habitaciones, convertidas en lugares umbrosos, es fácil entregarse a juegos eróticos. Estaba completamente confundida, pero no debía temer. Si bien era comprensible que aquella mujer, debido al encierro y a la estricta disciplina, pudiera mantener una ambivalente relación con la carnalidad, recordaba que nunca en mi presencia, ni frente a mis doncellas, se había atrevido jamás a expresar algún tipo de furor con respecto a su sensibilidad femenina relegada a la sombra. Ese tipo de desviaciones le quitarían vigor en sus dones curativos.

Su intachable castidad, lejos de llevarla con sufrimiento, parecía insuflarle un gracioso bienestar.

Al presentir mis confusas y asfixiantes ideas, comenzó a inspirarme hermosas imaginaciones, algo que contrarrestase cuanto antes mis pensamientos inmorales.

Al cerrar mis ojos, me invadió una potente luz.

Sentí como si mi cuerpo estuviera ardiendo en el fuego de un ritual al igual que los paganos condenados, pero esa llama nueva que me envolvía era en realidad un calor místico, sobrenatural y curativo que me llenaba de un ardor que tuve que refrenar de inmediato si no quería desbordarme en el llanto. Tuve la impresión de estar dormida, impedida de realizar movimientos. Caí en ese letargo con deseos de bostezar, pero recordé que era algo peligroso. Antes de abrir con descuido mi boca, era una costumbre antigua en mi familia, debía santiguarme para que no entrase ningún demonio a mi cuerpo. Quise hacerlo, pero la curandera reprimió mi intento de mover las manos frente a mi rostro. Acarició con delicadeza mi mentón, me acompañó también su hálito dulzón, invitándome a reponer mi entusiasmo en continuar con dicho ejercicio. Su voz sonaba más compasiva que de

costumbre.

Parecía que le gustaba practicar conmigo “el sueño del templo”.

La maga continuó ofreciendo su conocimiento:

—Observa con detenimiento cada nervadura de sus hojas; si es preciso, estaremos día y noche hasta que conozcas cada uno de sus detalles. No dudes en dedicarle toda tu atención, para reconocer la magnificencia que este árbol de Dios ostenta. Sus frutos… ¡Ah, sus frutos son una maravilla tanto para el cuerpo como para el lugar donde guardamos los recuerdos! Esos frutos prodigiosos nacen y se desarrollan en su tronco y no en sus ramas. Son frutos reluciendo como perlas de diferentes tamaños. Cristal, cristal, cristal… Cuando los observas, tienen un modesto color verde que se va convirtiendo en fuerte bermellón. Son formidables esferas rojas que se amoratan si bien las acaricia el aire, aunque éste sea fresco e inofensivo. Cristal, cristal, cristal… Y el sabor de sus pulpas lechosas es la debilidad de todo aquél que alguna vez ha tenido la bendición de probarlos. Los insectos se conducen en caravanas para buscar ese alimento perfecto, los pájaros luchan denodados con sus picos hasta romper el duro pellejo que los cubre con tal de probar cuanto antes ese néctar.

Las palabras de mi amada maestra, tenían la habilidad de transportar a cualquiera al lugar donde ella quisiese.

Pues bien, en esos momentos de ensueño, mi alma reposaba dichosa en las ramas de ese árbol bendito, y al bajar mi mirada me encontraba con la sorpresa de ver su tronco cubierto con frutos brillantes como el cristal, donde con disimulo lograba verme sin el rechazo que solía sentir hacía el reflejo de mí misma.

La que veía en esas esferas frutales era la imagen de una mujer, o tal vez de una criatura de indefinida sexualidad, que todavía no tenía cuerpo físico.

Respiré exaltada, pero nada malo podía sucederme.

Ese reflejo, que me observaba con extrema piedad, era a la vez el resultado de un milagro venido de una valentía compartida con mis doncellas, nuestra amada maestra y mi agotado corazón.

Debía aceptar lo que veía en esos pequeños espejos circulares.

Los colores eran tan nítidos y tan fuertes que curarían todos mis antiguos temores. Me alimenté de esas sustancias. Los diferentes rayos que desprendía esa magia cromática atravesaban con facilidad todo mi ser. Cuando creí que habíamos llegado al final, ella continuó con su descripción.

—Deberás continuar tu práctica de imaginación con lo que te queda de olfato, percibiendo hasta los aromas más débiles que puedan desprender esas ramas y esas hojas. Reconocerás los aromas que

puedan provenir de tu recóndita fisiología, incluso el aroma de tus frutos mustios; es muy importante que puedas sentirlo y aceptarlo… Es un árbol tan milagroso que, por más que no lo tengas frente a ti, buscará instalarse en tu alma. Bastará con recordarlo un par de minutos y él volverá a crecer con más bendiciones que antes. También querrá conquistar todo resquicio de tu imaginación —fueron las últimas palabras de la maga.

Recostada en los almohadones, no quería salir de aquel estado al que había llegado gracias a mi generosa maestra.

Todo era un placer.

Todo era el placer.

Hubiese permanecido indefinidamente en ese estado colonizado de luces benignas, pero la noche se había instalado en las ventanas y debíamos poner fin al ejercicio espiritual. No hubo tristeza en mi corazón, todo lo contrario, la felicidad era algo posible y palpable al repetir por medio de la respiración y el ensueño bien conducido.

La joven True, siguiendo las instrucciones de la curandera, me ayudó a incorporarme, cubriéndome con un manto liviano. Luego acompañó mis pasos como silencioso lazarillo hasta llegar a la puerta de mi cuarto. No debía ingresar conmigo y mucho menos arroparme, eso también estaba restringido. Salió de inmediato dejándome a solas con mis pensamientos.

En esa noche, ninguna pesadilla me atormentó como de costumbre.

Por primera vez en años, dormí sin sufrir pesadillas.

XI

Con el paso de los días, la curandera completaba el aspecto del árbol prodigioso con descripciones concienzudas. Lo hacía para que nosotras lo retratáramos tanto en palabras como en bosquejos. Siempre hablaba con cierta emoción embriagadora cuando se refería al jugo agridulce de sus frutos, que al ser degustado por cualquier ser humano, era capaz de borrarle toda memoria de sufrimiento.

—Para la gente del lugar donde crece este prodigioso árbol, no es sorprendente que sus flores nazcan precisamente en el tronco y no en sus ramas. Son personas tan bondadosas que aman y respetan esa presencia sobrenatural sin juzgarla. Se limitan tan sólo a probar a diario sus frutos, viviendo felices al experimentar la noción del eterno presente, sin hacerse demasiadas preguntas. El día que pruebes ese magnífico, habrás completado tu sendero —decía la maga con absoluto convencimiento.

También me daba claves para entender a las aves, hijas del aire, puesto que ellas serían las indicadas para guiarme hacia él. Pero al preguntarle acerca de la comarca o país al que debía viajar para encontrarlo, se guardaba en una actitud apagada, sin querer responderme. Ante mi insistencia, me miraba con cierto recelo y, de inmediato, se dirigía a True para atiborrarla con nuevas y precisas descripciones con tal de que los dibujos fuesen lo más perfectos posible.

Entonces volvía a mí con respuestas meditadas en profundidad:

—Hay más mundos en este planeta de los que puedas imaginar: una vez que me marche, estaré atenta a tu llamado… Y si en verdad lo necesitas, podremos encontrarnos allí donde bien sabes, en el jardín azul y oscuro, ese espacio al que podrás acceder sin inconvenientes si utilizas nuestro mapa privado, el mismo que trazamos con la más pura de las fraternidades al realizar nuestros paseos espirituales. Llegará el día en que será fácil ir y volver de ellos. La noción de la alteridad espera de nuestras ilusiones para completar la Creación.

Yo aborrecía y condenaba esa manera suya de expresarse, intentaba y no podía dilucidar el significado capcioso de sus discursos.

¡Cuánta frustración! Seguía sin tener idea alguna con respecto a qué tipo se refería. ¡Tampoco contestaba a mi pregunta!

En sus labios, lo sobrenatural no tenía nada de abstracto.

De existir, sus geografías estaban plasmadas y detalladas de

manera precisa en mi entendimiento, pero en mapas dibujados sobre aguas escurridizas. Hasta ahí, los únicos resultados de la meditación que yo contaba como experiencia, eran el don de la palabra y la comprobación de la felicidad, pero aún no visualizaba ningún camino que me llevara a esos lugares prometidos.

Mis ejercicios me otorgaban la sensación de un placer absoluto, auténtico misticismo, pero sin mucho más sentido que vivir tan sólo el instante.

Tanto el árbol prodigioso, como el lugar donde de acuerdo a sus sentencias se encontraba espléndido en belleza para ofrecer sus provechosos frutos, seguían creciendo en mi interior. ¿Sería un árbol ya extinguido, o tal vez un espécimen que ella, con la magia de las palabras, urdía colaborando con Dios, para que algún día pudiera dar origen a uno verdadero?

Durante toda la historia se habían organizado expediciones para encontrar los diferentes árboles de la Sabiduría, la Juventud o la Vida Eterna, cuyos elixires prometían las más grandiosas fortunas. En cambio, el árbol que me presentaba mi curandera, ocultándolo tras velos de silencio, era uno cuyo néctar garantizaba el más completo de los olvidos, y su forma invertida de reproducirse brindaba a los hombres el salvoconducto hacia una nueva libertad, mediante el reconocimiento y la aceptación de la propia monstruosidad, para luego ser trascendida.

El libro oculto de Giuseppina

Como es mi costumbre, al igual que los desvalidos que han sufrido un sueño perturbador, me desperté sobresaltado en medio de la noche sin saber qué hacer. No aguanté el encierro de mi habitación, así que deslicé mis pasos hacia la cocina.

Había una lámpara encendida que bañaba todo el lugar con sus resplandores ambarinos.

Allí descubrí a Giuseppina quien, al notar mi presencia, interrumpió lo que hacía; al parecer estaba hojeando un libro. Giró en la silla dándome la espalda con tal de tener la oportunidad de esconderlo.

—¿Qué la tiene tan entretenida hasta estas horas, Giuseppina? —Pregunté con amabilidad.

—¡No es nada, señor! —Respondió ella, con la voz entrecortada.

Se levantó rápido y se dispuso a acomodar algunos utensilios en el mueble de la vajilla.

—¿Quiere que le prepare un té? —Preguntó condescendiente la mujer.

—¡No es necesario! —Respondí ayudándome con algún gesto de mis manos, para darle a entender que no debía hacer nada.

—No es ninguna molestia, señor —insistió Giuseppina.

Movió las brasas de la cocina, y agregó algunos leños para reavivar el fuego.

Tal vez, por sentirse nerviosa por mi repentina aparición, había dejado al descuido, sobre un aparador, el pequeño libro que minutos antes había estado hojeando.

Sin pedirle autorización me acerqué intrigado.

Era de su propiedad, yo no tenía ningún derecho de tomar algo suyo, sin embargo, una señal conducía mi mano de aprendiz inculto para adueñarme de ese pequeño libro, que tal vez sería más peligroso que los cuadernos reunidos en mi escritorio. Sentía un pernicioso palpitar que latía en mi pecho, alimentado por cierta satisfacción por estar llevando a cabo algo prohibido.

Me estaba comportando frente a Giuseppina como el más ruin de los ladrones.

Al percatarse de mi movimiento, ella atinó a dar un manotazo sobre el bolsillo de su falda, dando a entender que, en efecto, sin darse cuenta, había quitado el libro de ahí para dejarlo a mi vista.

Sin tener los suficientes argumentos, se paralizó su gesto explicativo. Era demasiado tarde, y yo me encontraba hojeándolo.

Era un libro que me resultaba por demás conocido.

En la tapa se leía, *"Il cuoco piemontese, perfezionato a Parigi"*. Se trataba de un recetario con el cual mi madre se auxiliaba para organizar los banquetes en nuestra casa de Turín.

Sonreí como si volviese a ser un niño, recordando que a mi padre le causaba gracia que existiese un libro que indicara el modo de hacer la salsa de tomates.

Allí estaban detallados todos los deberes de la dueña de casa y explicaciones, todas ordenadas alfabéticamente, con respecto a cómo utilizar los variados utensilios de la cocina. Aparecían también especificadas todas las instrucciones para alimentarse de modo correcto en las diferentes estaciones.

Aunque se tratase de simples consejos y recetas culinarias, era otro el interrogante que comenzó a intrigarme. ¿Cómo era posible que una mujer como Giuseppina pudiese leer todo aquello?

En estas décadas del siglo XIX, en vez de adelantar, hemos vuelto atrás en el tiempo, lo cual nos lleva a afirmar que es poco común que una muchacha de buena familia sepa leer y escribir. Mi madre y mis hermanas son raras excepciones. ¡Sobre todo una mujer dedicada a los quehaceres domésticos!

Giuseppina volvía a sugerirme misterios que no eran fáciles de resolver.

La gente de la clase popular es analfabeta. Y si bien en los últimos años han cambiado sus condiciones de vida, estoy convencido de que la familia de la que proviene Giuseppina sigue siendo excluida de la cultura. Desde siempre, mi madre se ha quejado de que la servidumbre llevaba una vida de fanatismo, confundiendo con asombrosa facilidad magia y religiosidad. Con mayor razón si era proveniente del campo.

—¿Me puede explicar…? —Intenté preguntar a mi gobernanta, pero algo me interrumpió.

Del libro salieron pequeños papeles volando como luciérnagas.

Presa de un inmenso temor, Giuseppina comenzó a excusarse:

—Puedo explicarle, señor… Tomé ese libro de la biblioteca de la casa en Turín para traerlo conmigo y hacer platos deliciosos. Quería contentarlo en las comidas diarias.

No me parecía grave el hecho de que hubiese tomado sin permiso un libro de la biblioteca familiar. Lo que me sorprendía eran las diminutas páginas donde, al parecer, mi inquietante sirvienta había hecho algunas anotaciones con respecto a las recetas. Me incliné y tomé una de ellas.

—¿Quién ha escrito todo esto? —Pregunté con tono inquisidor.

—Yo, mi señor —dijo Giuseppina, temblando.

Eran textos legibles y estilizados. Mi sorprendente gobernanta dominaba los rudimentos de la gramática y la caligrafía. ¡Es más, había firmeza en su escritura! ¡Ni que fuese hija de un letrado!

Sentí como si estuviese frente a True escribiendo su nombre por primera vez, descubriendo que mi humilde y atribulada compañera de estadía era en realidad una criatura dueña de una gran sabiduría.

Al tener esos papeles en mis manos se produjo en mí otro tipo de magia, diferente a la de los cuadernos. Recordé que antiguamente la escritura consistía en la construcción del tótem. Volvió a sobrevenirme un cargo de conciencia por haber intentado el exterminio de Giuseppina por medio de los dibujos con sus siglas sobre las tapas de infinitos féretros.

Lejos de haber pasado buena parte de su juventud entretenida en remisos juegos, mi sirvienta era una mujer tan inteligente que sería capaz de enseñarme a escribir ensalmos y transcribir hechizos.

Era extraño que alguien que tenía la posibilidad que brindan los secretos de la lectura y la escritura, continuase de esa forma sumisa y oprimida, convertida en una empleada doméstica.

Podría haberse ofrecido como institutriz de niñas en una casa de Turín, y su vida resultaría más llevadera. Pero por desafortunadas circunstancias de la vida, ella estaba constreñida a tener que ganarse la vida fregando pavimentos y vajilla de plata en las residencias de las familias que pudieran otorgarle algún tipo de protección. Estaba obligada a tener que llevar bandejas con alimentos para sus patrones, sin mostrar otro rostro más que el de la resignación.

—¿Dónde aprendió a escribir de esta forma tan cuidadosa, Giuseppina? —Pregunté con todo respeto.

—Me esforcé para aprender, mi señor. Pero, si me permite, no creo que mis letras estén bien escritas. Mis manos son torpes, y mi pulso no es bueno para llevar la pluma como es debido… —respondió la gobernanta.

Tragó saliva y continuó con su relato:

—Estaba desesperada porque no lograba averiguar el paradero de Rafael. Hacía un año que no sabía nada de mi hijo y todos comentaban que seguro había sido víctima del cólera. Recorrí lugares que pueden parecer impensables para ser visitados por una mujer de buenas costumbres con tal de conseguir alguna información. En ningún lugar tuve respuestas. Nadie sabía decirme nada de él y

muchas veces se burlaban de mi ignorancia. Pensé en mandar cartas a mi hermano, o a cualquier persona de buena voluntad que viviera en el Véneto. Recurrí a Lucía, una joven que trabajaba en la casa de una buena familia, a pocos metros de su residencia en la Via Nizza, para que me ayudase a escribir aunque fuese una pequeña línea. ¡No quería que nadie escribiese en totalidad mis cartas! Pedía sólo una pequeña ayuda… Estaba segura que si lo hacía yo, con mi puño y letra, mi hijo aparecería pronto. ¡Pero Lucía tampoco sabía escribir! Y para peores males, la señora de la casa nos descubrió poniendo al desnudo mi desgracia. Gracias a la Providencia, ella, como un ángel, al enterarse de más detalles de lo que estaba sufriendo, se ofreció a ayudarme, así me enseñaría las primeras letras del abecedario.

—¡Cierto! Usted vino a nuestra casa con la recomendación de una familia vecina de la Via Nizza —dije entusiasmado.

—¡Sí, señor! Además de enseñarme a escribir, la señora Cherubini me recomendó a su madre. ¡Estaré toda la vida agradecida a esa buena señora! —Respondió Giuseppina, emocionada.

No dijo más nada. Tal vez cayó en la cuenta de que había hablado demasiado y, como si estuviese perdida, guardó un prolongado silencio.

Quise reponerme de la triste historia y le devolví el libro acompañado de las preciosas anotaciones.

—¡Esto le pertenece! Tómelo como un presente de mi parte. Ahora sé que también puedo contar con su colaboración a la hora de terminar con mis transcripciones —dije intentando dibujar una sonrisa.

Me miró profundamente y, de inmediato, algo oscuro volvió a envolverla.

Ni el hecho de haberse confesado, abriendo su corazón contando la historia de Rafael, servía para traerla de nuevo con su benéfica aura como cuando servía en nuestra casa de Turín. Con su renovado silencio, parecía seguir reclamando explicaciones con respecto a por qué continuábamos alejados de la ciudad.

Tomó el regalo en sus manos con la misma rapidez con la que se come cuando se está famélico, pero en este caso era una mujer que no sentía hambre. Era alguien que jamás sentiría privación de lo que yo pudiera ofrecerle.

Miró el libro como si éste fuese tan sólo un objeto mudo e incapaz de ofrecerle algo importante, y mucho menos un mensaje para su vida. Tal vez un cuaderno de simple encuadernación le hubiese sugerido un destino más feliz, puesto que sería más útil.

Esa actitud de mi empleada me inspiró deseos de no dormir. Me sentí conminado a volver a mi cuarto para abocarme de nuevo a leer y continuar transcribiendo.

XII

Al no sentirse satisfecha con ninguno de los trabajos realizados por True, la curandera la ha obligado a repetir los dibujos antes realizados en carbonilla, ahora en pluma y tinta.

Si antes el uso de los grafitos era una empresa difícil, la nueva técnica impuesta implicaba más concentración y desasosiego para la obediente discípula. Además de las flores y el formidable árbol, era necesario que también aprendiera a representar con precisión los rostros y los cuerpos de ciertas y determinadas divinidades fluviales, que son aquéllas que representan el indefectible paso del tiempo.

La he visto pasar largas horas con su espalda encorvada en una exacta e inamovible distancia entre su rostro y el papel. Observar, experimentar, verificar, rectificar: ésas eran las palabras sagradas que debía entender para continuar airosa en la nueva aventura.

La jovencita siempre recordaba a la maga diciendo que las manos son instrumentos de la inteligencia, por eso es preciso acariciar las hojas de papel antes de surcarlas con nuestras caligrafías, de ese modo se impregnan con el vivificante calor humano.

Siempre ha dibujado, corregido y usado las plumillas embebidas en las diferentes y lustrosas tintas, cuidando de no mezclar los colores, evitando toda palpitación brusca, con tal de dar los detalles justos a las formas y al brillo de las resplandecientes hojas, o lograr la rugosidad más verosímil del exótico tronco poblado con frutos esféricos.

Y cuando ha terminado sus labores, cabizbaja y extenuada, ir a la habitación de la maga donde escucharía en silencio nuevas correcciones si pretendía realizar una obra de arte tan importante como dejar un digno testimonio acerca de los detalles de mi curación.

Mi doncella blanca contenía el llanto.

Buscaba componer una actitud digna para mantenerse en pie y seguir escuchando esos sermones a los que era sometida. En lo profundo de su alma, sentía una gran admiración por esa mujer de incalculable sabiduría. Esbelta, escuchaba inmutable, con un respeto único, las directrices a seguir. Se limitaba a responder con cansados sesgos o utilizando alguna que otra media palabra que buscaba administrar con decencia.

Por su parte, la curandera, tallada en frío ébano, caminaba en círculos, rodeándola para marearla. Al parecer, intentaba provocarle asfixia con su pegajoso perfume o tal vez confundirla al hablarle sin

parar y buscando con fastidio en sus infinitos bolsillos algo que nunca lograba encontrar.

Con esos movimientos, trataba de agotar la atención y las últimas fuerzas de la intachable True.

Y cuando percibía que estaba a punto de caer dormida, le daba bofetadas y reveses conminándola a besar con humildad la tersura del cristal de muchas de las copas que reposaban sus formas policromadas sobre una mesa de su cuarto, que además parecía hundirse en el medio por el peso de gruesos bártulos y libros.

Desde aquella noche, las lámparas de las habitaciones de ambas mujeres estuvieron encendidas hasta bien entrada la madrugada, acompañando sus interminables horas en la invención de nuevos brebajes o en el incansable trabajo mágico que implicaba la reconstrucción en dibujos del prodigioso árbol. En el caso de la joven, los días y las semanas parecían respiraciones levísimas que volaban perdiéndose presurosas, y las diferentes versiones de la figura vegetal realizadas en los papeles iban luciendo cada vez más maravillosas, como si los diferentes tonos de las tintas compitiesen entre ellos para lucir más bellos y más llenos de sustancia.

Los verdes intensos, los aguados azules, los rojos en sus diferentes versiones que van del débil al más estridente bermellón y el magistral violeta, funcionaban por el desparpajo y virtud impuesta con la que habían sido trazados, como personas celebrando agradecidas en el último festín de sus vidas.

Una vez observados, nadie podría quitar la vista de esos dibujos magistrales que transmitían paz y, a la vez, una profunda algarabía.

Por más que carezca de pincel de armiño, sus artes resultan magníficas.

Muchas veces he sentido que mis anotaciones tomaban el aspecto de pesados mamotretos si se las comparaba con esas excelsas obras de arte, que la misma True ha ido acumulando y encarpetando una sobre otra, logrando una laudable e infinita colección de cartapacios; al día de hoy ya no ha quedado espacio libre en su pequeña recámara.

No es egolatría lo que ha motivado a mi doncella para crear un archivo tan exhaustivo, todo lo contrario.

Como una santa, imaginaba que esas ilustraciones no merecían ni la más modesta muestra de exaltación, y mucho menos reconocimiento.

La única verdad era que todavía debían ser sometidas a la consideración y mirada escudriñadora de la curandera. Las que no fuesen perfectas serían incineradas. En los días siguientes, en una segunda etapa, a destajo, puesto que las horas apremiaban, las

seleccionadas tendrían que terminarse con colores surgidos de ricas y costosas sustancias todavía ocultas en los arcones de la maga.

Para la segunda parte del místico encargo, que consistía en aplicar esos colores que acentuarían los finos trazos ya realizados en tinta, la joven True, cada vez que se dispusiera a trabajar, debía antes empapar sus manos con ungüentos hechos a base de aceites, ajos majados y ceniza blanca. Luego lavarlas, dejándolas secar sin restregarlas con ningún tipo de género.

Así lo hizo.

Pero una noche, al dirigirse a la habitación de la maga para mostrarle los primeros resultados, algo terrorífico transformó el rostro de ésta al contemplar los dibujos; volvió a mirarlos, ahora con desprecio, como si fuesen blasfemos y mostrasen una ambivalencia moral.

Tomó de uno de sus bolsillos un poco de harina y comenzó a esparcirla por el aire formando alrededor de la doncella una nube pequeña y peligrosa. En medio de la fría penumbra, aquella inquietante figura blanquecina parecía construida por aleteos de pájaros efímeros.

A los pocos segundos, una vez debilitado y derramado en el suelo, el polvillo fue tomando figuras cuyos sentidos completaron el mensaje esperado, dándole la información que precisaba.

Ambas mujeres palpitaron nerviosas.

La maga sonrió, pero en realidad no sonreía, sucedía algo grave en su interior que obnubiló sus ojos.

Dejó de respirar, dejó de exhalar.

Con autoritarismo, volvió a observar los dibujos de la doncella, convirtiéndose en una esfinge milenaria que ha recuperado el aire y se permite saborear un nuevo aliento, pero de manera arrolladora frente a la presencia del desvalido ignorante que no ha respondido la enigmática pregunta. Sintió en sus labios el sabor de los diferentes condimentos que se prefiguran en la saliva de quien está a punto de asesinar.

Pidió a la joven que se aproximara.

Pudo oírse el rumor de los cerrojos que ponían en evidencia que ambas mujeres se encontraban aisladas en la intimidad de la habitación. No se escuchó nada más que proviniese de adentro. Tanto las otras doncellas como yo quedamos estupefactas imaginando el castigo que la obediente discípula estaba recibiendo por parte de su maestra. Al parecer, la joven True, sin haber tenido ninguna mala intención, era la causante de haber malgastado los invaluables colores.

A los minutos, True salió llorando, llevando consigo los dibujos amontonados a la altura de su pecho; corrió por las galerías para encerrarse en su celda.

A la semana siguiente, una vez que hubiese concluido la penitencia impuesta por la maga, las acertadas pinceladas debían ser dadas a la hora de los primeros cánticos matinales y, en especial, al sonar un gorjeo llamémosle importante, diferente al de costumbre, avisándole de que una nueva especie pajaril había llegado a la terraza, venida de muy lejos para hacer su nido en las almenas.

Precisaba prestar atención al aplicar esos colores, dejando de trabajar cuando desapareciera el sonido del día.

¡Ese era el detalle que no había aplicado!

Su entusiasmo e impulso de mujer joven la había llevado a trabajar día y noche con tal de terminar cuanto antes lo encomendado, sin recordar la importantísima premisa de hacerlo en esas determinadas horas del día. Pero la secreta mortificación impuesta por la maga atenazó con éxito sus ideas de falso heroísmo.

Es tan ardua la tarea que debe realizar día a día, escuchando cada rumor que pueda circundarla y así continuar exitosa con el encargo, que mi joven doncella podría ser una experta conocedora de todo aquello que nuestra madre naturaleza nos enseña por medio de sus criaturas más humildes.

No me extrañaría enterarme de que un día de éstos ha sido capaz de diseñar un nuevo tipo de reloj creado con los elementos más inimaginables.

Desde entonces, mi doncella predilecta ha dejado de mirarme con el mismo detenimiento y amor que antes me dispensaba, es probable que se sienta avergonzada por la humillación con la que tuvo que pagar su exceso de entusiasmo al querer terminar cuanto antes los dibujos, pero no debo entristecerme. Por más que sufra contemplando la acentuada debilidad de mi doncella predilecta, y aunque los costos sean tan elevados, sé muy bien que la curandera tiene la clave, por medio de sus excéntricos métodos, para salvarnos de este calvario que nos parece eterno.

Y el hecho de que un espíritu tan indomable como el de mi querida doncella acate con tanta obediencia sus duras palabras y fatales tratos, me indica que no estoy tan equivocada al respecto.

Me imagino llevando una vida sin precisar de estas piedras grises rodeándome, albergando la esperanza de que un día seamos todas libres.

Antes de que llegara la noche, True ha vuelto a cruzar las galerías con cierto apuro y sigilo.

Carga, como si en realidad llevara una bandeja de plata abarrotada con cristales, el trabajo al fin terminado que la ha tenido

ocupada las anteriores semanas.

Camina como un animal habituado a transitar siempre por los mismos senderos, pero también como si tuviese temor de tropezar y arruinarlo todo. Con un gran agotamiento acumulado en sus espaldas, llega al frente de la habitación de la maga.

Golpea con delicados mohines.

Al abrirse la puerta, entrega de inmediato el valioso fajo.

Se anima, incluso, sabiéndose no correspondida, a sonreír disimuladamente.

El silencio muestra el inefable peso de la eternidad, convertida en inmensa piedra sobre sus hombros. El tiempo se había detenido como si una amarga estaca de espino lo estuviese atravesando.

Transcurrida la incalculable espera, se ilumina la expresión de la curandera y, por primera vez, le sonríe envolviéndola con un dulce hálito. True se complace recibiendo ese inesperado afecto con una naturalidad conmovedora, como si en sus gestos no se adivinara ni el más insignificante resentimiento por el castigo impuesto. Tampoco recibe ninguna indicación de ingresar a los aposentos. Ambas de pie, realizan un sutil intercambio de movimientos gentiles, mientras observan los excelsos papeles. Ninguna de las dos parece recordar la desagradable pérdida de las valiosas pinturas.

Comienzan a hablar entre ellas como si se conociesen de años o fuesen amigas de infancia, tratándose de igual a igual. Aunque, de un minuto al otro, la maga pone una distancia abismal con su aprendiza, asegurándose con esa actitud que entre ellas siga habiendo el respeto necesario para continuar trabajando y transmitir ese tipo de conocimiento.

Por lo que puedo ver desde lejos, la altiva maestra le indica con sus manos que ya puede retirarse, no sin antes ofrecerle un presente, se trata de un trozo de papel color rojo intenso, que True ha tomado emocionada para guardarlo en uno de los pliegues tronzados de su canesú.

Hoy, pasado el mediodía, apareció en mi cuarto, hasta ocupar todo resquicio, un ejército de pájaros que, al juzgar por sus suaves movimientos, venía en son de paz. A los pocos minutos, irrumpió mi ilustre huésped, cerrando la puerta con doble vuelta de llave para que nadie nos molestase.

Traía en sus manos las ilustraciones y, a juzgar por su expresión, venía con ánimo de festejar un descubrimiento o compartir una buena noticia. Sin hacer comentarios, desplegó sobre mi escritorio

los dibujos de True que, a decir verdad, conformaban una magnífica obra de arte.

Acomodó las prendeduras de uno de sus trajes de sarga y respiró con el orgullo que suelen mostrar los maestros que han sabido guiar con extremado rigor a sus discípulos más inteligentes.

Al cabo de unos minutos, la maga continuó diciendo:

—Ahora debes incluir en cada pie de página extractos de las enseñanzas que te he dictado días pasados, agregando como apostillas unas nuevas explicaciones que te dictaré cuanto antes. Tendrás que traducir todos los textos en perfecta caligrafía y gramática latina.

—Pero no soy docta en latín… —trataba yo de explicarle con mis medias palabras.

Su presencia al mirarme lucía más desafiante que nunca.

—Apenas he leído unos pocos libros —continuaba yo rogándole.

—¡Tendrás que ejercitarte! Haré traer a tu habitación algunos de mis libros para que aprendas las formas latinas, y es urgente que lo hagas cuanto antes. No olvides que es necesario dejar escrito para la posteridad este conocimiento en una lengua que no resulte heterodoxa que levante sospechas. Deberás dedicarte sólo a la lectura de los párrafos que te indicaré con precisión. Los marcados con plumas azules son los más importantes, el resto sólo servirá para ampliar tu cultura —replicó la maga categórica.

¿De qué parte de su cuerpo proviene esa soltura para pronunciar sus palabras que suenan a vaticinios?, pensé.

Así fue como a la semana siguiente, antes de que las primeras luces del día empezaran a pintar los muros de nuestras galerías, True y la curandera se encontraban frente a mi puerta en actitud de soldados. La idea de empezar a esas horas, respondía a la creencia de que las mejores visiones suelen llegar al alba.

En menos de dos minutos, estábamos las tres dispuestas, cabizbajas y obedientes, concentradas en nuestras labores, sin pronunciar ninguna de nosotras ni el más insignificante de los prefacios de amabilidad.

Esa rutina de apurado y enfocado trabajo duraría alrededor de tres meses.

Mientras la curandera me dictaba sus palabras, yo, llevada por la intuición y el vago recuerdo que me quedaba de mis horas de obligado estudio, las escribía con grafitos intentando aproximativas traducciones que luego plasmaba en tinta. Mi doncella suministraba todo aquello que necesitábamos, desde reponer los tinteros, alcanzar pequeñas raciones de comida u ordenar los papeles terminados que luego serían encuadernados.

Con tal de finalizar una obra que parecía tender al infinito,

no prestábamos atención a nuestras necesidades básicas.

En muchas oportunidades, mi respiración se paralizaba y me veía a mí misma como una autómata, repitiendo movimientos calibrados por la implacable dictadora. Por su parte, la obsesión de True en verificar que todo estuviese realizado a la perfección, llegó a provocar en sus manos un inmanejable temblequeo, imposible de ocultar.

Pasaron los dos primeros meses, y la curandera tuvo la ingeniosa idea de sugerir a True que aprovechara unos pequeños trozos de carbonilla y el resto de papel que iba quedando de nuestras labores con el fin de retratarme.

Al escuchar tan incomprensible pedido, creí que se trataba tan sólo de una broma con la cual intentaba despabilarnos, a nosotras mujeres encarceladas, que estábamos a punto de caer enfermas por tanto trabajo impuesto.

¡Era un comentario para que riéramos! ¡Cuánta bondad de su parte!

Pero no se trataba de ninguna chanza.

De inmediato, la doncella, obediente como el más sumiso de los caninos, me observó para auscultarme con sus oídos mágicos, arrebató del pavimento un par de papeles y, por conocer casi de memoria mis desafortunadas facciones, comenzó a trazar las primeras líneas con sus carbones a mano alzada.

No atiné a negarme, tan sólo dirigí mi mirada exangüe adonde se encontraba la curandera. No pronuncié ninguna palabra, ni puse en evidencia que otra vez estaba experimentando trastornos en mi lenguaje y en mi desvanecido carácter. Mi corazón estaba aniquilado por la sorpresa, sintiéndome sin armas para defenderme.

Ella me clavó su mirada y, a su modo, me pidió que calmara mi ansiedad.

Comprendí que esa forastera, tan extraña a nuestras costumbres, había logrado de manera indefectible romper el espectral ambiente que antes gobernaba estas habitaciones de piedra llenándolas con una inusitada luz.

También había devuelto la voz a mis labios.

Ahora, sintiéndome absolutamente dueña, indicaba a True que me retratase. Toda su obra resultaba benéfica, pero no podía evitar el odio que se despertaba en mi interior, un volcán incontrolable al escuchar sus nuevas directivas. Todas sus reglas implicaban el ejercicio de la abnegación.

¿Cómo alguien, con mis desgraciadas características, podría inspirar un retrato que no fuese lamentable y pobre?

¿Qué hacer para mostrar mi venenoso enfado?

¿Buscar mi bastón y desahogar mi ira sobre una de mis otras

doncellas?

No, en realidad me venían deseos de matar a True, mi compañera más querida, que en actitud tan desafiante y descarada ya estaba repitiendo mi rostro en detalle sobre el papel. ¡De nada servía tanto aprendizaje espiritual! Estaba arrepentida de volver a tener este tipo de emociones. Mi boca no hacía otra cosa más que acumular resabios de amargura y mascullar maldiciones pero, ante la extranjera, debía tragar mi hastío y volver al trabajo sin oponerme, transcribiendo las fastidiosas traducciones de las apostillas.

Mientras tanto, mis lágrimas corrían sin cesar.

No sabía el motivo de mi llanto. Tal vez me daba cuenta de que el maltrato recibido semanas atrás por True, ahora venía sobre mis espaldas, ya partidas por las extenuantes obligaciones, multiplicado de manera infinita, para reducir a la nada mi insoportable egolatría.

La maga continuaba diciendo:

—Si no soportas los espejos de metal bruñido, ni tampoco los fabricados con el más fino cristal, tendrás espejos realizados con el material más humilde y menos pensado. Estos restos de páginas que antes te servían para escribir misivas y recibir noticias, y que hoy utilizamos para darle forma a un cuaderno único y trascendental, serán los que te ofrecerán la noción de tu aspecto, y conformarán un inquebrantable espejo de papel. Y aunque te resistas, tendrás que mirarte en él algún día para reconocerte. Serás como esas almas que se encuentran consigo mismas y, en un instante, se reconocen y se animan a practicar una de las formas más puras que puede tener el amor. Al observarte en esos pequeños espejos, te preguntarás: ¿De quién es ese rostro? ¿De quién ese cuello que se percibe suave y oculto tras finas capas de lino? ¿A quién pertenecen esas facciones que nunca más tuvieron el deseo de sonreír? ¿Y esos ojos profundos… y esas cejas inexistentes? Tendrás que buscar las respuestas en tu interior.

Se acercó a True para acariciar su espalda y así insuflarle fortaleza espiritual en la descorazonadora labor que le tocaba en suerte.

La más preciosa de mis doncellas, ahora convertida en su aprendiza habituada a obedecerla con sumisión, dejó de dibujar, demostrándole mientras duró el presuroso intercambio de miradas entre ambas, que seguiría por siempre siendo un alma subordinada a su servicio con tal de acceder a la sabiduría.

True esbozó una sonrisa y continuó con la orden impuesta por su maestra. Continuó observando mis líneas, pero también todo detalle que pudiera completar mi apariencia, lo hizo de un modo que nunca hubiera imaginado en su carácter ahora trasformado, como si estuviese bajo el dominio de algo irresistible, un embrujo blanco.

Miraba cada uno de mis movimientos, prestando también atención a los sonidos que pudiera emitir en mis cansadas respiraciones. Estaba a la espera de un movimiento o un acto repentino y desusado que le inspirara una descripción más detallada, o tal vez buscaba descifrar una predicción que le ayudase a dibujar los trazos de mi destino.

Estaba fascinada en el intento de retratarme.

Me he refugiado en el trabajo de mi escritorio; probablemente las palabras que traduzco y escribo con suma prolijidad, algún día terminen por ayudarme y puedan dilucidar el modo que me libere al fin de esta agonía tan prolongada.

Todavía no logro pedirte a gritos que vengas a rescatarme de mi encierro.

Te ruego que no abandones nuestro amor.

Temo caer de nuevo en abismos de malos pensamientos, y no soporto la idea de imaginar a la curandera entrando en mi cuarto para mostrarme los diferentes retratos realizados por True, obligándome a observarlos con detenimiento. Únicamente los verdaderos adivinos como ella contemplan la metamorfosis como parte integral de la existencia, sin espantarse, sin pronunciar juicios mundanos.

—Eso te hará reflexionar sobre la luna oscura… —creo haber escuchado en los labios de la maga.

Suelo caer en la ensoñación o más bien en un vértigo. Recuerdo sus palabras y vuelvo a rendirme.

Los días han continuado incesantes. No la he visto, pero sé que True ha proseguido con el fatídico encargo de multiplicar mi imagen. Al parecer, gracias a la Providencia, los intentos artísticos han sido archivados hasta nuevo aviso de la curandera, quien se ha puesto a enseñar a True algunos secretos con respecto a saber identificar y crear sonidos paranormales. Por medio de ellos, la entusiasta joven llegaría a la perfección en la práctica infatigable a establecer una fluida comunicación con el más allá. Tal vez la está preparando para cuando ya no disfrutemos de su presencia cotidiana en nuestras celdas.

Una de las tardes, al borde del límite de mi agotamiento, cometí un torpe descuido dejando caer una importante cantidad de páginas de mi escritorio, con la fatalidad de que la puerta de la habitación se encontraba entreabierta.

Eran papeles escritos por mis propias manos, como también los ilustrados por True, a quien ordené que no reaccionara, que no buscara recogerlos, igualando a una estatua indolente al menos por unos pocos minutos.

Quise experimentar lo que sería ver mi habitación en un sano desorden, poblado por esos papeles sagrados que de inmediato cubrieron casi todo el pavimento.

Con un aspecto de obra monumental y a la vez inacabada, había un saber universal en esas páginas, capaces de destruir toda concepción unitaria del conocimiento; contenían palabras e ilustraciones que preparaban a los nuevos hombres para un tipo de espiritualidad jamás antes experimentada. Sin saber, estábamos dándole forma a una compilación erudita de todo el saber anterior a nuestra época. Las primeras letras de cada página estaban decoradas con cabezas de aves y, mediante alegorías realizadas sin ningún error de copista, se citaban las fuentes más fidedignas de la antigüedad. Allí estaban en perfecta descripción las múltiples arquitecturas de la naturaleza y todos los detalles de lo que sería mi próxima metamorfosis.

Eran dibujos científicos que corregían todas las imágenes inexactas llevadas a cabo por herbarios de otras épocas y que despertaban creencias y fascinación por lo fantástico, lo singular y lo que todos suelen llamar “anormal”. Iban más allá de mostrar una planta; allí también se disfrutaba la inquietante belleza animal, vegetal y mineral fusionada en una misma especie.

Los colorantes y las tintas con los que la maga había mandado resaltar las miniaturas, fueron mezclados con orina de las vírgenes. El ácido de sus acuosos líquidos atacaba las mezclas que ella hacía con cenizas de vid y cal viva. De ese modo, creaba diferentes colores hasta llegar muchas veces a un carmín brillante que luego la habilidosa True iluminaba con oro y plata.

Dispuestos sobre las baldosas, daban el aspecto de ser, en realidad, un objeto de arte.

También se apreciaban ciertas figuras humanas, eran deidades fluviales cuyos asombrosos escorzos asustaban por su extraña belleza.

Las páginas más livianas, llevadas por leves y persistentes brisas que se filtraban por las ventanas, se escaparon en dirección a las galerías. Era un milagro silencioso, pero no por eso menos espectacular. Observando en detalle, se descubría el verdadero modo en el que se comportaban esas páginas manchadas con tintas, como si ellas también quisieran ser divinidades poéticas, buscando emular cierta independencia de los vientos. Al detener sus pequeños vuelos, destronadas y agotadas, resplandecían como retazos de sol que

iluminaban cada lugar que iban ocupando.

Las otras cuatro doncellas, ayudadas por algunas palomas grises, recolectaban con sumo cuidado las volátiles y traviesas láminas, para luego traerlas a nuestro sagrado *scriptorium*.

Final del segundo cuaderno

Al descender del carruaje, su traje oscuro relucía de tal forma que dudé si era ella o era mi propia madre quien venía a visitarme. Al saludarla, Giuseppina mostró una gracia recuperada que me hizo presuponer que entre ambas mujeres existía en efecto un compartido secreto de traición. Aunque dicha fisonomía de maldad era más evidente en el aspecto de mi sirvienta, haciéndola parecer una criatura poseída, cargando sobre su espalda una inmensa piedra.

Una vez más, mi gobernanta volvía a comportarse como un ser extraño a mis afectos.

¡Ante una prueba tan evidente, de algo tenía que estar seguro! Giuseppina era una desleal enemiga con la cual compartía el mismo techo.

Me di cuenta de que, mediante correspondencia postal, había estado pasando en las últimas semanas todo tipo de información a mi familia, incluidos los detalles con respecto a mis pesadillas nocturnas.

¿Qué diablos escondía mi hermana Carlina volviendo a mi casa de montaña, ahora ataviada con el color que le correspondía?

En lo que duró su visita, se condujo con comentarios que matizaba con burlas que no causaban ningún tipo de gracia. Otras veces intentaba imponer un tono de falsa serenidad en su expresión, que producía aún mayor resquemor. Todo en su actitud indicaba que mi hermana sentía una profunda tristeza por el hecho de que yo hubiese decidido mudarme a Cisterna.

—Me llena de pena que estés perdiendo tantas oportunidades por vivir aquí en Cisterna, Massimiliano —la voz de Carlina sonó con el antiguo timbre de los mandatos familiares.

Aunque sus palabras fueran declaraciones falsas, sus ojos se llenaron de lágrimas de una manera convincente.

—Giuseppina me ha pedido que venga a buscarla. Me ha confesado en cartas que no eres el mismo de antes, que casi nunca duermes y hablas con sombras, casi palpables, que te acompañan… —intentó terminar de decir mi hermana.

—¡Que se vuelva contigo! —Contesté enfadado.

—¡No debes enojarte con ella! Tan sólo me ha pedido auxilio. La indefensa creía que tu estadía en estos lugares no duraría más que una temporada, y al no saber cuándo volverás… se le suma el hecho de tener que dormir encerrada por temor a… —quiso explicar Carlina.

—¡Qué vuelva contigo a Turín y asunto terminado! —Le respondí con una vehemencia que yo mismo desconocía.

Tras mi grito, sobrevino una atmósfera de fingida calma y mis ojos se llenaron de un brillo silencioso. Se oyeron rumores que denotaban premura en acomodar cosas en el cuarto de Giuseppina; al parecer, ya estaba abocada a preparar con urgencia la maleta con sus pocos objetos personales con el deseo de huir cuanto antes de mi casa.

Me impactó la pétrea imagen de Carlina que no dejaba de observarme; no se inmutaba para despabilarse en la tensa situación donde nos encontrábamos.

No existía el aire.

Seguíamos empedernidos en mantener un insolente intercambio de nuestras miradas mudas, que lejos de aplacarse, no desistían. Estábamos tan alejados uno del otro, que no cabía tampoco el odio ni el desprecio. En ese transcurrir, comprendí que mi hermana había aparecido en Cisterna de ese modo heroico, con aspecto de falsa tapicería de teatro festivo, no para salvar a indefensos, ni porque sintiese pena por nuestra abnegada sirvienta. Sus intenciones eran otras. Su actitud inquisidora formaba parte de un circo hipócrita al que me obligaba a participar haciendo el ridículo con mi imagen de irresponsable monigote.

¡Pues bien, me dije entusiasmado, el espectáculo estaba desencadenado y las verdades debían mostrarse sin falsos telones!

Continué mirándola desafiante.

Carlina desprendió su máscara hecha de historias familiares y buenas costumbres, ahora poniendo en evidencia su verdadero rostro. Por más que intentó, no pudo llegar a una sonrisa.

Era más grande su enojo.

Más autoritaria que nunca, no expresaba ninguna clase de ternura. Me observaba con esa creciente desaprobación que siempre había sentido por mi persona. Respiraba de una manera agresiva, tal vez buscando despertar viejos temores en mí; supe que nunca más tendría deseos de volver a la protección de mi casa paterna, ni de visitar los palacetes habitados por mis afortunadas hermanas. Lo extraño del caso, y eso compungía mi corazón, era que mi madre tampoco me hubiese dirigido ninguna clase de mensaje epistolar.

¡Estaba decidido!

Me dispondría a despachar a Giuseppina, saludaría lo más amable posible a mi hermana, y permanecería en Cisterna hasta las últimas consecuencias.

¿Cómo volver a convivir con personas que me creen un hombre desquiciado?, pensé.

Las confortables habitaciones de mi casa turinesa estarían tan vacías de personas como de comprensión y respeto hacia mis nuevos ideales.

Y no contento con rentar esta humilde casa de campo,

compraría la antigua residencia de True para convertirla en mi verdadero hogar. ¡Sería mi bastión de maciza arquitectura! ¡Qué importaba si estaba habitado por inquietantes espíritus! Según las medrosas expresiones de mi desleal sirvienta, yo vivía a mis anchas acompañado con seres fantasmales.

—¿Sabes algo con respecto a la venta de la casa de piedras? —Pregunté con calma.

—¡No tengo ni la más remota idea, pero supongo que nadie respetable compraría un lugar que fue el sepulcro de una lunática! — Respondió mi hermana como si tuviese altura espiritual para opinar de la vida de una persona desconocida por ella.

Al escucharla con esos modales de criatura ignorante, decidí que debía, con indulgencia, hacer desaparecer mi rabia en las aguas de esos ríos que limpian todo con su cauce. Es más, creo que llegué a agradecer con mi pensamiento a Carlina el hecho de que hubiese aparecido de esa manera sorpresiva e intimidante, para darme sus sermones de preocupación tan carentes de sentido común.

Me trataba como si yo fuese un niño, lo cual me enervaba, pero de no haber sido por ella, no hubiese tomado la irrevocable decisión de adquirir la casa que alguna vez cobijó a True y continuar allí con mi verdadera vocación de pendolista ermitaño.

Ahora más que nunca, habiendo saboreado el éxtasis que vivieron aquellas mujeres fascinantes que buscaban develar el oculto secreto del espejo y el verdadero rostro. ¡Me veía imposibilitado de abandonar esta aventura en la que ya estaba inmerso!

Era tanta la entrega en la reconstrucción de la enciclopedia, que mi embarcación se remontaba con gran empeño.

Tenía que deshacerme de toda mirada escrutadora, alejando hasta la más insignificante idea de volver a vivir en Turín.

Por ningún motivo debía abandonar mi empresa.

¿Cómo se le puede pedir a un alma, después de haber vivido el milagro de la trascendencia, que vuelva gustosa a entrar en su antiguo cadáver?

Las formas familiares eran inútiles, incluso molestas.

Carlina continuaba observándome con sus ojos de hermana ahora compasiva, pero a la vez, muy en su interior, algo la instaba a seguir clavándome su mirada juzgando mi accionar. ¿Qué pensaría si supiese mis verdaderas intenciones? Reí por dentro en medio de una felicidad inmensa, me burlaba de sus estúpidas creencias marcadas por todo tipo de limitaciones.

Recordé que las únicas palabras que intercambiábamos últimamente, terminaban en acusaciones con respecto al abandono y a la consiguiente tristeza.

Con expresiones entrecortadas, dijo que debía marcharse

cuanto antes. Observó el ambiente con un cierto fastidio, como si todos los objetos de mi humilde casa le provocaran ira. Mientras se puso de pie, fue acomodando la prendedura de su chaqueta.

Salió en dirección al vestíbulo.

No pude acompañarla, ni responderle el saludo.

Si con esta elección de recluirme en las afueras de Cisterna, mi hermana estaba convencida de que yo malgastaba buena parte del fruto de mis ingresos, satisfaciendo una pasión brutal y enfermiza en tan deshonrosas circunstancias, ¿cómo se sentiría el enterarse de que estaba decidido a dejar los resplandores sabaudos para venir a vivir al medio del campo, durmiendo en la misma cama donde encontraron el cadáver de True?

Perdería el rango y el prestigio de mi familia…

Al alejarme de Turín a mi edad, las panoplias ancestrales de los Damasceno tomarían vida y buscarían atacarme hasta agotar el último de sus pertrechos, aniquilándome como si yo fuese un bárbaro. En pocos años, desaparecerían mi familia y sus influencias desaparecerían; sólo ángeles protegiéndome desde el cielo, conseguirían mantener mis arcas llenas con las ganancias de las rentas.

Vería cómo mi medio social, me borraría de sus listas de agasajados.

Si continuaba así, jamás podría acceder a un digno lecho nupcial con ninguna joven de la buena sociedad turinesa.

Percibí, por desordenados bullicios frente a la casa, que los caballos apeados a un carruaje estaban impacientes por emprender el viaje de vuelta, y ambas mujeres se encontraban listas para salir presurosas.

Me acerqué para despedirlas.

Ubicada en su asiento, Giuseppina no me dirigió la mirada; su bonete, como nunca, lucía un vago resplandor de tafetán desgastado. Conservó su aire de ingratitud, aunque por momentos una leve rojez corrompía su rostro y un temblor la dominaba como si fuese una momia a punto de desintegrarse.

Sin soportar su turbación, optó por girar su rostro en dirección a los lejanos sembradíos, evitando mi presencia y así ocultar su aspecto de mujer torturada.

En el ínterin, el cochero se había asegurado de que todo estuviese en orden al terminar de uncir los caballos, ajustar las cinchas que sostenían la pequeña maleta y corroborar el buen estado de las ruedas golpeándolas con un delgado bastón. A través de la ventanilla, mi hermana besó mis mejillas y, por un instante, quiso también besar mis manos, pero algo la contuvo.

Me observó con ese espanto que hiende el aire.

—Por favor, te pido que recuperes tus cabales y que vuelvas pronto —suplicó Carlina.

De repente, a juzgar por la luz alicaída de su mirada, percibí que si alguna vez había sentido alguna clase de admiración y cariño por mí, en esas circunstancias eran cosas del pasado. Me miró con lástima, como si viese en mis facciones las marcas que ostentan los pendencieros obstinados, o la decadencia que muestran los adeptos al alcohol u otros vicios que corrompen la vida.

El carruaje emprendió su recorrido por el pedregoso camino.

Al observar esa imagen, sentí en mi corazón el vacío de muchas ausencias acumuladas, mezclado con la convicción de que ningún sufrimiento volvería a hostigarme. De improviso, comprendí que los espíritus de la curandera, True y la mujer sin rostro, tomaban una forma casi palpable, rodeándome para protegerme como ángeles guardianes. Sintiendo su presencia a mis costados, daba la sensación de que quisieran, ahora más que nunca, volver a la vida.

Además de ya existir mediante la magia de las palabras escritas y los dibujos magistrales, parecían estar palpitando como si tuviesen cuerpos y todo detalle humano.

Resplandecían para brindarme su fraternal apoyo.

Corrí desaforado y me encerré para tomar y abrazar los cuadernos en la más absoluta intimidad. No existía nada que se interpusiera entre mi deseo y la pronta concreción de mi causa; era lo único que me importaba.

Los besé con ardor, mientras presencias palpitantes ocupaban la totalidad de mi pecho, festejando la conquista obtenida.

Al fin se había logrado el designio de estar a solas con mi obra. ¡La mejor compañía que puede tener un varón es la que brindan los habitantes de otros mundos! Continué acariciando mis cuadernos heredados, pero ahora con una natural confianza. Ya estaba acostumbrado al bendito veneno de sus páginas.

Comienzo a transcribir el tercer cuaderno.

XIII

Por primera vez en tres meses, he logrado que la maga me conceda el permiso para descansar de mi labor por el acotado lapso de dos días, y me encuentro sola, recostada en una cómoda poltrona de mi habitación.

Mis ojos se pierden en un horizonte de bruma.

Poco a poco, surge de nuevo la noción de estar con vida.

Con agotamiento exhalo un insuficiente aire, experimentando felicidad al darme cuenta de todo lo obtenido con el trabajo realizado en mi escribanía.

De pronto, aparece en mi memoria, a manera de arpía, el rostro de mi madre, cuya mirada juiciosa parece volver para reprenderme por mi accionar de niña desobediente. ¡Su deseo es el de castigarme! En su idioma de fantasma, me reclama a gritos el hecho de que yo no haya sido nunca la dócil criatura que acatara juiciosa todos sus mandatos.

¡Si hubiese aprendido al dedillo los secretos de una dama de nuestra alcurnia, otro hubiese sido mi destino!

Al traspasar los umbrales prohibidos, buscando la diversión en espacios vulgares, o peor aún, aprovechar las horas nocturnas para leer libros destinados por tradición a varones, devorándolos a escondidas de toda mirada escrutadora, estaba transgrediendo una regla ancestral.

Quiero que se esfume. Mis manos manchadas con tinta no pueden hacerla desaparecer por medios de agresivos gestos.

¡Desagradable aparición de esta mujer cuyas creencias morales, llenas de una antigua y represora emoción, viene a visitarme con el único motivo de hostigarme por no haber sido igual a las demás niñas!

Reconozco que, en cierto aspecto, tiene razón en sus sentencias.

Sus más oscuras fantasías se terminaron cumpliendo.

Ahora, llevando a cabo estas reflexiones, la horrible imagen me interrumpe confesándome que siempre estuvo enterada de todos mis movimientos en la antigua casona de mi juventud.

Como cuando escapando a las miradas vigilantes de la servidumbre, llevaba además de los libros vedados, toda clase de ilustraciones y mapas antiguos que pudiera extraer de la biblioteca para estudiarlos en la quietud de mis aposentos. Con esas actitudes, mostraba que no me importaban en absoluto las buenas costumbres que ella tanto se esmeraba en enseñarme.

Los ojos del fantasma buscan volver y penetrar mi consciencia.

Es tanto lo que esa imagen despliega sobre mí, que termino pidiéndole perdón. Le digo con sollozos que nunca podré saber si mi afición por los libros en aquellos años se debía a una marcada tendencia a la masculinidad de mi parte, o era tan sólo el deseo de una jovencita por descubrir nuevos espacios que aplacaran la tristeza que tanto buscaba asfixiarme en esa jaula de oro donde transcurría mi vida.

El recuerdo, convertido en imagen traslúcida, no quiere contestarme.

Máscara grotesca que me sigue mirando.

Como buena madre, lo sabía todo y se lamentaba al reconocer que, desde niña, yo tenía gustos que, por más que buscara observarlos con piedad, no los comprendía y mucho menos aceptaba.

¡Busco responder a su silencio! Pero por primera vez puedo escuchar su voz:

—¿Qué decían esos libros prohibidos?

—No puedo recordar en detalle —repetí temblando.

Quedé pensativa.

—Ahora que me dices, entiendo que contenían palabras despreciables con respecto al Dios y a los templos construidos por los hombres —dije casi gritando.

Me incorporé, impulsada por el fastidio, y articulé con sumo esfuerzo:

—¡Tampoco significaban para mí novedades tan importantes! ¡En los años de mi juventud, no sabía lo que era la verdadera espiritualidad!

Dicho eso me encerré en un oscuro mutismo.

No sacaría más nada de mí.

Como si hubiese ocurrido un milagro, la mirada acusadora dejó de hostigarme, esfumándose las facciones de mi madre. Debido al modo de desaparecer, he comprendido que ésta no era la primera vez que ha venido a visitarme. En otras oportunidades, ha realizado este mismo tipo de visitas en mi alcoba. La presencia que solía intuir, y que me asustaba provocándome oscuras pesadillas, era este particular espíritu que se desprendía del cuerpo de mi madre en sus horas de sueño para venir, transportado por hilos astrales, a mi celda para inspirarme toda clase de culpa.

Aunque no logre la tranquilidad definitiva, vuelvo a respirar profundo, sin buscar examinar demasiado mis pensamientos. No daré más lugar al miedo. Todo puede ser cierto, inclusive la posibilidad de que tan sólo se trate de algún fruto de mi imaginación, no olvides que las rejas del encierro suelen engendrar y alimentar con facilidad la

demencia.

Creo escuchar un rumor en las ventanas.

Por el sonido y el perfume antojadizo que desprenden las ramas de los árboles que a su vez busca invadir los espacios de mi alcoba, intuyo que está por llegar una torrencial lluvia.

Se oyen interminables salvas de truenos. A los pocos segundos sobrevienen los relámpagos.

True ha entrado apurada para asegurar los postigos y cerciorarse de que no haya quedado abierta ninguna hendija de las ventanas. Me ha comentado con cierto fastidio que se avecina una borrasca. Tal vez sea el momento de despabilarme y me aboque a seguir escribiendo inspirada por esta lluvia que, al parecer, será cuantiosa, una lluvia persistente capaz de bañar todas las paredes rugosas que conforman el exterior de esta faraónica fortaleza.

De ese modo, podré disipar los últimos interrogantes depositados en mi memoria con respecto a lo que fue nuestra vida antes del fatídico accidente con la lámpara.

Otra posibilidad sería aclarar mis ideas con respecto a la lluvia. ¡Ése sería un buen tema que alimente una breve historia, que luego te enviaría en una misiva con el fin de entretenerte! Para cuando escampe, todas las dudas de mi tristeza habrán desaparecido…

Pero estoy exhausta y mis manos sólo quieren descansar; ha sido arduo el trabajo impuesto por la maga. La joven True ha quedado apoyada displicente sobre la textura desigual de los vitrales y se asemeja a una estatua dormida.

Tanto mi doncella como yo hemos quedado sin energía debido al agotamiento.

Necesitábamos esta lluvia que nos traía perfumes frescos para refrescar nuestras humanidades.

Tenía dudas con respecto a volver a escribir alguna línea, pero algo me lleva con un reflejo condicionado, como si1 fuese una hacendosa alumna, a ordenar unos papeles sueltos en los estantes de la escribanía. Y por más que en mis muñecas persista un dolor indescriptible, teniendo en todo mi cuerpo la impostergable necesidad de recostarme sobre mi lecho, me viene el deseo de transcribir algunas ideas que me persiguen como sombras.

Al verlos, descubro con misericordia que son viejos escritos, realizados tiempo atrás cuando para mantener viva nuestra memoria compartida, escribiéndote a diario; son los mismos que la curandera me sugirió abandonar.

¡Qué extraño que mi querida compañera True no haya

ordenado estos escritos con el propósito de archivarlos!

Me dispongo a leerlos.

Algunos están construidos con recuerdos sin importancia, otras relatan tu inexplicable bonhomía por haber aceptado mi decisión de llevar esta vida recoleta que me aparta de los miedos mortales, nacidos cuando imaginas que las personas pueden llegar a observarte con lástima y espanto.

No puedo convencerme de que haya sido yo la autora de tantos comentarios sin importancia. Estas páginas resultan ser papeles insignificantes. Parecen no estar escritos con palabras, son carentes de imágenes visuales contundentes, tampoco despiertan nada importante en el corazón de quien pudiera leerlos.

Resultan sin valor e, incluso, desprovistos de ética.

Dan la sensación de que al escribirlos he intentado ser la memoriosa pérfida que busca borrar a su antojo todo detalle de su propia fealdad. ¡Qué ridícula me veo tratando de encontrar la verdad mediante estas palabras escritas, creyendo que fluyen fidedignas y no es otra cosa más que hipocresía solapada! Los mandaré a incinerar, puesto que representan un imperdonable desperdicio de trabajo caligráfico.

¡Pobre alma mía!

¡Ingenua!

¡Como si las palabras escritas basadas en el propio dolor pudieran salvarme!

Convencida de que por medio de la escritura podría burlar las cerraduras de este claustro levantado con piedras grises y amalgamas que van ennegreciendo minuto a minuto, suponiendo que era fácil traspasar sus fronteras… ¡Equivocación grande!

¿Y si buscase otro modo?

¿Si me animase por fin al contacto físico con mis doncellas y extrajese de esa enseñanza las claves para un definitivo encuentro contigo?

Sería una buena forma de recordar que estoy viva.

Con la única que tendría la valentía de fortalecer un vínculo de este tipo sería con la condescendiente True; ella es la persona indicada, capaz de soportar mi aspecto, y sin temor se ofrecería para practicar conmigo un amor simulado que me brinde la fortaleza que podría necesitar el día que me encuentre contigo. Lamento que debas enterarte de mis miedos y pensamientos más oscuros con respecto a los deseos, que con el encierro adquieren reflejos alicatados, pero es la única verdad que puedo ofrecerte.

Al decir esto, recuerdo con ardor nuestro último encuentro.

Aquel último contacto amoroso con otro ser humano…

Al otro día de los festejos por nuestro primer aniversario, despertamos por la mañana y me abrazaste de inmediato.

Risas.

Caricias en mi abdomen.

Incontables, interminables y dulces bisbiseos en mi cuello al repetir palabras que sólo nosotros conocíamos. ¿Podrá algún día la felicidad ser descifrada? Como nunca me sentí contenida y rodeada por todo tipo de buenas protecciones. Mi única forma de ser feliz era en tu compañía.

En pocas horas, debías emprender un viaje de negocios que te tendría alejado de casa por dos meses. Despidiéndonos, repartiste besos de todos los tamaños en mis manos. Y riendo como un niño, hiciste una de tus morisquetas que consistía en fingir un gesto de partir apresurado, dar algunos pasos vacilantes y de repente volver a mi encuentro para desprender con habilidad un tirante de mi vestido, para luego acariciar con picardía infantil la textura que podría asomar de mis senos.

Absorbías con tu olfato todo aroma que pudieran desprender y que yo, gustosa, te entregaba como flores recién cortadas.

En medio de las caricias, apareció uno de tus vasallos para avisarnos de que debías partir cuanto antes.

Era una costumbre a la cual me resistía a doblegarme. No pronuncié ninguna queja, tampoco buscaste conformarme con ninguna palabra de consuelo. Cruzaste el umbral de nuestra recámara haciendo expresiones de amor que no olvidaré nunca.

Quedé sola en nuestra habitación.

Al mediodía, rechacé la sorpresiva visita de mi madre, que al parecer venía para acompañarme por unos días. Cuando supe que se encontraba en la sala principal, sin dejo de culpa, pedí a mis damas de compañía que inventaran una historia y le mintieran con habilidad. Además, tenían que darle motivos suficientes para que tomase el mismo carruaje que la había traído y volviera a instalarse en las confortables habitaciones de su casa en el valle.

Ignoro cuáles habrán sido las argumentaciones de mi fiel servidumbre.

Supuse el enfado, imaginé el rostro transformado y el malestar que debe haber surgido en el corazón de mi madre en una escena tan inusual para sus costumbres. Lo único cierto es que nadie volvió con ningún tipo de comentarios al respecto.

Todos sabían que no debían molestarme.

Yo quería estar a solas para darle lugar al llanto. Deprimida y desesperada, caminaba en círculos enfermizos convencida de que me

sucedería todo lo malo si no estabas conmigo. ¡Y por dos largos meses no te vería, ni sabría nada de tus expediciones! Aunque debía cuidar de mi embarazo, tampoco probé bocado y dormí el resto del día tendida boca abajo adormecida por la tristeza. Así dormité… entre náuseas y sumergida en el vértigo.

Pasado tal vez un siglo, me desperté y noté que estaba anocheciendo, ¿o era el amanecer de otro día? Al tacto, la piel de mi rostro delataba marcas como si las horas de sueño en realidad hubiesen sido semanas de un desmayo en una total desprotección, echada como un perro prono sin respiración sobre las mantas brocadas de nuestro lecho.

En medio de la penumbra, por instinto, me incorporé buscando encender una de las lámparas.

No pude con la primera que encontré, intenté con otra y otra, pero todo lo que hiciera con mis manos resultaba imposible. Ninguna de las lámparas podía dar lumbre. En medio de mareos, comencé a toser. Pedí auxilio a la servidumbre; repetí el pedido varias veces y mi voz comenzó a retumbar por todas partes, pero sin tu presencia la casa estaba más vacía que nunca.

Alrededor de mí todo era antojadizamente fantasmal.

Al cabo de unos minutos, un joven, al que no reconocí de inmediato, acudió respetuoso, pidiéndome permiso tanto para entrar como por cada movimiento que hacía. Con ese modo, tan servil y lento, encendió todas las lámparas.

Era extraño que no hubiese aparecido ninguna de mis doncellas, eso explicaba que me sintiera vulnerable por estar a solas con un varón en la privacidad de nuestra alcoba; sobre todo cuando la tenue luz comenzó a iluminar su rostro. Resaltaban sus ojos endrinos, de inmediato recorrieron con disimulo todos los rincones del aposento, obnubilados por esa opulencia que al parecer estaba viendo por primera vez en su vida.

Ambos guardábamos un especial silencio y una quietud tan exagerada como si fuésemos en realidad un par de esfinges.

Entonces, el joven acomodó su postura, ofreciéndose a traerme algo que yo pudiera necesitar. Aproveché su forzado acto de gentileza para clavarle mi mirada de su rostro hirsuto.

Quedó deslumbrado y expectante.

Al fin logré reconocerlo, era un joven de los que siempre se ocupaban de las farolas del parque y que no pertenecía a ninguna de las familias que servían en nuestra casa. Me seguía observando con cierta misericordia, como si quisiese sonreír, tratando de disipar mi culpa por comportarme con él de esa manera tan desconsiderada.

Percibí que el mozalbete, observándome de esa manera, quería invadir mis recovecos más íntimos y descifrar el motivo de mi

insoportable capricho de tristeza.

Decidido, se volvió a ofrecer, pero ahora para avisar a las mucamas de traerme alimentos o algo para beber. Hecho su desahogo, pareció festejar un triunfo sobre sus propios miedos, pronunciando un par de palabras en dialecto que iluminó su expresión. Me rehusé a su ofrecimiento, pero le comenté que necesitaba ayuda con mi vestuario.

Bajó su cabeza, encogió los hombros de manera más servil que nunca y salió para dar aviso a todos en la casa que yo estaba despierta.

A los pocos minutos, acudieron mis doncellas, y al unísono estaban desprendiendo mis trajes y soltando mi ropa interior.

Una vez desnuda, fueron llegando a mis oídos infinitos cuchicheos de mujeres.

Como hábiles aprendices de magas, recurrían a sustancias con las cuales impregnaban con perfumes mi piel, mientras se lamentaban por no haber escuchado antes mis llamados. Persistían apretando con cierta mecanicidad los perfumeros, volviendo a pedir disculpas, amplios halagos, frases y música que las reinas escuchan con fastidio, por saber que son falsas y artificiales.

Juego de máscaras, baile de criaturas disfrazadas donde en un determinado momento se me coloca un camisón amplio y confortable que me ayudará a lograr un reparador sueño.

Decir que ya no es necesaria tanta presencia en mi cuarto, que pueden retirarse.

Querer olvidarse de todo lo que está sucediendo.

Quedar de nuevo sola y peinar mis cabellos.

Y más tarde, respirar profundo, inventando un modo afable de soportar la idea de tu ausencia.

De repente…

Me pareció escuchar un rumor de carruaje. ¿Serías tú que volvías con tu berlina por alguna razón inesperada?

Con mis nervios alterados corrí al balcón para verte. Pero me di con el vacío. Nadie transitaba por los alrededores. Oculta tras unos pesados nubarrones, ni siquiera la luna mostraba su brillo. No se oían conversaciones de algunas personas de la servidumbre que anduviesen deambulando, mucho menos las imprecaciones y risotadas con la que suelen responderse los hombres cuando rondan vigilando la casa por las noches.

Tampoco nadie se había ocupado de encender ninguna luz. Los postes donde suelen ubicar las antorchas estaban vacíos. ¿Acaso el muchacho que había entrado en nuestra habitación era un personaje de otro sueño?

El paisaje que mis ojos solían ver cada vez que me asomaba al balcón desaparecía de manera caprichosa, como si los invitados a

nuestro agasajo del día anterior se hubieran llevado consigo todos los rumores de nuestra vida. Sentí escalofríos. Todo lo nuestro parecía haber sido tragado por una inmensa criatura mitológica habitante de un pérfido laberinto. Se trataba de una extraña y agobiante sensación que me venía después de haber dedicado un día entero a destilar lágrimas por tu ausencia.

Volví adentro atemorizada y cerré los ventanales, descorrí los cortinados pidiendo protección a todos los santos. Luego me cubrí con un chal que encontré a mano; sentía la necesidad de recostarme en un sillón a fin de calmarme.

Estaba tan segura de haber escuchado aquel sonido tan claro y contundente, que volví a suponer que eras tú volviendo a escondidas para darme una sorpresa. Me levanté decidida a corroborar mi sospecha atinando a tomar una de las lámparas y dirigirme al balcón para intentar ver en la negritud.

Pero al girar en dirección a los ventanales se enredó mi bata.

Primero sentí cómo, una manera que sólo puedo llamar endemoniada, iba destrozando las finas puntillas del ruedo, en un intento furioso por querer liberar mis pies de un horrible nudo de tela.

La tragedia se desataba sobre mí.

Tropecé con algo y, desesperada, solté la lámpara, que cayó al suelo.

El resto ya lo sabes: sobrevino un infierno que en pocos segundos envolvió mi cuerpo. Un fuego que, si presto demasiada atención, hasta el día de hoy sigue lastimándome en el recuerdo. El aceitoso líquido combustible se impregnó en mi piel como maliciosa presencia para arder con osada libertad.

Las llamas comenzaron a traspasarme.

Mi cuerpo era una frágil yesca expuesta a incendiarse en menos de un minuto, como un árbol cuyas ramas estuviesen condenadas a recibir por siempre esos latigazos flamígeros. El ámbito de mis emociones también se desintegraba.

Todos los sueños juveniles ahora eran simples vestigios fáciles de ser olvidados.

Un fuego incalculable, que no contento de verme disminuida como mujer lacerada, se alegraba de transformarme con sus llamas en un pájaro maldito, en un pájaro sin ojos, desmembrado, sin patas y sin alas, ya muerto, pero aún con algo de respiro.

Los míos eran gritos inaudibles, que iban más allá de todo entendimiento humano, pero nadie los oía; ni yo misma escuchaba mi desesperado lamento. Nadie accedió a salvarme de las llamas que terminaron por cubrirme toda.

¡Qué gran ironía que los poetas se deleiten en recitar en sus versos metáforas que expresan el amor como algo maravilloso

proveniente de lo ígneo, afirmando que el amor es fuego, una hoguera iluminadora!

Esas llamas, lejos de representar al amor y sus signos, fueron las mismas que consumieron nuestros abrazos, y nos alejaron de toda posibilidad de hacernos nunca más compañía, compartida con sonrisas que pudiesen aliviar nuestras tristezas del alma.

Al otro día, una muchacha de la servidumbre entró en las primeras horas y encontró toda la habitación cubierta de humo. En medio de la desesperación, se topó con mi cuerpo desplomado en el suelo y salió despavorida.

Debido a mi estado, me creyeron muerta y, de inmediato, mandaron a buscarte en el camino para avisarte de mi deceso.

Mientras las mujeres lloraban desconsoladas, los hombres, reprimiendo sus náuseas, me cargaron para llevarme a nuestro lecho. En medio de tanta conmoción, nadie se percató de que debajo de ese cuerpo chamuscado que emanaba efluvios alquitranados, con restos de mechones de cabellos ardidos y la boca paralizada en actitud de horror, estaba yo, todavía con vida, intentando llamarlos con quejidos que no articulaba.

Un sollozo intentaba subir por mi pecho, pero nadie lo intuía.

Así permanecí, cubierta con lienzos alcanforados hasta que llegaste para caer arrodillado frente al que creían que era mi cadáver. Llorabas sin consuelo, como un niño abandonado, besabas sin ningún tipo de aprensión mis manos calcinadas. Esa devoción con la que intentabas devolverme a la vida me inyectó el vigor necesario para seguir respirando.

Un levísimo estertor rompió el silencio y, por mi débil voz, emitiendo un par de lamentos, descubriste que estaba viva.

La locura cundió entre los presentes, dando origen a las múltiples historias y leyendas que se fueron difundiendo por todas partes.

El último que había tocado mi cuerpo con verdadero afecto eras tú antes de partir. Ahora, con tu solo pedido de que no te abandonara, me volvías a la vida.

El último en acariciar mi aspecto de mujer…

¡Cuánta nostalgia!

Sigo recordándote antes de tu partida, instantes marcados por el amor que se siente sólo una vez en mil años, haciéndonos transgredir toda idea de limitación frente a la vida. Nunca más experimenté ese tipo de caricias, que en mi encierro implican el deseo, al menos, de intercambiar miradas. Pero no puedo evitar recordar tus amores de hombre generoso y tierno. ¡Y cómo olvidar cuando conocí tu hermosura!

XIV

La sala principal de mi casa paterna en el Valle de Aosta se asemejaba a los espacios de los castillos de la realeza. Allí era fácil que entrara un paisaje entero, con firmamento y cuerpos celestes de fondo incluidos.

Esa noche, se festejaba una velada especial de camaradería entre mercaderes amigos. Todos debían llegar sin las presencias de sus esposas o prometidas.

Mi padre, hábil negociante, sabía que dichas reuniones distendían a sus invitados a la hora de cerrar una negociación, su táctica era similar a las de los juegos prohibidos de las mascaradas que obnubilan al más desprevenido. Sin la contención de sus respectivas mujeres, los hombres se arriesgaban gustosos a peligrosas apuestas.

Además de los preparativos culinarios que enaltecerían este banquete exclusivo para varones, la obediente servidumbre había cuidado cada detalle de la ornamentación.

De los altos capiteles pendía una infinita fila de baldaquines azules, de los cuales, a su vez, se desprendían cascadas de pendones que mostraban de manera airosa coloridos blasones pertenecientes a las familias de los afamados caballeros invitados esa noche.

Por todas partes se respiraba el reconfortante aroma de rosas francesas, mezclado con el dulzor de miles de limones, naranjas y otras frutas frescas que lucían acomodadas con virtuosismo en multitud de recipientes de porcelana.

Al despuntar el atardecer, se empezó a dar la bienvenida a una cantidad exorbitante de mercaderes, artistas y demás invitados.

Debo admitir que si no hubiese sido por los instrumentistas que se dispusieron a llenar los ambientes con sus pacíficos ritmos musicales, el lugar habría adquirido un definitivo aspecto infernal.

Yo era la única que observaba aquella profusa organización desde afuera, bien sabes que las formas sociales siempre me resultaron una extrañeza. Sin llegar a burlarme de esos señores que no me animaba ni deseaba calificar, contenía mis ganas de reír y respiraba lo más profundo posible, bebiendo pequeños sorbos de agua de una copa de la que no me desprendía.

Cada vez que mi familia ofrecía este tipo de agasajos, era inevitable que apareciesen en las cercanías todo tipo de mendigos que intentaban con malicia tomarse de los trajes de los invitados para pedir limosnas, manchando el tafetán o corrompiendo las sedas de las impecables capas de los caballeros cuando bajaban de sus carruajes.

Éstos, asustados, se daban con el espectáculo aterrador de la pobreza que los buscaba para torturarlos con un hedor desgraciado similar al que proviene de las ciénagas o del estiércol.

Por más que los miserables recibiesen patadas y bastonazos por parte de los edecanes, el daño ya estaba hecho, y muchos de los distinguidos caballeros tendrían que improvisar posturas patéticas frente a los demás en los salones con tal de no mostrar los manchones en su ropa. La vanidad a la que estábamos condenados los miembros de aquel tipo de aristocracia me enerva de tan sólo recordarla.

Los que años atrás eran modestos y recatados señores, ahora se presentaban sin la compañía de sus esposas, luciendo estrambóticas galas.

Ya fuese por sus texturas o por sus colores estridentes, asemejaban aves exóticas embalsamadas y no caballeros respetables. Algunos se permitían lucir sobre sus pelucas sombreros con penachos dorados que mostraban con altivez y descaro.

Sus rostros y sus pescuezos estaban impregnados de un antojadizo aroma a almizcle. Otros, queriendo hacer alarde de sus riquezas, adquirían posturas femeninas, asemejándose a sus propias viudas, las mismas que en vida no sabían cómo hacer para llevar en una sola noche todas las joyas obtenidas en largos años de acumulación.

Detrás de ellos acudían con pasos presurosos los diferentes grupos de asistentes que oficiarían de intermediarios en las interminables transacciones, tanto de compra como de venta de obras de arte, que surgirían en esa noche de encuentro oportuno para los negocios.

Una vez ubicados en sus poltronas, mientras algunos probaban los aperitivos, otros aprovechaban cada mínima ocasión para sembrar intrigas infundadas o alimentar polémicas al hablar de pintores que se dedicaban al arte religioso, pero que en realidad eran ocultos revolucionarios que buscaban rescatar el paganismo. Con esos comentarios, despertaban en sus interlocutores el temor de ser perseguidos por la Santa Iglesia si se convertían en sus adeptos compradores.

Mi padre se sentía feliz de que todo ese tipo de polémicas se suscitaran en sus reuniones; de esa manera, veía clara la forma de aprovechar toda discordancia en las emociones de sus ricos colegas para vender la mercancía que “menos problemas pudiera traer a todos”, y así, con gran astucia, ampliar nuestras ganancias.

En esa multitud bulliciosa, resaltaban las figuras de ciertos caballeros, los únicos elegantes, unos viejos coleccionistas ingleses llegados con el afán de ampliar sus tesoros comprando arte italiano.

Al parecer, no se contentaban con adquirir obras

costumbristas, queriendo también explorar distintos horizontes en cuanto a nuevos artistas se refería.

Había un grupo que se limitaba a ofrecer sus mercancías extranjeras, seduciendo con tintineos aduladores; imitaban el rumor de sus preciosas mercancías transportadas en carabelas holandesas… En cuanto a los más insidiosos, lograban acaloradas pugnas entre los eruditos en el ámbito de la literatura, buscando hostigar a unos caballeros venidos de la península ibérica para que nunca se pusieran de acuerdo sobre si éramos nosotros, los italianos, con nuestros poetas maestros en dominar los endecasílabos, los que habíamos renovado la lírica española.

La idea era siempre la misma: crear confusión, debilitar las barreras del contrincante y terminar vendiéndole al doble de su valor "una buena mercancía que cambiaría la Historia del Arte".

Así transcurría la fastuosa velada, entre hábiles negociaciones entremezcladas con empalagosas trampas propias de vendedores de reliquias.

Todo era vulgar comercio e intercambios económicos en aquella noche.

Cuando fueron convidados a servirse, la mayoría coincidió en buscar embriagarse con los más finos y olorosos vinos del principado que lucían en nuestras mesas. Escuchaban el compás de la música poniendo actitudes caricaturescas con rostros de Dionisos, degustando también con ferocidad los platillos colocados sobre las más preciosas vajillas de Faenza, cuyo resplandor enceguecía con luces doradas.

Rábanos cocinados al modo francés en finos aceites, alcauciles selváticos embebidos en salsas picantes, hongos bañados en manteca dispuestos en suntuosas bandejas alargadas y adornados con frutos del bosque recogidos por nuestros sirvientes y, como sobremesa, deliciosas preparaciones elaboradas con rozagantes frutas recién recolectadas en un pequeño pomar que nuestra madre hiciera traer del Sur y que significaba una, por así decirlo, revolucionaria novedad en el norte italiano. Con el correr de los años nos brindaría sabores frescos y deliciosos nunca probados antes en ese tipo de reuniones.

Era el comentario de toda familia encumbrada de la zona que nuestros festines estuvieran decorados y surtidos con esos frutos, y no con aquéllos que todos estaban obligados a recolectar en el bosque.

En nuestras comidas, se disfrutaban los sabores de manzanas más dulces que las salvajes, mezclados con el toque de las sabrosas y crujientes granadas. El más rico de nuestros productos era el formidable limón, fruto digno de reyes, curativo y energizante, que latía y palpitaba en las recetas solicitadas a la servidumbre.

Como te he dicho, mis padres vivían aquello como una celebración sagrada al recibir a toda esa élite de varones alimentados

por la riqueza de la Corona.

De extraña manera, se creían protectores de los ideales humanistas, cuando en realidad, ofreciendo esos banquetes, estaban despilfarrando pequeñas fortunas en individuos que sólo buscaban acrecentar sus riquezas, sin medir muchas veces que debían manipular descarnadamente con tal de llegar victoriosos a sus objetivos comerciales.

Eran gastos excesivos de mis padres, que buscaban un triste reconocimiento, propio de las cortes sin linaje antiguo y desprotegidas de todo buen antepasado.

Si bien mi padre era un italiano con buenas conexiones en su propio país y favorecido también por la realeza francesa, compradora compulsiva de sus mercaderías, en aquellos días padecía el temor de habitar un reino prestigioso adornado por antiguas e inservibles azucenas de Valois, ya extinguidas hacía más de cien años, que a la vez se sabía amenazado por las múltiples revueltas políticas producidas en los últimos tiempos con el costo de mucha sangre.

Para salvarnos de toda persecución, mis padres tuvieron que planificar diferentes estrategias que nos posibilitaran ostentar títulos franceses que no complicaran las actividades económicas de nuestra familia en un territorio tan dividido como el italiano.

Por otra parte, al sabernos sin buen linaje ni alcurnia, mi madre debía comportarse frente a los invitados como una verdadera princesa y tratarlos a ellos como a miembros de la flor y nata de la nobleza, de ese modo beneficiaba el arduo y habilidoso trabajo de mi padre.

En cuanto a mis hermanos y a mí, nos obligaban a desplegar en público todas nuestras buenas costumbres aprendidas como si fuésemos muñecos de guiñol.

Al cumplir mis catorce años, accedí a la mayoría de edad y, por lo tanto estaba en condiciones de aspirar al matrimonio, eso me obligaba a ser sometida a duros preparativos en mi vestuario.

En los días destinados a mostrar mi hermosura en sociedad, sufría en mi espalda los tirones interminables prodigados por varias doncellas, creía morir de asfixia cuando colocaban con firmeza mi cuerpo de ballenas. También probaban en mi cabeza una agobiante sucesión de pelucas que combinaran en armonía con mi robe volante, mis zapatos y mi escarcela.

Ante los ilustres visitantes, tenía la obligación de mostrar mi rostro con un aire sutil y sereno, con el solo propósito de no alterar las miradas de los varones ilustres y, a la vez, deleitarlos con vagos comentarios en las muy raras ocasiones en que se me permitía expresar mis ideas.

Las jóvenes que pertenecíamos a esa decadente aristocracia

cargábamos con la obligación de parecer cisnes de suaves movimientos, llevando una mirada ausente y melancólica como si estuviésemos perdidas en una suerte de ensoñación. Dicha tensión era el verdadero signo de la elegancia en nuestro entorno.

El único ser que fue capaz de engalanar ese espacio poblado por gente disfrazada, y quien quitó a todo aquello su cariz de tumulto, fuiste tú… al aparecer en medio de la noche.

Escoltado por dos de tus colaboradores, llegaste sobre la grupa de tu caballo, subiendo los empinados caminos del valle, cabalgando como amigo de los rellanos y simas al atravesar con envidiable soltura las alargadas cuestas y laderas.

Todos creían imposible que se pudieran transitar tales distancias sin la ayuda de un confortable carruaje. Sin embargo, tu aspecto y tus trajes lucían intactos. Parecías salido de un sueño de pulcritud.

Con tu luz, lograste vivificar el color de las gruesas paredes de mi casa paterna y, de pronto, los tejados adquirieron un renovado color siena bajo la luz de la luna.

Por más que hubiese poetas y eruditos queriendo ser el centro de la atención con sus artes de oratoria, fuiste anunciado y, en menos de un minuto, ya tenías a todos bajo tu comandancia, buscando descansar sus miradas en tu impecable terno francés, repleto de intrincados bordados, que lucían sobre una seda azul más impactante que el color del mar, pero sobre todo, al escuchar el masculino sonido de tu voz, llevados por una espectacular embriaguez, queriendo oír lo que decías con tus portentosas palabras.

Dejé caer mi copa, que se hizo añicos a mis pies.

Te observaba hablar y tu actitud era la de un varón arrogante que mostraba con pequeñas cuotas de agradable descaro la blancura de su camisa con chorrera de encaje, deslizando sus guantes de cuero con una clase única.

Con tu pañuelo en mano y tus sonrisas cautivantes manejabas todo. Las bocamangas de oro con trencillas de seda de tu traje resaltaban la firmeza de tu piel de mármol.

Proseguía, respirando nerviosa, hipnotizada por tu exquisita elegancia.

El tuyo era un modo tan particular de expresarte, como si hubieses querido arrastrar a todos los comensales, que te escuchaban atónitos, a la conquista del mundo. Dabas la sensación de que, más allá de tus palabras, manejaras un lenguaje inquietante con tus gestos. Haciendo uso de tu prestancia, despertabas en mí todo tipo de

admiración, y pronunciabas tus palabras con un tono tan seguro que superabas la perfección del más habilidoso hablista.

Mi madre intentó llevarme a otro salón, pero inventé mil excusas para no ir con ella… Los que aman tienen la antigua costumbre de ensordecer.

Y el tamaño de tu cuerpo hablaba de tu valentía y delataba tu carácter arrojado, dispuesto a conseguir siempre todo lo que te propusieras. Pocas veces en la vida se observa la belleza con tanta certidumbre de que estamos frente a una manifestación de lo divino. A partir de esa noche, mi experiencia con respecto a la contemplación de la hermosura consistiría en saberme conducir airosa por el camino que me llevase al origen de la perfección de tu semblante.

Tu mandíbula ponía al descubierto tu solidez inagotable, con la cual eras capaz de transitar leguas de desiertos y marismas, atravesar anchurosos lagos, pantanos y lodazales o haber sobrevivido a todas las enfermedades con tal de estar presente esa noche. Me mirabas cada tanto con ese atisbo mágico que desnudaba mi alma.

Tus modales evidenciaban la aristocracia de la cual provenías; eras el único en esa noche capaz de afirmar que era un noble verdadero.

Mi madre… Mi madre… soltó por fin mi brazo y aplacó su determinación de apartarme.

Sonrojada por tanto milagro de seducción surgido entre nosotros, fue ella la que tuvo que desaparecer.

Yo, convertida en algo o en alguien bien diferente, llena de aire, de risa, de una sonrisa que todavía no me animaba a expresar porque temblaba como la más indefensa criatura.

Sufría de ese palpitar inabarcable que tiene un recién nacido.

Aunque algunos, los más avezados, ponían sobre nosotros sus miradas furtivas, en realidad todos ignoraban nuestro incipiente idilio. ¿Cómo podían comprenderlo, si nosotros éramos los únicos participantes de ese nuevo idioma de miradas que estábamos inventando?

Era más fuerte la curiosidad por escuchar tus aventuras comerciales en el campo de la pintura flamenca y dejarse llevar por el instinto de adorarte mientras escuchaban tus maravillosos comentarios.

Y al levantar el tono de tu voz, se desprendían de tu boca efluvios embriagadores, capaces de excitar sus corazones muertos.

Todos sabían de tu temperamento de rey despiadado a la hora de cerrar contratos comerciales con las casas más prestigiosas de toda Europa; al igual que mi padre, eras conocedor de técnicas infalibles que te convertían en un mercader capaz de multiplicar la riqueza de tu familia y, además, gozar de la buena fortuna que tienen

los piratas que nunca han sido capturados.

En mi pecho sólo nacían ideas fúlgidas al prestar atención a tu belleza viril.

No llegaban a interesarme tus hallazgos, ni tus genialidades de afortunado mercader.

Observarte callada, aumentaba en mi interior una celebración del deseo, como si todo mi cuerpo me reclamara glorificar todas las pasiones, por más que estuviese prohibido pensarlas, y hasta inclusive imaginarlas por una joven de mi edad.

No podía evitar mirarte.

Lo hacía con disimulo, pero sin ocultar mi entusiasmo.

Temía que adivinaras el brillo que suelen tener las mujeres recién nacidas cuando miran algo que adoran, otras veces lo hacía con deliberado descaro. En aquella noche de festejos comerciales, en la cual todos tenían algún interés por acrecer aún más sus arcas o hablar de sus prestigios, supe que la única beneficiada entre todas esas personas vanidosas era yo al haberte encontrado. Por ningún motivo buscaría alejarme de tu presencia. Mi vida se reduciría a sentir devoción perpetua, incluida a tu sombra. De tener la sensación de pertenecer a alguien, debía ser contigo.

Por tus miradas entendí que deseabas lo mismo.

Tus ojos sabían que estabas observando a la mujer de tu vida.

Por mi sangre corría la anticipada felicidad que tienen las esposas fieles que adoran las formas viriles de su maridos y se pierden en ese deleite, y son capaces de volar, al escuchar el timbre de la voz de su amado.

Mientras languidecía de amor, me preguntaba qué clase de hombre se ocultaba detrás de esa fachada de refinado metal. Aunque mostraras ciertos grados de rudeza, yo sabía que era imposible que en tu corazón pudieras albergar sentimientos de ingratitud o falta de gentileza. Al mirarme con ese modo tuyo, todo en ti se transformaba en acto galante. Brillante e imprevisible, me sugerías lo más osado y prohibido, pero también lo más elevado que puede llegar a suceder entre dos personas. Con tu mirada, me regalabas nuevas sorpresas y me convertías en una mujer pusilánime, obligada a tener que atender a tus caprichos.

Me enamoré del niño que seguía palpitando en tu interior.

Mis padres comprendieron que el nuestro sería un enlace beneficioso y no dudaron en aceptarte con los brazos abiertos cuando volviste a los veinte días para anunciar que venías para pedir mi mano.

Los preparativos para el casamiento llevarían toda la estación invernal. Nuestra unión se festejaría en los primeros soles de la primavera, cuando resplandecen los jardines y las arboledas floridas de toda Aosta.

Era mi sueño…

Deberé reconstruir las escenas nupciales

¡Lo que tengo en mano no me sirve en absoluto! Las páginas que registran los detalles de los preparativos para el casamiento, unión religiosa y consiguiente festejo, están completamente desteñidas.

Intento toda manera posible de sonsacar algo de los transparentes papeles, pero dan la sensación de haber sido lavados como si se hubiera buscado guardar en secreto las escenas de la unión, ocultando para la posteridad cualquier detalle que pudiera delatar la felicidad compartida por los jóvenes cónyuges.

Busco por medio del olfato descubrir algún dejo de aroma que pueda darme un indicio, aunque sea ínfimo.

Mi búsqueda sigue siendo infructuosa.

Tendría que ponerme a recordar a cuál de mis contrincantes parientes habían llegado los frascos de farmacopea para buscarlo y convencerlo de vendérmelos. De ese modo, sería libre de ingerir sus mágicos contenidos en grandes cantidades, accediendo así, por medio de la embriaguez, a los planos espirituales y visualizar esos momentos tan importantes vividos por mi fantasmal autora.

Pero quiero mantener distancia con todos mis familiares.

Por desgracia, vuelvo a verificar que las caligrafías han desaparecido del papel. Algunas de las páginas que siguen han sido extraídas con finos cortes de hojas metálicas.

No tengo otra alternativa que olvidar lo que no puedo hacer y continuar con lo que sigue.

XV

Aquella mañana me desperté con un mal presentimiento. La luz de los ventanales brillaba de manera especial, como si tratara de decirme algo con sus resplandores.

Recordé lo último que había soñado.

Se trataba de una escena donde participaban mis doncellas; por primera vez en mucho tiempo transitaban conmigo los espacios oníricos. Todas mirábamos hacia arriba y aplaudíamos exaltadas, como si un millón de saltimbanquis llamara nuestra atención desde el cielo, alegrándonos con sus morisquetas y acrobacias.

De pronto, la curandera entraba en escena caminando por las bóvedas. Su vestimenta se convertía en una bandera policromada que, al desplegarse, tomaba la forma de un ave formidable. Sus trajes ya no eran jirones. ¡Nunca hubiésemos imaginado que en realidad era un pájaro dormido sobre sus espaldas, que ahora, al despertarse, mostraba los colores más vivos de la naturaleza!

Comenzó a entonar canciones de sus ancestros.

No importaba que no entendiésemos sus palabras.

Su cántico era tan ensoñador que todas por igual nos dejábamos llevar a ese espectáculo que nos brindaba agazapada tras los dinteles de las bóvedas grises. Los que antes eran ariscos tarareos, ahora se convertían en una canción compuesta de forma magistral.

True se acercó con intimidad a mi oído y me sugirió que llamáramos a ese ser maravilloso, que había sido capaz de transformar nuestras vidas en tan corto plazo, con el mote de Mujer de los Pájaros.

Me pareció apropiado y, feliz me permití dirigir un esbozo de sonrisa a mi doncella predilecta.

Al volver mi mirada a lo alto, noté que figuras invisibles tomaban el traje de la africana y lo extendían al máximo. Del mismo atuendo, nacían plumas multicolores hasta hacer desaparecer su aspecto humano.

La Mujer de los Pájaros pasó a ser una liviana cometa que alzaba vuelo por sí sola, como si no precisara de ventisca ni cordel que la pudiera manejar. Una cometa que buscaba surcar los aires, ayudada apenas por el sonido musical que ya invadía todo el lugar. Cometa en forma de pájaro que volaba y giraba en círculos, fascinándonos.

Sombra de pájaro en vuelo, que desapareció cuando concluyó la magistral melodía.

Fin del sueño.

Con dificultad, abrí mis ojos. Sentía una particular felicidad,

pero también cierta falta de armonía.

A primera hora, True se acercó temerosa a mi lecho para confirmar mi sospecha y darme la novedad. La curandera, a quien a partir de entonces llamaríamos Mujer de los Pájaros, nos abandonaba.

Por más que de una manera u otra estuviésemos avisadas, esa noticia nos produjo a todas una profunda desazón.

—Pasaré las próximas estaciones en una región de la India —comentó la maga sin dar lugar a preguntas de mi parte.

Debíamos respetar su decisión de marcharse, pero luchábamos por no llorar a escondidas en los rincones. Sabíamos que si buscábamos representar un acto de dramatismo para inspirar su lástima, ella nos observaría inmutable y adelantaría su partida.

Agradezco que hayas querido premiarla con un carruaje henchido de regalos.

Por nuestra parte, con True nos dedicamos a tejer filigranas doradas en forma de pájaros en vuelo, que aplicaríamos en un traje confeccionado con la última y más costosa pieza de seda que teníamos en uno de nuestros arcones. En el color marfil de ese género resaltaban flores en delicado brocado, que las doncellas realzarían con trencillas.

Cosieron sin parar día y noche con tal de terminar los pliegues del canesú.

Todo lo que hacíamos se impregnaba con el temor de no saber cómo sería pasar las nuevas estaciones sin la presencia de esa mujer sagrada y sus pájaros guerreros. ¿Quién nos defendería si algo malo llegara a suceder? ¿Por más que estuviésemos cuidadas por los muros, podríamos sobrevivir en nuestro encierro sin su compañía?

En esos días, no era extraño suponer que nuestro alrededor podría empezar a causarnos miedo.

Los otoños sin sol nos hablarían de la muerte y, al llegar el invierno la nieve sería la encargada, con su silenciosa presencia, de contarnos historias desgraciadas.

Todas las habitaciones parecerían sepulcros.

La hermosura de los follajes o las pequeñas flores del jardín, al despuntar la primavera, no harían otra cosa que transmitir mensajes confusos, que nos harían dudar a todas por igual sobre nuestra fortaleza. Nos sentíamos desoladas.

Fueron días desafortunados, difíciles de sostener.

Lo importante era aprovechar al máximo las pocas horas que nos quedaban para terminar nuestro presente y empacarlo completando su equipaje, pero rechazó con delicadeza el traje

realizado por nuestras temblorosas manos y, en su lugar, pidió con humildad un par de toquillas de color bermellón bordadas con sedas policromas, que en la época de mi soltería pertenecían a mi madre.

A cambio, me entregó un par de frascos que contenían un polvillo realizado a base de lapislázuli finamente molido, y una fórmula detallada para mezclarlo con aceites y obtener así una pintura tan fastuosa que fuese capaz de competir en hermosura con el destello del oro.

Fue ella la que nos agasajó con hermosos presentes que las muchachas recibieron llenas de emoción.

A True le regaló un hermoso cofre de madera tallada, donde debería acomodar el vestido color marfil bordado con aves de filigranas y guardarlo con celo para ser usado en la ocasión que ella creyese oportuna.

A las demás, les entregó unos fastuosos jarrones de cerámica roja, que contenían riquísimas sustancias medicinales, y unas piezas de tejidos persas, donde se veían dioses orientales danzando en un baile eterno.

Al recibirlos, las jóvenes lloraban como niñas.

Por esas actitudes tan llenas de generosidad, se notaba que lo único que la contentaba era regodearse en la magia de los colores y no en las formas o el valor pecuniario de los objetos. Nunca sintió codicia por el oro, eso era algo evidente. Si se lo hubiera propuesto, como perfecta alquimista, habría podido crearlo y propiciarlo sin problemas, pero sus verdaderas intenciones estaban orientadas a multiplicar la vida y no las riquezas mundanas.

De haber sabido antes de su predilección por los colores, hubiese llenado su carruaje con incontables ramos de espliego en flor, o mandado a mil emisarios al Líbano a comprar hasta agotar todas las caracolas del mar, para extraer la cantidad necesaria y contentar mi pedido con la más preciosa púrpura para convertirla en un tributo digno de su imagen.

Habría encargado realizar innumerables coronas con flores de espino albar.

Le hubiese brindado como alimento de viaje los rojos frutos de mil arbustos silvestres.

Invadida por la zozobra, tuve la fantasía de tomar la forma de un objeto multicolor y huir de Italia con ella. ¡Qué heroica manera de abandonar mi fortaleza, oculta entre sus pertenencias, transformada en caja musical o en ánfora, sin que nadie notara mi ausencia!

Pero la compuerta cada día era más pesada y sus cerramientos más inescrutables. No existía manera de escapar de mi mazmorra. Además, ella, desde su santidad, nunca hubiera permitido

un acto de cobardía tan grande.

Volví a sumirme en el llanto.

Mis fieles doncellas intentaban consolarme, diciéndome con dulzura que debía quedarme tranquila, que en mi cuerpo residía un gran regalo del cielo. Dios, al perdonar mis pecados, me daba una nueva posibilidad para seguir con vida. Y un símbolo de eso era el comportamiento de las aves al saludarme por las mañanas; seguro continuaban habitando en los perfiles y molduras de los techos de las galerías.

Eran parte de nuestra cotidianeidad.

Desde las más humildes a las más preciosas, revoloteaban rozando mis manos, lo hacían para seguir mis pasos y acompañarme cuando hacía mis cortas caminatas por el jardín.

¿Qué sería de esas aves?

¿También ellas nos abandonarían?

Antes de partir, me condujo a un rincón para despedirse en privado. Yo debía escuchar con mucha atención todo lo que me dijese. Me susurró las siguientes palabras con tanta proximidad como si quisiera besar también los carcomidos pabellones de mis orejas:

—Lo más urgente es que aprendas a separar los abalorios antes de que comience tu transformación. Primero deberás buscar el cristal que represente la figura del Rey, lo demás vendrá por añadidura… El cuaderno que muestra los secretos del árbol prodigioso es tu espejo de papel; allí ocultos, también se encuentran los innumerables retratos de tus múltiples expresiones. Ha quedado en manos de tu doncella, para que lo cuide con su vida si es necesario. ¡Te felicito de todo corazón! Debes estar orgullosa de lo que has hecho hasta ahora, hoy eres una joya del Universo, la más brillante de todas… ¡Más brillante que todo el oro reunido en las entrañas de la tierra! Eres la parte de la sabiduría que enseña el amor por el constante cambio. Tus cuadernos respiran y sabrán reproducirse a su debido tiempo. Te quedas con la obligación de continuar con esta obra, para multiplicarla hasta abrazar el planeta.

Me regaló una maternal sonrisa, emanando también un persistente perfume.

Estuve un par de minutos temblando.

Más tarde, quedé mirándola inmóvil y pensativa, como si se hubieran cruzado por mi corazón la calma y la convicción de que la vida es eterna, y de que siempre nos volveríamos a encontrar.

Insistió en sonreír, pero lo hacía de otro modo, más frugal podría decirse, como si ahora fuese una vieja amiga.

Al calarse el sombrero, acomodó con rapidez y feminidad el tul que caía sobre su busto. Volvió a posar su mirada sobre mi tristeza y me abrazó calurosamente. Ambas sabíamos que mi cuerpo y mi alma le pertenecían. Me acurruqué buscando el calor de su pecho para vivenciarlo como un amuleto infalible que llevaría siempre conmigo.

Aprovechó para brindarme toda su ternura y comprensión. Así funciona el amor cuando es verdadero.

—Deberás encontrar un apoyo, un objeto, un pensamiento recurrente. ¡Lo que fuere! Ya sean naturales o artificiales tus formas de buscar el camino, no debes preocuparte, lo importante es que llegues a un estado de meditación. Desde allí podrás invocarme —terminó diciendo la maga.

—Eres la dueña de mis sueños. ¡Gracias Mujer de los Pájaros! —Le dije temblando, resistiéndome a despedirme.

Ya ubicada en el carruaje, con un corto movimiento de sus manos, nos saludó y nos bendijo, demostrando que también le embargaba cierta inquietud aprisionando sobre su pecho un ramillete de verbenas que había aceptado de una de las doncellas. Nosotras respondimos al unísono desde la terraza, como si pudiésemos gritar con nuestros pañuelos.

Partió en el inmenso carruaje, escoltada por algunos de sus pájaros que batían las alas con ritmo acompasado.

Cuando desapareció de nuestra vista, nos dimos cuenta de que nos había dejado de regalo el resto de sus fieles y volátiles compañeros; ellos, inmóviles como si estuviesen embalsamados, también observaban la línea del horizonte, dando la sensación de que sus pequeños cuerpos estuviesen hechos de aire.

¿También serían aves dotadas con el don adivinatorio?

Pudimos escuchar en las frondas de los árboles cercanos un aviso sagrado de tranquilidad, mensaje de la naturaleza que no quisimos acatar. Es simple el universo manifestándose en amor y, por lo tanto, contundente. Sin embargo, los humanos insistimos en el brutal egoísmo.

Quisimos seguir escuchando un falso silencio de abandono, y no una bella musicalidad en esa partida…

No podía existir ningún tipo de belleza ante una desolación tan grande.

Nuestros corazones estaban derramados.

Desde aquel día, a decir verdad, mi vida se limita a mirar de manera meditabunda el juego que hace el sol a lo largo del día, hasta que, agotado por la llegada del anochecer, se reposa para llorar en las ventanas de mi cuarto.

Ingiero mis alimentos por obligación.

Duermo sin descansar en sueños entrecortados.

Recorro de forma mecánica los espacios de mi celda y, de vez en cuando, como si el aire hubiese desaparecido, caigo en la tentación de morirme de tristeza.

Me dices en tus cartas que es una buena oportunidad para tomar impulso y salir de mi cárcel faraónica, e insistes que busque la fortaleza y renueve los deseos de volver contigo a vivir en nuestras antiguas habitaciones.

Pero yo sigo empedernida con la idea de sostener mi encierro tras estos muros impenetrables; la penumbra, al igual que la noche, brinda escondrijos de protección para el defecto de los mutilados que lloramos nuestros muertos.

¿Por qué me ofreces con tanto descaro el mundo, que es un lugar construido con resplandores que no harían más que desenmascarar mi luto?

Me sobreviene un nuevo temor, y me pregunto si tus palabras no son una encubierta manera de amenazarme con un abandono definitivo si no cumplo tu pedido. ¿Acaso tú también tienes el don de ser un dios impiadoso?

La mujer quien con sus artes curativas supo arrancarme del infierno, ya no está más en nuestras habitaciones.

Ha desaparecido.

Tampoco los pájaros que han quedado para hacernos compañía tienen la habilidad de volar dibujando sus bellas figuras cuando acarician las bóvedas, ni asientan sus finas plumas en los herrajes de los sellados balcones con la gracia que los ha caracterizado siempre. Al igual que yo, no ansían moverse y mucho menos volar. Percibo que extrañan a su dueña.

Ante tanto desamparo, sin querer caminar por las galerías, permanezco encerrada y dedico horas enteras cavilando cuál será el destino de su mágica existencia.

¿Qué camino transitará?

Tras varias horas de discusión, True ha conseguido convencerme para dar unos pequeños pasos por el jardín. Es tanto el amor que transmite esta doncella, que no hago otra cosa que conmoverme cuando escucho sus palabras amables y cultas.

Hace casi un mes, me ha instado a realizar junto a ella una caminata más larga y, a la semana siguiente, otra, y así en lo sucesivo, hasta completar los días con esta nueva costumbre. Yo las concibo

como caminatas atemporales, con las cuales surcamos intramuros que sólo existen en una ciudad que imaginamos y habitamos juntas, sin pronunciar ninguna palabra.

Las dos estaciones junto a la Mujer de los Pájaros se convirtieron en un imperceptible y sucinto espacio de tiempo. Y aunque la sutileza de su alma pudiera acompañarnos, sabíamos que su cuerpo ya no estaría con nosotras.

Nos había dejado un cúmulo de conocimiento por revelar todavía.

Hoy es nuestra tarea pendiente.

Sin su sagrada colaboración y guía, el único modo de continuar con dicha aventura será el de ejercitar con True los intrincados mecanismos de la memoria para recordar pasados remotos.

Hoy he vuelto a leer la carta donde me brindas explicaciones, que no logro entender y mucho menos aceptar, con respecto a los motivos por los que debes mudarte cuanto antes a Carignano.

En la parte donde te explayas, en las que yo creo son falsas explicaciones, no puedo leerla, como si no entendiese tu caligrafía y sufriera de una alicaída inteligencia, comportándome como una desgraciada analfabeta.

Tampoco he podido responderte.

Muchas veces, la tristeza realiza este tipo de juegos, afectando la iluminada inteligencia, y nos encierra sin que podamos expresarnos, como si fuésemos personas rústicas.

Primero, el abandono de la Mujer de los Pájaros y, ahora, también tu partida.

¿Qué puedo decir al respecto?

Extrañaré la noción de que de una manera u otra compartíamos la misma fortaleza, y también la prontitud con la que recibía tus misivas. Espero tan sólo que no olvides tu costumbre de escribirme como lo venías haciendo. Ahora, además de los muros de piedra, la impiadosa distancia y sus bifurcados caminos me separarán de ti.

XVI

La ausencia de la Mujer de los Pájaros era algo que seguía creciendo según pasaban los días.

Tampoco escuchábamos, como de costumbre, los bullicios que siempre provenían de la casona, que de alguna forma aportaban consuelo a nuestro encierro cada vez más frío y agobiante.

Ante tanto abandono repentino, aumentó la desazón. Por más que intentáramos, no encontrábamos consuelo. Nuestras vidas carecían de verdaderos motivos para estar alegres.

Las doncellas, por temor a quedar encerradas el resto de sus vidas, se refugiaron en sus oraciones, pidiendo a su patrona celestial tener la suficiente luz de entendimiento para seguir soportando en una espera que cada día se hacía más angustiante.

Pasaban tantas horas en sus plegarias, que un alterado misticismo llegó a envolverla, cambiando el ritmo de sus labores domésticas. Olvidaban con facilidad sus responsabilidades más básicas y no prestaban atención a mis necesidades.

Comienzo a creer que esa profunda y constante preocupación en sus corazones fue lo que provocó que se desencadenaran pequeñas mutaciones en sus cuerpos.

Por las mañanas, al acercarme para saludarlas, observaba algo que me espantaba: tenían marcados movimientos y actitudes similares a las de la Mujer de los Pájaros. Y aunque parezca increíble, al dirigirse a mí para responderme con variados gestos de humildad, parecían mostrarme características físicas de la maga africana. Llenas de fortaleza y decisión, me recordaban los gestos de mi admirada maestra.

El parecido resultaba impresionante, puesto que las similitudes eran casi absolutas.

Sus voces sonaban con el mismo timbre alígero, y sus sonrisas estaban repletas de luz.

Con el paso de los días, las semejanzas se fueron acrecentando en sus modos de caminar, también en las inquietantes maneras que tienen para comunicarse entre ellas. Sus trajes tomaban aquel color ceniciento con el que solía cubrirse la huésped más digna que he albergado en estas habitaciones.

¿Siguiendo los pasos de su antecesora, llegarían a ser osadas pitonisas sabedoras de los más diversos tipos de adivinación, capaces de proclamar y dictar con altisonancia sus predicciones?

¿Serían capaces de interpretar los ruidos causados por sus

propias compañeras y de allí intuir la forma anticipada del futuro o, al igual que nuestra maestra, buscarían en las flores y en el respirar de los pequeños animales domésticos, las fórmulas para alcanzar un milagro?

Salvo True, las demás transmiten indicios de haber sido poseídas por tan honorable espíritu.

Otro evento inquietante es el hecho de que desaparezcan objetos de mi escritorio, eso me obliga a buscarlos con nerviosismo, haciendo demorar mi trabajo y provocándome agobiantes ataques de nervios. Lo que más me enoja es que al día siguiente aparecen en sus lugares habituales, como si nadie los hubiese tocado.

Estoy segura de que no es ninguna de mis doncellas.

Esas pobres criaturas indefensas, por más que se encuentren transformadas, jamás se atreverían a ocultar mis materiales, tocar mis folios, alterar la posición de mis tinteros o a desordenar los dibujos coloreados. Saben muy bien que mi escritorio es el único lugar donde encuentro la tranquilidad necesaria para seguir viviendo.

¿Será el espíritu de mi madre que ha vuelto en sus andanzas, queriendo impedir mediante sus artilugios que continúe con estas palabras que intento escribir?

¿Es tanto el odio que siente por mí, por no haber seguido estrictamente sus reglas, que se ha convertido en un demonio capaz de desdoblarse para venir a hostigarme?

Aunque he visto el modo con el que se esfumó en aquella oportunidad, es probable que insista en seguir existiendo en otras dimensiones para continuar con su plan de fantasma…

Y para peores males, teniendo todo a disposición, mis manos comienzan a tomar una coloración amarillenta.

Al percibir esa pequeña, pero inquietante transformación, permanezco inmóvil y espantada. Mi cuello se entumece. Me preocupa que estas reacciones en mi cuerpo comiencen a repetirse con demasiada asiduidad.

¡Con todo lo que hay que escribir todavía!

No quisiera experimentar los cambios preconizados por la maga sin antes haber completado buena parte de estos cuadernos.

He observado que las caléndulas en los floreros duran semanas enteras, como si nunca nadie las hubiese arrancado. No es

descabellado imaginar que este milagro sea un regalo que el cielo nos dispensa para que recuperemos nuestra gallardía perdida.

Las flores dicen que me calme.

¡Debo quitarme cuanto antes toda idea de persecución!

¡No hay ningún ectoplasma, ni fantasma de madre detrás de mis espaldas que aceche con intenciones de matarme!

He mandado a las doncellas que recojan una gran cantidad de flores para estudiarlas y catalogarlas. El hecho de que permanezcan rozagantes por más que los días transcurran despiadados, las convierte en excepcionales.

Si seguimos así, con True seremos expertas botánicas o, al menos, pacientes enciclopedistas dibujando y describiendo con absoluto entusiasmo los estambres, pistilos, preciosos filamentos y el aspecto en general de los agraciados capullos de las perennes caléndulas.

Por su parte, mi doncella predilecta ha redoblado su trabajo. En voz baja repite con insistencia que el cuaderno de las flores anaranjadas debe ser terminado cuanto antes.

He debido suspender la confección del cuaderno de las caléndulas. Es más importante que le dicte las descripciones de los paisajes, que puedan llevarla a nuestro castillo de Carignano.

¿Qué tal si sucede algo malo y necesito con urgencia que vengas a rescatarme?

¿Cómo haría mi doncella para buscar tu auxilio?

En tu última carta me dices que no debo preocuparme, que en nuestra casa continúan viviendo buena parte de la antigua servidumbre, pero la falta de rumores que percibimos tras los muros es más grande de lo que podemos imaginar.

Ni siquiera se oyen silbar almas.

Debo reconocer que la empedernida decisión de dictar el mapa, se deba en principio a que en mi corazón sigo manteniendo la necesidad de tener un camino marcado, delineado con claridad, que me lleve de manera imaginaria hasta el lugar donde te encuentras.

Mi joven doncella ha estado un par de días dedicándose a la escritura de mis indicaciones, dibujando también un itinerario alternativo que atraviesa el bosque. Es el trayecto que considero más directo.

Muchas veces he debido detener mis palabras a causa de insoportables náuseas que me aquejan y persisten hasta hacerme doblegar. Por lo que recuerdo, confío en haberle dado los detalles justos para que logre dibujar un mapa certero, con el que ningún cochero pueda perderse.

Los dibujos que hasta ahora ha realizado son magníficos.

Nuestro mapa, además de ilustraciones, incluye en su parte posterior detalles protocolares con los cuales he tratado de ser lo más específica posible al sugerirle las maneras más correctas de conducirse en tu presencia. Ella, con la humildad de corazón que la caracteriza, ha escuchado mis recomendaciones y ha tomado nota, uno a uno, de los pasos que deberá seguir de manera cuidadosa. Bajo la grácil luz de una vela, los estudia por las noches en su celda.

Cuando tiene alguna duda sobre el mapa o alguna palabra a utilizar, vuelve a mi cuarto para hacerme preguntas y más preguntas.

Pero en estos días, ya no tengo ánimos para recibirla.

Me aquejan severas hemorragias y consiguientes escalofríos.

A la hora del atardecer, me sobreviene un fastidio general, debido al cual intento alejarme de mi alcoba en dirección a las galerías en busca de aire puro, pero mi deseo de dormir es más fuerte y, entonces, busco mi lecho; el mío es un cuerpo amodorrado y atravesado por la cataplejía. Una agonía me envuelve, una postración más lamentable que la física me invita a un total y definitivo retraimiento de mis palabras. No hay nada que decir, ni tampoco pensar.

Pero no hay temor de muerte en mi alma.

Permanezco tendida con mis ojos cerrados, tratando de perderme en inútiles meditaciones.

Cuando logro dormir un par de minutos, algo me despierta sobresaltada. Me pregunto si estaré por caminos espirituales que puedan llevarme a la demencia. Parece que toda mi existencia se redujera a obedecer un insoportable mandato de tener que observar todo en detalle, pero a la vez notar, percibir y entender con otro sentido que no es mi vista.

Presto atención a mi organismo y no percibo olor ni temperatura humana.

Lo maravilloso de tales síntomas es que las sensaciones de sufrimiento físico también van desapareciendo.

He meditado y he decidido que True se encargue de llamarte cuanto antes para que vengas con urgencia.

Es importante que nos encontremos antes de que mis formas

humanas desaparezcan. Además, estoy convencida de que debemos volver a disfrutar nuestras miradas.

Estos muros nacidos del resentimiento han terminado por agotarme.

Quiero que sepas que necesito verte cuanto antes.

Sentir tu presencia física.

Acariciar, si me lo permites, tus cabellos y tus hombros varoniles.

Deseo despedirme tiernamente y con un único gesto solemne, como suele despedirse a las personas importantes. Quise guardar una distancia infranqueable entre nosotros, pero estoy arrepentida de haber prodigado tanto dolor a tu corazón. El nuestro es un gran amor que sigue siendo un sentimiento de naturaleza quimérica que me protege y me asusta a la vez.

Tengo la convicción de haber aprendido a amar, pero no logro encontrar las palabras indicadas para expresártelo, es algo que va más allá de un entendimiento humano.

Te ruego que me perdones y entiendas mi pedido de auxilio.

Ojalá que tomes a bien las palabras de mi doncella al pedirte que apresures al máximo tu expedición.

Llevará consigo los cuadernos más preciosos de nuestra enciclopedia como muestra de la confianza que le tengo.

No debes espantarte.

Con su forma pausada, te dirá que cubriré mis cicatrices con paños que ella y las otras vírgenes han hilado con especial esmero para el recibimiento que te mereces. Y, al emprender tu viaje, no busques hostigarla con preguntas que ella tiene prohibido responder, deberás esperar a nuestro encuentro para matar todas tus dudas.

Lo único que puedo adelantarte es que mi voz ya no es la misma que escuchabas cuando éramos marido y mujer; ya nada queda de aquella compañera que perdiste en el fuego.

Quiero hablarte con los sonidos que pueda dispensarte.

Te ruego que recibas condescendiente este último pedido mío.

El deseo de querer verte, aunque sólo sea por unos cortos minutos, esconde la verdadera inquietud de llevarte conmigo en un grato recuerdo. Y por qué no también llevarme algo de tu alma, lo cual no me parece pecaminoso.

¡Un nuevo recuerdo de ti en una nueva consciencia!

Percibirte y necesitarte con un modo diferente.

Emplear la expresión de afecto más encantadora y tierna que pueda yo experimentar para luego separarme para siempre. Dejarte en libertad, llevando conmigo tan sólo la noción de un saludo compartido con amor, un saludo discreto y respetuoso.

Las habilidosas manos de mis vírgenes han tejido sin cesar finísimos hilados, dando forma a una mantilla de calados inimaginables por su hermosura, y más liviana que todas las plumas de un ave diminuta.

Con el resultado de sus labores, pretenden envolverme a la hora de tu llegada y, de ese modo, mostrarte un aspecto que intente disfrazar con éxito lo que sería a ojos humanos mi quebranto de transformación.

¡Nuestro encuentro se aproxima, puedo sentirlo!

Al verte, te diría que me dieras una parte de tu tesoro de amor, que me regalases el sonido de tu voz al pronunciar mi nombre, o tal vez que dediquemos extensas horas en una nueva intimidad rezando una plegaria.

Te pediría en silencio que intentaras cambiar mi destino, o al menos demorarlo.

Pero sé que nada de eso sería posible. Siento que ya no existo.

Sólo espero verte, sentir tu cercanía de hombre al que sigo amando.

Me conformo con tan poco, que parezco una flor a punto de dormirse…

Por fin, True ha logrado terminar con éxito el ansiado mapa con el cual podrá indicar el camino correcto a los cocheros en dirección a nuestro castillo en Carignano.

Me lo ha mostrado con humildad y delicadeza y, por más que he tenido grandes dificultades en verlo, he logrado intuir tanta hermosura en esa bendita lámina que me hubiera gustado felicitarla con un dulce abrazo.

Lucía como si fuese la obra de un maestro renacentista. Podían advertirse, además, líneas que sólo los grandes científicos serían capaces de trazar con tanta precisión. Intenté, de nuevo, un saludo caluroso, pero no he podido; un cierto malestar ya se ha instalado en mi contextura, dándome a entender que no hay lugar para las emociones. Sin embargo, quedo tranquila sabiendo que su viaje se dará sin inconvenientes.

No encuentro forma para expresarle mi gratitud.

Pensé que mis cambios serían más paulatinos, pero según sus

comentarios, debido a mi ansiedad por verte, han sobrevenido en los últimos dos días con una fenomenal premura. Temo seriamente caer enferma.

Una última cosa.

¡A todos los dioses en un solo Dios, les pido decirte y que tú me entiendas, que cuando tomé la decisión de mi encierro, nunca pretendí olvidar la vida que me tocó en suerte a tu lado!

Es más, al querer con tantas ansias que de una vez por todas se concluyan estos papeles manuscritos, busco festejar y hacer eterna la corta vida que hemos compartido.

Quisiera decirte que las infinitas noches en las que he faltado a nuestro lecho nupcial, me han producido llagas más profundas que las sufridas por el inclemente fuego. Y como condenada nulípara, sigo sufriendo por no haberte dado el hijo que esperábamos; él hubiese alegrado tu futuro. No cumplí con el mandato de expeler el fruto que latía en mi seno de no-madre, esa alma que ya comenzaba a decir voces, alma concebida en el amor más puro.

Quedo con ese peso en mi alma; no hay descendencia de nuestro amor más que estas pobres y desvaídas palabras escritas.

La frustrante realidad

Las que siguen son páginas deterioradas por el moho, se ven deslucidas, como si hubiesen sido parte de libros pertenecientes a una biblioteca ubicada en el fondo del mar.

¡Mi trabajo de transcribir se hace cada vez más imposible!

Hago tachaduras sobre mis palabras improvisadas, que resultan siempre enviciadas e inútiles, las cuales ponen en evidencia mi constante manía por el garabato. Sin ver ningún motivo valedero para continuar con toda esta locura, me viene el deseo de dar puntapiés al inocente escritorio.

Desahogo que tampoco me resulta suficiente.

Descubro que hace algunas semanas he dejado de fumar, como si el tabaco ya no me diera placeres. Eso me hace sentir un varón sin ningún tipo de atractivo, puesto que también mis deseos masculinos prácticamente han desaparecido.

Aprovecho mi frustración para apartarme de mi inútil trabajo y respirar un poco. Busco calmar la hinchazón de mis manos al introducirlas en el agua del refrescante lavatorio.

¿Qué ha sucedido con mi vida?

Si tuviese el deseo de consolarme en algún refugio amoroso, me sentiría un poco distendido, pero mi cuerpo no precisa calmar ninguna necesidad fisiológica, mi condena es de carácter espiritual. Siento que estoy perdido, pero en vez de buscar reposo en mi lecho para disipar mis malogrados sentimientos, insisto en volver a los envenenados papeles para seguir hojeándolos.

Las mágicas experiencias vividas por esta mujer, encerrada tras las paredes de su claustro, temiendo caer enferma, pero también soñando con acceder al cuerpo de la resurrección al igual que una obstinada alquimista, deberían darme la solidez que necesito para no decaer en mi búsqueda por dilucidar el enigma encerrado en estos cuadernos.

¡Pero nada me auxilia, ni percepción que aclare las dudas que siguen naciendo, una tras otra!

Nada extraordinario sucede en mis sentidos, como en los primeros días en que los tuve conmigo, que me permita acceder a los lugares donde sucedieron los hechos. Es imposible darle una forma coherente a estas letras que insisten en ser transparentes...

Han transcurrido un par de horas y puedo vislumbrar algo. Observo, apenas delineadas en tinta desteñida, unas manzanas que al apoyar mi nariz me invaden con un dulzón aroma de fruta recién recolectada.

Mi alma se siente vivificada.

Sin llegar a tener una confianza definitiva, algo en mi corazón me dicta palabras de esperanza. ¡Pero no hay caso! Intentar leer las apostillas al pie de las páginas me llevaría años. Están borradas por la implacable mano del tiempo…

Tampoco aparece, ni por descuido, el nombre de la autora, quien sigue disfrutando en no darme detalles que hagan más fácil mi búsqueda si me pusiese a investigar fuera de lo que puedan brindarme estos cuadernos, lo cual es algo comprensible.

De nada serviría dirigirme a un notario de la zona para averiguar nombres, fechas y títulos nobiliarios, datos que no explicarían las verdaderas razones que tuvo para emprender el camino de sabiduría espiritual en el que se encontraba.

En fin, tendré que conformarme con las escuetas frases que no llegan a ser explicativas con respecto a sus verdaderos motivos. Tal vez se trate de una interpretación, muy íntima y personal, de sus propios sueños o supuestos recuerdos de sus vidas pasadas, no olvidemos que en los tres cuadernos deja entrever su gusto por la antigüedad romana y leyendas de sospechosos orígenes.

¡No lo sé! ¿Cómo saberlo?

Tal vez, en sus relatos están ocultas las verdaderas claves para interpretar los caminos de la metamorfosis preconizada por su maga. Sea lo que fuere, la verdad que necesito saber se encierra en constantes hermetismos, y todo es tan confuso que mi respiración se detiene. Por las noches, cuando al fin puedo conciliar el sueño, una persistente y agobiante falta de aire me despierta. A pesar de tanta diligencia y renunciación puestas en mi trabajo, veo que sobre mi escritorio no hay más que montañas de papeles con textos que resultan ser basura incomprensible.

¡Pero no puedo quedarme en la mitad del camino!

No concibo la idea de que estos cuadernos sean tan sólo una falsa promesa de sabiduría. Tengo sobre mis espaldas la compleja responsabilidad de cuidar esta herencia de cualquier peligro pero, además, la obligación de transcribirla y también completarla.

He pasado un par de días dando vueltas por la casa, sin lograr sentarme a escribir tan sólo una línea.

También el hecho de no haber servidumbre me ha obligado a

ocuparme yo mismo de ciertas obligaciones domésticas.

—¿Cómo podría concentrarme en mi trabajo? —Me decía yo mismo buscando un falso consuelo.

¡Nada de eso!

La verdad era que el vacío de inspiración iba más allá de toda excusa mundana que pudiera inventar. No encontraba ninguna forma lógica para continuar con mis transcripciones basadas en unas hojas de papel, cada vez más desteñidas, que parecían haberse propuesto alcanzar la transparencia. Mientras tanto, la historia de la desconocida mujer a punto de convertirse en planta continuaba irremediablemente inconclusa en una maraña de imágenes fantásticas. Moría de intriga por saber qué habría sido de su existencia, cuáles habían sido las nuevas obligaciones de la abnegada doncella ante la incipiente transformación de su señora.

¿Qué habría sucedido con los cuadernos, y sobre todo qué había sucedido con el pedido de auxilio a su marido?

No tenía sentido seguir dando vueltas como un animal por mi casa, u ocuparme de manera infructuosa en querer lavar la vajilla.

Decidí poner bajo siete candados los cuadernos y las mediocres transcripciones y, sin armar equipaje, fui a Cisterna a paso firme.

Necesitaba salir de esas habitaciones, que sólo me recordaban mi irremediable frustración como escribiente.

Una vez en la posada, pregunté si existía una diligencia o cualquier otro medio que me llevase a Turín cuanto antes. Recibí noticias dichosas, no faltaba mucho, apenas un par de horas para que pasara un carruaje en dirección a mi ciudad natal.

Al darme la información, la dueña del lugar quedó impávida, oponiendo resistencia y a la vez asustada, como si estuviese al frente del mismísimo diablo. Me pregunté que le estaba sucediendo. ¿Era tan grande mi falta de higiene, mi aspecto amenazante, o tal vez mi mal humor al intentar comunicarme en dialecto lo que le hacía suponer que yo fuese un mendigo llegado de otro pueblo o, peor aún, un delincuente dispuesto a matarla con tal de obtener algún objeto valioso?

O acaso… y ésta era la variante por la cual más me inclinaba, la pobre mujer adivinaba en mi expresión dislocada el profundo desprecio por la humanidad que venía cultivando en los últimos tiempos, lo cual la llenaba de desconfianza. Lo único cierto es que la temblorosa posadera continuaba sin quitarme los ojos de encima.

Por fin, se animó a pronunciar una frase con acento neutro.

—Pero sin abrigo no podrá hacer un viaje tan largo, Señor… —las últimas dos palabras la mujer las dijo balbuceando.

—¿A qué se refiere? —Le respondí con cierta insolencia.

Al no poder expresarse adecuadamente, apretó sus labios. Era evidente que estaba sucediendo algo extraño. Dirigí mi mirada a las ventanas, y el blanco de un riguroso invierno me hizo caer en la cuenta de que los meses habían transcurrido sin que yo lo percibiese.

—¿En qué mes estamos, mi buena señora? —Le pregunté nervioso.

—A tres días de la Navidad —respondió la posadera.

Llevó su mirada vergonzosa en dirección a los tablones del pavimento.

Quedé estupefacto.

¿Cómo era posible?

Pero enseguida comprendí que siendo yo el transcriptor de cuadernos repletos de una sabiduría de la cual no lograba todavía tener un cabal entendimiento, era factible que todo pudiera suceder. Después de la partida de Giuseppina, ¡una entidad fantasmal se había ocupado de llenar las alacenas con alimentos y mantenido en orden el resto de la casa en todo detalle, hasta incluso hacer brillar la más pequeña pieza de cubertería! En total eran tres o cuatro los meses transcurridos desde la partida de mi mayordoma infame, y nunca había podido percibir nada extraño que me hiciera suponer los hechos milagrosos que estaban sucediendo.

¡Y lo más curioso del caso era que había venido a Cisterna, hundiendo mis pies en la nieve con un delgado y cómodo calzado de verano, sin que nunca hubiera percibido el gélido sendero!

Y mis ojos veían, en realidad repetían memoriosos, un paisaje que tan sólo recordaban de las placenteras caminatas estivales.

Pero entonces, ¿la realidad es algo que construimos con nuestra imaginación? ¿Somos tan magnánimos como para crear por medio de nuestra memoria?

La mujer de la posada, al presentir mi descompostura debido a la sorpresa que de repente me había capturado, y al verme que estaba vistiendo con apenas una levita de liviano levarte de lana, corrió a buscar un abrigo y un sombrero de felpa con la idea de auxiliarme, antes de que yo comenzase a tambalear debido al frío que había comenzado de manera estrepitosa a sentir en todo mi cuerpo.

Acepté su auxilio a regañadientes.

Al ir cubriéndome con las abrigadas prendas, me sobrevino una duda aun más espantosa.

—¿Seguimos en 1837? —Continué preguntando.

—¡Claro, mi señor! Hasta dentro de unos días… —me respondió la mujer con una sonrisa cómplice.

¿Buscaba prodigar buenos sentimientos para calmarme? Al minuto percibí que, al igual que yo, parecía no entender nada en absoluto.

—Deberá tomar algo caliente mientras espera su carruaje. Venga conmigo y descanse un poco en una de estas poltronas —me dijo con amabilidad.

Rehusé sentarme en las confortables dependencias. Elegí una desvencijada silla de esparto, iluminada por la luz blanca que provenía de una diminuta ventana, eso sí, busqué degustar el delicioso chocolate cuyo aroma desbarató por completo mi expresión estoica.

La dueña de la posada se deshacía por atenderme como si yo fuese un príncipe; por mi parte no atinaba a ser condescendiente, mi mirada insistía en perderse en el paisaje tras las cortinas.

Cuando reaccionaba dirigiendo la atención a los gruesos hilados de mi abrigo dado en préstamo, como si pudiera traspasar esas fibras con una mirada de insecto, caía en la realidad de haber estado inmerso en un largo y soporífero estado, capaz de alterar mi noción de las cosas y el transcurrir de los días.

Todo aquello me confundía y me obligaba, en cierta manera, a observar lo que sucedía en la modesta posada, con la misma extrañeza con la que se intenta contemplar el infinito.

Gracias a todos los santos, en la posada no estábamos más que la gentil señora y yo.

El mundo parecía devastado, o muerto.

Volvía a reflexionar.

Todo señalaba que cuando me zambullí en los tres primeros cuadernos, accedí a estados mentales tan formidables que me posibilitaron, entre otras cosas, pasar sin alimentos parte del verano y toda la estación otoñal. Sentado en el cálido refugio de una posada de montaña, lejos de todo, trataba de entender lo sucedido, me seguía sorprendiendo un nuevo placer, o una nueva manera de exaltación.

Sin buscarlo, había participado en un pequeño pero irrefutable acto de inmortalidad.

Y lo que estaba dispuesto a hacer en Turín, era propio de un ser inmortal.

Una vez más, me convertía en el más humilde y obediente de los devotos a todo aquello que antes interpretaba como algo imposible.

Lo que antes era cosa de lunáticos, hoy era mi realidad más contundente.

Pero el viaje a la gran ciudad me guardaría todavía una nueva sorpresa.

Al juzgar por la sonrisa encantadora que mostraba, acomodado tan distendido en el mullido asiento del carruaje, daba la sensación de que el distinguido joven, ataviado con un espectacular redingote azul marino de doble solapa y bendecido por un tipo de perfume extranjero que le aportaba un aura palaciega, fuese el mismísimo dueño del transporte.

Parecía haber estado esperándome para compartir conmigo una conversación de amigos en lo que duraría el recorrido a Turín por el escarpado y frío camino.

Tenía el aspecto del genio recién salido de la lámpara que respira lleno de calma, como si estuviese en otra dimensión pero, a la vez, con el ánimo de escuchar con atención de la boca de su amo el primer pedido de milagros.

No me quitaba los ojos de encima, me miraba como si alguna vez hubiese alimentado conmigo un tipo de confianza o tal vez compañerismo.

Éramos los únicos pasajeros, y su aire de varón afortunado llamaba a mantener un animado diálogo, no obstante, después del primer intercambio de saludos me sobrevino un escalofrío e insistí en no prestarle más atención. Opté por zambullir mi atención en las indefinidas líneas del paisaje albo. Al transcurrir los minutos, mientras nuestros cuerpos buscaban acomodarse al mecánico movimiento del coche, continuaba con su insistencia en querer devorarme con la mirada.

En un determinado momento, se decidió y comenzó a decir:

—El tiempo ha transcurrido presuroso, Señor Damasceno...

Sus palabras sonaron con una contundencia que no tuve otra alternativa que temblar, confirmando mi grado de inferioridad hacia el príncipe que me hablaba con ese altisonante modo. Cuando le dirigí la mirada, volvió a observarme como si nos conociésemos de toda la vida, pero ahora con cierta malicia, gozando altanero de su brillante estampa con respecto a mi humilde aspecto de varón citadino convertido en montañés, que incluso ha olvidado sus antiguas costumbres de cortesía.

No supe qué responderle.

Por más que insistiera y buscara en mi memoria, no lograba reconocerlo.

—Tanto yo como mi familia estaremos por siempre agradecidos al espíritu que lo trajo a Cisterna —continuó diciendo el misterioso joven.

Con dicho comentario, intentó aportar luz a mi oscuro panorama, pero yo seguía sin saber de quién se trataba y no atinaba a responderle, como si estuviera bajo un tenebroso influjo que paralizaba la motricidad de mis músculos faciales. Continuó su

monólogo con tranquilos comentarios, disminuyendo la gravedad de su voz hasta convertirla en meliflua:

—¡Yo fui el primer beneficiado de toda esta comarca! Mi vida cambió por haber traspasado los umbrales de aquella casa bendita —sus ojos se transformaron y pareció perderse en su embriaguez—. Siempre supe que toda clase de eventos luminosos y nuevas nociones con respecto a la juventud, la prosperidad y la sabiduría se afincarían en estos lugares con el solo fin de dar un testimonio revelador a toda la humanidad —su rostro volvió a transformarse, pero ahora de una manera más sorprendente—. ¡Al entrar a esa habitación quedé suspenso! Lo que provocaba aquella luz solsticial sobre los muebles era para quedar mudo, pero sobre todo en el rostro de aquella bendita difunta, le otorgaba un aspecto de ángel o de niña milagrosa…

Comprendí que, al que tenía frente a mí, era el joven Li Calzi.

Aun sin conocerlo en persona, y habiéndome enterado de algunas de sus proezas al encontrar el cadáver de True, surgió en mi interior un profundo deseo de darle un abrazo, pero no quise interrumpir sus prolongados y floridos discursos de agradecimiento. Preferí contemplarlo y estar atento a sus palabras, que exclamaba con renovada convicción.

Desembolsó un frasco de perfume, lo abrió con parsimonia y comenzó a empaparse las manos, también acarició su rostro para darse nuevos ánimos con el embrujo de la costosa fragancia.

El elixir impregnó la cabina y también mis fosas nasales.

La vibración que irradiaba ese contagioso perfume era la misma que antes me causara molestia y confusión, pero ahora me otorgaba la paz y la fortaleza que tanto necesitaba para concluir con más ímpetu lo que debía llevar a cabo en Turín.

Me permití sonreír.

No quise preguntarle detalles con respecto a su experiencia en la habitación de True y su lecho de muerte, eso era algo que le pertenecía a él en exclusiva. Mi misión en Cisterna era la de ser un fiel transcriptor y no una suerte de investigador o policía en la tarea de escudriñar las circunstancias que les tocó vivir a todos y a cada uno de los habitantes de la zona, pasados los acontecimientos tras la aparición de la santa.

Ya demasiado tenía con la propia, como para agregar otras torturas a mi vida.

Durante el transcurso del viaje, se despachó en relatar, siempre con sus indiscretos comentarios, pormenores de la vida de los ricos clientes que le habían surgido “mágicamente” en Turín, y que tan generosos compraban sus instrumentos, pagando muy bien por ellos, tratándolo a él como al más habilidoso luthier.

Era evidente que el estigma de la pobreza ya no existía en su

vida.

Debido a sus animosas palabras, el viaje pareció durar un par de minutos y, de repente, ya estábamos en plena ciudad, a pocos metros de la Plaza de Armas. Yo fui el primero en descender, él continuaba en dirección a Corso Regina Margherita, cruzando los jardines del Palacio Real. Sin mostrar demasiado interés, me animé a preguntarle:

—Con tanta buena fortuna que goza con su clientela aquí en Turín… ¿No ha pensado en mudarse?

—¡Ni lo diga! Mi verdadero éxito funciona trabajando en Cisterna. ¡Es más —se desplomó en otra inferencia—, me encantaría algún día instalar mi taller en la casa milagrosa! —Dijo Li Calzi.

Sin despedirse, rió con una carcajada que intentaba delatar una falsa estupidez y cerró con premura la compuerta frente a mis narices. Ante tal contestación, quedé atónito, y mi corazón comenzó a palpitar con malos presagios.

En vez de dirigirme a la casa de mi madre, me conduje directo al Banco que se encontraba frente a la plaza.

Debía adelantar ciertos detalles de mi agenda y el plan que me traía a Turín.

Extraje dinero y, de inmediato, fui a la oficina de los caballeros que se encargaban de los títulos y la venta de la casa de mi tía True, oficina que se encontraba a pocos metros sobre *Via Lagrange*. Con esos buenos señores mantuvimos una escueta conversación acerca de las nuevas leyes de la economía liberalizada. Hacía poco tiempo que en estos territorios uno puede disponer de sus bienes y hacer con ellos lo que le plazca, motivo por el cual festejamos.

Cuando ya había hecho el pago y la firma de las nuevas escrituras, salí con el ánimo reconfortado, liberado de todo temor de perder algún día esa propiedad inmobiliaria que tanto me importaba. Estaba dispuesto a todo, con tal de que volviese mi inspiración, y así continuar con mi misión de completar los mágicos y desteñidos cuadernos.

Si no lograba escribir nada, estaba seguro de que las paredes, los muebles y los pocos objetos que quedaran ahí, al haber compartido la existencia de True, podrían facilitarme la información que tanto necesitaba.

Para calmar mi excitación, decidí dar un paseo, pero caminando unos minutos por las impecables calles, descubrí que no me encontraba cómodo en Turín.

La ciudad resplandecía bajo la misma luz de distinción, mostrando su marcial señorío como nunca, sin embargo, todo emergía ante mi vista como un mensaje insípido. Era una ciudad extraña, donde mis nuevas inquietudes espirituales no podían salir a la luz… y

mucho menos resplandecer.

Los magnánimos ventanales espejaban los reflejos de un tímido sol vespertino sobre la *Strada Doragrossa*, pero no alcanzaban para contentar mi alma que ya era rebelde y precisaba de actos de verdad heroicos con respecto a la belleza.

Las personas que pasaban a mi lado, ataviadas como príncipes, no lograban percibir mi presencia, ignorándome, aunque algún que otro transeúnte detenía su mirada en la mía, tal vez reconociéndome e intentando ofrecerme un saludo amable. Pero eran sólo atisbos que reprimía dejándolos morir debilitados, como si fuésemos criaturas distantes de toda noción de pertenencia.

Me hallaban familiar, pero no era yo la persona a la que reconocían.

Para ellos, Massimiliano Damasceno, estaba desaparecido, era un noble varón que, según comentarios, se encontraba recluido en las montañas y nunca más volvería…

Quise respirar un poco de aire, y me quité el torpe abrigo para ubicarlo en mi brazo izquierdo.

Carente de cuidados personales, y sin la pulcritud de mi antigua indumentaria de confección londinense, a todos les habré parecido un demente suelto, dando pasos vagarosos por el centro de la ciudad.

El que otrora fuese mi sencillo y funcional estilo de lucir frente a las personas, como si quisiese imitar a los *dandies* franceses, había desaparecido de mi persona. Por más que siguiera usando mi traje realizado con materiales de primera calidad, con cortes perfectos y ajustados, mi actitud era más bien la de un *contadino* y no la de un ciudadano acomodado de la gran ciudad piamontesa.

El cuello de terciopelo de mi levita mutaba tristemente su primigenio color azabache hacia una opaca y debilitada suavidad de ámbar; parecía pertenecer a otro traje. La sarga de mi pantalón estaba tan ajada que me otorgaba un aspecto de mendigo, y el inmenso abrigo, dado en préstamo por la generosa posadera, lucía a mi costado como una bandera muerta, adosándome la imagen de un confundido leñador montañés que, además, no sabía cómo llevar el sombrero que bailaba aparatosamente sobre su cabeza despeinada.

Era imposible que me presentase con ese aspecto tan calamitoso en mi casa paterna; hubiese provocado un infarto en la servidumbre o, al menos, una profunda tristeza en el corazón de mi madre.

¡Convenía volver cuanto antes a Cisterna!

Algo en mi interior me llevó a caminar con rapidez, arrastrando mi delgado calzado por las aceras estrechas, por pasadizos y *strade lastricate*, dando tropiezos dolorosos debido a que mi memoria

ya estaba olvidando los antiguos vericuetos de sus curvas.

Intentaba respirar sin éxito en una ciudad donde treinta años atrás había nacido.

¡Mi ciudad materna!

Pero el gran lugar urbanizado que me rodeaba no lograba reconocerme y me oprimía haciendo faltar el aire en mis pulmones. Tomaba mi reloj para contar los minutos; una y otra vez controlaba el paso de las horas que no transcurrían nunca.

Estaba agotado y no veía la hora de tomar un carruaje que me llevase de vuelta a casa.

Un par de niñas, queriendo escabullirse como ardillas para no ser atropelladas, me evitaron haciendo sonar unas tintineantes campanas, lo cual me recordó que faltaba muy poco para festejar la Navidad. Quise, fervientemente, pasar esa festividad en compañía de mi verdadera familia, compuesta por ensoñaciones y demás construcciones fantasmagóricas; la única que sabría abrazarme con afecto.

Comencé a reír desaforado.

Imaginaba las posibles expresiones de mis hermanas al enterarse de mi decisión de comprar la casa de True. ¡Sus planetas se verían perdidos en una conmoción que jamás hubieran imaginado! Desorientadas al enterarse de tal noticia, no sabrían qué razones brindar a los parientes que, organizados en bloque, vendrían a hostigarlas con sus comentarios venenosos, ultrajándolas con toda clase de descréditos, también sembrando toda clase de intrigas en sus frágiles mentalidades.

Acomodado en un asiento de la Piazza Castello, me adormecí en compañía de esos sentimientos prohibidos y despiadados hasta que la voz de un jovencito me despabiló avisándome de la llegada del carruaje.

Gracias a la Providencia, en el camino de vuelta, el cochero no tomó ninguna arteria que cruzara *Via Nizza*, por lo que ni siquiera vislumbré los tejados de mi antigua residencia. Me despedí de Turín como un forastero más, que vuelve con apuro a su confortable lugar para encontrar el verdadero reposo.

Emprendí mi viaje con el deseo de que en las primeras horas del próximo año viniese un signo de buena fortuna y, ya instalado en las habitaciones de la casa de True, lograra encontrar aunque fuese un vago indicio que ayudase mi trabajo.

Fastidiado, comprobé que volvía a tener una interesante compañía en mi viaje de vuelta a Cisterna.

Decidí hacer caso omiso a la presencia de dos circunspectas pasajeras entradas en edad que no dejaban de observarme con recelo.

¿Serían éstas otras figuras estelares de una imposible comedia?

Me comporté con suma antipatía, alejé mi rostro de la ventanilla y me dispuse a dormir, de ser posible, las tres o cuatro horas que eran necesarias para llegar a mi pueblo montañés.

Gracias a la Providencia, me acompañó una reconfortante sucesión de sueños.

¡En cuatro meses de trabajo, era la primera vez que accedía a un descanso que repondría mis debilitadas fuerzas!

Transcurrido ese regocijo, el sordo golpe de las ruedas contra una piedra del camino me hizo despertar, y al despejar mi mirada, comprobé que ya estábamos a menos de un kilómetro del poblado. Pasé la mano por el cristal empañado. Al otro lado, por más que el cielo luciera cubierto y estuviese anocheciendo, se veían algunas cruces y el perfil de una estatua votiva que asomaban como criaturas victoriosas, atravesando el manto blanco de nieve que cubría todo el cementerio.

Recordé que desde las exequias no visitaba la tumba de la noble doncella.

Una idea rondó hasta instalarse en mi cabeza.

Nació en mi interior un renovado entusiasmo.

Pesada bruma piamontesa

Al llegar a Cisterna, vi que todo el pueblo estaba inmerso en una inquietante bruma nocturna. Bajé con dificultad, adivinando la altura de los escalones; apenas se vislumbraba el contorno del cartel de la posada.

Fui el único que descendió; las desagradables mujeres se negaron a bajar del carruaje para descansar en la posada. Ansiosas por llegar a sus hogares hicieron una serie de comentarios con tal de enervar al cochero y acelerar la partida.

En menos de un minuto, el carruaje había desaparecido.

Percibí, tras los cristales de una de las ventanas, el rostro regordete de la dueña de la posada, que me miraba sonriente como si hubiese estado esperando mi llegada. De inmediato entré e intenté devolverle su abrigo, pero se negó a recibirlo, ofreciéndose piadosamente para cualquier otra cosa que llegase a necesitar.

Traté de tomar con naturalidad su actitud. Salvo ella, nunca nadie me había tratado con tanta gentileza desde mi llegada a aquellos lugares. Salí apurando mi paso; aún faltaba recorrer un largo camino a pie hasta llegar a casa.

Una vez en mi escritorio, lo primero que hice fue corroborar que las cerraduras de los cajones no hubiesen sido profanadas.

Agradecí a Dios.

Todo estaba en orden. Tampoco existían vestigios del paso de ningún merodeador. Al parecer, la casa había permanecido en la quietud más absoluta.

Guardé silencio.

Volvían las figuras del cementerio, como si alguien me mandase la orden de correr con urgencia a ese santo lugar, pero opuse resistencia. La idea revelada en el carruaje me sonaba por demás morbosa.

Las imágenes y el torpe ritmo con el que se mostraban inmateriales, golpeteaban mi cabeza.

El puño de un gigante comenzó a presionar sobre mi frente.

Debía acceder obediente a ese mandato; si algo malo me sucedía, siempre estaría en condiciones de pedir auxilio al espíritu de mi tía… Ahora, estaba más seguro que nunca, era ella la que me había

cuidado y guiado en todas mis acciones en los últimos meses.

A pesar de la noche, me acerqué a la casa de piedras. Necesitaba mirar con mis propios ojos el aspecto de mi nueva propiedad.

Salí corriendo, despavorido.

El cansancio por haber ido y vuelto a Turín en un mismo día no lograría menguar mi entusiasmo. Era un humano con el desenfado de una deidad animal que cabalgaba sin que nadie pudiera cruzarse en su camino.

El paisaje estaba dominado por la oscuridad, y todo era difícil de visualizar, faltaba se desatase una tormenta diluviana para completar esa imagen de infortunio y desasosiego. Gracias a Dios, el cielo compasivo apenas expelía nieve de la más blanda textura, negándose a brindar azotes de viento.

Una vez ahí, frente a la gris fachada, ya no me importó que el frío buscara lastimar mi rostro. El único temor era que mis pulmones dejaran de respirar, y se paralizara todo mi organismo y caer allí, muerto en el inmenso albor de la nieve. Sabía que ya era el nuevo dueño de esas paredes y, por un segundo, me sentí con la autoridad de repetir, a modo de invocación, el nombre de mi antecesora.

Sabía que a los muertos hay que llamarlos tres veces para que acudan con rapidez. Así que me decidí a suplicar:

—¡Necesito tu auxilio, iluminada True! ¡Necesito tu auxilio, iluminada True! ¡Necesito tu auxilio, iluminada True!

De repente, me desperté gritando.

Mi pedido no había sido escuchado por ninguna entidad benéfica. Se trataba de un inofensivo sueño.

Después de un día tan agitado y memorable, tampoco recordaba cuándo había caído desplomado en mi cama.

Alguien golpeó la aldaba de la puerta.

Debo admitir que eso me llenó de terror.

¿Quién vendría a visitarme en medio de la espesura de la noche?

Medroso, atravesé tambaleante el estrecho pasillo. Los golpes se repetían, sonaban como explosiones. Algo me decía que no abriese, que era algo muy peligroso, es más, no debía aproximarme a la puerta. Sin embargo, no detenía mi paso, algo superior me llevaba en dirección al vestíbulo.

—¿Quién llama a estas horas? —Pregunté temblando.

Nadie respondió; golpearon de nuevo.

Abrí con decisión.

Un espanto se adueñó de mi cuerpo, congelándome.

Era True en el umbral de mi casa. La rodeaba una luz azul, intermitente como si proviniese de un rayo.

Ella me miraba inmutable.

Relucía fresca y joven, y su piel traslúcida resplandecía como un fuego perenne.

Desperté en un rapto de asfixia, y me di cuenta de que las pesadillas de ahora, para ser más eficientes y reducirme con mayor escarnio, tenían la característica de multiplicar sus imágenes, pudiendo ramificarse como un árbol gigantesco. Urdían en mi conciencia todo tipo de incertidumbre y me llevaban a la indescriptible sensación de la misma muerte.

Di manotazos buscando en el taburete situado al lado de mi lecho un vaso con agua que refrescara mi garganta reseca.

Pero el lugar estaba vacío y transformado.

De las paredes relucían los perfiles de infinitas puertas disimuladas, de cuyas hendijas brotaba una incipiente neblina que buscaba rodear mi lecho.

¡Pero no debía temer!

En realidad, esos signos indicaban que el buen espíritu de mi tía estaba acudiendo a mi pedido. Tan sólo debía acostumbrarme a sus inquietantes maneras de manifestarse, formas y modos que la insignificancia humana suele observar como manifestaciones oscuras y peligrosas.

Me levanté y recorrí los espacios de la casa para cerciorarme de que no se tratara de otro sueño y que todo estuviese en su lugar.

Me tranquilicé, pues todo descansaba cubierto por esa saludable neblina, en una quietud que resultaba saludable.

Otra visita inesperada…

En la mañana del 24 de diciembre sentí el cascabel de un carruaje que se mezclaba con el resollar de unos caballos cansados. Esa particular música sonaba como si estuviesen dentro de mi habitación, lo cual me hizo levantar sobresaltado. Descorrí con disimulo una pequeña parte de las cortinas y me invadió una inmensa alegría al ver que la persona que descendía del coche era mi madre, que llegaba sin aviso, trayendo consigo una abultada valija.

Al pisar las baldosas del ingreso, su rostro se mostró adusto.

Miró con detenimiento vaya a saber qué detalles de la fachada. Por más que sus ojos transmitieran un extraño atisbar sombrío, el resto de su estampa relucía en belleza y mostraba la buena salud que siempre la había caracterizado.

En vez de abrir de inmediato, bajé por las escaleras y me escondí un par de minutos en el vestíbulo. Me quedé inmóvil, igual que un insecto calculador y astuto; en realidad, trataba de observar, con ojos congelados tras los cristales, la recatada conversación que esa distinguida señora mantenía con el cochero. Se dirigía a él como si en realidad fuese una reina amable, dándose el permiso de intercambiar opiniones con un edecán confiable de su séquito.

El hombre hizo sonar dos veces más la campanilla.

Yo seguía sumergido en mi observación, atravesado por mis tormentosas ideas.

Una horrible sensación comenzó a resquebrajarme. Desconocía a esa distinguida señora, vestida con traje de viuda, que comenzaba a mirar con insistencia en dirección a las ventanas de la planta alta, viendo si existía alguien que se dignara por fin a atenderla.

Perdí mi mirada en ella.

¿De quién se trataba en realidad?

Deseaba continuar escondido tras los hipnóticos juegos biselados de la pequeña ventana, guardando conmigo pensamientos más fragmentados y confusos todavía. Tuve la convicción de que observaba a alguien que amaba desde siempre, pero por motivos que desconocía, o que quería olvidar; es amor es así de inexplicable.

El cochero tocó una vez más y se encargó de ayudar a esa figura femenina con su bártulo, que trajo hasta el umbral de mi puerta.

La mano de ella me asustó dando repetidos y delicados golpeteos en el cristal frente a mi rostro.

Cuando reaccioné, noté que sus ojos brillaban más azules que nunca. Al mirarla de frente, mi corazón se exaltó como si hubiese visto a un ser maravilloso. Me sonrió como a una criatura indefensa, pero, lejos de ofenderme, ese gesto de misericordia devolvió aire a mis pulmones y reconforto mi alma.

Le devolví una sonrisa.

Su sorpresiva aparición aumentaba luz a mi ya exaltado ánimo.

Abrí la puerta y nos unimos en un profundo abrazo. Desde mi permanencia en Cisterna, el único obsequio recibido por parte de mi familia era la incomprensión y los juicios maliciosos, pero al sentir su calor, comprendí que, a su modo, y habiendo guardado un inexplicable recato, siempre había buscado apoyarme. ¡Y estaba conmigo, acompañándome en Navidad!

Al observar mi apariencia, comenzó a dar exclamaciones de espanto pidiéndome que me abrigase cuanto antes. Según sus comentarios, el invierno estaba haciendo de las suyas y causaba más muertes que de costumbre.

—Cuando hace tanto frío, y a cierta edad, todo lo que se puede usar como vestimenta constituye de hecho un perfecto amuleto, mi querido Massimiliano. ¿Cómo te permites deambular por la casa semidesnudo? —Preguntó ella.

Con el debido respeto, le pedí disculpas por haberla recibido de un modo tan incivilizado y le rogué que me esperase en la sala contigua hasta que pudiera vestirme y atenderla con mayor decoro.

Una vez sentados en las butacas de la sala, no pude evitar comentarle acerca de la adquisición de la casa de piedras grises.

No respondió nada al respecto.

Un par de pensamientos la llenaron de confusión.

El té de su pocillo se enfrió, y su imagen sugirió la estampa de esas almas errantes y golpeadas por vientos desafortunados. Tampoco probó ningún bocadillo. Hice lo posible para respetar su estado de nerviosismo, devolviendo la bandeja completa a la cocina. A mi vuelta, dijo dos o tres palabras que intentaron apoyar mi decisión, aunque sus manos temblaban como las de una temerosa niña. Intuí que necesitaba decirme algo importante.

—Ha llegado la hora de que hablemos de nuestra admirada True… —comentó ella al fin.

—Sería algo macabro ocultar secretos familiares a esta altura de las circunstancias —atiné a decirle.

Lejos de conformar una alocución, sus palabras, encadenadas

con sollozos, duraron varias horas. Cada vez que sonaban, surgían como si proviniesen de un instrumento musical sagrado y no de una voz humana que estaba confesando un secreto alimentado por la tristeza y la injusticia.

La invadieron incontables lágrimas.

En aquella lejana tarde de agosto, mientras todos se disputaban los objetos y los cuadernos después del óbito de nuestra común pariente, ella supo que debía develarme el secreto familiar, pero prefirió callarse. Lo único importante era aceptar con estoicismo que yo, su único hijo varón, era el destinatario de la herencia más valiosa de la familia.

Sin embargo, por miedo a que trataran de asesinarme, decidió continuar con su silencio.

—Sólo los humildes de corazón merecen tales obligaciones — repetía mi madre cada vez que lograba calmar su llanto. Yo acariciaba sus hombros.

Eso explicaba que no hubiese emitido ninguna clase de comentarios y respetara mi consiguiente alejamiento, negándose de ese modo a colaborar con mis hermanas en querer convencerme de que debía desistir de transcribir los cuadernos. Entendí que mi madre, esa mujer amorosa, había sufrido sin consuelo a mi lado y comprendía la magnitud de mi misión.

Podía verse, aunque le provocara dolor, que respetaba mi destino.

Como pájaros de negro plumaje, que escapan y toman vuelo en la oscuridad, esos mismos que nunca lograríamos atrapar por ser tan intrépidos, las horas del día se habían desvanecido. Sin darnos cuenta, habíamos conversado de manera incansable confesando todos nuestros temores y deseos.

Estábamos en horas perdidas de la noche.

Tomé sus manos y las rocé con un efusivo sentimiento.

Me dolía que hubiera guardado consigo el tristísimo secreto de True, el cual recordó al dedillo para alivianar el peso que hasta ese momento llevaba sobre mis espaldas, y aclarar la línea de mi dificultoso camino. Todo debía ser contado con exacta precisión.

Al notar que lo único que nos alumbraba era el resplandor palpitante del hogar, busqué una lámpara y me dispuse a preparar algo para la cena pero, al dirigirme a la cocina, me envolvió un embriagador aroma a comida recién horneada. Volví a caer en la cuenta de que estaba viviendo una nueva realidad, que se manifestaba corpórea según yo la sintiese o pensara.

Tras largas horas de confesión y consiguiente llanto de mi madre, cenamos en absoluta tranquilidad. No hizo ninguna pregunta sobre quién era la cocinera capaz de realizar platillos tan formidables.

Tampoco quiso desempacar la maleta que había traído consigo. De eso debía ocuparme yo más adelante.

—Es sólo ropa de algodón y lana, hijo, para que pases noches más confortables en este páramo… —dijo ella con cierto aire contemplativo.

Ocupó el antiguo cuarto de Giuseppina, comentó que allí pernoctaría tranquila. Decidimos acostarnos; al otro día debía marcharse en cuanto el cochero viniese a buscarla apenas amaneciera, también deseaba llegar puntual al fastuoso almuerzo navideño en la casa de una de mis hermanas. Así fue como antes de que aparecieran las primeras luces ya estábamos levantados, y a juzgar por nuestros distendidos rostros, habíamos logrado dormir sin sufrir ningún tipo de pesadillas.

Mi corazón se oprimió al abrazarla de nuevo para despedirla.

El agradecimiento por haberme dicho toda la verdad con respecto a True, me invadió de emoción. De una manera u otra, necesitaba su anuencia maternal, especie de maravilloso obsequio traído en persona en la más conmovedora de las Navidades de mi vida. Ella, con su permiso, era la única persona capaz de bendecir y sostener la aventura en la que ya estaba embarcado. Mi parte divina comenzó a expandirse.

Mientras estrechábamos con firmeza nuestras manos en actitud de gentil saludo, nos besamos repetidas veces. Sabíamos que sólo contábamos con una o dos oportunidades más para volver a encontrarnos y compartir ese auténtico amor que sólo existe en lazos filiales. La misión que me esperaba nos apartaría más día a día, como si yo estuviera por entrar a un convento de clausura.

Al volver a intercambiar miradas, me di cuenta de que esa mujer altiva, que todos admiraban y temían, recién se permitía conmigo, mostrar vestigios de vejez y las consecuencias de haber sido perseguida por daños imaginarios. La figura de bronce, perfecta, fatal y distante, se convertía en la más generosa mujer de carne y hueso, con el magnífico detalle de respirar con cierta debilidad.

Sus lágrimas significaban más de lo que yo creía, operando en su templo de fortaleza una suerte de metamorfosis por demás curativa.

En el camino de vuelta a Turín, por más que sufriese el agotador tambaleo del coche, ojalá pudiera volver aliviada al haberse deshecho de una carga ancestral tan pesada que venía cargando sobre sus espaldas. Volvería contenta consigo misma.

El ominoso secreto ya no la asfixiaría.

Estuve observando con calma el carruaje que emprendía su viaje en dirección a la gran ciudad. No bajé mi mirada hasta que diera los acostumbrados barquinazos debido a la abrupta y accidentada ruta

hasta perderse en la bruma helada del horizonte. Una vez a solas, tuve un impulso que me hizo caminar y caminar, cada vez con más prisa, en dirección al cementerio.

Comenzó a caer la nieve. Unas fuertes ventiscas buscaban congelar mis articulaciones, como si todo el paisaje se hubiese puesto de acuerdo para impedir que llegase entero al camposanto.

No estaba seguro de qué era lo que en realidad me conducía de esa manera tan irregular e inquietante de caminar sin detenerme.

Siendo dueño de la casa de piedras y de toda la verdad con respecto a los hechos acontecidos en el santuario de las vírgenes, necesitaba proseguir con el cuarto cuaderno, pero faltaba algo más que fuese de mi total confianza y me ayudase para completarlo. Sabía que si era necesario, tendría que buscar las palabras y la voz de la mismísima True.

Una vez ahí, vi que la sepultura de mi tía carecía de una lápida que dijera su nombre. Lo único que saltaba a la vista sobre la humilde cruz de madera eran unos números que apenas servían para recordar la fecha de su entierro. Mientras contemplaba esa mísera postal, permanecí de pie. Pero daba lo mismo estar parado o desplomado: debido al espantoso frío, mi cuerpo estaba inmóvil. No sentía mis extremidades. Ante tanta imposibilidad, cerré mis ojos.

Me fluían lágrimas imposibles de contener, mientras que mis labios desprendían un hálito casi pútrido.

Volvían a repetirse las extrañas imágenes mentales.

¿O acaso estaba viendo todo aquello con mis propios ojos?

Ahora lo entendía.

¡Eran los mensajes que había recibido a mi llegada a Cisterna el día anterior y que debía volcar con urgencia en mis cuadernos de anotaciones! Eran tantos que me confundían y corrían el riesgo de ser olvidados. Corrí en dirección a casa para refugiarme en mi escritorio y escribir cuanto pudiese recordar.

Un flujo de líneas e imágenes dibujadas, algunas de todos colores, otras transparentes, me agobiaban por la prontitud con que venían y desaparecían con rapidez. Me sumergían en un éxtasis jamás experimentado, ni siquiera cuando había probado el veneno de los primeros cuadernos; lo que estaba sucediendo era más conmovedor si tenía que compararlo con aquellas experiencias tan notables.

Desde alguna dimensión, True estaba escribiendo presurosa lo que yo necesitaba saber.

Se trataban de caligrafías virtuales dibujadas en el aire, que me rodeaban e invadían, provenientes de una energía descomunal, la cual me dictaba palabras que yo estaba obligado a transcribir. Debía ser obediente por haber bebido su pócima mágica, brebaje que no me hacía vacilar, sino todo lo contrario.

Sin detenerse, esas manos de diosa continuaban dibujando en el aire. También aparecía su voz relatando con velocidad todo lo acontecido, repetía sus palabras con tanta rapidez como si el suyo fuese el farfullar de un condenado a muerte dos minutos antes de la ejecución.

Las páginas del cuarto cuaderno fueron tomando forma física.

XVII

No tenía idea de los meses o años que habían transcurrido, lo único que sabía la joven True era que estaba a punto de cruzar el grueso umbral. La madera con herrajes de incorruptible metal se abría dándole paso. Era la oportunidad de salir para buscar el auxilio que su señora tanto necesitaba. Lo primero que vio fue el nervioso rostro de una mujer entrada en años, que la recibió con actitudes de no saber con certeza cómo conducirse en esas situaciones.

Era comprensible el temor de la pobre mujer.

Lo único que venía realizando era pasar bultos y canastas a personas con las que tenía prohibido hablar. Tanto las cartas como los pequeños mensajes que provenían del otro lado del muro debían ser tocados lo menos posible e incinerados de inmediato, por temor a que tuviesen algún tipo de peste o castigo escondido.

¡Pero gracias a Dios y a sus repetidas oraciones nocturnas todo aquello había llegado a su fin!

La dueña de la casa, su antigua patrona que parecía que iba a estar confinada mil años tras esos muros, estaba muerta y al fin descansaba en paz. Al recibir el sobre color escarlata comprendió que la carta informaba la triste noticia; debía abrir la compuerta. Siendo iletrada, ese color era lo único que la guiaba, autorizándola para destrabar los cerrojos de manera urgente.

Era necesario inventar una mentira de esas magnitudes. Nadie hubiese aceptado el ruego de su señora como salvoconducto. Únicamente la noticia de su muerte podría abrir las pesadas puertas.

—¡No debe ingresar nadie todavía! —Dijo True, con nervioso disimulo.

La portera escuchó con atención lo que la doncella le dijo.

—Mientras yo me dirija a Carignano, mis compañeras se encargarán de preparar el cuerpo de nuestra señora para las exequias. Su último deseo ha sido que el señor sea el primero en ver sus restos. ¿Ha comprendido? —Terminó diciendo True.

La escuálida portera, que vestía un traje confeccionado con telas ajadas y remendado con delicadas puntadas, dijo que sí inclinando su cabeza en actitud servil; asintió el mandato de manera sumisa, persignándose repetidas veces. Al saberse observada por True, quiso disimular el desgaste de los bordes del cuello de su vestido utilizando sus manos acariciando a la altura de la garganta.

—Cuánto lamento todo esto… —musitó la enteca mujer, mientras doblaba con cuidado la refulgente bolsa de papel, que

simulaba tener el color de la sangre cuando proviene de las heridas más insolentes.

Todos sus años no le alcanzaban para comprender en profundidad lo sucedido. Le había tocado en suerte ser la portera de una prisión que ni el más despiadado de los antiguos hubiera imaginado imponer para castigar a sus traidores. Volvió a mirar el envoltorio y lo guardó como si fuera una reliquia en una diminuta faltriquera prendida con botones en su falda.

True observó en todas direcciones, descubriendo para su sorpresa, mientras pasaban los segundos, que esa pobre y desvalida mujer era la única persona que vivía al otro lado de los desconchados muros. La casona, envuelta en un espíritu mortífero, mostraba marcados signos de una limpidez ocasionada por el abandono.

Según las palabras de su señora, los únicos en abandonar el lugar eran su esposo y unos pocos sirvientes de confianza que podrían servirle en la nueva residencia. Pero al posar sus ojos en detalle, se percató de que allí no vivía nadie y que todos los muebles habían sido arrebatados para ser trasportados a Carignano. Por lo visto y por el frío que emanaba de esos inmensos muros con hornacinas vacías, la mudanza sonaba a definitiva; el polvillo de los revoques entristecidos impregnaba los pocos muebles que quedaban en los ambientes. Las piedras que conformaban ese lugar seguían en pie sólo por el santuario que se hallaba oculto tras la implacable compuerta.

Compasiva, miró a la pobre portera.

En su esmirriada compostura de columna doblegada podía verse que no tenía la suficiente vitalidad ni para encargarse de la limpieza del inmenso lugar, no obstante, había sido la única en los últimos meses en ocuparse tanto de reunir como pasar las provisiones necesarias para que no muriesen de hambre.

Apoyó su mano sobre el agotado hombro de la mujer y le sonrió.

La acarició con decoro.

Pero el día corría presuroso y no debía ocuparlo en conversaciones que llevarían al llanto y a la innecesaria conmiseración, eso sería como disiparse en sutilezas de afecto. Sin decir palabra, intentó buscar la puerta principal; ese otro umbral, ya definitivo, que la llevaría al exterior.

De inmediato, la portera comprendió su deseo y le señaló la dirección que debía tomar para salir.

De la puerta emanaba una potente luz blanquecina.

Al intentar mirarla, los ojos de True titilaron nerviosos.

Comenzaron a brillar halos indistintos que confundían su agotada mirada. Hasta ese día, su único universo habían sido los ambientes de las diferentes celdas, que por más que tuviesen

ventanales avitralados, resultaban, por la naturaleza del encierro, ser oscuras y asfixiantes para cualquier persona que se tildara de normal; habitaciones creadas por su amada señora y donde ella ya había aprendido a vivir.

En esos lugares había conocido la felicidad, poniendo en práctica la sabiduría más elevada, deseaba volver a encerrarse allí por años, o para siempre de ser necesario.

Guiada por la tambaleante mano de la portera, comprendió que esa luz, los sonidos provenientes del exterior, el aire helado atravesando los ventanales rotos, conspiraban para que tuviera dudas incluso sobre sí misma. ¿Era esa la puerta que debía atravesar?

Sentía una extraña emoción que la hacía temblar como una hoja, la conminaba a las lágrimas incontenibles y a querer volver arrepentida, por qué no, a encerrarse, ahora con un cerrojo más potente y eterno.

Sin embargo, no volvería atrás.

Debía salir. Le esperaba un largo camino.

—¿Dónde están los carruajes? —Preguntó True.

Un frío silencio se presentó como contestación.

Así mismo, sabiendo la categórica respuesta, preguntó:

—¿Tampoco hay hombres, ni caballos?

—No ha quedado nadie —dijo la portera—. Los únicos que suelen aparecer una vez por semana son los generosos campesinos, que vienen con sus cuévanos llenos de hortalizas, quesos y demás raciones de alimentos —continuó diciendo la mujer con la simpleza del sojuzgado—. Vienen y depositan sus mercaderías en la puerta y salen corriendo. Lo hacen por miedo o tal vez por superchería, o vaya a saber uno por qué… Nunca han pedido monedas, ni favores o muebles desvencijados a cambio —perdió su mirada en recuerdos que le provocaban una sonrisa de agradecimiento—. Como le he dicho, dejan los alimentos y vuelven rápido a los bieldos para seguir trabajando la tierra. Las suyas son bondadosas donaciones que no he tenido el coraje de rechazar.

Una luz más grande que el sol atravesó la mirada de True; lo comprendió todo. Ella, su patrona y sus compañeras habían estado a oscuras de todo lo que en realidad estaba sucediendo.

¡Lo que debía hacer, sin emitir juicios ni demorar un minuto más, era emprender como fuese posible el viaje a Carignano, para entregar los cuadernos y traer cuanto antes al esposo de su señora!

Recordó una enseñanza de la Mujer de los Pájaros, y escupió en varias partes de su vestimenta para protegerse de los males que pudiera encontrar en el camino.

Salió en dirección al aire blanco.

Al transitar por los sinuosos senderos del bosque, los delicados pies de True se lastimaban y corrompían a medida que tropezaban con raíces salientes o topándose con filosas rocas que funcionaban de manera infalible como temibles obstáculos; cada vez enganchaba con más frecuencia el ruedo afelpado de su falda hasta casi deshacerlo.

Ese bosque circundante constituía el símbolo de su inconsciente, y de todos sus miedos.

Desde el fondo de su alma volvía a darse ánimo, continuando con su marcha al ritmo y perseverancia de un autómata, como si la pureza que corría por su sangre le alcanzara para llegar donde se propusiera, sin prestar atención al dolor de sus heridas sangrantes, o caer ante la espada del dolor que buscaba quebrar su espinazo y toda su contextura. Para continuar su marcha a Carignano, revisaba y corroboraba con el paisaje, las insinuaciones de los cursos oblicuos del camino trazado en las ilustraciones de su mapa.

Por más que escuchara que desde todas partes de la floresta sonaran oscuras voces inhumanas que amenazaban su traslado, continuaba con espíritu indemne, reprimiendo el miedo y el llanto.

Hacía caso omiso a la batalla espiritual que ya se libraba dentro de ella.

No debía darle lugar al peor de sus enemigos: el miedo, al igual que todas sus sensaciones de dolor y de cansancio tenía que ser eliminado. Su obligación era mantener el espíritu en alto, continuando obediente en la travesía, aunque por todas partes la nieve, que no dejaba de caer, la intimidara con su presencia mortífera volcando infinidad de copos blancos que doblegaban las débiles ramas de los árboles a su alrededor.

Su corazón debía latir desafiando al paisaje y, de ser necesario, continuar por un sinfín de caminos hasta llegar a su destino.

La ausencia humana en el bosque era absoluta.

En los últimos tres días, ningún carruaje pasó por el camino trazado en el amenazante bosque indicado por su señora.

Obligada a tener que realizar esa tortuosa e interminable caminata, estaba convertida en una mujer incapaz de obedecer las diferentes señales que pudiesen emanar de su cuerpo pidiéndole auxilio.

Por momentos, se acostumbraba a la falta de respiración. Otras veces, la invadía el temor a que se despertase en ella ese tipo de demencia que duerme en toda alma humana. Minuto a minuto, se proponía aceptar su condición de guerrera que ha olvidado toda posibilidad de sentirse a sí misma.

Ya no era, ni debía ser la doncella True.

Era alguien transfigurado que caminaba sin ánimo de detenerse. Lo único que existía era la necesidad de cumplir con su cometido de entregar los cuadernos al esposo de su señora y a ser posible traerlo cuanto antes de vuelta a la casa.

Cada tanto observaba, sin que surgiese en ella ningún sentimiento de aprensión, los perfiles de los cuervos que a pocos metros iban dando saltos y pequeños vuelos.

Con el correr de los días habían sido sus únicos compañeros de viaje.

Para la joven True no eran más que inofensivos manchones negros, que a su vez iban dibujando en el barro y la nieve figuras indescifrables con sus filosas patas. No era descabellado pensar que esas extrañas figuras caligráficas fuesen mensajes de apoyo enviados por la Mujer de los Pájaros. Tal vez, esas criaturas de plumaje negro, con picos portentosos y graznido aterrador, no fuesen la amenaza que representaban en el imaginario de las personas. ¿Y sí en este viaje fueran aliados y mensajeros benéficos?

Para el quinto día de viaje ya estaba a punto de traspasar la tupida floresta. El sol no ofrecía sus rayos, un cielo blanco se alzaba sobre las arboledas.

Precisaba descansar.

Acomodó su vestimenta y se ubicó sobre unas raíces para probar los últimos mendrugos oscurecidos de pan de cebada que llevaba consigo.

La pequeña ración de comida le trajo desagradables sensaciones.

Notó que, por más que su capa fuese de gruesa lana y tuviese un reborde mullido, el frío ya estaba instalado en sus pies. También sus manos, por más que estuviesen abrigadas por mitones, temblequeaban como muñecos descompuestos, sin lograr sostener del todo los oscuros trozos de pan.

Los cuervos graznaron para despabilarla y avisarle de que debía continuar.

La joven, de lo hondo de su pecho trajo suspiros.

Pasaron unos minutos hasta que desapareciera la emoción que la llenaba de nostalgia, respiró profundo queriendo salir del bosque.

Había caminado un largo rato con su firme ritmo y ya se encontraba al aire libre, ahora se presentaba ante ella una planicie blanca que por sus dimensiones jamás se hubiera imaginado que

pudiera existir.

Corroboró en su mapa, pero nada le avisaba de esa inmensidad inabarcable.

Sintió que algo se quebraba en su interior.

Los cuervos, creyendo recibir el mandato de un espíritu superior, alzaron vuelo, dejando tras de sí la reverberación del voznar de sus graznidos, perdiéndose en el aire helado. Ante tal espectáculo, la desvalida joven detuvo su paso, buscando sin éxito divisar dónde estaban, pero sus fieles compañeros de viaje habían desaparecido.

De repente, el horizonte se esfumó bajo una sorpresiva neblina que invadió todo.

Lo único que percibió fueron unos árboles que se mostraban mustios, con sus ramas cargadas con pesados mantos de nieve. Los pies de la doncella se hundieron en una profundidad blanca. Las letras sagradas escritas en lo más profundo de su corazón ya no le proporcionaban la suficiente protección.

Creyó que le sobrevendría un síncope.

¿Qué haría sin la protección de los árboles y sin la humilde compañía de los cuervos?

No divisaba ningún camino.

El frío traspasaba la gruesa lana de su ropaje, el hambre y la sed estaban por terminar de afincarse en sus huesos. La tristeza de saberse lejos de su santuario terminaría por devastarla. ¿Quién podría acudir en su auxilio? ¿Acaso un comerciante nómada o una caravana extraviada que al igual que ella buscaba salir de ese aterrador entorno?

Pero no debía alimentar ninguna esperanza… En un invierno tan atroz, nadie transitaría por esos lugares, puesto que era peligroso moverse con carruajes en medio de tanta nieve.

No quiso detenerse en pensamientos inútiles; redobló su obstinación y comenzó a dar dificultosos pasos. Ya no importaba que su organismo reclamase agua, alimento o abrigo; lo importante era seguir a toda costa. Restregó sus manos, y volvió a tomar los cuadernos con el deseo de entregarlos algún día a su destinatario. De ese modo, el esposo de su señora podría escuchar su pedido.

A tientas, en medio de la neblina, continuó con su pesada marcha.

Estaba segura de que podría acostumbrarse al vacío, pero en medio de tanta incertidumbre se decía a sí misma que todo aquello no era posible. Sentía que sus pies eran comidos por la nieve. ¡Eran tantas las pruebas espirituales que debía sobrellevar! Caminaba vacilante en un espacio poblado por una uniforme luz grisácea, una luz que desconcertaba su cerebro y mutilaba sin piedad sus agotadas pupilas. Ahora le tocaba encarnar el temido atributo de los ciegos.

Corría el riesgo de tomar la forma de una vagabunda que a lo largo del camino va perdiendo sus libros más sagrados. Así se olvidaría, de manera invariable, de la palabra capaz de crear todo y también el Dios.

Cuando hubo pasado un par de horas, creyó ver algo que se movía a lo lejos.

Se iluminó su rostro.

Apuró sus pasos y, sin dudar, comenzó a correr para pedir auxilio.

Todo era un engaño. La neblina helada del Piemonte suele hacer malas jugadas y asfixia a los espíritus turbados, impidiéndoles distinguir entre la verdad y la mentira deliberada.

La que creyó que sería la figura de un hombre de fuerte musculatura caminando con firmeza en dirección a ella, se convertía, a medida que pasaban los minutos, en la de un anciano desgarbado, trasladándose tambaleante, cubierto con pobres ropajes y un rotoso sombrero de ala ancha.

Se trataba de una figura intimidante, que lejos de reaccionar ante su pedido de auxilio, la observó como se suele mirar a una criatura sin importancia. De inmediato, giró a su izquierda y siguió su camino, abstraído, como si estuviese dando un paseo matinal por esos lugares en medio de tanto frío.

Una paloma gris se posó en el hombro del anciano, practicando estudiadas acrobacias con sus pies en el colchón blanco.

Quedó paralizada sin saber qué hacer.

¿Era un maestro al que debía seguir con obediencia? ¿O debía quedarse ahí para morir sin saber siquiera dónde se encontraba?

¿Debía seguirlo o huir despavorida?

A medida que veía alejarse la imagen del anciano en el riguroso paisaje, comprobó que la neblina comenzaba a despejarse un poco. Esforzó al máximo sus ojos y vislumbró algunas figuras arbóreas a lo lejos. La incipiente claridad trajo consigo el rápido aleteo de algunas aves que volaban a pocos metros. Lo hacían como si estuviesen anunciándole algún mal presagio.

El sonido aumentaba hasta ensordecerla, y el rotundo sonido de esas aves imitaba el ritmo enloquecido de mil tambores en una ceremonia antigua, que ella creyó recordar de entre las tantas enseñanzas impartidas por la Mujer de los Pájaros.

Pero de ningún modo sintió tranquilidad.

Aunque su visión estaba debilitada, vislumbró las montañas. Para su espanto, las gigantescas figuras, llevadas por un extraño fruto de alguna magia oscura, se movían haciendo temblar el suelo como si todo fuera a desmoronarse.

La joven no encontraba apoyo, quiso pedir auxilio al anciano

que en esos momentos desaparecía por completo en el fantástico paisaje; detuvo su deseo. ¿Sería el anciano un mago peligroso? Desde su aparición había vuelto la claridad, pero también estaba instalada una extraña conmoción; la tierra estaba ahora moviéndose…

La imagen del extraño anciano terminó de esfumarse.

True sabía que debía evitar encontrarlo en el camino y alejarse cuanto antes de todo sendero que pudiera confrontarlo de nuevo. Y por más que una paloma gris se hubiese posado sobre su hombro, ésta sería de mal agüero.

Tenía el pecho lastimado por tanta conmoción vivida en pocos minutos. Sintió que en realidad no tenía la experiencia suficiente como para dominar el miedo, hacía esfuerzos, pero no lo lograba. Debía escapar cuanto antes y volver al bosque para refugiarse. Correr despavorida como quien huye de un inminente peligro, e intentar escapar como fuese posible.

Su corazón se angustiaba por tener que alejarse de las montañas y, por ese motivo, seguir postergando su llegada a Carignano. Sollozaba por no escuchar ninguna música afable, continuaba su marcha, sin detenerse. Continuaba por más que sus pies estuviesen fríos como el hielo y sutilmente ensangrentados.

En medio de ese estado demencial, sintió que alguien pronunció su nombre a sus espaldas.

Por más que la voz sonara reconfortante, de ningún modo iba a voltear su rostro. Esa voz comenzó a multiplicarse, pero a la vez no resonaba en ningún lugar, iba con ella misma.

La que retumbaba en su cabeza era una voz tan dulce como la de un ángel.

De pronto pudo identificarla.

Era la voz de su padre que le hablaba como cuando era una niña.

Mientras persistía en la huida, volvía a escuchar a aquel hombre tan lleno de amor que la llamaba por su nombre, enseñándole cómo denominar a cada una de las partes de su cuerpo. Su padre, al nombrarlas, les daba autonomía, por lo tanto, existían y seguían funcionando a pesar de tanta tortura. Por eso continuaban con vida por más que el aire fuese cada vez menos, el frío buscara lacerarlas y el palpitar de su noble corazón quisiera aturdirlas haciéndolas sonar como timbal enfurecido.

Más que nunca, la noción de su cuerpo estaba distorsionada.

El agotamiento conspiraba para que su confusión creciera cada vez más. No diferencia entre miedo, frío, hambre o falta de respiro. La voz de su padre, ahora ronca y fuerte, sonaba con vehemencia desde lejanas dimensiones, pero sorpresivamente dejó de llegarle fortaleza.

¿Ahora… en la imagen de quién buscaría auxilio?

Ella, que no conocía otro amor que no fuese el paternal, ¿en qué tipo de recuerdos podría refugiarse?

Nunca más nadie había halagado sus formas corporales, ni incursionando en su intimidad, sintiendo la temperatura femenina de su cuerpo o refiriéndose a ella como imagen de adoración.

Tampoco tenía consigo su vaso de dos asas conteniendo el fuego que ella consideraba sagrado, y que dejara a su señora para que la alumbrase día y noche.

¡Debía recurrir con urgencia a otro símbolo para recuperarse! Aferraba los valiosos cuadernos. Toda su existencia había estado dedicada a la contemplación y al servicio espiritual, pero ahora no había imagen de amor que pudiera ayudarla; debía seguir sola escapando de algo que intuía siniestro y que continuaba perpetuo tras sus pasos.

¿Era Dios el que la conminaba a huir cuanto antes de eso ominoso que se ocultaba en la planicie blanca?

Cada vez, más aleteos retumbaban desesperados.

¿Qué era eso tan potente que la hacía volver al bosque para toparse con otros rumores? ¿Cuánto estaba durando aquella travesía? ¿Eran cinco días o cinco mil años?

XVIII

Ya oculta en la floresta, debía encontrar un reparo donde guarecerse. Observó un cadáver de árbol y pensó que le serviría para apoyar su espalda; allí lograría reponerse de tanto abatimiento.

¡Qué bueno descansar y abrazar tranquila los valiosos manuscritos!

Apoyó los papeles en su pecho y sintió que de ese modo podría obtener también el calor suficiente para seguir viviendo. Al fin descansar un poco.

A juzgar por las heridas, los ladrones se preguntaron qué clase de mujer habría sido para ser capaz de someter de tal forma su cuerpo; las lastimaduras parecían dibujadas por un artista del diablo. En cuanto a los cortes en sus manos semejaban letras desordenadas que transmitían un conjuro, lo cual indicaba con claridad que se trataba de una bruja o, por su juventud, una aprendiza de hechicera castigada a tener que morir en el bosque y ser devorada por los animales. Las manos de True, además de estar laceradas, mostraban el color cerúleo de los muertos, y sus pies, envueltos en coágulos negros, por el dolor que inspiraban, podían ser de cualquier criatura menos los de un ser humano.

De manera increíble y contradictoria, algo en la expresión de su rostro delataba que la violencia recibida tal vez provendría de una forma de amor. La rodeaba un halo de beatitud.

Era imposible que esos ignorantes imaginaran que el suyo se había tratado de un amor puro, capaz de salvar vidas humanas, atravesar distancias y construir ciudades imaginarias con tal de hacer feliz a la persona amada.

Las delicadas formas de su lívido rostro estaban magulladas por el hielo, y un color despiadado amorataba sus labios endurecidos. Mostraba el aspecto de esas mujeres que duermen bajo el escabroso influjo que les ha dejado un macho cabrío cuando ha compartido con ellas sus bailes tribales. A pesar de todo aquello, una diminuta luz que la rodeaba, opaca y tersa, también acariciaba sus formas que estaban a punto de desaparecer.

Eso confundía a los malhechores, haciéndoles sospechar que en realidad podría haber sido envenenada por algún tipo de pócima

celestial. ¡Fue eso lo que detuvo sus manos de vulgares expoliadores, en sus oficios de bandidaje eran diestros en manchar y destruir todo lo que tocaban!

Se limitaron a musitar vagas y heréticas expresiones.

Mientras observaban el aspecto decadente de sus restos, gozaban en su interior al imaginar las pasiones que habría cometido la mujer en compañía del diablo antes de que la muerte la hubiera atrapado en sus garras. Alterados por un incomprensible temor, tuvieron el deseo de explorarla con la ayuda de algunas ramas.

Desde su profundo sueño, True no reaccionaba para defenderse del par de hombres que poco a poco iban tomando coraje.

Ellos rompieron sus ramas con furia. Algo en sus almas los convertía en los lobos hambrientos de siempre, decididos y sin temor alguno, a abalanzarse sobre su indefensa presa. Cuando empezaron a destrozar las costuras del canesú, una leve respiración de True los llenó de espanto. Se alejaron unos metros dando gritos de niños asustados.

¿Quién era esa maldita mujer que lograba aterrorizarlos?

True comenzó a volver en sí.

Uno de ellos la tomó por los brazos, mientras el otro, con sus dedos pringosos, buscaba joyas o alguna escarcela conteniendo monedas de plata en el interior de su ropaje. Su bolsa de lana estaba vacía, nada de fausto metal, ni siquiera de cobre. Trataba de encontrar algo de valor que, por más que buscara, la pobre mujer carecía.

Al terminar de despabilarse, la víctima comenzó una feroz batalla.

Horrible cadáver de mujer, que ahora reacciona como una perra profiriendo gritos estruendosos. ¡Despreciable escoria! Bruja despojada de valores. ¡Se merece que la llevemos a la aldea más próxima para ser denunciada como seguidora del mal! Debería ser sacrificada, era lo que pensaban los ladrones, quienes intercambiaban miradas, para darse más ánimo para asfixiarla y así evitar que siguiera gritando. Su pedido de auxilio debía dejar de resonar en el bosque blanco…

True, en la lucha con ademanes de un animal salvaje, buscaba morder las manos de sus opresores.

Lo único que lograba emitir eran sonidos quebradizos.

Luchaba por más que dentro de su pecho hubiese un terror que crecía presuroso, buscando ahogarla hasta darle muerte de manera definitiva. Pero su bien más preciado debía seguir a salvo: los manuscritos no podían ser manoseados por esos delincuentes.

Era necesario resguardarlos a toda costa.

¿De dónde saca tanta fuerza para defenderse? ¡De verdad se trata de una bruja! ¡Y esos malditos cuadernos que aferra contra su

cuerpo! Parecen no tener ningún valor; por ellos no obtendríamos más que unas monedas de cobre u óbolos insignificantes, conviene tirarlos..., pensaban los delincuentes.

Ahora intentar darle un golpe de garrote en la cabeza para que se deje de tanto berrinche. Volver a golpearla para que se duerma en serio.

Un golpe en esa insignificante coronilla, dos golpes, un tercer golpe aun más fuerte y definitivo.

¡Maldita mujer congelada que se permite mascullar palabras incomprensibles y emanar todavía hilos de sangre, reclamando con su desgraciada caída, un lugar entre los santos mártires que nunca será concedido!

Su condensada luz astral estaba a punto de desaparecer debido a los golpes.

—¡Ningún esbirro vendrá para ayudarte! —Pronunció el ladrón más viejo.

Los cuadernos cayeron con ella al suelo y, en menos de un segundo, todo se había desmoronado. Ambos hombres, enfurecidos, dieron patadas sobre ellos, arrancando una a una sus páginas y desparramándolas por doquier.

Viendo a True, y comprobando que estaba muerta de verdad, los invadió un odio mayor, y a la vez una descomunal falta de fortaleza espiritual.

Se miraron sabiendo que nunca tendrían ninguna clase de perdón, sin embargo, nada los oprimía en sus almas vacías. No se permitirían arrepentirse por todo lo que habían cometido. Hay crueldades impensables que hacen de los seres humanos criaturas miserables…

—Dejemos el cuerpo librado a su suerte; los cuervos, los zorros y las bestias nocturnas se ocuparán del resto —continuó diciendo el más experimentado de los criminales.

El cuerpo quedó rodeado por los sagrados papeles que se desteñían con la nieve cayendo con escalofriante suavidad.

En sus corazones palpitaba el desprecio.

Tampoco se les ocurrió la idea de arrancarle el vestido de humilde fustán y delicadas alforzas, con el cual podrían obtener en el mercado una ración de carne seca o una bolsa de sal.

Atinaron a alejarse asqueados por la cantidad de sangre fluida de la cabeza de la joven en lo que duró la tortura. Llevaban en sus pechos el recuerdo del furor con el que se había defendido la ominosa bruja.

Al continuar con sus pasos por el bosque, cargaban en sus espaldas la frustración de estar huyendo del lugar con las manos vacías; sin haber podido despojar de nada a esa extraña mujer cuya

mirada, a partir de ese día, los perseguiría como un espectro para despertarlos en las noches, iluminándose frente a ellos como si tuviese la mirada de un animal peligroso, haciéndoles pedir perdón y rogar por sus vidas. Sabían que sus existencias ya estaban arruinadas, pero a partir de ese día una sombra femenina, imposible de exorcizar, buscaría asfixiarlos día y noche.

La nieve continuaba cayendo.

Unos traslúcidos harapos de color gris acariciaban el suelo a paso lento.

El terrible frío no intimidaba ni congelaba los pies de quien, aunque vistiera retales tan livianos, caminaba plácidamente por el lugar…. Ahora eran varias las palomas cenicientas que se posaban en sus hombros, jugando a conservar el equilibrio con suaves movimientos en sus alas y comunicándose entre ellas mediante graciosos sonidos guturales.

El sombrero de ala ancha también estaba cubierto, pero de aves más pequeñas, que se mantenían lo más inmóviles posible, prendidas con fuerza a unos jirones de desgastado tul grisáceo, imitando a prendedores adornando con dignidad el traje de un miembro de la realeza.

No se veía su rostro.

Sólo se vislumbraba el extremo de sus manos, que no eran las manos de un anciano, sino las de un ser casi transparente, de naturaleza podría llamarse elemental. Se acercó al lugar y detuvo su paso al ver a True. Con rapidez y destreza tomó el velo adornado con pequeñas aves que pendía de su sombrero, y cubrió el cuerpo que permanecía inerte en el suelo alfombrado de nieve.

Tenía la mirada dulce de siempre, y a la vez su expresión relucía penetrante, propia de aquellas personas que no temen perderse en los abismos del alma, conocedoras de profundos secretos, capaces de producir encantamientos, pero también de disipar los temores más ocultos del corazón humano.

Más que nunca, el rostro de la Mujer de los Pájaros mostraba un aire rejuvenecido y una sonrisa de infanta.

Su atmósfera humana era de color azul intenso.

Era una princesa celestial, graciosa y serenísima, evocadora del porvenir, cuya realeza la envolvía con tanta dignidad que calmaba a todos aquéllos que lograsen estar en su compañía. En su apariencia, pero sobre todo en su mirada, palpitaba una luz que la mantenía lejos, como si en realidad no estuviera ahí en carne y hueso, ni respirara en ese pequeño bosque lleno de peligros.

True se preguntó si se encontraba en un sueño, o en un delirio.

¿Lo que estaba viendo era el rostro de su amada maestra o el de un impostor, intermediario de dioses malignos similar al anciano que había visto en la planicie? ¿Era verdad lo que sucedía o estaba a punto de vivir otra pesadilla? ¿Debía incorporarse para seguir huyendo?

Sintió que su diezmado cuerpo apenas respiraba.

Esa mirada le hizo recordar escenas vividas en el claustro.

Aceptó la propuesta subliminal de permitir ser salvada del espantoso frío dejándose tomar por esos fuertes brazos, que la alzaron con la misma facilidad con la que se levanta a un pequeño pájaro herido para ser llevado a un lugar seguro. Ahora tenía la certeza de que ese cuerpo, casi transparente y mudo, era otra forma de representación de su admirada maestra, quien había venido de otras dimensiones como parte de una batalla espiritual para evitar que los mundos se separasen de manera irremediable.

Estaba allí para salvarla.

Con la Mujer de los Pájaros tenía ataduras espirituales más fuertes y duraderas que el hierro, ataduras que desprendían reflejos tornasolados…

¡Tantas preguntas se formulaba True!

¿Eran horas del atardecer o estaba amaneciendo? Su corazón continuaba latiendo, ¿o lo que sentía era tan sólo una vaga idea de la vida que se iba disipando…?

Cuando atinaba a mirar hacia arriba, lo único que Dios le mostraba eran perfectos y brillantes círculos que no dejaban de moverse en una encantadora danza. Las palabras no alcanzaban para expresar todo lo vivido. No quiso saber a dónde era conducida. En los brazos de su maestra se permitiría relajar hasta alcanzar algún tipo de paz. Así, tendida en esos brazos benignos, emergería de su centro una nueva sutileza.

Comenzó a surgir una luz, llenándola de calma y de amor por la vida. Cerró sus ojos con una felicidad renovada, sintiendo que flotaba en un paseo que a su vez recordaba haber hecho con su amada señora; un paseo atemporal surcando intramuros de una ciudad construida con transparencias.

El bosque dejó de existir, y el blanco circundante no era blanco de nieve.

Pasó alrededor de una hora hasta que la conciencia volvió a sus lugares habituales. Al reaccionar, creyó que era imposible revivir

después de la golpiza que había recibido. Pero lo que sus ojos percibieron era más sorprendente, y a la vez más aterrador, que todo lo vivido.

Era el fin del mundo.

Sin lograr controlarlas, sus lágrimas fluían a borbotones. Los manuscritos se encontraban tirados entre la nieve… y casi todos estaban arruinados. ¡No podía incorporarse para rescatarlos! ¿Cómo había permitido que esto sucediera? ¡Debía haber contemplado la amenaza de encontrarse con ladrones en los caminos!

En medio de sollozos, se arrepintió de haber cultivado tanta confianza en sí misma. No se permitiría nunca más la contemplación de la belleza. Tanto ostracismo y devoción terminaban ahí, revolcados en el barro.

No conocía de emociones brutales, tampoco sabía lo que era conmoverse y llorar por otra razón que no fuesen las calmas manifestaciones de la belleza, pero ahora estaba frente a los resultados de una pasión destructora que no dejaba de sorprenderla.

Lo que veían sus ojos era el fruto de los desmanes que suelen cometer los hombres cuando se transforman en bestias al toparse con alguien indefenso. Como intachable vestal, desconocía lo que era descansar en hombros de amantes generosos, jamás había incurrido en pasiones, ni amor, ni dolor exagerados.

Una vez de pie, tuvo el deseo imperioso de experimentar un sentimiento intenso, reprimido durante años. Era un arrebato, disfrazado de frustración, que ahora la hacía sentar en cuclillas para llorar a gritos.

¿Qué más hacer con tanta impotencia acumulada?

Llorar y permitir que brotasen las incontables lágrimas contenidas en un silencio que conocía de memoria; un silencio que había aprendido a encarnar junto a sus compañeras y su amada señora en la cárcel de piedra. Podría haber convocado a la Mujer de los Pájaros, para que ésta le diese alguna solución despertando a cuanta criatura hubiese adormecida en los árboles y apareciesen volando para salvarla, pero su plan fue otro.

Decidió refugiarse en la desesperación como forma de desahogo.

Mientras juntaba, una a una, las páginas sueltas que aún conservaban legibles algunas caligrafías, se permitía dar gritos afónicos.

Repitió una canción mental construida con sucesiones interminables de "no". Utilizaba ese primitivo mantra para agotar sus últimos alientos. Ahora su vida se encontraba transformada y vacía.

Lo único que tenía para asirse, eran esas páginas que debía volver a ordenar, zurcir y encuadernar. ¿De qué servía haberlas

mantenido en secreto, bajo un cuidado estricto, si ahora no eran más que papeles deshechos y pisoteados?

Volvería gustosa a escribir una a una esas páginas destruidas, agregando detalles de lo que significaba el horrible percance vivido, pero era imposible reemplazar toda aquella sapiencia acumulada por años; sus palabras, si se disponía a escribirlas, serían vagas expresiones coloquiales y nunca le permitirían acceder a esos otros universos donde su amada señora se había refugiado con tanta maestría.

¡No existía ninguna escapatoria! Y de ser posible ¿a quién suplicar auxilio?

A punto de caer en pensamientos autodestructivos, lo único que la calmó fue un suave, pero persistente aroma que emanaba de uno de los herbarios destruidos.

Esa fragancia, en menos de un minuto, la llenó de confianza.

Tomó una de las páginas y prestó atención a las borroneadas anotaciones que habían sido escritas con detalles minuciosos, pero le fue imposible leerlas porque la noche ya estaba instalada. Acercó a su rostro el perfumado folio comprobando que se trataba de una página dedicada a los azahares, flor que, al igual que el jazmín, transmite mensajes de sabiduría. Se conmovió al recordar la cantidad de veces que había tenido que ilustrar esas flores, ungiendo su trabajo con aceites esenciales que, según palabras de la Mujer de los Pájaros, dotarían de magia y eternidad a esos dibujos.

Por más que todo estaba destruido, de una manera u otra, esas páginas continuaban existiendo, despertando en el corazón humano renovadas inspiraciones.

¡La batalla no estaba perdida! ¡Debía reunirlas cuanto antes para seguir con su travesía!

Revisó si todavía tenía el mapa.

Para su felicidad, estaba intacto en el bolsillo superior de su chaqueta. Al abrirlo, sintió que llegaría a Carignano. A pesar de la oscuridad, observó con atención e insistencia los dibujos que retrataban los alrededores de la pequeña ciudad, recordando que las montañas que se avizoraban pasando la planicie eran bastante parecidas a las dibujadas en su mapa.

Si estaba en lo cierto, en un par de días estaría transitando las callejuelas de la pequeña ciudad.

¡Basta de demoras! Si lograba sobrevivir esa noche, podría entregar la encomienda y convencer al destinatario de volver a casa cuanto antes.

XIX

La canasta estaba repleta de manzanas y los débiles brazos del pequeño vendedor ambulante se deshacían cargándola. El niño simulaba ante los transeúntes tener una fortaleza heroica con tal de convencerse y, de ese modo, sostener el pesado bártulo. No tendría más que unos ocho o diez años, pero conocía a la perfección todas las callejuelas de Carignano.

También gozaba de una intuición que siempre lo guiaba para estar en ocasiones justas en la plaza principal, donde se topaba con los compradores más generosos, o interceptar a las viejas comadres al salir en grupo de la Catedral de San Remigio y San Juan Bautista, cuando terminaban las oraciones matinales. Sabiéndose rodeadas de un aura de santidad por haber embebido sus almas con el perfume del incienso, era el momento idóneo para convencerlas de participar en otro acto de fe, comprándole la mayor cantidad posible de frutas a él, quien además mostraba su más expresiva cara de felino indefenso.

Y aunque su madre le decía que debía sentir temor porque el mundo allí afuera es peligroso, su hermano mayor lo instaba todas las mañanas para que saliera a ejercitar con valentía su trabajo de vendedor de manzanas. Eso le daba entusiasmo para lograr ofrecer a todos por igual la deliciosa mercancía.

Llevado por ese consejo fraterno, se convirtió para muchos en un niño molesto a la hora de insistir ofreciendo sus frutas, capaz incluso de cometer actos de temeridad acercándose a las inmediaciones del mercado para burlar la exclusividad de los puestos de los verduleros. Muchas veces recibía insultos o maldiciones que no comprendía del todo por parte de los mercaderes, que lo veían como un bellaco, entablando con ellos una competencia desleal.

En cambio, sus clientes habituales tomaban su insistencia con cariño, y sonreían cada vez que lo veían aparecer cargando infaltable su canasta todos los días.

Los más benevolentes le compraban cuatro o cinco manzanas; otros, a manera de símbolo, adquirían sólo una, que Rogelio se encargaba de lustrar con un retazo de sarga y entregaba ceremonioso en manos del comprador, con el mismo entusiasmo y agradecimiento que hubiese sentido al vender la canasta entera. Para romper la acartonada escena, el niño ofrecía, sin reparos, su sonrisa y una mirada de elfo infante.

Se conducía por las calles siempre de buen humor, por más que el invierno se estuviera comportando implacable. Sabía que esos

días serían buenos y fructíferos y que, con un golpe de buena fortuna, lograría vender toda la canasta. Pero por extrañas razones, en lo que iba de la jornada, por más que buscara transformar su pequeña voz en un rugido altisonante, todos actuaban como si no quisieran escucharlo.

Con el frío quedaría mudo si seguía gritando de aquel modo.

Nadie le prestaba atención, y por más que se paseara a lo largo y a lo ancho de las galerías de la calle principal, atestada de personas, ningún transeúnte se percataba de su dulce presencia. El día estaba por desaparecer y la canasta continuaba casi repleta.

Esa mañana se había levantado como de costumbre a la madrugada, y había lavado su rostro con el agua de una gélida palangana con ánimo de despertarse. Sin molestar a nadie, se alimentó con leche y un trozo de pan, mientras repetía plegarias con la esperanza de tener un buen día.

Pero el peso de su canasta le decía lo contrario.

Nadie compraba nada.

Comenzaba a ponerse triste, imaginándose sin las monedas de cobre con las que podría cambiar en las últimas horas del mercado, por alguna ración de carne o un poco de azúcar. Tuvo el mal presentimiento de que ese día, por primera vez, llegaría a saludar a su madre con las manos vacías.

La nieve comenzó a caer con delicadeza; pronto se haría de noche, por lo que debía esconder el orgullo y volver cuanto antes a casa para alimentarse con algo caliente antes de caer desfallecido.

Cargó su pesada canasta, atravesando las callejuelas en dirección a la plaza para hacer un último intento. Al llegar, experimentó un espanto que, por una fracción de segundos, lo convirtió en una criatura supersticiosa.

¿Cómo era posible que de repente no hubiese nadie en toda Carignano?

¡Las casas parecían vacías y los negocios estaban con sus escaparates cerrados!

¿Sumado a la falta de venta de sus manzanas, lo que sucedía se trataba de una punición divina?

Todo se daba para llorar sin que nadie se burlase de su infortunio, pero algo lo detuvo. Creyó notar el movimiento de una persona cerca de la fuente… ¡Había alguien en la plaza!

Pero cuando intentaba verla en detalle, esa presencia desaparecía como humo.

Al lado de la caída de agua, estaba sentada True.

Su rostro se mantenía impenetrable, mientras su mirada se perdía en el tranquilo movimiento del agua que resbalaba por los brillantes caminos de bronce que ornamentaban la base de la surgente,

y se permitía disfrutar la naturaleza inmaculada del agua bañando las puntas de sus dedos diestros, golpeándolos con un ritmo y un compás descontrolado sobre el pulpejo de su mano.

El frío no lograba amilanarla; estaba en paz consigo misma, como si se hubiera dado el permiso de descansar de forma irresponsable, olvidando su encargo.

A pesar de sentirse exhausta, contemplaba los juegos transparentes que hacía el agua. En su interior, saboreaba el placer de estar aún con vida, imaginando el origen de ese líquido, proveniente del riachuelo que tuvo que cruzar el día anterior. ¿Cuántas canteras de arcilla habría acariciado antes de llegar a esa fontana?

Como obediente doncella, su misión era bastante similar a la de esas aguas cristalinas, pensó. Después de recorrer un largo camino, surcando con audacia todos los senderos posibles que la trajeran hasta Carignano, sorteando peligros y recibiendo golpes manchados con los tiznes de la muerte, se había convertido, a pesar de todo, en una mujer más fuerte de lo que había imaginado, y se encontraba ahí, en la ciudad prometida.

Conservaba en su apariencia las heridas y la debilidad más extremas, pero dejaba relucir en su mirada esa frescura resplandeciente que sólo traen los líquidos benditos.

No faltaba casi nada para llamar a la puerta del destinatario. Estaba a pocos metros de ese castillo al que tanto quería llegar para cumplir la promesa realizada a su señora. Y si bien sus manos por el frío estaban convertidas en alas vidriosas de libélula muerta, todavía luchaban por jugar con el agua. Cada tanto volvía a acomodar sobre su pecho los cuadernos que asemejaban basura, otorgándole un aspecto definitivo de mendiga zaparrastrosa.

Algo hizo cambiar el palpitar de la fuente, y el flujo de agua se detuvo.

True volvió en sí.

Tradujo lo sucedido con el juego de agua como un terrible mensaje que repercutió en su interior.

¡No podía ser cierto!

Algo en su corazón le hizo dudar de concluir su objetivo.

¿Y si era el demonio de la debilidad física el que buscaba turbarla deshaciendo su corazón con esas alucinaciones? ¿Haber atravesado bosques, luchando contra el frío y el hambre, la hacía percibir de una manera tergiversada el contundente mensaje brindado por la Providencia? Continuó con sus dudas. Que el agua se detuviera de esa manera tan abrupta, era una señal que debía escuchar para su bien.

¿Acaso la fortaleza que la alimentara en su travesía ya no servía de nada, y la traía a Carignano tan sólo para negarle la

posibilidad de cumplir su promesa, otorgándole insospechados desasosiegos?

El pequeño Rogelio se acercó temeroso.

Veía que esa mujer era la única persona en el lugar; debía intentar venderle una de sus manzanas y así obtener de ella alguna moneda. Pero por más que se acercase decidido a pregonar su mercadería, algo acallaba su voz, agotándolo sobremanera.

Para su sorpresa, comprobó que la forastera se desvanecía en la cortina de nieve, volviéndose invisible. Eso lo impactó, llenándolo también de miedo.

No era un juego que hacía la blancura de la nieve con sus debilitados ojos de niño lloroso.

¡Estaba frente a un ángel, o de una santa ataviada con humilde y desgastado traje de lana!

¿Acaso aquello que tenía en sus manos era la Santa Biblia?

Faltaba bastante todavía para que se festejara el nacimiento de Nuestro Señor, pero este ángel con aspecto de mujer piadosa podría ser un mensajero venido a la Tierra de forma adelantada. Eso explicaba que todo se hubiera paralizado en la pequeña ciudad.

Ante una imagen tan impresionante y sublime, jamás osaría obtener ninguna ganancia pecuniaria, sino todo lo contrario.

Debía homenajearla.

Confundido por el miedo y una admiración que ya comenzaba a desencadenarse en su alma, acalló toda expresión que pudiera surgir del recuerdo de los comentarios timoratos de su madre. Tomó una manzana para dársela como ofrenda. El suyo era un bien que no implicaba una suma principesca, pero era lo único que tenía para ofrecerle a la santa vestida con andrajos negros.

Sus manos de niño temblaban tanto como sus piernas iban perdiendo la estabilidad; pero se revistió de intrepidez con tal de aproximarse a la mujer lo más que pudiese.

El color bermellón de la fruta sacó de sus inquietantes meditaciones a True, quien de inmediato observó con sorpresa al diminuto caballero que le ofrecía con timidez su tesoro de valor incalculable.

Tomó la fruta.

No existía necesidad de pronunciar ninguna palabra. Eran dos almas cuya única comunicación era el silencio que todo lo comunica.

En actitud de respeto, el niño acomodó su casaquín marrón, atinando a ponerse de rodillas frente a True, quien ya comenzaba a saborear con cierta desesperación la fruta, como si devorase el único alimento capaz de salvarle la vida.

Al hacerlo se permitió llorar una vez más, sueltamente.

Rogelio la observaba sintiendo en su pecho una emoción jamás experimentada.

La ciudad fue recobrando sus líneas y colores habituales; el perfil de los edificios y de la iglesia emergían de la húmeda cortina blanquecina que hasta hacía muy poco los cubría como un manto implacable.

Se fueron oyendo los rumores que suelen tener los lugares llenos de transeúntes.

Transcurrido el compartido ardor, se atrevieron a mirarse con una confianza que creció presurosa entre ambos. Hay sonrisas que de verdad iluminan los rostros. Sus corazones ya no sentirían ninguna angustia, tenerse de esa forma significaba que nada malo podía sucederles, y los hacía olvidar de toda contingencia.

Ambos se habían convertido en apariciones de amor.

XX

La vida la había castigado duro llevándose a su esposo después de una larga enfermedad. Debido a tanto sufrimiento y miseria, se sentía agotada y fantaseaba con deseos de enfermar ella también. Ni el hecho de que fuese una devota cristiana la disuadía de alimentar esos malos pensamientos, que la perseguían insidiosos hasta quitarle el sueño por las noches.

Se comportaba con el desasosiego de las personas que vienen sufriendo desde la infancia fatigas provenientes de oscuras hechicerías.

Era una crédula del poder ajeno.

De un día para el otro, se dio con la triste realidad de vivir sola, con dos hijos a cuestas, todavía pequeños, lejos de su provincia natal, balbuceando un dialecto que no dominaba del todo y sin un cobre en sus bolsillos. Cuando le dieron unos papeles que se referían a ciertos detalles acerca de la defunción de su marido, el analfabetismo también le realizaba lastimosas bromas de mal gusto.

Convertida en viuda, ya no quería contar más con la ayuda de los vecinos; demasiado habían hecho.

Conforme pasaban los días, se empedernía en no aceptar nada de nadie.

La locura de dolor y soledad la estaban convirtiendo en un saco de dolientes músculos. Un persistente bozo, proveniente de su descuido personal, oscurecía sus expresiones cuando intentaba sonreír. Al enfurecerse, balbuceaba con gritos y les decía a los niños que debían conservar la frente bien alta y no depender de la dádiva de los otros.

Semejante insania ocasionaba que muchas veces tuvieran que sufrir necesidades de todo tipo.

Tuvo que vender los muebles que le quedaban para mudarse a un estrecho desván del mismo edificio donde vivían desde los últimos años, cuya buhardilla daba a los tejados internos. Era un lugar que los niños veían como un espacio mágico, aunque tuvieran que dormir todos en la misma cama, y subir tres pisos por unas escaleras que muchas veces resultaban interminables.

A la hora del almuerzo, a Francesca le hubiera gustado servir platos más consistentes, pero las monedas que ganaba a cambio de sus trabajos de costura no alcanzaban para llenar las cacerolas. El grupo familiar, ese año en particular, estaba obligado a pasar el invierno sin probar nunca un guisado de cerdo o deliciosos filetes cocinados en

aceite de oliva. Debían conformarse con unas pocas raciones de leche, pan de cebada o porciones de pasta aderezada con tomates y algunas legumbres para mantenerse fuertes y no morir debido a la pelagra.

La única de las vecinas que hacía caso omiso a la testarudez de Francesca, comportándose con generosidad munificente, apareciendo en la puerta de la buhardilla con canastas llenas de regalos y alimentos, era Antonia Marchiaro.

Se trataba de una robusta mujer de conductas extremosas, que vivía a tres edificios en dirección a la plaza principal. Unos años atrás, había venido del sur italiano para desposarse con un distinguido piamontés, quien a su vez no podía refrenar su carácter y sus aires de mujer independiente. La bondadosa Antonia alimentaba el deseo de ser algún día una prestigiosa pastelera, y era la que solía comprar manzanas al más pequeño de los hijos de Francesca para realizar sus deliciosas tartas.

Antonia estaba convencida de sus sueños.

Tenía debilidad por Rogelio, puesto que sabía que el niño debía salir a las afueras de la ciudad para obtener las manzanas y traérselas a ella antes que a nadie para que pudiera hacer sus experimentos de repostería.

Esa tarde, Francesca sufría una particular preocupación; las campanadas de la iglesia habían dado las seis, ya era de noche y Rogelio no volvía. Una especial tristeza la carcomía por darle ese tipo de vida a sus hijos.

¿Dónde estaría dando vueltas?, se preguntaba insistente.

Mandó de inmediato al mayor que saliera a buscarlo.

No quería caer en la desesperación. Se dispuso a continuar cosiendo un par de guantes, pero, al terminar, se dio cuenta de que había transcurrido más de una hora y continuaba sin saber nada del niño.

Giorgio estaba de vuelta, pero no traía novedades sobre el pequeño Rogelio. El niño nunca se comportaba de esa manera. ¿Le habría pasado algo malo? ¡Si ella siempre le decía que no debía confiar en nadie!

Ambos bajaron las escaleras, ahora presionados por un temor que los aplastaba.

Al salir, como llevados por un instinto, miraron en dirección al campanario de la iglesia.

Francesca volvió a respirar cuando vio a Rogelio que venía tranquilo y, a pesar del frío, no apuraba su paso.

¿Quién era la persona que lo acompañaba? ¿Se trataba de una mujer?, En la incipiente noche y debido a su extraña forma de vestir, no era fácil comprender si se trataba de una campesina o de una religiosa. Estando el pequeño a pocos pasos de ella, quiso darle

una buena reprimenda, acertándole un par de bofetadas, pero al ver el rostro transformado de su hijo detuvo sus intenciones hasta llegar a emocionarse.

—¿Dónde estabas, jovencito? —Le preguntó Francesca, mientras lo abrazaba.

—En la Plaza, *mamma*. Demoré más de lo debido porque no vendí todas las manzanas —contestó él.

Francesa comenzó a llorar. Sintió piedad y remordimiento. ¿En qué horrible castigo se había convertido la vida de su hijo?

—¡Pero no es necesario que cargues hasta estas horas una canasta tan pesada, hijo! —Alegó ella.

Al percibir la fragilidad espiritual de Francesca, True se apartó para no molestar.

Debía alejarse de su amigo y continuar con su marcha.

Al percatarse, Rogelio experimentó un dolor en el pecho. No debía permitir que esa mujer se fuera, no concebía la idea de separarse. De inmediato, le pidió a su madre un inmenso favor.

—¡Esa buena señora debe quedarse con nosotros! —Espetó Rogelio.

Francesca giró su rostro, y pudo verla con detenimiento. El aspecto lastimado de True le partió el alma, pero no llegaba a convencerla del todo como para brindarle ayuda.

—¿Qué quieres decir? —Preguntó Francesca.

Rápido percibió un extraño brillo en los ojos de su hijo, adivinó y comprobó sus intenciones.

—¡Eso es imposible! No tenemos lugar ni para nosotros. ¿Qué podríamos brindarle, si somos tan miserables como esa mujer? —Continuó diciendo ella.

—No tiene dónde pasar la noche. Hagámosle un lugar y mañana que busque otro sitio —retrucó el niño.

—¿Pero de dónde es? ¿Sabes quién es, acaso? —Insistió Francesca.

—¡Claro! Es una doncella que viene trayendo un encargo muy importante para el señor que habita en el castillo —respondió él.

—¿Y por qué no se hospeda en el castillo? —Dijo casi a los gritos Francesca.

Vinieron a su cabeza las infinitas artimañas que pueden idear las malas personas cuando buscan aprovecharse de los desvalidos y en un rapto de violencia se incorporó para donde se encontraba True. Sin saludarla la increpó:

—¿Qué anda buscando? ¡Nosotros somos personas humildes! Si es una invitada del castillo, no entiendo por qué anda por las calles mostrando esa apariencia lastimada y sucia.

Rogelio pedía por favor a su madre que no se comportara de

esa forma con su santa.

True, sin contestar, giró y continuó con sus pasos.

—No crea que somos tan ingenuos como para creerle que es una invitada más a la fiesta de compromiso matrimonial del mercader. A nadie podrá convencer que viene de tan lejos vestida de esa manera —continuó categórica Francesca.

¡Fiesta de compromiso! ¿Fiesta de compromiso? True creyó que era algo imposible lo que acababa de escuchar.

—¡*Mamma*, por favor! —Imploró Rogelio, mientras dejaba la canasta en el suelo y se secaba las lágrimas con sus manos.

—¿Ha dicho fiesta de compromiso? —Preguntó True con voz sibilante.

Miró en todas direcciones y cuando lo ubicó miró hacia el castillo. Tomó la postura de un ángel vengativo. Desde allí se veía, lejana e iluminada por antorchas, la provocativa y formidable mole.

Francesca, que conocía de dolor y de muerte, quedó paralizada ante la imagen transfigurada de True.

XXI

Lo obsequiado a la novia en ocasión de los esponsales comprendía, entre otros objetos, un elegante vaso de alabastro llamado “Las cuatro estaciones”, del cual sobresalía una figura femenina con aspecto de Cleopatra, asimilada como la diosa Ceres. Le seguía un fastuoso baúl conteniendo géneros franceses y un reloj montado en madera tallada, realizado en el Lejano Oriente en épocas inmemoriales, cuyo centro era de jade, decorado con dos dragones enfrentados.

A los pocos minutos, de una caja forrada en brocado celeste pálido, salía para la admiración de todos los presentes, una estampa donde se veía un grabado ilustrando un cuadro dentro de otro cuadro: curiosidad pictórica puesta de moda por los artistas flamencos, de ésos que se hacen llamar realistas.

Por último, fue una sortija de oro con incrustaciones de rubíes, lo que opacó a los presentes anteriores, y que hizo suspirar a todos en aquella noche festiva cuando fue depositada en el cuarto dedo izquierdo de la feliz novia.

El regalo de la prometida también dio que hablar.

Al pertenecer a una familia de importadores, entregó a su prometido un valioso batín masculino, de finísimo damasco de seda proveniente de China, con arabescos vegetales, traído en especial para la ocasión.

Cuando el festejado abrió y mostró orgulloso el obsequio de su amada, relució el forro aceitunado de la preciosa prenda. Todos se admiraban por tanta belleza. En medio de las exclamaciones, él continuó buscando en el fondo de la caja hasta descubrir un gorro de fino algodón con ostentosos bordados que completaba el conjunto. Entonces colocó la diminuta prenda sobre su peluca, provocando las carcajadas de todos los comensales, que alzaban sus copas en signo de aprobación.

Al mostrar obsequios tan distinguidos, los festejos comenzaban con el lujo que sólo puede darse en salones pertenecientes a las grandes monarquías.

Las mesas rebosaban de comidas que inundaban con sus aromas penetrantes. Cerdos asados, zorzales fritos, olorosas carnes de faisán bañadas con salsas de romero y salvia, bandejas que contenían todo tipo de deliciosas preparaciones, tubérculos escaldados repartidos a granel por todas las mesas y hogazas de pan para ser untadas en inmensas fuentes de porcelana con un aceite cuyo sabor estaba dominado por empalagosas cebollas y enfurecidos pimientos.

Todos comían desesperados esos manjares, dejando de lado los finos utensilios dorados para tomar los trozos de carne con sus propias manos; la grasa acumulada en sus paladares era bañada por el sutil espíritu alcohólico de los vinos bermellones de la zona.

Bebían sin tener el menor cuidado de mancillar sus trajes de seda. Poco les importaba arruinar esas prendas que llevaban meses en ser confeccionadas.

Era un ejército hambriento.

Transpiraban de tanto comer, riendo entre ellos por cualquier motivo. Por más que dijesen palabras tontas o idioteces deliberadas, se perdían en carcajadas que los dejaban afónicos. Cualquier falta cometida por algún sirviente al llevar las bandejas, o por algún músico al errar en la ejecución de su instrumento, significaba la ocasión para reír hasta el hartazgo como lunáticos. Se respiraba un maloliente aire de populacho, percibiéndose el odio que palpitaba en sus corazones. En ellos, la cólera tomaba formas inusitadas. Con los movimientos de sus fauces no paraban de destrozar las infinitas porciones de alimento, resabiándose como condenados a muerte.

Ni el sonido armonioso del clavicordio era capaz de otorgar dignidad a esa reunión de bárbaros convocados en la más oscura de las francachelas.

Al elevar la vista, se apreciaba un espectáculo brindado por guirnaldas multicolores, que traspasaban las bóvedas del salón principal del castillo como intrépidas saetas, terminando en los helados zócalos transformadas en agudos gallardetes. Llegaban a hipnotizar a esas personas alcoholizadas, que se perdían observando las perfectas simetrías del inmenso calidoscopio.

El despilfarro en ese festín era comparable a los que se hacen para festejar la victoria en una batalla que ha reportado un cuantioso botín, o cuando se brinda por el nacimiento de un príncipe.

Pero la realidad era algo bien diferente...

Ludovico Cavazza anunciaba su viudez y el inmediato compromiso con Ludvina Van Coehoorn, mujer de grandilocuente apellido y arcas rebosantes de oro.

Ludovico y Ludvina… Por poco sus nombres eran casi idénticos. Hacía un año que se conocían.

XXII

Ludovico se enamoró del aura de fina aristócrata que rodeaba a Ludvina. Sabía que por su sangre no corría ningún tipo de nobleza y que su único mérito era pertenecer a una acomodada familia de los Países Bajos, dueña de varias embarcaciones mercantes. Pero la sonoridad de las palabras que esa mujer pronunciaba cada vez que se dirigía a él, con un acento extranjero que lo despabilaba, hacía que su corazón palpitase con velocidad casi inhumana.

El sonido de esa voz, provocaba que su sangre circulara fortalecida.

Y por más que en cada fiesta donde se cruzaban siempre hubiese cientos de personas, no podía evitar perderse contemplando la imagen de esa mujer que siempre le resultaba fascinante.

El vestido al estilo francés que usaba aquella noche en particular, era el más osado que hubiera podido asimilar como una prenda para ser llevada por una dama respetable. Lucía rutilantes mangas pagodas de triple volante y bellos trenzados. Las demás invitadas morían por la envidia que les provocaba esa exótica mujer, figura despampanante recién llegada a Italia, luciendo ese traje con tanto desenfado.

¿Cómo se permitía tanta osadía?

La abertura en forma de V en la parte frontal del traje, realzaba a la perfección su figura espigada y esbelta. Pero lejos de estar cargado de encajes, bordados e hileras de lazos de cinta puestos en escalera, su peto lucía liviano y casi transparente. En el cuello llevaba cadenas de diamantes engastados que despedían un brillo encantador, mientras que las transparencias que mostraban con delicadeza la forma de sus senos embellecían aun más sus expresiones de mujer. Además de preciosa, Ludvina era experta en las artes de la seducción.

Con su instinto femenino, percibía que aquel bello varón que siempre veía en este tipo de veladas, se encontraba esa noche más taciturno que de costumbre. Notó que articulaba falsas sonrisas y que su mirada, corrompida por algún tipo de melancolía, se perdía en el grupo de personas que no dejaban de saludarlo. Aunque esa noche le tocaba en suerte ser el anfitrión, se sentía en un salón atestado de invitados a un ágape donde él no quería estar y mucho menos permanecer.

Como buena sibila, adivinó que ella era la única que ofrecía algún tipo de interés en aquel hombre entristecido.

Ludovico restregaba su anillo de hombre casado contra la filosa textura de un ribete floral bordado en el costado de su calzón. Era evidente el profundo desagrado que le provocaba torcer su boca, pero respiraba reconfortado cuando ella le dirigía su mirada penetrante, tal vez con la idea de transportarlo con sus ojos pardos a un lugar que ambos, sin saberlo, ya intuían.

La rara vez que sonreía, era cuando recordaba las escuetas palabras pronunciadas en las amables salutaciones que ella le había devuelto en su deficiente italiano, recién aprendido, en ocasión de algún intercambio de saludos.

La música sonó invitando al primer baile de la noche y como si estuviese bajo el influjo de un hechizo, el distinguido mercader se acercó a la forastera.

Los graves compases del fagot parecían acompañar la situación de fiel manera. Servían de justo marco a las emociones, galantes y a la vez obscenas, que nacían entre ambos personajes que no dejaban de respirar excitados.

Cuando sonaron los violines, Ludovico comprobó una tersura incomparable en las delicadas manos de Ludvina, quien había aceptado sonriente su pedido de acompañarlo en la danza; todo en esa mujer le sugería excitación y la posibilidad de viajar a placenteros espacios ya olvidados.

Aunque todos se percataron de lo que sucedía, sólo ellos comprendían en profundidad. Los graciosos y habilidosos músicos seguían alegrando la fiesta con sus floridos compases y, sin saber, daban el marco justo a ese momento supremo que significaba la unión de los danzarines que se deslizaban cada vez más cadenciosos y sensuales.

Para el resto de los invitados, lo que se vislumbraba era algo inevitable.

Ludvina comenzó a ofrecerle miradas que lo atravesaban con rayos invisibles.

También los ángulos de su rostro resaltaban a causa del albayalde aplicado con maestría en las horas que había durado la preparación de su maquillaje. Cuando agitaba el abanico, las varillas de marfil calado se comportaban como patas de un ave zancuda en busca de su alimento primordial a toda costa; su modo de apantallarse servía para hipnotizar y seguir cautivando a ese hombre que no dejaba de observarla.

Ludovico se movía como un doncel vuelto a la vida, rendido ante su belleza, sintiendo cómo sus partes masculinas tomaban forma. Su boca le exigía saborear esas dulces bebidas que la extranjera le ofrecía con tanto desenfado cada vez que se aproximaba invadiéndolo con su perfume de carne.

Sería fácil desprender en menos de dos minutos los alfileres de ese peto insignificante y liviano, desatar los cordones decorativos, ultrajar las diferentes capas de transparencias y destruir toda trabilla que pudiese encarcelar ese cuerpo de ninfa.

¡Con cuánto afán quitaría ese fichú que repetía el insidioso movimiento de una serpiente envolviendo su escote! ¡Cómo caería a sus pies perdiendo su olfato y su memoria en la suavidad de ese livianísimo delantal que parecía confeccionado con alas de insectos resplandecientes, que no dejaban de zumbar afilados en su consciencia! Ambos compartían el deseo de besar cuanto antes esos labios, que en pocos minutos se habían convertido en el objeto de un disfrute irrefrenable y ansiado, alimento para desesperados hambrientos.

Terminado el baile, no fue difícil arreglar un encuentro para esa misma noche.

Sus eficientes edecanes se encargaron de transmitir los mensajes necesarios y ubicar la alcoba para un encuentro más íntimo.

A Ludvina no le importaban los comentarios que pudieran hacer a sus espaldas todos esos hombres y mujeres que observaban azorados el cortejo de conquista que había practicado sobre el desvalido Ludovico. En pocos minutos, con intercambio de miradas, sonrisas y amenazas de besos prometedores, había cautivado a ese caballero sin dejarle opción para escapar de sus garras. Por más que su nuevo compañero fuese un hombre comprometido, en su interior, exultante de deseo, tomó la decisión de continuar con su cometido.

Los miembros de la sociedad italiana la tenían sin cuidado.

Se sentía superior a todos ellos.

Su dinero la ubicaba en un lugar de privilegio. Y con sus buenos amores de pasional sacerdotisa buscaría disipar las marcas de dolor que veía en el hermoso rostro de Ludovico.

La música festiva continuó mientras los invitados se comportaron olvidadizos con respecto a la flagrante escena del anfitrión con la forastera. Hubo alguna que otra risotada hipócrita que se disipó a los pocos minutos.

Nadie se permitía comentar el flagrante acto de adulterio de Ludovico.

Mientras esto sucedía, la peluca y el tocado de Ludvina reposaban en un mueble; sus joyas pendían de unos candelabros de plata que apenas iluminaban todos los espacios de la amplia alcoba. Al caminar, acariciaba sus cabellos anaranjados, desprendiendo sus últimas prendas hasta quedar casi desnuda.

Apenas llevaba colgada a sus hombros una muselina que dejó caer al suelo antes de entrar al cálido lecho.

Besó a Ludovico hasta despertarlo de su letargo de obligada castidad.

Acarició sus músculos adormilados, que fueron tomando una forma y una consistencia tal que podrían pertenecer a la estatua de un dios. Sus movimientos femeninos inauguraban todo tipo de desenfrenos en ese varón resucitado. El perfume que emanaba su cabellera rojiza terminó de despabilarlo. Y él la tomó de inmediato con deseo de poseerla. Tendida y entregada, ella movía sus hombros rozando la tersura de las sábanas con la soltura de una experimentada danzarina, mostrando sin ningún tipo de pudor sus genitales, como si éstos fuesen joyas de tentación en forma de rutilante hebilla engarzada sobre rosas hechas de tafetán de seda.

La voluptuosidad, como nunca, los acompañó generosa.

Con tanta emoción enardecida, Ludovico caía en confusión al no saber con certeza quién era esa mujer tan complaciente en su cama, pero a la vez era tan simple entender lo que estaba sucediendo.

¡Los aromas de ese cuerpo desnudo eran tan diferentes a aquellos percibidos en su vida pasada! Todo lo que sentía aumentaba con creces su condición de pecador mortal, pero a la vez se sabía feliz y afortunado pudiendo penetrar esa lozanía blanca y naranja que relucía en toda la piel, embebida en las pomadas más exóticas, de esa mujer que se entregaba sin límites. Se encontraba inmerso en un viaje increíble, sin necesidad de trasladarse en el espacio…

Y después del éxtasis, seguiría insistiendo en acariciar ese cuerpo.

Sabía que toda su historia de fiel esposo se desmoronaría y borraría, dejaría de existir, pero no podía detenerse.

Permitió que la dama pernoctara con él. Tenía un doble sentimiento que lo torturaba, sabiendo que dormiría junto a una depredadora que a su vez lo protegía, devolviéndole las ganas de vivir. Al otro día, viendo salir a Ludvina, se difundiría la escabrosa noticia. Por todas partes, hasta el más discreto haría comentarios confirmando su pecado mortal.

Era el más noble de los hombres, que a la vez ensuciaba y arruinaba de manera irremediable todo lo construido durante años. ¡Era preciso dejar la casa y mudarse cuanto antes a Carignano! Inventaría un motivo para informar a su esposa con respecto a la decisión tomada, sabía que contaba con la aprobación familiar para empezar una nueva vida al lado de su amante. De ese modo esperaría

bajo otro techo el ansiado día en que llegase su viudez.

De inmediato anunciaría el matrimonio con Ludvina.

En el fondo de su corazón sabía que no estaba enamorado, pero lo que estaba experimentando no lo viviría con ninguna otra mujer. Se sentía perdido bañándose en las estigias lagunas del adulterio.

Así fue como organizó la mudanza y la monumental expedición. Conforme pasaron los días, el remordimiento, infaltable y preciso por quebrantar su juramento marital, comenzó a ultrajar su interior.

Su pecaminosa vida en Carignano, de acuerdo a lo planeado, tuvo unos primeros meses con derroche de sensualidades que se fueron alternando con pozos de tristeza y marcada melancolía. Ludovico sabía que no debía proseguir en ese equivocado plan.

¿Qué sucedería si la neerlandesa quedara encinta?

La falta de un hijo, un descendiente, provocaría un vacío en su prestigiosa familia… Era necesario continuar con la línea de sangre, pero el nacimiento de un bastardo con la extranjera, lejos de resolver el grave embrollo donde se encontraba, lo haría aún más complejo; engendrar en esas circunstancias, mortificación a la que estaba a punto de precipitarse, lo llevaría a insospechadas profundidades.

No tenía otra alternativa que contener su ira sorda y alimentar un escrúpulo arrogante que detenía su marcha, un resentimiento consigo mismo, que se transformaba en una piedra atascada a sus piernas y a sus cuerdas vocales.

La culpa lo lastimaba, pesándole tanto, que sus gestos se contraían hasta hacerlo avejentar de esa súbita forma; sin embargo, en las noches, como llevado por una anhelo incomprensible, se dirigía de nuevo al lecho de esa mujer para acariciarla. Perderse en la sensualidad… Eso lo hacía olvidar por unos minutos todo lo sucedido. Al eyacular calmaba su frustración acumulada, pero volvía a sufrir como un condenado a vivir en el exilio.

Los celos, además, comenzaban a quitarle la poca calma que le quedaba. Con el paso de las semanas descubría distintas especies de ambigüedad en el carácter de su compañera, actitud que interpretaba como burla a sus sentimientos de varón estropeado. Sentía que si no la desposaba cuanto antes, una larga lista de príncipes buscaría disputarle o robarle la corona de su reina de amores. Tendido en los brazos de Ludvina, urdía en su imaginación las más atroces de las muertes sobre esos imaginarios contrincantes…

Buscaba cultivar un tipo de esperanza.

Ubicado en su dorado solio, daba la imagen de un abandonado monarca que atina sin éxito a recordar un antiguo e inalcanzable pasado de dichas. Se sabía arrastrado, cometiendo un

error imperdonable, y ni siquiera lo salvaba un agrio ánimo enardecido que lo impulsara a dejar todo para volver arrepentido a buscar a su esposa. Estaba encerrado tras unos muros, que no eran de piedra, sino aún más pesados, construidos por su culpa.

—Tengo una esposa que no muere y que no va a morir nunca… —se repetía Ludovico con cierto desdén por sí mismo.

Mientras, Ludvina, tendida a su lado, limpiaba la transpiración de su frente.

XXIII

True continuaba apoyada en una columna decorada con telas de colores que caían de unas estridentes guirnaldas. Su aspecto era el de una persona consumida por el sufrimiento.

Observaba cómo todos se perdían en satisfacer con excesos sus vacíos espirituales.

El pequeño Rogelio le dijo que volvería pronto, pero continuaba desaparecido, además, era imposible encontrarlo entre tantas personas. Debía confiar que pronto aparecería a su lado. Por más que algunos sirvientes le ofreciesen manjares, no quiso probar bocado.

Miró en dirección a la mesa de los novios.

Un potente fluido impalpable de insania rodeaba la feliz pareja. Continuó mirando en detalle. Ciertos ritos de cortejo en especies animales provocan menos escozor: todo encanto que puede ofrecer una pareja de enamorados, aquellos dos lo desbarataban. Como si estuvieran bajo el influjo de un rapto onírico, hacían alarde ante los invitados de una ridícula devoción que los cautivaba, mirándose con descaro a los ojos, como suelen hacer los jóvenes tontos cuando creen estar enamorados.

Si seguía observándolos, debía cuidarse de que esa turbación se volviera en su contra, adueñándose de su alma.

Sintió piedad por Ludovico.

Esa fiesta y esa unión tan despreciables, eran parte de un ritual por el cual optaba por sí mismo, perpetuando su condición de traidor capaz de desmantelar su promesa de amor en menos de un segundo.

Sin importarle nada de su pasado, se condenaba a sí mismo.

Al verlo avejentado, le vino la idea de que debería pagar en el infierno por tanta maldad e insolencia. Además, hasta un ciego notaría que la mujerzuela se encontraba tan sólo obnubilada por el lujo que podría acumular con las joyas que con generosidad él le ofrecería para comprar sus caricias mercenarias. En los ojos de la despreciable neerlandesa no centelleaba ninguna luz que hablase de respeto, y mucho menos de devoción, valores tan necesarios para entregarse a un esposo.

Con el transcurrir de la vida, él tendría que pedirle por favor que le brindase un beso.

Al lado de una mujer así, sólo se pueden vivir estaciones de repulsión, sin tener la esperanza de cosechar nunca un buen fruto.

Tendría que rogarle a la nefanda por un poco de atención y de cuidado. ¿Pero qué podía saber esa mujer desbastada por la lujuria lo que significa cuidar de alguien? Con su egoísta juventud, a lo único que accedería sería a actos de abandono. En el futuro, el pobre Ludovico tendría que rogar a todos los santos para que en esa mujer quedara todavía un ápice de benevolencia.

Una indiscreta camarera le había contado en pocos minutos a True toda la historia de los enamorados, confiándole la frustración que venía asolando a Ludvina, quien había dejado su patria para instalarse con Ludovico en un frío castillo donde no se sentía amada como ella pretendía, y en cuyos pasillos nunca vería hijos que asegurasen su lugar de dueña y señora.

El noble varón se limitaba a poseerla. Y debido a sus celos muchas veces la trataba como un rehén. Por más que estuviese envuelto en sus hechizos, debido a inexplicables motivos, se negaba a engendrar.

¡Al menos le quedaba algo de decencia!

Era comprensible que por tantos años de espera y debilitada su carne, hubiese mantenido relaciones con amantes para calmar sus deseos varoniles. Pero convivir con una vulgar cortesana mientras su esposa todavía respiraba y anunciar su compromiso con ese despliegue de obscenidad no estaba en ningún plan concebible.

¿Cómo se permitía tal deshonra?

No tenía verdadera noción, nunca la había tenido, del tesoro que dormía en el alma de su esposa, dejándola a la suerte sin ningún tipo de apoyo.

True se arrepintió por haberse sacrificado tanto en vano.

—El día que se festeje el mísero matrimonio de esos dos salvajes, se dará bendición a un juramento malsano. Jamás lograrán un armonioso maridaje —musitó indignada.

Volviendo la vista sobre la prometida comprendió las tantas contradicciones que hay con respecto a las emociones y a la humana seducción. No lograba salvarse de tener confusos pensamientos cada vez que se ponía a reflexionar sobre Ludovico y sus gustos.

¿Qué percibía de bello en esa mujer de mirada perdida? Denotaba en el brillo de su piel que llevaba una juventud sin armonía y, por más que nutriera su cuerpo con emplastos ambarinos, el aspecto de su belleza estropeada era más que evidente. Todo en ella provocaba repulsión. Era una criatura olvidada por las gracias, digna merecedora del desprecio que sufren las mujeres adúlteras. Tenía un rostro agraciado, pero con expresiones de estúpida, buscando disimular con actitudes que intentaban ser corteses, siendo en realidad de baja estofa.

Cuando dejaba de observar con mirada perdida a Ludovico,

mostraba a los invitados un leve fastidio con el cual buscaba huir del lugar, se negaba a seguir con sus sonrisas y guardaba silencio, un silencio equivocado.

¿Qué veía Ludovico en ella?

Al juzgar por las recurrentes expresiones de fastidio disimulado, estaba pagando muy caro el hecho de haberse inmiscuido en una relación ya cimentada. Su unión con el mercader anunciaba un desafortunado final que se resistía a observar de frente. Daba tanta pena verla, rodeada de todo aquello rutilante que un día se transformaría en una implacable tortura...

La siempre diligente True pensó en incendiar el lugar.

Es preferible morir purificado por el fuego antes de ser presa del infierno eterno.

Pero en ese entorno, infecto de grandilocuente malicia, toda idea de eternidad no hacía más que aumentar la angustia en el pobre corazón de la doncella. La necesidad de matar a todas esas personas era una forma de poner en evidencia el hecho de que ella ya estaba muerta.

Había transitado por infaustos caminos, convencida de que el mercader era el único merecedor de un obsequio tan refinado y valioso como esos cuadernos. Había alimentado la ilusión de que el noble caballero dejase de inmediato Carignano, acudiendo al pedido de su amada señora para compartir una amorosa despedida en las habitaciones del claustro pero, al llegar, sólo había podido ver injusticia encarnada por donde posara su mirada. Al observar con detenimiento a la mujer elegida por Ludovico para desposarse, se sintió traicionada como si ella misma fuese su amada señora, que esperaba sin sentido una respuesta de amor por parte de un cerdo.

Se sintió burlada. Todo lo llevado a cabo para confeccionar los cuadernos no servía de nada.

Algo explotó en su cabeza, un golpe más feroz que los recibidos por los ladrones en el bosque, algo que también vació su corazón.

Decidió romper su juramento sagrado.

El que fuera el fiel esposo, en realidad resultaba ser un hombre vulgar, caído bajo la tentación de la carne, capaz de causar a sus semejantes lágrimas imposibles de frenar. ¡Haber sido venerado por su fiel esposa no servía de nada! Era un desgraciado, de ésos que abundan por todas partes.

Tenía que buscar la manera más cruel para vengarse.

La música sonó con estridencia y, de repente, un grupo de extravagantes bailarinas entró ofreciendo un espectáculo frente a la mesa de los prometidos.

Ludovico cayó embriagado en los labios de Ludvina. Ya no

era dueño de sus acciones.

Los aplausos y un rumor generalizado de aprobación se fundieron con griteríos desordenados, creando una algazara ensordecedora. El alma de la refinada doncella, habituada al aire conventual y a la pulcritud de los movimientos, no soportó tanta agresión a sus sentidos; el bullicio malicioso acribillaba su cerebro.

Escapó a un salón contiguo.

Al entrar, sintió que era el centro de atención de un grupo de mujeres que dejaron de conversar entre ellas cuando notaron su presencia. Midieron cada movimiento suyo traspasando el umbral y cerrando la puerta tras de sí.

¿Cuál era el motivo para esas miradas tan escrutadoras?

¿Eran personas de carne y hueso?

Tampoco podía darse cuenta de si se trataba de cuatro o cinco mujeres; al intentar enumerarlas, caía en un mareo espantoso, sin lograr su cometido. Parecía que en el salón hubiese una presencia mortífera rodeando al inquietante grupo, impidiéndole observarlo en detalle. Al notar que el bullicio del festejo no invadía esa habitación, comprobó que estaba ingresando a otra dimensión.

Se sintió perdida.

¿Cuál era el motivo por el que las mujeres ahora reían de esa forma socarrona?

Esos dientes manchados y ojos saltones provocaban espanto.

Por su parte, el pequeño Rogelio buscaba entre la multitud a su santa. Al haber pasado tanto tiempo en la cocina, preparando un paquete con restos de alimentos dados por los cocineros, había descuidado a su compañera sin que supiese más nada de ella. Debía encontrarla cuanto antes, pero cientos de abultadas faldas lo asfixiaban. Los calzados masculinos con que se topaba a cada paso le ofrecían obstáculos casi infranqueables. Optó por tironear cada vestido negro con el que se iba topando con tal de encontrar a su compañera perdida.

La más esperpéntica de las mujeres se incorporó y, sin dejar de sonreír, se acercó con decisión a la joven.

Su peluca, si bien parecía peinada por las más habilidosas asistentes, lucía pajosa como la de un cadáver. A medida que daba pasos en dirección a True, su aspecto era cada vez más espantoso. Se aproximó a tal punto que la cercanía entre ella y el rostro de la joven era nimia.

Amenazante, dijo unas palabras de extrañísima pronunciación. ¡El suyo era un imposible idioma!

Ante el mutismo de True, el resto de las mujeres continuó riendo, pero ahora haciendo sonar sus voces de hienas. La maldad que latía en esas almas era inaudita. Jamás hubiera imaginado que las

acciones alejadas de la luz pudieran ser tan concretas y palpables en los cuerpos humanos. Todo en esas mujeres se alejaba del amor y de las buenas intenciones.

Aterrorizada, trató de observar en detalle a la máscara frente a sus ojos.

Se asemejaba a Ludvina; el parecido físico hacía suponer que se trataba de una pariente.

Para asustarla aún más, la mujer pronunció una larga frase, mezclando su interjección con un hálito despreciable y una actitud todavía más amenazadora. En sus labios se adivinaba la palabra "Ludvina".

Ahora estaba más segura que nunca; esas horribles brujas eran familiares de la feliz comprometida, invitadas de manera especial a los festejos.

¡Nada tenía que hacer ahí, encerrada con ellas!

Las huesudas manos de la mujer buscaron arrebatarle los cuadernos, mientras decía palabras que True ya comenzaba a detestar por estar hechas con sonidos consonánticos que no lograba articular ni traducir.

La joven doncella los apretó consigo.

Al percibir la resistencia que ofrecía, las demás mujeres dieron un salto para aparecer de repente, rodeándola para sacarle el poco aire que le quedaba. Alguien llamó a la puerta, lo cual incrementó la tensión de True hasta el punto de destruir sus nervios.

Atinó a buscar el gozne para intentar girarlo, abrir la puerta y escapar de ese infierno.

Del otro lado, Rogelio dio golpes hasta que pudo abrirla; una vez más la salvaba de la muerte. De permanecer en el oscuro salón, sus últimas gotas de sangre habrían sido el alimento para esos demonios con aspecto de mujeres. La quitó del lugar dándole tirones a su falda.

El aire faltaba, el bullicio circundante era estridente y, por más que fuese guiada por el valiente ángel, todo eso era demasiado para ella; sus piernas se veían imposibilitadas para continuar. Ordenó a Rogelio que detuviera la marcha. El niño comprendió su pedido y de inmediato se apoyó en ella para buscar refugio en la textura de su vestido.

Esa humilde actitud despertó la burla de algunos y una sucesión de risas se propagó por todo el salón hasta llamar la atención de los amantes festejados.

Rogelio abrazó a True, dejando caer la caja con restos de alimento.

Las risas se convirtieron en carcajadas.

El aspecto de esos dos extraños era patético. Transmitían una

sensación de pobreza jamás vista y una debilidad tan grande que el escarnio generalizado mutó en un sorpresivo mutismo.

Para admiración de muchos, Ludovico pidió que despejaran el lugar.

Quería ver quiénes eran los atrevidos personajes capaces de desbaratar su fiesta de ese modo. En medio de todo ese variado colorido y voluptuosidad, el traje de True, confeccionado en renegrida lana acompañado de la rotosa apariencia de Rogelio lloriqueando, imponía, sin querer, una imagen lamentable y a la vez poderosa.

True clavó sus ojos en Ludovico, y cada tanto se dedicaba a mirar a Ludvina, que se encontraba sin entender nada de lo que estaba sucediendo.

El mercader no reconoció a la obediente doncella. El intercambio de miradas duró apenas unos instantes, los suficientes como para que él posara su mirada sobre los cuadernos que resaltaban como piedras preciosas, casi gritando el nombre del fatal destinatario.

Algo golpeó en su corazón y comprendió para su desgracia que esa mujer era un ángel negro, portador de un mensaje que venía de su pasado, mensaje que no estaba dispuesto a recibir y mucho menos a escuchar.

Por fin reconoció a la joven y elevó su mentón en actitud de desprecio.

Era tan dura su soberbia…

Con un mismo movimiento de su mano derecha, hizo que la música continuara y despidió con desdén a los desafortunados intrusos, que de inmediato fueron conducidos afuera.

Mientras era llevada, True observó a Ludovico con ojos de hielo. Desprendiéndose de las manos opresoras, detuvo su marcha, quedándose inmóvil sin que nadie pudiese impedírselo.

Desnudó con su mirada al mercader para humillarlo, con la autoridad que suelen tener las reinas con sus súbditos más indefensos.

¿Dónde brillaban las agitadas antorchas de su inalcanzable señorío?

¿Dónde quedó el hombre, aquel que prometía amor inmarcesible?

¿Dónde habían ido a parar las promesas de fidelidad escritas en tantas cartas de amor? ¿Acaso no era él, noble y distinguido varón, el que por medio de modosos juramentos a su esposa convaleciente, prometía demostrarle por siempre el más verdadero de los amores?

El fiel caballero y ejemplar esposo, cuyos sentimientos eran tan fuertes como las raíces de un ciprés, había muerto para nunca volver a respirar. Lo que observaba era un cadáver, y no un hombre con intenciones de continuar su vida como si nada hubiese sucedido.

Ella se opondría a que ese desalmado volviera a contemplar,

y mucho menos rozar, el cuerpo de su amada señora con sus manos adúlteras.

Desde esa noche, para encontrar a su denigrada esposa, contaría apenas con la ayuda de mapas opacos y tan frágiles que se destruirían al querer abrirlos. Llegar a ella sería más difícil que un asesino encontrara a Dios. No habría intersticios que pudiera burlar, quedando del otro lado de una edificación cada vez más inmensa.

Castillo dentro de un castillo, rodeado de un mar negro que no podría cruzar nunca.

Fortaleza infranqueable.

Templo antiguo, y desde ahora más sagrado que nunca.

Como excelsa e intachable doncella, convertida en vestal por el sentimiento a su amada señora, tenía todas las facultades para salvarlo del infortunio en el que estaba a punto de caer. Dicho encuentro podría haber significado un golpe de suerte para el caballero infiel, pero True decidió condenar a Ludovico y su maldición cayó sobre sus espaldas con el peso de una roca inconmensurable.

—¡Que se abran nuevos horizontes, donde transites solo y desamparado! —Dijo con fuerza.

Su condena fue más pesada que el plomo y se extendería a través del tiempo.

¡Palabras escritas en letras mayúsculas y pronunciadas con vehemencia en todos los planos existentes!

Cada vez que se encontrase con algún acto de verdadera inocencia o decoro, caería indefenso al recordar su falta. Y, al intentar levantarse, volvería a caer, como si estuviera muerto o careciese de cuerpo. Era la peor condena para un varón que siempre se había caracterizado por ser el más audaz de los mercaderes, siempre ganándose a todos con sus encantos. Cuando tuviese contacto con la pureza y su claro designio, pagaría con creces la deuda de amor no cumplida a su esposa abandonada.

El hecho de confirmar que el amor ocupaba tan pocos lugares, terminó por partir el corazón de la joven True.

—La espiritualidad no es para todos… —le dijo True a Rogelio y comenzó a llorar sin consuelo.

Con una caricia le dijo al niño que debían entregar sus arcos destensados y salir cuanto antes. Un par de muchachos volvieron a tomarla de los brazos y terminaron de sacarla del lugar, pero esta vez se condujeron con cierta piedad.

Rogelio no se desprendía de ella.

Los dejaron en las galerías que daban a la parte trasera. Por lo visto, no representaban tanto peligro como para ser expulsados a empujones fuera del castillo.

Ellos optaron por buscar un espacio tranquilo. Bajaron con

rapidez a un jardín deshabitado, vieron un asiento labrado en piedra. Allí Rogelio ubicó a True para que reposara, inspirando el aire limpio y helado que bajaba del cielo, eso la ayudaría a despejar la confusión que tenía.

Una vez recompuesta, miró con ternura a su joven protector y acarició los cuadernos ajados, reforzando las ataduras para que no se perdiera ninguna de las páginas. De pronto recordó la dulzura compartida con su amada señora y la Mujer de los Pájaros en las habitaciones del claustro. Entre ellas tres existía un amor fraternal y a la vez tan incomprensible, que resultaba difícil decirse con palabras humanas. Dicho sentimiento daba como fruto esos valiosos cuadernos que estaba dispuesta a seguir cuidando con la ferocidad de una leona.

La devoción que sentía por su jefa era indescifrable; ese sentimiento la instaba a seguir alimentando un celo inmenso. ¡Ella era la única que había tenido acceso a todos sus objetos, su simpatía y su confianza! Nadie conocía lo ardua que había sido su tarea acompañando las incontables horas de escritura, mientras vigilaba que nada interrumpiera el sigiloso paso de la pluma sobre los papeles quejumbrosos.

¡Cuidar de esa mujer se había convertido para ella en una obsesión!

Controlar que nada pudiera alterar su calma y así seguir escribiendo incansable, desafiando el paso de las despiadadas horas. Ocuparse también de cocinar sus alimentos de cierta y determinada forma para que jamás cayese enferma. Mezclar antimonio en sus refecciones con tal de prolongarle la vida. ¡Todo le parecía insuficiente!

Bien alimentada, podría despertar en las mañanas con resplandecientes inspiraciones y, mediante sanos estímulos, prolongar al máximo la productividad de sus vigilias, buscando burlar las leyes naturales de los cuerpos, sin dar tregua en el magnífico oficio de las caligrafías, atravesando las horas nocturnas con tal de que esos papeles fuesen completados.

Y en las pocas horas que tenía para descansar, se encerraba en su recámara para dibujar y pintar los infinitos pétalos de las caléndulas, las rosas, y los azahares… En las primeras horas del día siguiente, tomar y coser una a una cada página para encuadernarlas con sus manos de ángel.

Nunca sabremos qué prevaleció en el alma de True para decidir no volver con humildad a los recintos del castillo y entregar los valiosos cuadernos a Ludovico.

¿Habrá temido que fuesen destrozados? ¿Qué repentina fuerza terminó por gobernarla?

En ellos se encontraban también detallados los secretos del

milagro de transformación prometido por la Mujer de los Pájaros. Contenían palabras que brillaban, resguardando lo poco que quedaba de sagrado en ese mundo sembrado de poquedad. Además de mostrar el preciosismo propio de las enciclopedias medievales, en sus líneas, y no era necesario buscar con vehemencia, se develaban las incógnitas más profundas con respecto a lo sagrado y lo profano, con revelaciones divinas dilucidadas por el corazón humano.

Recorrer sus páginas, por más que estuviesen desteñidas y rotas, era como acceder a escritos de antiguos iniciados. Se asemejaba a la experiencia de transitar por jardines maravillosos y alimentarse con partículas de un conocimiento excelso.

Cada una de esas páginas contenía fórmulas mágicas, escritas con pulcritud, que proporcionaban notable alivio en las enfermedades del ser humano que pudiese leerlas.

¡Crestomatía única por su brillo dorado venido de otras dimensiones!

Un tesoro de los que ya no se encuentran.

Quien leyese esas páginas comprobaría que el conocimiento nunca más tendría una visión cristiana, como las que venían dominando desde hacía diecisiete siglos. Toda su escritura implicaba la metáfora del Árbol de la Sabiduría, cuyo conocimiento de forma inevitable tomaría forma en el futuro.

Fue poseída por un febril arrebato, que la conminaba a respirar de manera furiosa. Un cúmulo de obsesiones explotó en su interior como un volcán incontrolable, inspirándole un inesperado arresto de jovencita que se cree por minutos ser la dueña de todo lo creado.

Sabía que sería reprendida por su señora, pero debía apropiarse de los papeles y llevarlos de nuevo al claustro.

Había estado obligada a cuidarlos, sin tener siquiera la ilusión de considerarlos como propios, pero supo que siempre los había deseado. Era evidente que las páginas de esos cuadernos demostraban que la palingenesia era algo posible, y que formaba parte del ciclo de la vida.

Volver de la muerte, ya sea ésta aparente o verdadera, era algo factible de producir mediante ciertas prácticas que develaban esos cuadernos, sobre todo, y esto era algo fundamental, estaban las fórmulas para el correcto uso del pensamiento y las palabras adecuadas para la concreción del ritual.

¡Mediante esas palabras escritas se accedía a lo imposible!

Trataría de convencer a su amada señora de utilizarlos en el claustro. Imaginaba un futuro maravilloso compartido con su patrona y sus cuatro compañeras.

Con la ayuda de esos cuadernos podrían recordar todas sus

vidas pasadas y escaparían de toda sepultura. Descifrarían los detalles más ocultos con respecto a la transmigración de las almas y, si quisiesen, accederían a la Eternidad.

Comprendió que por más que apareciesen endemoniados contratiempos, el paraíso disfruta en materializarse frente a las personas de buenos corazones. ¡El destino al igual que el deseo, siempre se cumple!

En realidad, era la verdadera dueña de esos cuadernos y con ellos buscaría un nuevo modo de existir en compañía de personas piadosas. No sabía con certidumbre de quién heredaba esa naturaleza, que de repente provocaba la dislocada necesidad de apretarlos en su regazo con un deseo jamás experimentado en toda su vida.

Pero siguió apretándolos.

Esas torpes caricias eran el más eficiente conjuro. No entendió su impulso, tampoco quiso controlarlo. Sintió que le pertenecían solamente a ella.

Esperó para calmarse; después, posó su mano sobre la cabeza de Rogelio, que seguía buscando refugio en partes de su vestido para adormilarse.

Las formas del pequeño eran perfectas.

Los iluminó la blanca profundidad de la luna.

XXIV

Las paredes del desván desprendían de sus revoques la memoria gélida de la noche transcurrida, mientras, las primeras luces del día intentaban aportar una claridad azulina al modesto lugar. La pequeña mansarda, casi a oscuras, parecía invadida por un mensaje agobiante.

True y Rogelio, sentados en la mesa, temblando, se alimentaban con leche caliente y trozos de pan. Ubicados de pie, Francesca y Giorgio los miraban con recelo, sin tener el coraje de formular preguntas con respecto a lo que había sucedido la noche anterior.

Por influencias de Antonia, habían podido entrar al castillo como mandaderos suyos, Rogelio llevando una bandeja con pasteles que conformarían una de las tantas mesas del festín y ella pasando los cuadernos como un regalo que traía de parte de la pastelera, involucrándose ambos en lo que sería una peligrosa aventura.

¡Era necesario corroborar las palabras de Francesca!

¿Pero qué tal si Ludovico, tras haberlos descubierto, hubiese tomado represalias al sentirse burlado de esa manera?

La joven doncella y el intrépido niño se miraban satisfechos.

Gracias a la Providencia, al salir sin sufrir ningún tipo de agresión ni enfrentamiento con la guardia, respiraron tranquilos sabiéndose sanos y salvos.

El mercader, al igual que un rey magnánimo, para demostrar a sus súbditos que tenía un buen corazón, no pidió sus cabezas, y con respecto a los demás invitados, habiendo transcurrido apenas algunos minutos, ninguno se mostró interesado en saber quiénes eran y de qué se trataban esos cuadernos que ella llevaba con tanto celo adheridos a su pechera.

Los festejos por el compromiso de Ludovico con la neerlandesa debían continuar.

Ellos, los intrusos, estaban conminados a desaparecer del lugar; al salir, todas las compuertas se abrían a su paso.

Rogelio, sin darle ninguna explicación, la llevó consigo para que se resguardasen en el desván. Pasadas las horas y una vez sentada en el frío habitáculo donde vivía su amigo y su familia, True quiso desabrochar la prendedura de su cuello para alivianar el tedio, pero se detuvo al notar la insidiosa mirada de Giorgio; en sus ojos se percibían oscuras emociones y un vago, pero evidente destello de malicia.

De pronto y, debido a la tensa situación, sintió un leve mareo.

Todo a su alrededor comenzó a transformarse.

Tanto el pequeño desván como las personas ahí ubicadas, parecían dibujos en carbonilla sobre un papel elemental, asemejándose a un esbozo de los tantos que había estado obligada a repetir bajo las órdenes de la Mujer de los Pájaros.

Debía calmarse. Sabía que al haberse apropiado de los cuadernos, podía ejercitar vigores inexplicables, entre ellos los dones de la clarividencia. El lugar donde se encontraban ya no era el mismo. En sus córneas nacía una inusitada capacidad de ver en el interior de las personas, de una manera multidimensional.

Sobrevino un claro mensaje con respecto al hermano de Rogelio: en el futuro llevaría una buena existencia, pero su vida estaría limitada por falsos prejuicios y una cierta miopía espiritual. Acomodó el borde del cuello y acarició con disimulo la textura de su traje intentando sonreír con modestia al jovencito, que no dejaba de observarla desde su nueva naturaleza de dibujo animado.

Continuó ensopando su trozo de pan en la leche, después giró a su izquierda y descansó su mirada omnisciente en las pulcras líneas con las que estaba dibujado el rostro de Rogelio.

La pureza de corazón que veía, sobre todo cuando el niño comenzaba a sonreírle, lo delataba como un ser voluntarioso y constante ante la vida. Todo era alegría y tenacidad en el aura del pequeño doncel. Eso lo haría merecedor de un premio impartido por el Universo, pero ella se adelantaría a ese designio y le obsequiaría algunos secretos aprendidos en el claustro.

¡No era suficiente que Rogelio siguiera pasando por esas experiencias, sino que tendría que saber fortificarlas con una imaginación culta y alimentada por buenos ideales!

Al mirarse ambos con esa particular ternura, percibieron una emoción similar a la que sintieron la tarde anterior cuando se conocieron en la plaza principal.

Intercambiaron sonrisas de un desconocido amor… Nunca hubieran imaginado amar de esa manera tan generosa y pulcra.

True sintió responsabilidad con respecto al futuro del niño; tendría que explicarle minuciosamente, aunque él no comprendiera del todo, el mensaje que ella estaba dispuesta a transmitirle, que una vez definidos, esos ideales irían cambiando conforme pasara la vida y que debería continuar en el camino de la rectitud para seguir imaginándolos. True conocía muy bien los resultados de haber probado la poción, dulce y volátil, de la libertad absoluta.

¡Qué bueno sería inculcarle esos secretos a Rogelio!

¡Tan sólo debía borrar los planes registrados de servilismo y torpeza instilados por su madre!

Afirmó en su interior, que el porvenir es un campo que invita

a ser avanzado a paso redoblado; el simple transitar no alcanza…

Francesca se acercó llevando nuevas raciones de pan.

Detrás de su rostro resaltaban creencias primitivas, y si bien pretendía ser cordial con ella, a la vez lo hacía con un aire temeroso, lleno de supersticiones; se movía como si quisiera salvaguardarse de algún daño. Guareciéndose en las cavernas del dogmatismo, se expresó con frases entrecortadas, y con una inevitable violencia enmascarada pronunció palabras enmohecidas por el resentimiento. El color de su vestido, y toda su apariencia, traslucían un mensaje de tristeza mal llevada.

Sintió que con Francesca habitaban en moralidades bien diferentes y que jamás llegarían a pensar de una misma manera. Pero no quiso condenar a la pobre mujer, desde ese día la tendría en sus plegarias para pedir que su alma se limpiara, logrando aunque fuese una disimulada ascensión.

Volvió a observar a Rogelio con detenimiento, la profusión de pelos en sus cejas tupidas le causó una inusitada gracia, era la primera vez que se atrevía a reír con cierto arrobo.

Soltó una risa metálica, brusca y prolongada.

Por primera vez hizo un comentario jocoso con respecto a las facciones de su amigo. Todos, aunque se sentían sorprendidos, festejaron sus palabras y la acompañaron con risas de una felicidad contagiosa.

True respiró profundo, despejó su mirada.

Intentó volver a la normalidad y se mostró adusta.

En esos pocos minutos de éxtasis visionario, había olvidado las consecuencias que traería el haberse apropiado de los cuadernos. Tarde o temprano iban a pesar en su conciencia sus propias maldiciones. Sobre todo el hecho de no volver a casa en compañía de Ludovico, le traería gravísimas consecuencias. Terrible decisión que cambiaría su vida. A su modo seguía los pasos de su amada señora cuando era una niña indisciplinada, pero esa excusa no lograba consolarla.

En su interior supo que continuaría con su plan hasta las últimas consecuencias.

Pasadas las risotadas, Francesca observó a su hijo y comprendió todo: Rogelio cada vez que miraba a la forastera, lo hacía con afecto. Lo rodeaba una luminosidad que lo transformaba en un ser más bello.

Sintió confianza ante la imagen de True. Y el hecho de que no fuese del todo locuaz no terminaba por molestarle, apenas significaba que se trataba de una persona diferente a ellos. Algo benevolente comenzó a latir en su pecho y se ofreció para curarle las manos. También la invitó a pasar con ellos los días que fuesen

necesario; con buena voluntad hallarían la forma de conseguir alimentos todos los días.

—Una nueva y piadosa presencia femenina en la casa encauzaría a los jovencitos para que fuesen más educados —dijo pensando en voz alta.

True tomó con sorpresa el ofrecimiento y lo aceptó con agradecimiento, algo sonaba en la pronunciación de las palabras que decía esa ama de casa que le recordaba los débiles susurros de sus compañeras de encierro. Eso le hizo imaginar que la desvalida mujer provendría de alguna provincia española y también explicaba el nombre que llevaba su hijo más pequeño. Aceptó gustosa, pero le avisó que serían sólo un par de días.

Debía volver cuanto antes.

Por la tarde, con varias mantas, improvisaron un delgado colchón, que ubicaron debajo de una ventana vertical alargada y estrecha de la mansarda. Allí, la extenuada True, una vez recostada, utilizó los desgastados cuadernos como abrigo, abrazándolos como una niña con tal de soportar el frío que seguía instalado en esas cuatro paredes.

Se acurrucó y durmió acompañada de un profundo cansancio.

Soñó con hojas de enredadera que la acariciaban; esas presencias del reino vegetal rozaban sus heridas con amor, las curaban llenándolas con un aroma fresco. En esos espacios oníricos, surgía el pequeño Rogelio correteando por las estrechas calles de Carignano, encontrando por todas partes monedas de oro, que levantaba con entusiasmo, guardándolas en el bolsillo de su casaquín marrón.

La hiedra, inmensa y llena de fuertes luminiscencias, lejos de castigar a la ahora desobediente doncella, envolvía su cuerpo y sus emociones, regalándole a su vez las más frescas hojas que una planta puede brindar con el afán de proteger.

Rogelio discutía con Francesca; la voz del pequeño resonaba oyéndose desde lejos, pero ella no comprendía el motivo de la pelea.

¿Qué decían con tanto énfasis?

Conforme pasaban los minutos, la voz de Giorgio se sumaba a la discusión y la alejaban de su descanso. Se despertó sorprendida por el bullicio de una acalorada contienda. Al girar, se incorporó para colocarse la cofia y preguntó qué sucedía.

Intentaron explicarle que ninguno de los tres era el responsable de haber ido a las afueras de la ciudad para recolectar las frutas, pero de forma inexplicable, en la mesa relucía una preciosa canasta con lustrosas manzanas.

Contaron que al verlas, fueron de inmediato a agradecer el regalo a la repostera Antonia. Además, la buena señora se había tomado el trabajo de bañarlas con azúcar, trayéndolas en plena madrugada invernal, para dejarlas sobre la mesa como un regalo de la Befana.

Pero la repostera se mostró desentendida cuando fueron a agradecerle, dijo que no sabía nada con respecto a la misteriosa canasta.

—¡Tampoco hubiese osado abrir la puerta del desván en medio de la noche! —Replicó la buena y regordeta señora.

Creyeron que se trataba de algo malo, tanto que dudaron en tocarlas. Pero Rogelio, diestro en correr peligros, con coraje tomó una para probarla y comprobó que sólo se trataba de una inofensiva fruta, convertida en delicioso postre.

—¿Qué piensa que debemos hacer con estas manzanas? —Le preguntó Giorgio a True.

—Venderlas… —respondió ella con aire tranquilo.

Rogelio sonrió exultante.

Si lo decía True, debía hacerlo de inmediato.

Fortalecido por la anuencia de su santa protectora y sin decir ninguna plegaria, tomó la canasta y bajó las escaleras para salir en dirección a la plaza; todos quedaron mirándose conmovidos por la arrojada actitud del jovencito. Francesca y Giorgio seguían preguntándose para sus adentros quién habría sido el generoso benefactor.

True sonreía en su ya experimentado mutismo.

Con delicadeza, Francesca le pidió permiso para palpar los moretones que persistían en su frente. Por más que hundiera sus dedos en ellos, la joven no se inmutaba ni buscaba lamentarse. Al observar las heridas que seguían abiertas en sus manos, no comprendía cómo era posible que soportara tanto sufrimiento. Admiró el decoro con el que se comportaba, pero eso también atribuló su corazón. Se encontraba frente a una víctima que guardaba su padecimiento con una dignidad inexplicable. Contuvo las lágrimas y fue a la palangana para lavar un retazo de tela decidida a realizar cuanto antes las curaciones y así atemperar sus dolores.

No habiendo transcurrido ni diez minutos, apareció Rogelio, apoyándose en el umbral, dando un profundo respiro y mirándolos con rostro desencajado.

—¿Qué ha pasado que has vuelto tan pronto? —Preguntó

Giorgio.

—No pude ni ofrecer las manzanas… —dijo Rogelio.

—¿Qué dices? —Increpó Francesca.

—¡En cuanto me asomé a la puerta, un grupo de personas me arrebataron la canasta y compraron todo! ¡Algunos pagaron el doble sin preguntarme el precio! —Explicó el tierno niño.

Rogelio miró a True y sacó de su bolsillo un puñado de relucientes monedas.

El aspecto de las manzanas era tan llamativo e hipnótico para los transeúntes, que no podían resistirse a la tentación de querer saborearlas. Con tal de obtener una de esas frutas, por poco actuaban como ladrones frente a la mercancía que llevaba el niño.

Francesca lo abrazó y le dijo cosas cariñosas al oído, mientras que Giorgio festejaba la buena fortuna de su hermano dando saltos y frotando la espalda de Rogelio.

True presenciaba la felicidad de la humilde familia sin decir nada.

Habían sucedido situaciones para muchos inexplicables, algunas bellas, otras profusamente horribles desde que emprendiera su viaje a Carignano, y aunque hubiese conocido lo maravilloso por haber estado cerca de la Mujer de los Pájaros, continuaba impresionándose al descubrir nuevos milagros, ahora en la vida de su pequeño amigo. Su corazón estaba inundado de emoción.

Sonaron golpes en la puerta.

Se trataba de personas que al saber dónde vivía el pequeño vendedor, habían subido presurosos los interminables escalones con tal de encontrarlo y comprarle el resto de las frutas. Las voces anunciando la existencia de las manzanas se multiplicaban por todas las inmediaciones, encendiendo como reguero de pólvora la noticia por todos los caseríos a la redonda.

Mientras Francesca y Giorgio explicaban que la mercancía estaba agotada, inventando excusas para que toda esa gente desesperada volviera al otro día, Rogelio se acercó a True, buscando una clase de explicación.

—Veremos qué sucede mañana. Por ahora debes tratar de calmar tus ansias. ¡Y agradecerle a la Providencia! —Respondió la doncella.

De inmediato abrió uno de los cuadernos y lo invitó a que lo hojeara.

Por más que fuese analfabeto, el niño disfrutaba observando las figuras que encabezaban cada página y, entusiasmado, se perdía en las ilustraciones. Sin saberlo, comenzaban cambios en su interior que renovarían su conciencia. Sonriendo, continuaba en ese juego que implicaba observar las coloridas páginas. El perfume de esos papeles

no lograba embriagarlo; estaba cerca de ofrecerle al oído el regalo que tanto deseaba darle.

Ese día Rogelio no lo olvidaría jamás.

Con el dinero obtenido, Francesca fue al mercado. Compró una modesta pieza de carne que condimentó y cocinó en pequeñas perolas, guisándola junto a varios tipos de verduras. En esos preparativos no refrenaba sus lágrimas. Entonces, quiso transformar su emoción inyectándose ánimos para cantar mientras continuaba con el resto de los platillos que conformarían el primer almuerzo digno que tendrían en lo que iba del invierno.

Una vez ubicados, los cuatro alzaron sus escudillas en actitud de brindis y también de emocionado agradecimiento por el milagro sucedido. Todos por igual se miraron fijamente a los ojos, en sus corazones crecía una gran expectativa con respecto a si volvería a aparecer otra canasta al día siguiente.

El resto de la tarde, usando el costurero de Francesca, la circunspecta doncella, con la ayuda de Rogelio, se dedicó a hilvanar y coser los folios destrozados. Era fácil suponer que con cada movimiento de sus manos transmitiera al dócil ayudante toda clase de enseñanzas y secretos mágicos…

Transcurrida la noche, los primeros rayos de sol y los sonidos de la calle sorprendieron a todos dormidos.

Como era de suponer, en la mesa relucía una nueva canasta con manzanas bañadas con azúcar o un tipo de melaza transparente. Las voces de la reconfortada familia, al despertarse y ver el milagro, sonaron renovadas y plenas de algarabía. Así fue que un segundo día de prosperidad envolvió a los desamparados.

True sintió que debía partir.

Llamó a Rogelio y comenzó a hablarle al oído. Tenía que lograr que la hiedra, además de rodear los pensamientos del niño, se instalara en su corazón para que éste lograra el hábito de respirar en planos quiméricos. Estuvo algunos minutos contándole una nueva historia de su reclusión en el claustro, mientras éste movía sus ojos conmovido por la sorpresa al escuchar tantos mágicos pormenores en la sorprendente historia.

Lo sobrenatural llegaba para instalarse en su familia.

El niño mantendría en secreto todo lo dicho y enseñado por

su maestra, y por más que buscara salir a la luz, o alguien lo obligara a contarlo, sería “su” secreto y lo guardaría como un tesoro.

Lo único que podía difundir era que las frutas milagrosas debían llamarse Manzanas del Amor.

Ya entrado el mediodía, True, asegurándose que los cuadernos estuviesen bien fijos con cordeles de bramante, emprendió su camino de vuelta ubicada en la parte trasera de un carruaje de pobres aparejos que había conseguido Giorgio a cambio de dos de las prodigiosas frutas. ¡El cochero debía sentirse bien remunerado con un pago tan generoso!

La joven sentía pena por abandonarlos, pero era preciso volver cuanto antes; en el trayecto pensaría en las explicaciones que debería rendir a su señora.

Abstraída en sus pensamientos, demoró en percatarse que en la bolsa de lana entregada minutos antes para acompañar el viaje, se veían generosas porciones de sabroso queso y pan blanco. Cuando miró en dirección a Francesca para agradecerle, le nació un inusitado sentimiento de lástima al verla alzando sus manos, rodeada por sus dos hijos, saludándola con un entusiasmo que terminó por embargarla de emoción hasta las lágrimas. El agradecimiento que nació en su corazón por aquella mujer y los dos muchachos sería eterno.

El pequeño Rogelio viviría con ella poblando sus recuerdos más cristalinos.

Al girar, observó que a su lado viajaban, acurrucados, un humilde matrimonio y dos criaturas. La madre tenía en sus brazos a un recién nacido abrigado en un retazo de sayal de estopa gris, mientras que el padre tenía en su falda a un niño de unos seis años que intentaba jugar con un par de ramitas golpeándolas, como haciendo sonar un tambor imaginario.

Las facciones de esas personas provenían de sucesivas generaciones de campesinos quebrados por la debilidad y la humillación. Lucían zapatos de incómoda madera claveteada y los cabellos desteñidos e intonsos buscaban ocultar sus expresiones tozudas ante la amenazante presencia de la extraña. Cuando escucharon el saludo de True, respondieron con miradas huidizas. Al juzgar por las actitudes hoscas en las que se refugiaron mientras duró el viaje, eran personas curtidas emparentadas con el rechazo. No sintió pena, sino admiración por esos desvalidos. En lo que fue su aventura, personas simples como ellos le habían prodigado toda clase de muestras de conmiseración, pero por encima de todo… de una sabiduría oculta.

El conocimiento siempre se encuentra próximo, expectante, y sólo se precisa tener los ojos bien abiertos para absorberlo, se dijo a sí misma.

Viajar acompañada por ellos implicaba un buen signo de bendición.

Aunque su destino era otro, quedaría por siempre en deuda con los rústicos.

Volvió a mirar en dirección a Francesca, que junto a Giorgio y Rogelio seguían observándola cómo se alejaba en el modesto transporte tirado por debiluchos caballos.

Según pasaron las estaciones, el milagro de las frutas pasaría inadvertido, convirtiéndose en una costumbre cotidiana entre los habitantes de Carignano.

Más adelante, se creería que el baño de azúcar era el resultado de los buenos oficios de Antonia, que con el paso de los años vio su sueño hecho realidad, fundando una casa de repostería que gozaría de excelente reputación por especializarse en hacer delicias con brillo bermellón en honor al color de las manzanas de Rogelio.

El niño multiplicaría sus ventas de forma exponencial y su mirada no sería más la misma; su manera de contemplar la vida parecería más bien la de un hombre sabio.

Las frutas confitadas continuaron apareciendo, sin falta, a la hora del amanecer sobre su mesa proporcionando dulzura y prosperidad a los suyos durante muchos años.

XXV

Al llegar y descender del carromato quedó estupefacta. La casona que había dejado días atrás ahora lucía el aspecto de una ruina abandonada, como si en realidad hubiesen pasado cien años: sobre el inmenso muro relucían algunas vagas ondulaciones del esgrafiado, cuyo pórfido rojo estaba curiosamente desteñido y a punto de desmoronarse; la otra parte del revoque original de la fachada yacía en el piso, imitando el escombro de un edificio carcomido por la intemperie. Los muros transmitían un frío espectral propio de los cementerios cuyas humedades hablan del desencanto. Era difícil suponer que detrás de esas paredes pudiera existir alguien con vida.

Por más que fuesen los primeros días de la primavera y resplandeciese un diáfano sol, ningún pájaro emitía gorjeos ni volaba por las inmediaciones. Tampoco se oía el zumbido que suelen hacer los insectos. En todos los umbrales, tanto de las puertas como de las ventanas, quedaba nieve acumulada que taponaba todas las entradas, dándole a la casona un aspecto todavía más decadente.

Los vitrales transmitían tal tristeza, como si no quisieran volver a mostrar tras los diferentes colores de sus cristales, ni la más débil y disimulada luz encendida. Algo burlaba sus sentidos y la constreñía a observar aquel abandono más grande y más inaccesible de lo que en realidad se mostraba.

Hacía dos días que lo único que deseaba era llegar para encontrarse con sus compañeras, saludar a su señora y poner a buen recaudo los manuscritos. Con sus últimas energías tan sólo se dispondría a dormir a fin de reponerse. Llevaba heridas y mejillas emaciadas por el agotamiento de un viaje que se resistía a terminar exitoso…

Cuando se acercó para castigar la aldaba, comprobó que la puerta mostraba signos de haber sido violada de forma bestial. ¡Casi destruida! Le faltaban los goznes, los pernios y las bisagras de bronce los habían extraído con hachazos como si los bandidos hubiesen creído que en realidad fuesen de oro. Lo único que se veía era una gruesa cadena que salía por un par de orificios hechos con torpeza.

¿Qué había sido de la existencia de la desvalida portera?

¿Los saqueadores, tras entrar y terminar de vaciar la casona, también habrían descubierto la manera de entrar al sagrado claustro para ultrajar la paz de sus compañeras?

Se preguntó, con desesperación, cuál sería el estado de su patrona.

Intentó despejar su camino, pero la nieve resistía tan compacta que parecía formar montículos de piedra. Mientras empujaba con sus pies lastimados, se dio cuenta de que no había forma de entrar por la puerta principal. La cadena también estaba apresada con un candado que se encontraba empujado, ajustado y oculto de manera certera por la parte de adentro.

Para corroborar el desalojo, comenzó a buscar algún indicio de vida en los ventanales, en efecto, percibió que nadie respiraba ni se asomaba por los infinitos vitrales opacados por el abandono. De alguna forma buscaría el modo de golpear hasta derribar la pesada puerta.

¡Tenía que haber alguna forma!

Comenzó con débiles toques. Llena de nerviosismo continuó con golpes más fuertes por largos minutos. Su mano derecha, cubierta con vendajes, comenzó a sangrar de nuevo. La persistente tortura en sus heridas tampoco la amilanaba; con su otra mano, atinaba a seguir sosteniendo los pesados cuadernos.

Transformada, comenzó a gritar para darse ánimo.

De pronto, algo parecía estar llamándola, pidiéndole detener la furia con la que intentaba terminar de destruir la puerta. ¿Quién había dicho su nombre? Se alejó unos pasos y comenzó a buscar por todas partes.

Miró y escuchó en todas direcciones, movió su cuello como si intentara quebrarlo al inclinarlo y comenzó a olfatear como si el disgusto la hubiera convertido en un alano embravecido. Después de revisar todo lo que avizoraba a su altura, acertó en levantar su mirada, divisando en dirección a la terraza.

De ahí provenía el sonido que la convocaba.

Era imposible que su intuición se confundiese.

Comprobó que alguien la observaba a escondidas. ¿Era un ladrón o un asesino agazapado? Por más que aguzaba su vista, no lograba ver en detalle de quién diablos se trataba.

En vez de escapar asustada, decidió enfrentarse al enemigo. Su corazón ya no se permitiría ningún tipo de vacío para ser llenado por el terror.

Quedó inmóvil; entonces depositó su mirada en la figura que se vislumbraba tras las almenas.

Si se trataba apenas de un merodeador… saldría para dar la cara, o huiría por los techos al saberse descubierto. Y si era un asesino, una vez harto de ser controlado por sus ojos incisivos, saldría con su arma para culminar con su misión homicida.

Ella lo esperaría tranquila.

En ese momento de la eternidad, decidió creer que tenía todo el tiempo que se le ocurriera.

Y ella era el tiempo.

Puso toda la intención en su persistente mirada, de ser necesario alzaría uno a uno los ladrillos de la terraza con tal de descubrirlo e identificarlo. Era la dueña de los cuadernos y eso la convertía en una mujer también peligrosa.

Si quisiese, podría desintegrar la tierra entera.

Al igual que las montañas que se movieron en la planicie blanca, tanto la casona como la arboleda circundante podrían ser movidas cuando ella se lo propusiera.

¡Sintió hartazgo por venir sufriendo tanta contingencia!

¡De nada servía la renuncia física y mental que había significado la travesía a Carignano! Como un caprichoso juego, carente de toda gracia, algo oculto se interponía con una nueva dificultad para que ella no pudiera llegar a su lugar más amado. ¿Hasta cuándo seguir pasando por pruebas de resistencia espiritual? Sabiéndose en una nueva trampa del destino, tomó la iniciativa y decidió desplegar la magia oculta de los cuadernos. A partir de ahora, haría caso a su alma y sería la digna dueña de lo que venía durmiendo en su corazón de dócil virgen.

¡Encarnaría y sería el poder!

Instalado en la nueva residencia

Hace un par de meses que no he vuelto a recibir mensajes telepáticos, tampoco he presenciado apariciones oníricas que me obliguen a continuar con mi trabajo de amanuense, por lo cual he aprovechado las horas del día para instalar mis bártulos en mi nueva y definitiva residencia.

Por más que medito por largas horas, también he cultivado una nueva costumbre de varón maniático, que consiste en repetir constantes caminatas en círculos dentro de las habitaciones.

Hoy he dedicado mi anormal ejercicio para recorrer la galería que da al frente de la casa. Aunque los pisos estén desvencijados, me alegra observarlos desde el incipiente mareo que provoca dar vueltas como una marioneta sostenida por hilos transparentes, comprobando con mi alterada visión que son las mismas maderas que vigilaron los pasos de True y los espíritus que supieron acompañarla.

Algo hace detener mis dislocados movimientos, me apoyo sobre la baranda y dirijo mi mirada en dirección al valle.

A simple vista el paisaje transmite una hermosa sensación de quietud.

Están otoñando las espesuras y las últimas luces del atardecer se van tiñendo con un azul profundo.

La noche se presenta límpida.

Diminutas estrellas brillan con un ritmo acompasado que sólo ellas, o pocos seres iluminados, pueden conocer. Sin embargo, si se observa en detalle, tras esa imagen de supuesto aislamiento de paraje desolado, algo más grande e inquietante palpita transmitiendo una sensación amenazante.

No me sobreviene ningún temor. Aunque mi corazón siga cansado por haber sufrido escalofríos desde que los cuadernos llegaron a mis manos, y también vislumbrado el que sería mi verdadero rostro, descubriendo verdades tan difíciles de digerir para un hombre de estas épocas tan atribuladas por una falsa Ilustración, respiro tranquilo.

Sé muy bien lo que mis ojos observan… Y entiendo su significado.

Ahora respiro hondo. Continúo mirando las inmediaciones con un ánimo calmado y me llega el recuerdo de mi madre confesándome su secreto tan bien guardado; al decirme todo aquello terminó revelando buena parte del misterio contenido en mis cuadernos.

La que simularía ser una humilde criatura huérfana y sin

linaje, debiendo ocultar su verdadera identidad con tal de entrar al claustro y allí servir como humilde doncella, fue mi tía abuela Gertrudis, de la cual soy descendiente por parte materna. Dueña de refinadas costumbres por pertenecer a una encumbrada familia, tuvo la dura tarea de camuflarlas en modestas actitudes para no llamar la atención.

Gertrudis Emilia, hija predilecta del Barón Hermann Kersche.

Aquella tarde, con su orgullo por demás disminuido, ingresó a la oscura construcción de muros grises donde se resguardaba una criatura a quien todos temían. Una vez allí adentro, tampoco sus compañeras debían sospechar que contaba con la educación que suelen tener las princesas europeas, y que por ser dueña de una belleza única, le esperaban tiempos para convertirse en la esposa de un noble caballero.

Debía ser la más anónima de las doncellas.

Según los comentarios de mi madre, siempre se comportaba como una niña indomable, a quien su padre adoraba llamar True.

En su juventud perfeccionó sus aires de libertad, que eran confundidos por todos como actos de deliberada altanería. Por ejemplo, accedía sin permiso a lugares destinados a los varones, tomaba libros de la biblioteca paterna para leerlos como una hambrienta de conocimiento, hablaba en voz alta o reía con una soltura que provocaba resquemor en el corazón de su madre.

Pero un día, de manera repentina, el carácter de la joven Gertrudis cambió rotundamente.

Al enterarse del extraño caso que agobiaba a Isabella, esposa del famoso mercader de arte Ludovico Cavazza, por muchos días no se animó a formular ningún tipo de preguntas al respecto, algo muy extraño en su naturaleza de jovencita curiosa.

Tampoco concilió el sueño, ni encontró la calma.

Era importante enterarse de todo detalle acerca de la agonía que seguía padeciendo esa pobre mujer, pero algo más fuerte que ella la sumía en una espantosa introspección.

La alegría que la caracterizaba desapareció sin más y fue perdiendo interés por todas sus actividades. De un día para el otro, abandonó la costumbre de abrazar con espontaneidad al Barón Kersche y hasta dejó de saludar con resignado respeto a su quisquillosa madre. Debido a la falta de un sueño reparador, sus jornadas se fueron convirtiendo en pesadillas, siendo muchas veces víctima de ciertas alucinaciones que la obligaban a ver imágenes espectrales por todas partes.

Sus noches eran interrumpidas con molestos rumores que diezmaban su reposo y, por más que repitiera plegarias, su alma se obnubilaba con preguntas respecto al intrincado caso que la seguía

llenando de obsesión.

Todo el día buscaba escuchar atenta los comentarios de la servidumbre, para enterarse de cualquier pormenor que pudiera difundirse con respecto a la desgraciada mujer del mercader.

¡Tenía deseos de conocerla…!

Era preciso acompañar a esa indefensa criatura, castigada pero también bendecida por un fuego que no terminaba de desintegrarla. Sentía piedad y a la vez admiración por alguien que accedía de ese modo a una eternidad tan magnífica.

Lejos de temerle, ahora la amaba y hasta quería parecerse a esa figura.

Cuando lograba reposarse, pensaba en los detalles de esa enrevesada historia. Mientras que a ella llegaban inspiraciones tan fúlgidas capaces de alumbrar su cuarto, el resto de las personas continuaba con temores, tejiendo historias de superstición propias de ignorantes.

—¡Sólo una criatura con la autoridad de una reina se permitiría, habiendo sufrido un accidente tan devastador, erigir imponentes muros en la parte posterior de su fastuosa casa y así alejarse de la mirada de su esposo para realizar allí un digno camino de santidad! —Decía en voz baja, por las noches.

¡Debía acompañar a esa mujer!

Tenía mucho que aprender si lograba encerrarse con ella tras esos muros.

Rogó a sus padres que le permitiesen acompañar a Isabella en su penosa convalecencia.

No era un pedido normal, ni siquiera asequible para una joven de estampa aristocrática, perteneciente a una distinguida familia alemana recién afincada en el norte italiano. Desde aquel día en que la joven solicitó tal permiso, sólo se vivieron problemas en la residencia Kersche y se encendió la mecha de un fuego violento que provocó profundas discordias entre sus padres. Se entabló una disputa sin precedentes, alimentada por todo tipo de amenazas y maldiciones pronunciadas en el más certero alemán por ambas partes.

El infierno sobrevino cuando se supo que la joven contaba con la aprobación paterna.

La baronesa imaginó las sonrisas embriagadoras con las cuales la jovencita de piel transparente habría envuelto a su esposo como una hábil hada, con tal de convencerlo de acceder, como si estuviese hipnotizado y así conceder la ansiada autorización para tal locura. Al verse despreciada, humillada y sobrepasada por el carácter de su hija, alimentó una inusitada aberración por su marido que la llenaría de resentimiento. Repetía que con esa postura desatinada, el honor de la familia se conducía de manera irremediable a su fin.

El condescendiente barón Kersche interpretó el pedido de Gertrudis como el genuino y valiente deseo de alguien que quiere dedicarse con altruismo a una causa que muchos creían perdida. ¡Debía apoyar la decisión de la joven True! Sus antepasados, siempre dispuestos a enfrentar con aires de victoria ya conseguida a los enemigos más temibles en campos de batallas, le dictaban al oído que debía dejarla ir, que era una empresa difícil, pero necesaria. Y entendía que su amada hija, a pesar de parecer una frágil libélula, en realidad deseaba una experiencia espiritual similar a la que se experimenta en la guerra en pos de elevados ideales.

El temor por la integridad de la preciosa joven lo inquietó durante muchas noches, pero terminó accediendo.

Fantaseaba con tener una hija santa, una Juana de Arco, cuya armadura era de piel blanca como la nieve y su espada la mirada penetrante con la cual atravesaría toda contundencia. Su hija tenía algo especial que la diferenciaba del resto de todas las jóvenes conocidas.

Por más que su esposa le rogara con lágrimas y amenazas de suicidio que se negara a la descabellada solicitud, se levantó una mañana y dio su aprobación con estas escuetas y pesadas palabras:

—Puedes ingresar a cuidar a la moribunda. Si te comportas sumisa y diligente ante el sufrimiento de esa pobre desgraciada, te sobrevendrá un tipo de fortaleza que te preparará para manejar en el futuro un castillo, o un reino si te lo propones.

En pocos días, la joven Gertrudis, al traspasar el umbral de la descomunal cárcel, escondía para sí un último vestigio de temor que pudiera quedarle en su alma de niña educada con grandes lujos, e ingresaba a la casona acatando con obediencia los consejos dados por su admirado padre.

Su estirpe alemana le prohibía mostrar flaqueza, tampoco hizo comentarios a sus compañeras de encierro; más adelante podría dedicarse a eso. ¡Llegaba por fin el momento tan ansiado por ella y su alma, debía estar atenta a cada una de las palpitaciones en su pecho!

Sentía felicidad al emprender una aventura, por la cual su corazón se renovaba con un indescriptible poder. Ingresó al lugar de piedras sin mirar a sus espaldas; no quería que el saludo de su padre la corrompiera, pudiera debilitarla o confundirla.

Transcurrieron los días y las semanas sin que nadie pudiera ofrecer ninguna noticia con respecto a la moribunda y sus desgraciadas doncellas. Por más que las enfermedades pasaran destrozando la vida de muchos, la horrible Isabella se resistía a morir.

Ningún sabio había podido dar explicaciones que sonasen coherentes con respecto a lo que sucedía, mucho menos soluciones. No era el caso de las malas lenguas que inventaban todo tipo de

elucubraciones, una más tenebrosa que la otra, con respecto al encierro de las mujeres.

Por temor a que el inexplicable mal se propagara por todo el principado, se decidió que nadie entrase ni saliese de ese lugar hasta saber de la muerte de la atribulada esposa del mercader. Los nervios terminaron por minar la salud de la baronesa Kersche.

Todos fueron viendo el refugio de Isabella Cavazza como si se tratase de una tumba, y a designarlo, utilizando gran ironía, con el mote de “mausoleo”.

Pensar o deslizarse en largos comentarios con respecto a ese lugar implicaba aterrorizarse. No cabía otra posibilidad que la de seguir esperando el transcurrir de los interminables meses. ¿Se trataba de algún tipo de intervención diabólica? ¿Y las que vivían tras esos muros eran brujas condenadas al infierno? Llegó el riguroso invierno y la estación donde las luces diurnas se apagan presurosas, terminó por matar a la madre de Gertrudis con un horrible sufrimiento en sus pulmones.

El torturado barón se encerró en un mutismo absoluto, sobre todo cuando apareció un cuerpo estrellado en las piedras que daban a la parte trasera de la Casa Cavazza. El cadáver, a juzgar por la nobleza del género del traje que lo cubría, parecía tratarse de Isabella.

Pero dicha información, por desgracia, no aportó nada para el esclarecimiento del caso, incluso sumó datos inconclusos para que se creara un mito, puesto que nadie identificó el cadáver de modo concienzudo.

Las alimañas llegadas de todos los alrededores habían desmenuzado y consumido buena parte del cuerpo, lo cual dificultaba todo intento de identificación, por último un ejército de gallinas había conspirado hambriento en la casi desaparición de la forma física del cadáver.

Por otra parte, su amada hija True, negándose a dar explicaciones con respecto a la desaparición de la señora Cavazza ni sobre el probable destino de sus cuatro compañeras, una vez de vuelta en la casa paterna prefirió confinarse en su cuarto. Nadie se explicaba cómo sobrevivía, sin probar bocado ni beber nada de lo que la servidumbre insistía en ofrecerle.

Ese estigma, sumado a la muerte de su madre, hizo que el resto de los familiares la despreciara e incluso temiera. Debido a que mostraba signos de enfermedad mental, no fue apresada ni condenada, por lo que se permitió el encierro en su confortable residencia; su padre nunca más le dirigió la palabra.

Por su parte, la transfigurada joven no alejaba su mirada de los majestuosos Alpes.

Suspiraba tranquila y sonriente, mirándolos con ansias. Era la

única que sabía toda la verdad, pero no iba a dedicar su valiosa tranquilidad tratando de explicar a ignorantes e incrédulos lo que en realidad había sucedido.

Las montañas la llamaban a gritos. En pocas horas más, emprendería un viaje sin necesidad de ningún equipaje más que su cuerpo y su valioso cofre otorgado como presente por la Mujer de los Pájaros.

¡Desaparecería de esos lugares paternos!

Su vuelta a la casona de los Kersche era sólo una manera eficaz para despedirse. Pero lo que más deseaba, era resguardarse en las mismas piedras de la antigua casona, levantadas sobre otros cimientos, en un lugar adonde su consciencia la guiara.

Fue a un armario y tomó la pequeña caja de madera donde tenía guardado todo su Dios y el mundo que había desintegrado por medio de la magia del viento blanco.

Estaba ansiosa de ubicar al pie de los Alpes toda esa herencia que había tomado de su amada señora.

Eso explica que apareciese de forma sorpresiva en las afueras de Cisterna, caminando como una lunática, con rasgos y actitudes de una melancólica demencia, lo cual llenaría de temor a los sorprendidos montañeses que no entendían de dónde había surgido una mujer con esas características. Nadie sabía que su verdadera intención era la de instalarse y vivir en soledad, dentro de una casa que tampoco nadie recordaba haber visto construir y que de un día para el otro ostentaba su pesado aspecto de singular arquitectura.

Despertó la confusión de varias generaciones, hasta que fueron acostumbrándose a su presencia según pasaron los años.

En cuanto al desgraciado final de Isabella Cavazza, unos pensaron que se trataba de un vulgar asesinato llevado a cabo por la doncella desquiciada, otros creyeron que se trataba de un necesario suicidio. La inteligente mujer sabía que la misión de la belleza “es hacer”. Encerrada tras los muros de piedra, su dolor espiritual crecía cada vez que recordaba lo irónica que se comporta la vida. Su nombre encerraba la belleza… Y sabía muy bien que nunca más volvería a encarnarla. Su vida estaba destinada al sufrimiento.

Nadie se aventuró a imaginar cuál habría sido el final de las otras doncellas.

Al aceptar ser el dueño de los cuadernos, debo reconocer el valor que tienen en sí, ponderando también las circunstancias en las que llegaron a mis manos. Conozco toda la verdad que encierran, pero todavía no puedo revelarla. Debo guardar sigiloso todo lo que sé

gracias a la Sabiduría que me ha sido conferida por la obediente doncella.

Estos son años en los que la Humanidad busca con desesperación milagros y no verdades.

—No es el lugar ni el tiempo para transmitir este conocimiento a cualquier persona —parece sonar dentro de mi cabeza una voz que me alerta y conmina.

Todavía me pregunto cuánta extravagancia habré cometido en otras vidas para ser castigado con este destino de hermetismo obligado. Espero algún día caer debilitado en mi palabra y faltar a mi voto de obediencia transformándome en un vulgar perjuro.

El quinto cuaderno permanece intacto; no sé si debo recurrir de nuevo al fantasma de True para que me lo dicte, tal cual hice con el cuarto. En fin, para el próximo… espero encontrar en sueños la llave para develarlo, o le tocará a otro incauto heredero transitar por esos resbaladizos caminos en donde siempre se termina caído, lleno de vergüenza, sin encontrar ninguna buena dirección.

Por mi parte ya he hecho lo suficiente.

Descansaré manteniendo bajo resguardo mis humildes transcripciones.

Estoy convencido de que me espera un destino de ostracismo, similar al de mi antecesora. Y con el paso de los años seré un ermitaño que se niegue a brindar a sus congéneres la luz que tanto precisan, pero ése es el albur que corren ciertas personas y ciertos descubrimientos.

El legado que con tanto tesón protegió mi loable tía, ahora está conmigo y me pertenece.

Sonrío agradecido mientras camino por los pasillos que ella misma transitó cuando vivía. Es tanta la satisfacción que siento al saberme propietario de esta casa, que me dispongo a leer en repetidas oportunidades; leo y vuelvo a leer las escrituras inmobiliarias que me han llegado hace un par de semanas y acreditan que la antigua casa de piedras hoy me pertenece como legítimo propietario.

De hecho, será una carga sobre mis espaldas, pero con la ayuda de los buenos espíritus sabré resguardar los papeles y también las paredes, con todo lo que eso significa para las próximas generaciones.

No tengo otra alternativa que la de sonreír y agradecer mi destino.

Desde la galería puedo disfrutar de las singulares posturas que toman los árboles, cuyos gajos parecen transparentes, dibujados con

agua. De las muchas formas inocentes en que se comporta la naturaleza, ellos las dominan todas. Saben que ningún forastero puede observarlos.

En la penumbra de esta noche sin luna, aprovechan para distender con soltura sus ramas imitando a delicados brazos. Por más que no sople ni la más suave ventisca, ellos mueven sus cuerpos vegetales como si fuesen verdaderas personas. Con su aflato de veneno apagan todo vestigio de cordialidad que pueda existir, lo cual provoca la huida inmediata de cualquier visitante curioso.

Como he dicho, en principio, todo lo que se refería a esta casa y lo que llamaba "mi ridícula herencia" me llenaba de espanto, pero al terminar las transcripciones del cuarto cuaderno, con todo lo que eso implica, comprendí fehacientemente que la magia y la espiritualidad puestas en práctica por personas comunes son fenómenos fructíferos más habituales de lo que uno se imagina.

Yo mismo… si me lo propusiera, podría ser un dios, alguien que decide borrarlo todo para empezar de nuevo, como hiciera mi antecesora. Pero por raros motivos, que siguen siendo inescrutables, todo lo enseñado a los hombres no basta, no es suficiente.

¿Cuál será el destino de la especie humana si continúa con esta falta de verdad con respecto a temas tan importantes?

Las plantas, o al menos estas plantas que rodean mi nueva casa, se comportan con esos modos que sólo tienen los seres evolucionados.

Bastaron algunos días para calmar mi corazón y entender con naturalidad que estos robustos árboles puedan moverse a su antojo de un lugar a otro, deslizándose como sigilosos vigilantes, mosqueteros bien armados y atentos al cuidado de mi morada. Ese es el motivo del fortísimo hedor que desprenden de sus ramas por las noches, como si no les bastase ahuyentar, con su rumor de árboles inmensos, a los pocos merodeadores que puedan llegar por aquí.

Me embarga cierta melancolía al imaginar a True instruyéndolos para tal fin.

¿Qué fórmulas habrá utilizado para despertarlos de su quietud vegetal y ayudarlos a arborecer en sus nuevas naturalezas?

Agotado de estas oscuras cogitaciones, me viene una idea extravagante.

Pero ya nada en estos lugares puede caratularse como imposible.

De pronto, recuerdo que transcribiendo los manuscritos nunca supe acerca del final que tuvieron las restantes doncellas. Tampoco mi madre me dijo nada al respecto.

Al haber sido instruida por la Mujer de los Pájaros en los secretos de la metamorfosis, la intrépida doncella bien podría haber

sugerido a sus compañeras llevar a cabo un ritual mágico, capaz de convertirlas en cuatro árboles portentosos, capaces de ser centenarios y con eso salvarlas de la pronta extinción de la carne humana. Así seguirían sirviendo a su amada señora en el camino ya marcado por la maga. Las suyas no eran vanas recetas para la inmortalidad. Todo debía continuar con un fin práctico.

¿Y de haber tomado la forma de una hiedra, dónde se encontraba el cuerpo de Isabella?

Surgían muchas preguntas con respecto a su destino.

En fin, el devenir de los hechos será el que elucidará todas las preguntas que restan en mi cabeza y me abocaré a registrarlos en anotaciones que iré adjuntando a los antiguos papeles.

Por lo pronto, he traído algunas pertenencias personales de mi residencia turinesa.

Objetos de plata heredados de mi padre, algo de cristalería, algunos pocos libros y diccionarios, dejando en el camino todas las maldiciones que mis hermanas quisieron obsequiarme a modo de despedida cuando se enteraron de mi mudanza definitiva a Cisterna de Asti.

Con respecto a la estructura de la casa, no pienso modificar los espacios y mucho menos deshacerme de los pocos muebles que encontré a la hora que ingresé. Tampoco intentaré llenar las habitaciones que continúan vacías, puesto que dan la sensación de estar esperando la visita de nuevas entidades sutiles.

Pondré, eso sí, todas mis energías en impedir que nadie se atreva a vivir en las proximidades de estos lugares que considero sagrados. Ningún potentado logrará convencerme, por más que me ofrezca bolsas de oro a cambio, de vender esta propiedad. Las viejas paredes de esta casa seguirán indemnes mientras yo viva y jamás serán derrumbadas.

A menos que sea “el elegido”, nadie ingresará a estas habitaciones con el deseo de curiosear en ellas.

Para el orden y la limpieza de la casa he debido recurrir a la ayuda de una gobernanta que hice traer del Sur.

El día en que la entrevisté, busqué constatar en una exhaustiva conversación los méritos y supuestas capacidades que decía haber aprendido en un convento napolitano. Por lo visto, había sido una huérfana que había pasado buena parte de su vida con las monjas. Era necesario que la mujer que acompañase mis días tuviese, parangonando los gustos y exigencias de Isabella, al menos un disimulado aspecto de santa con intachables costumbres de virgen.

Su viaje había durado días en un desastrado carruaje, pero no manifestó ninguna queja; tampoco se permitió mostrar rasgos de fatiga.

Es más, aquel día, ubicada en una poltrona de la sala, en vez de ser yo quien la observara, ella se encargó de escrutarme con su mirada penetrante. Reservó para sí toda información que pudiera ponerla al descubierto, tuviese ésta que ver con algún familiar lejano o alguna aventura amorosa, que a simple vista y juzgando por sus gestos esquivos, no existía y nunca había existido.

Con delicadeza, deslizó uno que otro comentario en forma de preguntas que de inmediato me pusieron al desnudo, exponiéndome al ridículo frente a su expresión eslava de implacable observación.

Guardó el silencio de un atenuado ofidio, teniéndome piedad escuchando mis nerviosas justificaciones. Para evitar caer en su embrujo, debía dejar de dar explicaciones y formular cuanto antes una pregunta que la desconcertara.

—¿Siente amor por las plantas? —Dije de pronto.

—…

Silencio inabarcable.

Las circunstancias estaban del lado que yo buscaba que estuviesen.

Al parecer, había logrado destronar al trebejo más ominoso de una inquietante partida de ajedrez, en la que minutos antes me encontraba jugando sin ninguna otra habilidad que una inteligencia ya agotada y un cuerpo que me ofrecía toda clase de malestares.

Era evidente que la mujer se sentía incómoda. Buscaba alguna frase que la ayudase a responder con precisión y así conquistar mi anuencia, pero no lograba trepar por ningún sendero de su inteligencia que pudiera salvarla del aprieto donde se encontraba.

Guardó silencio otro par de segundos, o toda la eternidad, daba lo mismo.

Lo importante era conservar su dignidad.

En lo que iba de la conversación… por primera vez estábamos enfrentados como corresponde.

Sabía que su futuro laboral dependía de su respuesta.

—Soy experta en cuidados del jardín, señor —pronunció sin bajar su mirada de mis ojos.

En apariencia tranquila, se dispuso a esperar con paciencia mi contestación. Por medio de su escueta respuesta, y por decirlo de alguna manera su descaro, la serpiente conquistaba mi confianza con un insignificante detalle de heroísmo: la persistencia.

El empleo era suyo, debía serlo.

Caterina Benedetta Giglio, ¡mi nueva gobernanta! Según la fecha de nacimiento en su carta de identidad, recién tiene treinta años, pero por sus ademanes distantes y educados a la fuerza, propios de la herencia española instaurada en los asilos para huérfanos del sur italiano, parece ser una mujer más adulta, sobre todo cuando se empecina en no sonreír y mucho menos alimentar con comentarios risueños ninguna de mis fallidas conversaciones.

Me pregunto cuál habrá sido su verdadero motivo de no continuar con la vida monacal en la que se ha formado. Su aspecto es casi el de una madre superiora.

Hasta ahora se comporta honrando las referencias que trajo escritas en perfecta caligrafía inglesa.

Es impecable en su aspecto y ordenada en sus horarios de trabajo.

Lo único que llama mi atención es haberla descubierto un par de veces con gestos de cierto fastidio al realizar sus labores. En esos momentos, desaparece la imagen de perfecta mayordoma que tenía el día que decidí contratarla. Por cualquier motivo, paso cerca de ella, buscando algo que nunca encuentro y disimulo un olvido de mis papeles sólo para hacerle un comentario agradable y aplacar su malhumor. Pero no logro más que evasivas y una rectitud militar de su parte, que me invitan a alejarme del lugar si no quiero salir lastimado.

Ni se digna a mirarme a la cara y continúa embebiendo con alcohol, en mecánica actitud, los antiguos cristales de los espejos ingleses que pueblan la sala de la planta baja para dejarlos impecables, o bruñendo con insistencia, asistida por finas cenizas, los candelabros de plata con el firme objeto de borrar el sucio corlado de sus hendiduras.

Fregatriz imperturbable, en sus insistentes manos, esos objetos se convierten en pequeñas joyas realizadas en el metal más valioso.

Sus labios perseveran cerrados y endurecidos. Percibo que de sus axilas se desprende el típico hedor que tienen las mujeres cuando están disgustadas o disconformes con la vida que llevan. Un olor a enojo invitando a alejarse de ellas.

Pero debo tenerle paciencia.

El suyo no es un trabajo fácil de llevar; sobre todo el tener que cumplir a rajatabla los detalles de nuestro protocolo de convivencia, marcado con severas consignas que deben agobiarla hasta quitarle la respiración por las noches.

Si bien no le he comentado los secretos que esconden estas paredes, e ignora todo aquello que se refiera a la existencia de la antigua dueña de la casa, ha tomado con responsabilidad y hasta con

una cierta obediencia oriental que conmueve, el hecho de cargar con el título de ser la fiel guardiana de estas habitaciones, evitando realizar ningún tipo de preguntas.

Caterina sabe que no tendrá licencias para salir de vacaciones y mucho menos recibir ningún tipo de visitas.

Acaso lo único que la seduce para seguir a mi lado en esta casa ubicada al pie de los Alpes, sea la idea de acumular todo el dinero de su salario y, una vez retirada, asegurarse una vejez tranquila en alguna modesta casa en la costa del sur italiano. También cabe la posibilidad de que la conmueva el hecho de convivir con un futuro solterón, y eso le inyecte ciertos aires de altanería, sabiéndose la única y verdadera dueña del lugar.

Cuando llega la tarde, se sienta en las gradas que dan al jardín para calmar algún dolor de su cuerpo o disipar su acumulado fastidio. Al no saberse observada, disfruta mirando con placidez las ondulantes líneas del espacio natural, mezclándose con la quietud y la idea de abandono proveniente de las habitaciones.

Tampoco ha hecho demasiadas preguntas con respecto a la finalidad de todos esos desolados espacios de la casa que se limita a limpiar y ventilar a diario.

El espíritu de la casa parece envolverla.

Intuyo que algo la impele a mirar en todas direcciones, como si buscara descifrar lo imperceptible, pero no logro adivinar qué tipo de pensamientos la inquietan. Vuelvo a repetir, no tiene idea de quién ha vivido en esta casa que hoy la cobija… y por la cual siente un poco de temor al percibir presencias transparentes que buscan acompañarla.

No obstante, no ha dejado de mantenerla impecable: desde su alma femenina, inyecta deseo a todo lo que hace e inventa en su interior un disimulado cariño por los objetos que acomoda y limpia. Tal vez, por más que la razón busque cercenar sus ideas reveladoras, y llevada por su intuición, sienta e imagine la verdad con respecto a todo lo sucedido…

¡Misterio el de las mujeres!

¿Sabrá que estos muros que comparte conmigo serán su hogar de hoy en adelante?

Cuando logra calmar su incipiente nerviosismo, se incorpora y va al jardín para ocuparse un poco de la limpieza del lugar y respira la frescura que las plantas le regalan a manera de vespertina bienvenida. Al desvahar sus follajes les pide permiso para utilizar algunas de sus hojas en un juego que yo supongo que es de carácter infantil, que consiste en darles bulliciosas vueltas, haciendo molinetes con sus dedos.

La única en responder a su pedido es la más altiva de las

hiedras, la que podríamos llamar la más inteligente, quien suelta y desprende un par de hojas que al caer se asemejaban a las de un árbol mágico por brillar de especial manera. Esa reacción de la frondosa planta hace suponer a Caterina que se trata de una entidad especial… Entonces, observa la presencia vegetal, admirando que su cuerpo, hecho de gruesas hojas verdes, ha ido poblando la totalidad de los muros, logrando rodear con sus guías toda la parte posterior de la casa.

El de ella parece ser un monólogo dicho exclusivamente a la hiedra por medio de susurros de agradecimiento, otras veces se convierte en un relato mudo, pero lleno de vida; un discurso que al final se convierte en un diálogo entre ambas, habitado por incógnitas que pueblan las filosofías que aún no existen.

Cuando el sol está a punto de desaparecer, apura sus pasos y utiliza una jarra de cobre para regar todas las demás plantas, a las que trata como a nuevas amigas.

Pero pronto vuelve su rostro.

Respira y deja de ser una criatura obediente, se permite la felicidad.

Ofrece sus más afectuosas miradas a la enredadera que tanto admira. Le sonríe como si buscara agradecerle un tipo de regalo o alguna alegría dispensada en otros tiempos.

El invierno insiste en hostigar por las noches…

Al dormir en la cama donde encontraron el cadáver de True, me sobrevienen inevitables escalofríos. Doy vueltas hasta encontrar una buena postura y calmar mis temores y así lograr conciliar el sueño.

En forma de chispazos e imágenes azules que aparecen y perturban mi descanso, algo intenta ingresar en mi organismo con el propósito de electrizar mi espinazo.

Me embarga el odio.

¡Me opongo rotundamente a seguir recibiendo nuevos mensajes provenientes del más allá, que me obliguen a seguir sentado a mi escritorio, actuando como un miserable esclavo! Ya he hecho suficiente. ¡Pido tan sólo reponer mis debilitadas energías!

¿Qué más pruebas de sumisión quieren de mí, grupo de espíritus?

He cambiado mi vida para ayudarlos a detener el vagabundeo al que estaban condenados y asegurarles en esta casa un refugio cálido…

—¡Denme tan sólo un poco de aire! —Creo haber gritado.

Tenía el ánimo de maldecirlos.

Volveré —en la medida que mis fuerzas me lo autoricen— a ser el mismo varón obediente que escribió sus dictámenes, pero antes quiero tan sólo dormir, dormir como se debe. La tortura se aquieta y puedo estirar mi cuerpo con la esperanza de caer en un sueño reparador.

Dormir, palabra olvidada en mi léxico.

Se oyen rumores lejanos. Por desgracia, me convenzo de que esta noche, al igual que las últimas desde hace un siglo, no podré descansar. Escucho un inquietante y potente rumor proveniente de la parte trasera de la casa. Me levanto a regañadientes y me acerco a la ventana para dilucidar de qué se trata todo aquel barullo. Al mover las cortinas, me impacta una potente luminiscencia hecha del mismo color de las imágenes que siempre suelen hostigarme y se filtra entre las hendijas de los postigos, alumbrando todo el lugar.

En lo que puedo ver hacia afuera, me impresiona observar cómo los pájaros, desde lo alto de los árboles, han salido sorprendidos de su letargo nocturnal y buscan desesperados escapar en todas las direcciones, mientras que un millar de insectos comienza a zumbar como un ejército listo para el ataque.

Maldigo y apoyo mi rostro consternado contra el marco de la

ventana. Fricciono la madera y lastimo mi frente, arrodillándome para darle lugar a mi llanto.

He llegado al límite del hartazgo. Un nuevo abismo busca engullirme.

Con mi mano transpirada me dispongo a rozar la pared, dibujando débiles figuras sin sentido que sólo un enajenado sería capaz de realizar. Alrededor de mí, la luz va tomando corporalidad; noto como si una multitud de espíritus, un gentío invisible, hubiera ingresado y me estuviera observando en silencio.

En mi interior surge algo similar a un deprimente desaliento.

Creo que, por el dolor que siento en mi cabeza, he recibido un fuerte martillazo, pero no estoy próximo a la muerte todavía. Comienzan a desfilar imágenes, ahora más pausadas, haciendo el mensaje más contundente y claro.

Los registros de todo lo sucedido se abren ante mis ojos.

A diferencia de los habilidosos ciegos, True, presa de un frenesí y sin ninguna lámpara que pueda auxiliarla, utiliza con dificultad sus dedos para tantear en la oscuridad unos antiguos frascos de cerámica que guardaba celosamente en el escondrijo de una alacena.

Mediante el tacto puede identificarlos.

Encuentra las tapas atascadas con rudeza y comienza a girarlas. Después de varios intentos, logra abrirlas, extrae diferentes sustancias que de inmediato diluye en agua y en otros líquidos para preparar un brebaje.

Todo en la casa se mueve y se trastorna queriéndola incitar a un desmayo.

Se apoya en una de las paredes para evitar rodar por el piso, y cruza por un pasillo dirigiéndose a su cuarto, donde puede verse resplandecer la última candela encendida que dispone en toda la casa.

Se trata de la anciana True, encorvada y cansada, quien al continuar con tambaleantes pasos, intenta lucir con elegancia su traje color marfil.

Debido al vértigo, tropieza con algo, pero se restablece y sigue su camino.

Los frágiles ruedos de su vestido, al haber sido pisoteados, desperdigan las filigranas de oro en forma de pájaros en vuelo, sobre el pavimento de madera. Las finas artesanías van quedando sueltas, brillando como débiles estrellas antes de dejar de existir; resplandecen con sus últimos fuegos de oro.

Una vez en su habitación, bebe toda la preparación.

A los pocos minutos, se retuerce de dolor, deja caer la copa y

coloca ambas manos en el abdomen.

Adherida a las paredes externas, una hiedra se regodea llena de vida mientras respira el aire fresco que acaricia sus hojas perennes, ahora más que nunca hunde sus zarcillos en las piedras grises, para seguir creciendo como una heroína y así un día rodear la totalidad de la casa con su mirada altiva.

Por sus nervaduras corre una savia de rutilante verde, propio de las plantas recién nacidas, que brindará más vitalidad a las infinitas inflorescencias que están prontas para asomarse.

Tirada en el suelo, a escasa distancia de su lecho, True hojea con ansiedad uno de los cuadernos y comienza a leerlo con dificultad, repitiendo en voz baja las diferentes fórmulas. Se detiene en una imagen que intentará reproducir mediante el arte de sus habilidosas manos.

Se retuerce, pero aun así comienza a dibujar en el suelo el cuerpo de una joven desnuda; a la imagen sólo la cubre un velo echado sobre su hombro izquierdo que desciende hasta ocultar sus partes pudendas. Con dificultad, termina de dar forma a un caballo rosado y a un león hecho con polvo de oro.

De sus labios se desprenden pequeñas sonrisas moribundas que delatan un confuso sentimiento de regocijo mezclado con nostalgia. Las finas y brillantes arenas, que continúa extrayendo de múltiples cajas de madera, son de diferentes colores, otorgando a su obra de arte un carácter casi vivo. Todo se ve resplandeciente a pesar de que la claridad en el lugar es cada vez más vaga. La exangüe naturaleza del diminuto pabilo brinda sus últimos destellos con sofocos intermitentes.

Un nuevo y más intenso dolor termina por quebrarla, obligándola a tener que concluir cuanto antes su mensaje criptográfico. Por último, cierra y guarda con cuidado el cuaderno y, levantándose con suma dificultad, va a un arcón para ocultarlo.

No puede respirar como a ella le gustaría.

Dirige su mirada a ese último resplandor de la candela que ha cuidado desde su juventud; es la misma luz que mantenía viva la atención de su señora para escribir los cuadernos, y cuidara tantas horas de soledad en la antigua celda de piedras.

Vuelve a observarla y se permite una última expresión de

agradecimiento.

Debilitada, intenta acomodar los objetos sobre los muebles, eso daría todas las claves necesarias para guiar al heredero, destinatario de todo el conocimiento oculto, por los caminos a seguir correctamente… Busca el humilde lecho donde se recuesta y trata de calmar con fricciones el dolor de su abdomen sin lograr su cometido.

Expresa su dolor sin emitir sonido alguno.

Al cabo de unos minutos, logra expirar en total tranquilidad. El suyo es un deceso parsimonioso y dulce.

La luz termina por consumirse.

Un nuevo relámpago invade los ambientes de mi cuarto, y al reponerme del estremecimiento puedo ver con claridad el rostro de la Mujer de los Pájaros, quien posa una enigmática mirada sobre mis ojos, regalándome interminables luces benéficas a manera de premio.

Sonríe y me muestra en sus facciones la belleza de toda la humanidad acumulada en millones de años.

Puedo ver que en sus manos acurruca una joven rama; también percibo que se mueve como si fuese una criatura recién nacida que busca adormilarse.

Me lleno de emoción y entiendo que la vida es un hecho mágico, continuo e interminable.

Un insistente relámpago azul termina por enceguecerme. El dolor que antes me aquejaba, ahora pretende quebrar mi cabeza en dos partes doloridas.

¡Ya entiendo de qué se trata todo esto!

¡He dicho que no quiero saber de qué diablos trata el quinto cuaderno!

¡Maldita sea!

¡Me niego a seguir con las transcripciones dictadas por fantasmas!

Entonces, para corroborar que no tengo ningún tipo de escapatoria, aparece el rostro de mi madre.

Me mira con tristeza y comienza a llorar, haciéndome recordar con su emoción que soy el único indicado entre los descendientes carnales de True para continuar con la obra. Me dice que debo estar agradecido al cielo por pertenecer a un linaje tan digno, y me conmina a tener que llevar con hidalguía todas las responsabilidades que eso conlleva.

Intento resistirme y vociferar, pero algo pesado, como dos manos gigantescas, presiona mi cuello hasta quitarme la respiración.

Me veo a mí mismo, corriendo a toda prisa hasta llegar al cementerio pala en mano. Soy un rabdomante enceguecido en busca de un metal inexplicable. Una vez ahí, con la autoridad de un ser fabuloso, comienzo a abrir espacio sobre el túmulo de la antigua doncella.

No conforme, busco cavar en la tierra utilizando mi cuerpo, a manotazos y sin pausa.

Doy gritos desesperados.

¡Si existe un Dios, debe liberar cuanto antes a ese cadáver de su despiadada reclusión!

¡Le inyectaría mi propia energía!

Termino el desentierro con mis dedos. Ahora, además de estar impregnados en tinta, están manchados con sangre. Más que nunca, la preciosa mujer, blanca y transparente, dejaba de ser una simple allegada para convertirse en la persona más próxima a mis emociones. Quería con desesperación observar su rostro, no había dudas de que nuestra consanguinidad nos condenaba a transitar por un mismo camino. Ambos éramos los depositarios de esta herencia de conocimiento.

¡Quería más que nunca contemplar y besar su rostro!

Abro el ataúd.

¡Cómo se parece a una princesa vistiendo su delicado traje nupcial!

Sus manos, que lucen como un bello crucifijo posado sobre su pecho de ángel, son las mismas que trabajaron incansables en la confección de los cuadernos, en sus yemas y uñas continúa la incorruptible tinta, utilizada en los años de su juventud, convertida en mancha indeleble.

¡Somos la misma familia!

Sus desgastados pies son los mismos que subían con lentitud por la escalera de caracol, repitiendo, a modo de ritual, la escena acompañando a su amada señora por los peldaños de aquella torre del claustro donde vivieron encerradas. Sus labios son los mismos que callaron por años todo tipo de exaltación, guardando en secreto todo lo aprehendido, sin afirmar ni negar su sabiduría, como una inmutable cariátide.

Por más que doy golpes en sus mejillas de maravilloso cadáver, no puedo despertarla de su letargo.

¡Quisiera ser yo el muerto!

Ahora mis manos son de acero, y golpean sin detenerse sobre el rostro muerto. Los golpes suenan como el despiadado llamado a la aldaba del infierno. Fuera de mí, asesto sobre esas santas facciones

mis puños convertidos en incansables proyectiles.

Escucho mi grito resonando en toda Cisterna.

Me sacudo en la cama bañado en transpiración.

He sufrido una pesadilla en plena vigilia. No entiendo cuándo he caído de nuevo presa de ese castigo. Lo único seguro es que bajo ningún punto de vista se trata de un sueño que sólo se complace en hacerme sufrir como un niño indefenso, puesto que las terribles imágenes, sufridas también en mi cuerpo hasta llegar al éxtasis de la tortura, me traen, indudablemente, un mensaje concreto.

Trato de respirar profundo para terminar de despabilarme.

Me dirijo al cuarto de Caterina para cerciorarme de que todo esté en orden. Cuando cruzo el umbral de mi habitación, percibo que en la planta baja, en la sala de las poltronas, hay una tenue, pero cálida luz.

Presto atención y compruebo que hay más lámparas encendidas.

¡Qué extraño que la napolitana esté despierta hasta tan tarde! De inmediato escucho un animado murmullo que termina por desconcertarme, los comentarios se mezclan con algunas exaltaciones y disimuladas risas compartidas. Me dispongo a bajar y el quejumbroso resonar de los escalones hace interrumpir de inmediato la entretenida conversación.

Habiendo puesto mis pies en el pasillo contiguo a la sala, mi empleada, al aceptar que de una manera u otra llegaría a percibir la inusual escena, de forma apacible gira su rostro y me sonríe, mostrándome una cordialidad que se revelaba como una fingida inocencia.

Acomoda un tanto su mandíbula, me mira tranquila y se incorpora para dirigirse a mí, no sin antes acomodar su abrigo, tratando de ocultar con decoro algunas partes que sobresalen de su enagua.

Salió a mi encuentro de manera resuelta, pero al aproximarse quiso huir de su propio juego.

Quedó paralizada, sabiendo que, en efecto, había cometido una falta gravísima, violando nuestro común acuerdo de cuidar el acceso a la casa. La otra persona permanecía sentada dándonos la espalda. Tampoco mostraba su rostro en signo de curiosidad o al menos de mínima educación.

—¿Qué está sucediendo aquí? —Pregunté confundido y esperando una rápida respuesta de su parte.

—Esta señora me dijo que usted la estaba esperando, que en muchas cartas suyas le ha pedido que viniese cuanto antes para conversar de temas muy importantes. Me despertó en medio de la noche, con fuertes golpes en la puerta. Creí que el señor los había

escuchado… —dijo Caterina.

Yo no salía de mi sorpresa.

—Supuse que fuese un loco el que llamaba de esa forma tan escandalosa. Pero gracias a la Providencia, se trataba tan sólo de esta señora por demás educada. Cuando quise subir a su cuarto para avisarle, me pidió que no interrumpiera su reposo, y me sugirió que conversáramos de nuestras vidas mientras esperábamos a que el sol despuntara —enfatizó ella permitiéndose también una sonrisa.

—¡No sé de qué me está hablando! ¿Cómo se permite abrirle la puerta a una mujer que no conocemos? —Le repliqué en voz baja, mientras fruncía mi ceño.

La estricta gobernanta no supo responderme.

Al descubrir una actitud tan malhumorada de mi parte, quedó consternada refugiándose en cien sonrisas que dibujó, borró y volvió a delinear en su rostro lleno de vergüenza. Aunque en su interior sabía que era pecaminoso disfrutar ese tipo de placeres, semejantes al de los niños cuando juegan con objetos vedados, en este caso por haber abierto la puerta a esa perfecta desconocida sabía que recibiría una estricta reprimenda.

¡Había puesto en peligro nuestra intimidad tan preciosa! Deseaba encontrar la excusa que sonase razonable a mis oídos de hombre convertido en pálido tótem, pero era algo imposible; no encontraba las palabras justas y mucho menos elegantes que la salvaran de ese embrollo.

En su pecho sonaron negras palpitaciones.

Luego musitó:

—La pobre mujer llegó atravesando el frío de la noche, sin carruaje y sin farol, y a pesar de estar exhausta, se presentó con tanta cordialidad que logró conmoverme. Yo también sentí miedo cuando me despertó su llamado. No tenía fuerzas ni para levantarme de mi lecho, estaba aterrorizada. Tampoco quería perturbarlo y destrozar sus nervios con mis debilidades al ponerlo en aviso, pero al bajar y abrir la puerta… comprobé que en el rostro de esa señora existía una expresión que no había visto nunca, algo que va más allá de las buenas costumbres. Y por la forma de hablar, parece que lo conoce de toda la vida.

Comencé a temblar cuando dijo que la extraña visitante había llegado sin carruaje y sin luz que la guiase en el camino.

Su evidente embriaguez infantil no le había permitido notar que en el embadurnado ruedo de su vestido, por lo que se entreveía bajo la tenue luz de las lámparas de la sala, llamaban la atención exagerados restos de barro, con los cuales había dibujado en el embaldosado unas inquietantes ondas que nacían en el umbral de entrada y se prolongaban hasta el sillón donde se encontraba sentada,

mostrando su espalda erguida de enigmática figura.

Me envolvió un escalofrío; pero quise guardar compostura frente a mi mayordoma, sin mostrar los pensamientos que me atravesaban como pájaros de nerviosos e inquietantes aleteos.

—Vaya tranquila. ¡Y discúlpeme! Yo me encargaré de atenderla —dije en voz baja.

Me observó compasiva, pero también queriendo entender con su sensibilidad femenina lo que en realidad sucedía en mi interior.

—No sé qué sucede en mi cabeza. He olvidado que hoy vendría a visitarme esta señora amiga, y no pude avisarle de su llegada. Está todo en orden. Veo que se ha encargado también de preparar algo caliente para atenderla como es debido —dije con respeto.

—Sí, señor…

—Vaya tranquila y descanse —terminé diciendo.

—¡Me ha vuelto el alma al cuerpo, señor! —Aceptó la compungida mujer.

Esbozó una sonrisa abierta, rasgo inesperado en su gélida expresión desde que la conocía. Sin embargo, respiró con cierta inquietud, buscando con sus ojos titilantes algún otro tipo de aprobación de mi parte que la salvara de su culpa y de un persistente temblor en la mandíbula que se negaba a abandonarla.

Acarició la llave que pendía de su cuello, tratando de calmar una nueva opresión en el pecho que la lastimaba y la convertía de nuevo en la víctima de una tortura nocturna.

Hice un mohín que pretendió ser simpático para despedirla y lograr que se fuese lo más sosegada posible a su cuarto con la convicción de haber sido expeditiva en sus obligaciones, a pesar de haber dejado de lado durante un par de horas su cometido de implacable carcelera. Al verla alejarse, subiendo con modestia y cierto hastío los escalones que la llevarían a su cuarto, me permití respirar profundo tal vez por haberle brindado mi absolución y quitarle al menos alguna que otra idea de represalias sobre su persona.

¡Pobre mujer utilizada por el destino!

De ese modo, disculpando su falta de diligencia, lograría borrar de mi cabeza toda noción de inquietud con respecto a lo que debía enfrentarme en pocos minutos más. Debía apoyarme en la neutralidad más absoluta si no quería terminar, como se percibía en ella, con mis nervios definitivamente deshechos.

Entré por fin a la sala.

Un perfume a rosas y a jazmines inundaba el lugar convirtiéndolo en el espacio indicado para disfrutar de una tranquilidad de tipo celestial.

Cuando me senté frente a ella, un fino y delgado rayo, que

intuí como fruto de mi imaginación, atravesó mi organismo desde abajo hacia arriba, jugando con la sensibilidad de mis órganos internos, como si buscara calcinarlos y a la vez llenarlos de una feliz armonía.

Era un poder maravilloso, que desintegraba mis temores, barriendo con toda incertidumbre. En el fondo de mi corazón, tuve ese inusual sentimiento que suelen experimentar los hombres cuando han realizado, tras años de duro esfuerzo, la concreción de un gran sueño. Estaba gozando de esa felicidad frente a la persona más importante de mi vida, pero algo en mi interior continuaba funcionando con falta de calma y atiné a sonreírle de manera impostada.

True, aunque mostraba cansancio, resplandecía con luz propia, rodeada por un aura fosforescente.

Con su actitud de aparecer de ese modo en medio de la noche, primero quitando de su sueño a mi mayordoma por medio de golpes violentos en nuestra aldaba, para después entretenerla en una conversación nocturna, era evidente que no se sentía satisfecha con sólo haberme dictado el cuarto cuaderno; estaba allí para ayudarme en persona con la escritura del quinto.

¿O era ella la que en realidad necesitaba con ansiedad de mis favores de simple y mortal amanuense?

También podía tratarse tan sólo de una inofensiva, furtiva y esporádica visita nocturna de fantasma; pero de ser así no hubiese sido necesaria la inclusión de mi gobernanta en su plan.

Estaba claro que sus intenciones eran muy diferentes.

Me invadió otra simple y también aterradora duda.

¿Lo que veía era algo más real y corpóreo que la verdadera doncella, esa clase de muertos que pueden interactuar con libertad entre los vivos? Tampoco era importante saber si la presencia allí sentada en mi sala se trataba de un espíritu andariego, o era en efecto una criatura de carne y hueso.

Debo aclarar que llegué a creer que carecía de todo sentido fisiológico. Se limitaba a brindar pequeñas respiraciones y a tener debilísimas sensaciones con respecto a todo aquello que la rodease, sin pronunciar ningún tipo de exclamación.

¿Tendría yo que guiarla por todo aquello que entendemos como realidad circundante?

A pesar de mis temores, se la veía satisfecha; su rostro mostraba una felicidad recuperada al cerciorarse de que con su deceso había conseguido convocarme a este lugar de la montaña, y más tarde, mediante eventos milagrosos, hechos y ensoñaciones bien conducidas, haberme convencido de comprar su antigua casa para mudarme de manera definitiva a Cisterna y de ese modo transcribir, en la más absoluta tranquilidad, los cuadernos dejados por ella en una herencia

a la cual no renunciaría por ningún motivo.

Ya instalado aquí, y habitando estos muros, me embarcaría a rajatabla en la increíble empresa que implicaba la recuperación de los papeles borroneados y destruidos por el paso de los años, y por algo más.

Un acallado tiempo seguía transcurriendo entre nosotros como una presencia implacable.

Decidí observarla a los ojos y, sin mover mis labios, me animé a preguntarle, por medio de la telepatía, cuál era el verdadero motivo que la instaba a buscar con tanto afán la eternidad.

¿Acaso no sería una mejor opción la del descanso?

Como si se tratara de un sabio, el probable ectoplasma, mantuvo su fría y distante actitud.

Con desafío, clavó su mirada en mis ojos, utilizando la majestuosa manera llena de sabiduría que tanto la caracterizara en vida. Al conservar su frialdad de crisálida, intentaba debilitar mis inquietudes, como si estuviese cansada de preguntas mundanas y no quisiese lidiar con mi insolente cuestionario.

Esos momentos estaban destinados a un ritual más elevado y sagrado entre nosotros.

Algo nuevo y diferente llamó mi interés: por debajo de su traslúcida piel subyacía una sonrisa manchada con resignación.

Me vino la idea de que el potente dios que la habitaba, aquél que era capaz de convertirla en luz blanca, o en una mujer capaz de transportar por los aires una fastuosa casona fragmentada en pequeñas piedras grises si se lo propusiese, se trataba en realidad de una entidad no tan perfecta, y mucho menos magnánima.

Era evidente, juzgando su aspecto, que esa divinidad luminiscente, todavía latente en su interior, estaba a punto de perderse ineludiblemente en una hambrienta ciénaga.

¡Su dios interno se había debilitado!

Carecía de un brillo eterno por haberse basado en la condena a Ludovico, con la consiguiente y autoritaria apropiación criminal de los cuadernos.

Ella, refugiándose en la figura de virgen vengativa, también se había encargado de desteñir con los alcoholes más refinados las páginas que relataban el casamiento entre su amada señora y el indolente mercader. No contenta con esa delicada labor, llevada por el rencor que la seguía carcomiendo, optó por recurrir también a una filosa navaja y, guiada por su errada egolatría, se ocupó como el más habilidoso verdugo a desmembrar de los cuadernos las partes que ella consideraba despreciables.

Si tantos seres humanos tienen muchas veces que morir y volver a nacer hasta lograr la dicha de la concreción del amor, al

desgraciado mercader ¿cuántas vidas le llevaría comprender todo lo sucedido para volver a encontrarse con Isabella en el insondable camino del destino? Cuando uno carga con una sanción tan pesada, ¿cuántas vidas lleva encontrar el amor?

De manera indefectible, el desvalido varón estaría vagando en la eternidad sufriendo las consecuencias de un suplicio equivocado.

Era evidente que todo debía ser retractado y vuelto a escribir.

La doncella transfigurada deseaba resarcir tanto atropello, y llegaba a la puerta de casa de una manera llamémosla escalofriante, presentándose como improvisada visita nocturna, con el fin de organizar conmigo un plan para recuperar la totalidad de la sabiduría del jardín, con la idea de que en el futuro pudiera ser entregada a su verdadero destinatario, y así completar el designio.

En eso concordábamos, el conocimiento nunca se termina de dilucidar, siempre hay un paso a seguir…

Como si me hubiese despertado de un sueño infectado por vapores deletéreos, reaccioné queriendo respirar aire puro. Un gran dolor se instaló en la parte posterior de mi cabeza.

El veneno absorbido a través de la piel en tantas horas de contacto con los cuadernos, no satisfecho con habitar mi sangre, fluía también en los recónditos espacios de mi cerebro. Sin llegar a matarme, me había llevado, como el más eficaz de los efluvios, por interminables pasadizos a un lugar sagrado, donde accedí a la necesaria información que escuché de manera obediente y sumisa.

Todo aquello que entendí ponía en evidencia los verdaderos motivos que traía mi fenomenal pariente, apareciendo de esa manera tan poco común, con el objetivo de compartir conmigo el trabajo que debía ser inexorablemente terminado.

Ese era nuestro común destino.

Con urgencia busqué un papel para escribir la frase sugerida.

¿Todo era fruto de mis limitadas cavilaciones? Con pulso nervioso, escribí las tres palabras dictadas por el improvisado oráculo, que darían título al quinto y más enigmático de los cuadernos: Sabiduría del jardín.

Aunque en la totalidad de mi cuerpo había un insignificante pero persistente temblor, le mostré el papel con cierto orgullo.

De pronto, sonó el agudo repiqueteo de una campana.

No provenía de ningún reloj de la casa; interpreté que se trataba del anuncio de un tiempo de paz, donde todo ser humano, que de una manera u otra se encuentra en la búsqueda de la verdad, es ampliamente recompensado por el Universo.

El sonido se repetía con insistencia, como si no conociese la palabra final.

Volví a mirarla y busqué algún tipo de respuesta en sus ojos,

que ahora brillaban más que nunca, aprobando las palabras que yo había escrito nacidas de la lacerante revelación.

La campana inmaterial dejó de sonar.

Comprendí que las melodías más bellas pueden nacer, sin más, del absoluto silencio.

Redacción del quinto y último cuaderno

¡Con la inesperada visita de True y su permanencia en nuestra casa, al final lograba saber de la fuente más fidedigna, el secreto que venía persiguiendo en los meses que había estado trabajando en las transcripciones de mis cuadernos heredados!

Y estaba allí, sentada, contemplándome, guardando el más amplio de los silencios.

También me di cuenta de que, aunque tuviese ojos de mirada penetrante, en realidad no me veía.

Ella presentía mi existencia o algo que emanaba de mí.

Lo mismo sucedía conmigo.

Al igual que el niño Rogelio, cuando pretendía observarla en detalle junto a la surgente de agua sin conseguirlo, yo percibía que de forma muy curiosa su nitor perdía nitidez frente a mis ojos. Era como estar frente a una imagen abstracta que apenas respira.

Un aire neblinoso, similar al de las mitológicas calinas que los piamonteses conocemos tanto, la cubría con las usuales trampas que brindan los paisajes otoñales del norte italiano. ¿Qué tipo de bastiones se ocultaban tras esa neblina?

Tampoco sentía estar frente a un ser humano. ¡Daba lo mismo! ¡Me encontraba frente a True y debía aprovechar esa presencia como su descendiente predilecto! El elegido. El que había soñado, el que de una manera u otra había engendrado con sus pensamientos. Por lo tanto, no podía negarse a nada de lo que yo pudiera demandarle.

Pero por inentendibles razones del destino, estábamos allí reunidos, sin decir nada, como si ambos fuésemos mudos desconocidos.

Ella había planificado todos los detalles de su muerte, por lo tanto, no llegaba vagando sin rumbo como un fantasma inútil. Todo formaba parte de un plan bien articulado.

Para intimidarme, el tubo de cristal del quinqué, ubicado sobre la mesa al lado de mi poltrona, comenzó a temblar. Por más que hacía muy poco que participaba en este tipo de escenas, mi intuición me avisaba de que algo aterrador iba a suceder. Me vi obligado a observar, medroso, la luz que alterada por el incipiente sismo no dejaba de sacudirse, manchando con fulgurantes reflejos las paredes de la sala.

¿Qué estaba sucediendo?

La pequeña lámpara parecía querer explotar.

Dominado por los nervios, comencé a mirar el escandaloso modo en que rielaban esas luminiscencias.

Cuando volví la mirada a la doncella, percibí que ella no prestaba atención a lo que sucedía. Muy al contrario, me observaba impasible, como si por primera vez me estuviera divisando.

En realidad, ambos nos estábamos descubriendo.

No había verecundo rubor en sus facciones, nada que delatara algún temor a ser descubierta en sus verdaderos motivos, todo lo contrario. Daba la franca sensación de ser la mujer más pura y recta. Al parecer, intentaba transmitirme ciertas frases o llamativos mensajes que por mi parte, debido a mi agotamiento, no lograba comprender. Sentí un mayor temor al intuir que una enfermedad mental me estuviese aquejando.

Quise reponerme de mi asombro y agucé la mirada.

Al observarla en detalle, no pude creer lo que veía.

La doncella True intentaba mantener una conversación conmigo, pero lo espantoso del caso es que no emitía sonidos, y si vale la expresión, pronunciaba sus palabras con algo más que sus labios; con esa manera de comunicarse me decía que hasta las personas más humildes pueden ocultar los misterios del Universo, y que nuestra obligación es prestar atención a los más insignificantes detalles.

Podemos suponer que las acciones llevadas a cabo por el otro pueden ser tales o cuales, pero la memoria, por más que sea compartida, también ofrece el juego de las caras poliédricas, el otro puede ser el Dios o también puede cambiar en cualquier otra cosa, y de hecho puede sorprendernos, dejándonos boquiabiertos.

¡Es preciso abrir los ojos del espíritu para seguir con vida en estas épocas donde vivimos!

Las suyas no eran emisiones de voz tal y como conocemos hoy en día, más bien eran expresiones, bastante incomprensibles, que se construían mediante sutiles fulguraciones en su rostro.

Todo aquello comprendía un nuevo léxico, que se construía con la idea de que yo devolviera una respuesta coherente o, tal vez, esperando que ambos participáramos en una dialéctica nueva, única por su naturaleza. Algo en que nunca podría participar debido a mi inmensa ignorancia. La idea de construir un nuevo hermetismo, basado en mis intenciones telepáticas, me quitaba el poco humor que me quedaba.

¡El peso de la sabiduría, tal como lo venía percibiendo, era demasiado para mi débil contextura!

Pero la intrépida doncella logró transmitirme su mensaje.

Lejos de inspirar temor, aunque su expresión siempre fuese severa, dejaba traslucir elevados sentimientos que provenían de antiguas tradiciones espirituales. En ese monólogo me decía, con

cierto aire hierático y repitiendo con insistencia, que Isabella precisaba decir su verdad y, sobre todo, develar la identidad del verdadero depositario de su amor.

Lo que sentí fue un desgarro que atravesó todo mi cuerpo.

¿A quién se refería con "verdadero depositario"? ¿Había otro hombre además de Ludovico?

Un sonido sordo, que tampoco era silencio, me transportó a otras dimensiones; el vacío de ese espacio parecía tomar la forma de un alarido inaprensible que me llevaría un par de años aceptar como parte de una nueva nomenclatura de comunicación.

¡Dije que no, bien pronunciado, mientras me permitía observar a la doncella con la misma soltura con la que se mira a una mascota de la casa a la cual se la está reprendiendo! Le expresé con total libertad mi fastidio.

¡No entendía el motivo para que se me exigiera tanto!

Me pregunté cuál era el punto donde comienza el heroísmo. ¿Uno es héroe todas las horas del día? ¿O se trata simplemente de una decisión esporádica, cuando surgen situaciones adversas? ¡True, al exigirme volver a escribir y corregir la totalidad de mi obra, me pedía que encarnara lo imposible! Además, el quinto cuaderno develaba los detalles de la metamorfosis preconizada por la maga africana…

En el fondo, y a decir verdad, estaba agotado. Ya no quería saber nada acerca de nuevos misterios y enigmas metamórficos, ni participar en recurrentes aprendizajes que me obligasen a la sumisión.

¡Ya había hecho lo suficiente con transcribir los cuatro primeros! El opresivo ritmo del aprendizaje me había desalentado.

Ella insistía con su luz. Cada vez era más efusiva en sus expresiones silenciosas.

¡Yo intuía las verdaderas intenciones de mi admirable tía!

Volví a negarme de inmediato, enumerando mil excusas.

No hubo respuesta a mis extensos reclamos.

¡Supe que debía seguir aceptando con sumisión el consanguíneo ejemplo!

True conservaba su aspecto de mujer-holograma. Relucía inmutable. Parecía recordar, con envidiable lucidez, todo lo relativo al quinto cuaderno y venía para brindármelo con una generosidad que asustaba. Era evidente que su responsabilidad como compañera inseparable de Isabella Cavazza no se limitaba a conservar sólo el fuego sagrado que alumbraría la metamorfosis de la mujer del mercader. También debía ocuparse de guardar como documentos sagrados la totalidad de los cuadernos con la inviolable secrecía que siempre la había caracterizado.

De inmediato, fui a mi escritorio y tomé el cuarto cuaderno para leer con cuidado los párrafos que describían su viaje cuando

volvía de Carignano. En las últimas páginas estaba todo claramente detallado mientras llevaba en sus manos el valioso bagaje: en esos momentos también la torturaba, presionándole en el pecho, un présago de luto, que delataba horribles presentimientos en su corazón de nueva maga.

¡Ahí se encerraba el secreto de todo lo que sucedía!

Ella estaba segura, su corazón lo anunciaba a gritos, que sobrevendrían nuevos ciclos adversos.

Quise continuar con mi lectura, pero no existían palabras transcriptas; hasta ahí había llegado mi trabajo de obediente copista. No podía leerse más nada, la historia quedaba inconclusa.

Si quería continuar, debía acatar un nuevo dictado de mi tía.

XXVI

Cuando vio el terrible aspecto de la fachada de la Casona Cavazza, True no quiso hacer caso a sus malos pensamientos. Creyó que seguro era el cansancio, su peor adversario en esos días, que le brindaba de nuevo una mala jugada, desorientándola.

Traía consigo sólo los cuadernos, que al igual que su vestimenta lucían destrozados y manchados con sangre. Golpeó hasta hartarse, pero nadie contestó a su llamada. Un espantoso frío le acarició con malicia la espalda… Las premoniciones tenidas en el carromato se estaban cumpliendo al pie de la letra.

Aferró los cuadernos sobre el pecho y elevó su semblante para rogar, pedir a gritos, toda clase de protección a los cielos. Por su cabeza se le cruzó la idea de que su amada señora hubiese sido asesinada. ¡Eso no podría soportarlo!

Desde el cielo no vino ninguna respuesta solidaria.

Y la puerta continuaba convertida en una roca impenetrable, a su vez destrozada de tal modo que obligaba a cualquier visitante que se le acercara a ingresar a otras dimensiones.

Alguien pronunció la palabra True.

A su luto de volver sin haber logrado su cometido, se añadía el venenoso espanto de escuchar a alguien que ahora repetía su nombre. Eso la llenó de ira. Sintió que se encontraba ante una nueva dificultad en el camino. Sin moverse, irguió su espalda. Su rostro pareció iluminarse. De ser necesario desintegraría a ese merodeador que, según su intuición, la continuaba llamando desde las almenas. ¡Pero algo más importante era entrar cuanto antes y buscar a su amada señora resguardada en los claustros! Con un golpe seco rompió las ataduras que sostenían los cuadernos y abrió uno de ellos dejando caer a los restantes, que lejos de tocar el piso se aferraron a su cuerpo como si True fuese un potente imán, y ellos unos sumisos metales.

Con una voz iracunda, que inspiraba terror y a la vez recordaba el grito portentoso de los arcángeles, comenzó la fatal lectura.

No implicó demasiado ejercicio de la magia para que las cadenas y los candados se desprendieran de inmediato.

Al entrar a la casona sufrió una peor sorpresa.

En la sala principal se veían escombros y muebles rotos, como si hubiese pasado por allí un regimiento de bárbaros. ¿Cuál había sido el destino de la humilde portera?, se preguntó de inmediato.

En el lugar había un silente desorden que apabullaba.

Observó la otrora fastuosa construcción como si quisiera extraer algún mensaje oculto de los frescos cenitales. Las aberturas acristaladas en el techo se veían manchadas con restos de nieve mezclados con polvo, por lo que ni el artesonado refractaba alguna luz benéfica. Todo era un espacio roto que mostraba claras pruebas de haber sido execrado.

Caminó entre los escombros hacia la compuerta del claustro, que por desgracia también se encontraba violentada.

Podía verse el interior del lugar sagrado.

Sin creer a lo que estaba asistiendo, entró presurosa.

En las galerías sobresalían desperdicios y restos de vajilla destrozada. Al divisar en dirección de las habitaciones, no veía a ninguna de sus compañeras que acudieran para recibirla.

Le estremecía más la realidad concreta, que sus temibles fantasmas.

Al acercarse al pequeño jardín, adivinó el probable final que habían tenido sus compañeras y su amada señora. Comenzó a llorar como una niña hasta que la sorprendió un grupo de siete cuervos que saltaban sobre los arriates. El color que se desprendía del aleteo de los oscuros pájaros llamó su atención; sus graznidos sonaban particularmente extraños.

Por haberse apropiado de los cuadernos ostentaba atributos de maga. Se dispuso a descubrir en las voces de esas aves, al menos algunos indicios de lo que había sucedido en el claustro… Sabía que los cuervos, al igual que los estorninos, pueden imitar la voz humana. ¡Y ella conocía a la perfección la naturaleza de los volátiles! En su viaje a Carignano había hollado con sus minúsculos pies un largo pavimento de nieve en compañía de unas atrevidas cornejas, habiendo aprendido que un solo pájaro era capaz de emitir dos sonidos simultáneos, pero nunca un tipo de discusión endemoniada como la que se estaba desencadenando en el lugar.

Nada la asombraba.

Las siringes de esas aves repetían a la perfección las voces de sus compañeras desaparecidas. Lo hacían de una manera tan violenta que daban la sensación que estuvieran peleando entre ellas, contestándose con vehemencia, respondiéndose agravios las unas con las otras, imitando a un grupo de enemigos a punto de enzarzarse en una terrible batalla.

Debía aguzar su oído, que a partir de ahora sería un receptor cósmico. Ésa era la única forma de enterarse de todo lo sucedido.

Sintió temor por lo que escuchaba en la gárrula y oscura discusión de los cuervos.

—¡No hagas caso a lo que puedan decirte! —Sonó la voz de Isabella.

Afirmada en un costado de la puerta, lucía un traje bermellón, similar al de las vírgenes renacentistas. Tenía puesta la preciosa toquilla que las doncellas habían tejido para que luciese como una princesa a la hora de recibir a Ludovico. ¡Estaba transformada! Superada la enfermedad con la que True la había dejado días atrás, había renacido su hermosura.

True salió a su encuentro.

El rostro de su patrona resplandecía como si nunca hubiese recibido los latigazos del fuego. Empedernida en no perder su belleza, parecía de esas mujeres que hacen uso de delicados y secretos recursos para expiar el paso de los años, como bañarse en aceites y miel todas las noches o aplicar sobre sus rostros el más fino albayalde. Había utilizado trozos de cuero embebidos en alumbre sobre las imperfecciones que pocos días atrás eran por demás visibles. En medio de ese abandono generalizado, resplandecía como una joya. Todo en ella funcionaba como un milagro de eterna y fresca juventud.

Mientras la doncella besaba sus manos, Isabella miró, expectante, hacia la puerta.

True, cabizbaja, se preguntaba cómo decirle todo lo que se había enterado en Carignano. ¿Cómo explicarle que había vuelto sola y decepcionada de un viaje por demás infructuoso? Tampoco se animaba a preguntarle qué había sucedido con la Casona. ¿Acaso sabía de la desaparición de la portera? ¿Había osado a traspasar la puerta que ahora se encontraba sin cerraduras?

Por la tranquilidad que se percibía en su pulso, Isabella parecía no saber nada de lo que había sucedido con el claustro.

Más cerca de la verdad

La luz del sol comenzó a llenar los espacios de mi escritorio. Parecía increíble estar amaneciendo en compañía de True. Ambos, agotados por haber transcurrido la noche entera en nuestro intenso trabajo, permanecíamos, no obstante, sentados con la misma actitud que tienen los alumnos deseosos de seguir estudiando. Algunas páginas sueltas, manchadas con mis caligrafías, relucían como pequeños soles en el suelo. Yo mostraba mi más evidente rostro de varón agotado, muy por el contrario, True seguía dispuesta a continuar con el dictado de sus memorias.

Gracias a la Providencia, Caterina entró de repente para servir nuestro desayuno.

¡Venía bien un poco de descanso!

A los pocos minutos, y sin probar bocado, True continuó relatando su versión de los hechos. Ajusté mi pulso y embebí mi pluma en el tintero.

XXVII

Un día después de que True emprendiera su viaje en dirección a Carignano, un desenfrenado grupo de vándalos había entrado como caudales sin freno, inundando y rompiendo lo que encontraban en el lugar. Buscaban algo de valor en una Casona que creían abandonada. A su paso, desbarataban muebles y rompían todo lo que pudiese cruzarse en el camino.

Descubrieron que detrás de la compuerta existía otro espacio, ¡y para sorpresa de todos estaba habitado! Vieron que dos de las doncellas se abrazaban aterrorizadas y les surgió la maldad de espantarlas, alzando con brusquedad los palos que traían a modo de armas.

Éstas, en realidad, brindaban una falsa sensación de jóvenes desamparadas y, como si les gustara mentir con asiduidad y dulzura, conservaron esa actitud siguiendo el juego y distrayendo a los delincuentes, mientras las otras dos se disponían a esconder en las oquedades de las paredes las joyas y alguna que otra gema perteneciente a Isabella.

Ni bien terminaron con eso, las intrépidas jovencitas se dirigieron a la habitación principal para ocultar a su patrona en un arcón. Cubrirían el mismo con un manto que según palabras de la Mujer de los Pájaros, era un infalible protector debido al color múrice de su seda.

Una vez hecho esto y armadas con sus inquebrantables ánimos, salieron para enfrentar al ominoso grupo de intrusos. Todas por igual, lejos de amilanarse, opusieron resistencia y, rasgando el aire con atrevidos insultos, impidieron que los despiadados hombres terminaran de destruir las obras de arte.

Los descontrolados varones las observaron impávidos. Detuvieron sus impulsos, como si hubiesen tenido una premonición. ¡Esas mujeres, convertidas en soldados, protegían algo valioso! Llevados por un dislocado arrebato, se dirigieron a la habitación que todavía no habían ultrajado. Sabían que allí encontrarían tesoros en oro, o algo más importante.

Pero al vaciar los vestidores, vieron que no había nada que pudiera servirles.

Curiosamente y, debido a la magia del color púrpura del manto, el arcón que se encontraba en un rincón de la alcoba no les ofrecía ningún tipo de curiosidad.

Por demás fastidiados, tendrían que irse del lugar con las

manos vacías. Ése fue el motivo por el que empezaron a dar golpes en las jambas de las ventanas hasta destruirlas, e interminables patadas en la puerta bivalva que miraba en dirección a las galerías.

Presas de la locura, las doncellas ingresaron dándose golpes de duelo en el pecho, y plañendo como si estuviesen cayendo en un abismo. Con sus exageradas lamentaciones, mostraban desesperación, pero el verdadero motivo era espantar con sus aullidos, a los horribles intrusos que las miraban con temor, como si estuviesen frente a un grupo de brujas.

Todo el silencio acumulado en años lo rompían, lo destrozaban, lo hacían añicos.

Uno a uno, fueron escapando. Ensordecidos, creyeron que si continuaban ahí terminarían aniquilados por el agudo sonido de las improvisadas sirenas.

¡Se trataba de un grupo de bandidos! ¡Ellos habían sido los causantes del destrozo!

True se enteraba por Isabella de la versión más fidedigna de los hechos. Devenida en ángel, escuchaba los pormenores de la historia, mostrando en su rostro una luz apacible que se mezclaba con algo inexplicable, trasluciendo una tristeza de carácter divino.

¿Cómo era posible que el ser humano se comportara de esa manera?

No terminaba de comprender el motivo por el cual los ambientes continuaban desordenados. El desastre cometido seguía a la vista, todo lucía como una ruina abandonada; no tuvo el coraje de preguntar por sus compañeras.

Isabella mostraba claros signos de agotamiento.

Entonces le pidió a su señora que interrumpiera el triste relato. Debía descansar un poco, por lo cual se ofreció a acompañarla a su recámara.

Una vez allí, caminaron tratando de esquivar algunos objetos tirados en el suelo. ¿Cómo era posible que su señora estuviera viviendo en esas condiciones?, se recriminaba sin encontrar una respuesta plausible.

El lugar transmitía el mayor de los abandonos.

En efecto, las ventanas estaban sacadas de los encastres del muro, el escritorio y el pequeño pupitre, que servía además para custodiar los escritos, lucían un tipo de destrozo tan grande que, además de pesados palos, daba la impresión de haber utilizado martillos para desbaratarlos y hacer leña con ellos.

—¿Dónde están mis compañeras? —Se animó a preguntar con el rostro desencajado.

Esperaba la peor de las respuestas.

Isabella acomodó su toquilla, cruzándola sobre su pecho; no

hizo caso a la pregunta. Silenciosa, luego se acercó a un cortinado. ¿Por qué le ocultaba el paradero de las doncellas?

De los labios de su patrona no salió ninguna palabra.

De pronto, True escuchó un rumor que provenía de las galerías. Volvió su rostro y se dio con la grata, y a la vez extraña sorpresa de volver a ver a dos de sus compañeras. Eran las que habían trancado la puerta principal; esos inviolables candados habían impedido su ingreso por encontrarse finamente escondidos detrás de intrincadas cadenas. Pasados los días, las jóvenes no lograban reponerse del terror. Lejos de ser heroínas, estaban doblegadas por el miedo. Para salvar la vida de su patrona, después de resguardarla, le rogaron que no saliera ni siquiera a dar paseos por el jardín, ellas continuarían ocultas en los escondrijos de sus celdas.

Acostumbradas a parecer criaturas invisibles, sería fácil ocultarse en cualquier espacio del claustro sin que nadie, aunque lograra entrar, percibiese sus fantasmales presencias.

Las dos jóvenes vacilantes, procediendo con tiento, entraron para corroborar si en realidad se trataba de su antigua compañera. Isabella percibió la incipiente locura que ya estaba instalada en sus jóvenes doncellas, y quiso calmarlas.

—¡Es nuestra amada True! ¡No deben temer! —Dijo, mientras acariciaba sus hombros.

Llevadas por cierto impulso de sus corazones, las transformadas doncellas dieron aviso a las dos restantes, que temerosas aguardaban afuera con palos y azadas en sus manos.

Una vez adentro y en conjunto, se divisaba todo el dolor transcurrido y acumulado en sus cuerpos, que lucían encorvados por haber vivido tantos días en la penumbra. Ultrajadas por la tragedia, estaban irreconocibles. La humedad reinante había teñido con manchas grises sus vestidos, buscando también instalarse en sus huesos, como si siempre hubiesen vivido sumergidas en cienos y húmedos charcos de pantanos.

Continuaron observando con cierta indecencia a esa figura que no terminaban de reconocer. Por su parte, la doncella blanca podría haber ido a ellas y estrecharlas en un abrazo, pero algo sobrenatural la detuvo.

A modo de protección, trajo consigo a Isabella, apartándola del oscuro grupo.

Sus antiguas compañeras comprendieron de inmediato el doloroso mensaje. Se miraron unas a otras con un recelo que sólo la locura puede dispensar. No dejaban de parecerse a estatuas, sus respiraciones las obligaba a seguir callando. Al estar desprovistas de sus monacales cofias, sus intonsas cabelleras caían como charcos impúdicos sobre sus hombros. Todo era patético en esa mezcla de

almas enmugrecidas… ¡Hasta la juventud de esas mujeres pareciera desprender olores desagradables!

¿A qué estirpe bestial pertenecían? ¿En qué se habían convertido? ¿Acaso habían olvidado las normas de la higiene? ¿Ya no cuidaban las unas de las otras?

La excitación cundió en sus corazones, mostrándose también tiesas. Les había nacido la idea de que aquella mujer al lado de su amada señora no era la antigua compañera y tuvieron el impulso de asesinarla y salir corriendo en dirección a sus celdas para volver a ocultarse.

Pero algo más fuerte que ellas detuvo sus lanzamientos femeninos.

Sin temor, True depositó los cuadernos sobre el lecho, desprendió sus mitones y se acercó a ellas para acariciarles el rostro una por una.

Hubieran retrocedido para rechazar esa muestra de afecto, pero al ver que se trataba de la luminosa doncella, temblaron como hojas. Ahora sus cuerpos lucían sacudidos por la conmoción. True se animó a pronunciar, uno a uno, sus nombres. Empezaron a moverse sin saber muy bien qué hacer. Todas estaban vencidas.

Sentían contentamiento de recibirla de vuelta, pero el horror las había domesticado.

Nunca más volverían a respirar con tranquilidad.

Hacían gestos inacabados y truncos que no servían para comunicarse con dignidad.

La falta de lenguaje se había encarnado de tal forma en sus maneras, que continuaban sin encontrar palabras que pudieran articular para ofrecer un saludo digno. Tampoco se animaban a practicar silencios efusivos. Además, ¿qué sentido tenía comentar ningún detalle con respecto a la tragedia desencadenada días atrás en el claustro? Habían aprendido muy bien que las lamentaciones atraían peores desgracias.

Ninguna de las cuatro atinó por levantar los objetos desparramados por el pavimento. ¿Vivían con indiferencia en ese devastador abandono, moviéndose con cierta confianza en medio de la inmundicia?

Eso instó a True para darles una orden.

—Es hora de que acomodemos la habitación de nuestra señora —dijo con una sonrisa severa y a la vez contagiosa.

¡La vida debía ser instaurada nuevamente!

Como por arte de magia y liberadas de un hechizo, las jóvenes reaccionaron para pasar a los ruegos. Dejaban de comportarse tercas y cerriles, para ofrecerle reverencias mientras besaban sus manos.

—Hermanas, dejémonos de tantos melindres —dijo True mientras sonreía—. ¡Hay mucho trabajo por hacer!

Movidas por golpes invisibles, salieron en busca de baldes y escobas para abocarse con rapidez a sus labores. True las siguió con su mirada mientras cruzaban las galerías con sus apresurados pasos.

Volvió a observar a Isabella, que ahora se dirigía a su poltrona con la idea de meditar sobre la escena vivida minutos antes por sus desvalidas doncellas.

Intercambiaron miradas.

Ambas sabían que era la ocasión de decir toda la verdad en cuerpo y alma con respecto a lo sucedido en Carignano.

¿No le bastaba haber desarmado la casona y huido como un vulgar ladrón?, se preguntaba Isabella, sin terminar de creer lo que estaba escuchando. Según los comentarios de True, su esposo, sin importarle nada de nada, proclamaba a los cuatro vientos un nuevo casamiento. Y no contento con haber cometido traición, ahora, con sus actos, brindaba una nueva decepción por cada sueño iluso que ella había construido en lo que pensaba que era una causa común. El infame mercader, por medio de sus acciones públicas, ignoraba su nombre, como si ella fuese una mujer que nunca había existido.

El haberse arrepentido del juramento matrimonial, mostraba su desprecio por todo lo vivido, contrarrestando lo bueno llevado a cabo en los años que duró el matrimonio.

¡La cobardía de Ludovico le enseñaba una gran lección!

El hombre que describía su doncella predilecta no era el mismo con el cual se había casado. ¿Era necesario seguir escuchando esas palabras desafortunadas con respecto a la falta de amor, constatando las oscuras conclusiones que conlleva la falta de respeto?

El rostro que recordaba de quien fuera su amado esposo iba tomando formas inexpresivas. Lo sentía completamente ajeno. Para ser bondadosa, la palabra Ludovico le serviría en el futuro para denominar algún personaje sin importancia en alguno de sus textos, ¿o lo utilizaría para llamar de modo cariñoso a un perro u otro animal de su casa? Detuvo sus elucubraciones. Intentar refugiarse en la ironía no bastaba para salvarse de la desesperación que amenazaba con dominarla.

¿Era odio lo que sentía?

¡Pronunciar el nombre de alguien es devolverlo a la vida! ¡Debía dejar de nombrarlo!

Sabía que jamás podría olvidar los tiempos compartidos, pero debía aprender a conformarse con llevarlo por siempre en sus

pensamientos más ocultos con tal de no mostrarlo nunca.

—No pienses que está embrujado por la neerlandesa, él está satisfecho paladeando los mimos del adulterio —dijo Isabella.

Continuó diciendo todo lo que sentía, no debía guardarse nada al respecto, lo hacía de forma particularmente amorosa, como si en realidad pronunciara una antigua letanía dedicada a un santo que sólo ella conocía:

—El que fuera mi esposo sabe muy bien lo que hace. Y aunque parezca mentira, está utilizando su inteligencia y capacidad para lograr beneficios, de eso no hay dudas. Sólo que sus acciones no tendrán largo alcance, ni lograrán trascender, por haberse gestado en la opaca oscuridad de su masculino egoísmo.

En realidad, Isabella estaba rezando, diciéndose a sí misma que la vida se mostraba como un infierno al que debía sobrepasar pase lo que pase.

True quedó sorprendida por la monótona respuesta de su señora.

¿Debía confiar en esa sorpresiva reacción?

Si bien mostraba decepción en su rostro, en su voz había una luz resplandeciente que desconcertaba. Era notable cómo luchaba por su vida. ¿De dónde provenía esa grandeza de espíritu?

¡Parecía mentira! En pocos minutos, tras haberse derrumbado como una montaña comida por la tierra, ya no había ningún signo apocalíptico en su precioso rostro, que ahora lucía complaciente como si en ella el dolor se hubiera convertido en sabiduría.

—¡Gracias por haber hecho el esfuerzo, mi querida True! Sólo que demoré bastante en enviarte llevando mi mensaje a Ludovico —dijo Isabella, acompañando sus palabras con un aire que no terminaba de exhalar de sus pulmones.

La joven comenzó a llorar por las dos. Tenía la necesidad de limpiar la decepción que compartían. Al cabo de unos minutos, secó sus lágrimas. También clarificó la respiración, ayudándose con el costado de sus manos y una sonrisa que extrajo del pecho.

Si así lo disponía su señora, debían seguir adelante con ese tipo de hidalguía.

Después observó en detalle el nuevo semblante de Isabella.

Era tan intenso el campo espiritual que la rodeaba, que comprendió los motivos por los cuales era capaz de soportar tanto embate acumulado. Dentro de ese cuerpo había una música potente y distinta a toda la escuchada antes.

Lejos de querer morir, la verdad sobre Ludovico había inspirado en

Isabella la idea de completar sus primeros cuadernos, los mismos que la Mujer de los Pájaros le había prohibido continuar escribiendo para abocarse a la escritura de los dictados por ella. ¿Pero dónde se encontraban? Eran cuadernos olvidados… ¡Debía recuperarlos!

La consigna no era tergiversar las primeras intenciones literarias, sino más bien profundizarlas, dándoles un valor más realista. Sería un juego con el cual pretendía poner en orden una estructura desmoronada a partir de la desilusión y la tristeza. Una vez terminada esa labor, parecería el mismo universo, pero conmovido por movimientos que lo recompondrían benéficamente.

Deseaba volver a construir.

Quiso pedirle a True que buscara los papeles olvidados en los arcones donde meses atrás, no estaba segura, había mandado archivarlos. Así, encontrando de nuevo a Ludovico en sus escritos, lograría develar una clave oculta para continuar más airosa con su idea. Pero también desistió de todo aquello.

Quiso sonreír y acarició con suavidad el rostro de su doncella blanca.

Creyó que lo más saludable sería permanecer encerrada en su habitación y desahogar la tristeza como sólo una mujer sabe hacerlo.

—¿Qué esperas para ir a descansar? —La voz de Isabella sonó maternal y exigente —¡Mira nada más cómo te encuentras! Ve tranquila y deja los cuadernos aquí conmigo.

Ante la reacción de True, insistió diciendo:

—¡Ve tranquila! No te preocupes por ellos.

La joven salió de la recámara con el pecho más compungido que nunca. Seguía aprendiendo lecciones espirituales, durísimas de asimilar. A pesar de que sonasen simples, para ella seguían siendo devastadoras. Comprendió que vendría un nuevo ciclo en los ambientes de ese claustro que a partir de esos días sería más sagrado que nunca.

Isabella, al haber transcurrido tanto tiempo encerrada en esas celdas, había aprendido como nadie lo que significaba vivir sin deseo. Casi seguro, sentiría el impulso de repudiar todo lo humano, llegando a la conclusión de que también el afecto que había sentido por su anterior esposo, en definitiva, resultaba híbrido y sin importancia. Su matrimonio con el mercader había carecido de un sentido masculino con el cual ambos hubieran podido organizar correctas decisiones, faltándole también una buena parte de feminidad capaz de insuflarle emoción para intentar el reencuentro.

Si antes la joven doncella consideraba a Isabella como una santa, ahora le rendiría homenajes como si fuese una diosa.

La construcción de los muros había tomado su forma definitiva.

Una vez en medio de las galerías, escuchó la voz de su patrona, quien la llamaba para que volviese a la recámara. Reaccionó con nerviosismo, intuyendo algo malo, apresuró sus pasos.

Al entrar la vio sentada y tranquila.

—¿Necesita de alguna cosa? —Inquirió True.

—Es acerca de tus dudas…

True no supo responder al comentario.

—Con respecto a si los seres humanos pueden o no pueden amarse… —continuó Isabella.

—Mis dudas son ocasionadas por un dolor que ya pasará, mi señora —explicó True.

—Tú misma, por ser la testigo de lo sucedido en Carignano, has develado ese misterio —espetó Isabella.

Continuó diciendo:

—¡Los seres humanos no pueden amarse! Eso es algo imposible. Lo que sucede entre ellos en la embriaguez es una ráfaga de luz, una luminosidad tan refractaria que puede iluminarlo todo. Pero las restantes anécdotas que conforman la historia compartida… no tienen nada que ver con el amor por el cual fueron convocados.

¿Qué podía responder la joven True a esas palabras tan duras? Sintió respeto por su dolor, ahora más que nunca debía dejarla sola en su recámara.

True bajó su mirada e inclinó la puerta.

La aparición de Lorenzo

Me veo imposibilitado de seguir enumerando los folios de cuadernos, que sólo existen en la memoria de mi fenomenal parienta. Corro el riesgo de estar trayendo a la vida palabras que no han sido escritas nunca, pero debo confiar en ella y escribir con urgencia lo que sigue sonando en su mirada. Ambos continuamos absortos, como si en realidad fuésemos víctimas de un éxtasis.

Me entero de la existencia de un nuevo personaje.

Clavo mi mirada en los ojos de True. ¿Es verdad lo que estoy escuchando?

Ella parece disfrutar al verme convertido en la encarnación del asombro.

XXVIII

Lorenzo era un hombre sencillo, cuyos antepasados criaban cabras desde hacía décadas. Acostumbraba a pasear con su rebaño, rodeando las paredes de la cárcel de Isabella, y al hacerlo, nunca se había formulado demasiadas preguntas con respecto a las historias que solían contarse acerca de las mujeres que supuestamente vivían ahí encerradas.

Con el paso de las estaciones, el lugar fue desmantelado, pero se corrió la voz de que tanto la mujer del mercader como sus doncellas continuaban allí recluidas. A decir verdad, no se sabía muy bien si se trataba de la presencia de ellas en cuerpo y alma, o eran sus espíritus los encerrados tras esos muros, eso alimentó toda clase de supersticiosas habladurías. Eso explicaba que muchos campesinos del lugar, entre ellos algunos conocidos suyos, llevaran alimentos, como si fueran ofrendas, a la anciana portera que cuidaba con tanta modestia del lugar.

Nunca había prestado demasiada atención a los comentarios difundidos, y tampoco tenía interés en averiguar qué sucedía en realidad. Se limitaba a rodear la construcción cuando se dirigía a los diferentes espacios campestres, donde caminaba por largas horas acompañando a sus animales.

Cuando encontraba un lugar libre de la nieve y el cansancio lo agobiaba, se sentaba tranquilo sobre una piedra, para observar cómo sus cabras arrancaban la poca grama que había subsistido del invierno. Observaba complacido a su rebaño, mientras comía píceas silvestres que había recolectado al descuido de las piñas del camino.

A la noche, se alimentaría con una buena ración de carne y queso, se decía a sí mismo para infundirse ánimos.

En esos primeros días de la primavera, en que todavía el verde y los demás colores demoran en aparecer pletóricos, se conducía a un riachuelo donde abrevaba tranquilamente junto a su rebaño.

Una tarde, volviendo a casa, se encontró con que el macho cabrío llevaba a la manada en dirección de la casona del mercader. Por más que insistiera con sus gritos y silbidos desesperados de su flauta, el animal continuaba incentivado por su equivocado instinto. En menos de un minuto, todas las cabras habían ingresado al lugar por el armazón destrozado de la puerta y poblado la sala principal.

Cuando ingresó, vio que las muy orondas se sentían como si ya estuvieran en su corral.

Comenzó a empujarlas dándoles palmadas en sus ancas. Les

decía palabrotas para sojuzgarlas y, por medio de patadas, intentaba convencerlas para que salieran cuanto antes. ¡Era necesario volver a los corrales y pasar la noche de manera organizada! De no ser así, los cabritos agotarían las ubres de sus madres y la leche que restase estaría impregnada por el fuerte olor del macho. Si de algo estaba seguro, era que al día siguiente no podría ordeñar una sola gota de leche que sirviera.

El día se había perdido y el macho, en uno de los extremos de la sala, sin querer moverse… Un par de cabras lo rodearon, atrincherándolo contra el muro, dando la sensación de querer protegerlo de los golpes de Lorenzo.

Era más que evidente que deseaban pasar la noche bajo ese techo.

Organizadas en un bloque invulnerable, actuaban como si lo conocieran a la perfección; sabían que no las dejaría abandonadas. El pastor, resignado, aceptó pasar la noche junto a ellas. Al día siguiente, quitaría la esquila de bronce al insurrecto macho, y buscaría la ayuda de un perro para conducirlas a los corrales.

Se adormiló pensando en el hambre que ya lo aquejaba, pero confió que el sueño lo vencería por completo.

Cuando abrió los ojos, ya era de día. De inmediato, le pareció que algo se movía en las paredes. Se trataba de la sombra de un niño, que de improviso salía corriendo. Al incorporarse, vio una pequeña canasta con alimentos ubicada en el umbral. El pequeño campesino la había traído para luego salir corriendo atemorizado, cuando escuchó algún rumor en la sala.

¡Ese regalo venido del cielo aparecía a modo de milagro para saciar su hambre!

Se condujo hipnotizado por el aroma a pan recién horneado. Llevado por la necesidad, saboreaba por anticipado las porciones que devoraría como un animal hambriento. Pero al alzar la canasta, lo sorprendió a sus espaldas el sonido de unos goznes destrabándose.

El sonido metálico sonó alarmándolo.

Era evidente que vivían personas detrás de esos muros. ¿O eran fantasmas, como decía la gente del lugar?

Giró de inmediato y vio que salía una jovencita. El vestido que llevaba asemejaba el traje de una monja. Sin pronunciar palabra sintió culpa, imaginando que había pasado, de manera imprudente, la noche en un monasterio.

Ella, al percatarse de la presencia de Lorenzo, tampoco supo cómo reaccionar.

En realidad, ambos quedaron paralizados al verse.

Poco a poco, la joven True comenzó a darse cuenta de que además de esa presencia masculina, la sala había sufrido una invasión de cabras que impregnaban el lugar con sus particulares aromas. Un cabrito blanco se acercó para mordisquearle el vestido, buscando trozos de pan o algo de azúcar en sus bolsillos.

El pastor sintió que lo que tenía en sus manos se lo estaba robando a esa jovencita, que obedientemente había venido a recogerlo en el umbral. Acomodó la hogaza, que venía acompañada de unas frutas y, de inmediato, le alcanzó la ración de alimentos excusándose.

—¡Mil disculpas, por favor! —Dijo convencido de que se dirigía a una santa.

True tomó la canasta sin pronunciar una sola palabra, al mismo tiempo contemplando, con cierta atención, el hermoso rostro de Lorenzo. Se trataba de un hombre humilde; presintió que reunía variados y buenos atributos. Al observarlo en detalle, percibió que detrás del rudimentario aspecto, existía una presencia de auténtica generosidad, de ésas que ya no existen porque han quedado encarceladas en tiempos remotos.

—Hoy ya no puedo ordeñar mis cabras. Pero mañana podré alcanzar una vasija con leche, o si prefiere una pieza de queso —continuó diciendo.

Sin responder, True cerró de improviso la puerta, dando un golpe que dispersó el rebaño y paralizó el corazón del conmocionado hombre.

Las cabras salieron huyendo.

Él esbozó una sonrisa frente a la estructura de madera que adquirió el peso de una mole. Instintivamente, repitió un mohín que confirmaba su desconcierto frente a la inusual escena. Seguía sin entender lo sucedido, la actitud de la joven no le inspiraba nada maligno, es más, por primera vez en años tuvo buenos presentimientos en su fornido pecho. Había nacido en su interior una creciente curiosidad con respecto a lo que sería la vida detrás de esos muros.

Escuchó un tintineo que le sonaba familiar, alejándose presuroso.

Salió corriendo para atrapar al chivo y recuperar con urgencia el cencerro.

Una vez organizadas las cabras en sus respectivos corrales, el pastor se alimentó para recuperar energías, también se envolvió con una mullida piel para contrarrestar el frío que había pasado la noche anterior. Vestido con sus demás prendas de lana, tenía el aspecto de

un sacerdote antiguo.

No dejaba de pensar en esos muros que se alzaban altísimos. Luego llegaba la imagen de la muchacha con aspecto de santa y su imperturbable expresión. Por último, la pesada compuerta de madera cerrándose frente a su cara. Dejaría pasar un par de días para aparecer de nuevo, llevando consigo buenas raciones de queso y frutas que recolectaría del bosque.

XXIX

En varias oportunidades, según pasaban los días, por más que golpease con insistencia, la joven no se dignaba a atenderlo y se veía obligado a dejar la colodra conteniendo leche fresca y los demás alimentos en el suelo. Se alejaba con su cabeza llena de interrogantes.

Otras veces parecía que la joven True estuviera esperándolo al destrabar la cerradura justo cuando él se disponía a llamar. La escena era casi la misma: él le entregaba lo que podía traer ese día, ella recibía el paquete y, sin hacer ningún comentario, sin más, desaparecía.

La rusticidad de Lorenzo tampoco ayudaba para despertar en True la confianza suficiente como para entablar algún tipo de conversación. Por su parte, el pastor comprendió que era imposible, por más que ofreciera gestos de buena crianza, tratar de cambiar algo en las severas costumbres de esa muchacha que se negaba deliberadamente a ser gentil.

¿Cómo era posible que nunca buscara pronunciar al menos un par de palabras?

No atinaba a dar dos pasos que la alejasen del frío umbral.

¿Debía resignarse a continuar de ese modo?

Cada vez que se cerraba esa puerta, se resignaba a aseverar aún más su rostro de hombre despreciado. ¡Pero no cambiaría de actitud! Estaba convencido de que sus intenciones eran, si cabía el término, de carácter fraternal. Le preocupaba el hecho de que la joven sufriera necesidades y, a decir verdad, su imagen distaba de insinuarle pensamientos voluptuosos. No obstante, sin saber el porqué, continuaba empedernido en conquistar su simpatía.

Cuando se acercaba, trayendo los más valiosos frutos de su trabajo, erguía su cuerpo permitiéndose gestos de descarado júbilo, sabiendo que un día transitaría por las habitaciones de ese lugar que parecía un templo sagrado. Con el ritmo de sus pasos, organizaba el orden y el modo de sus palabras, hasta que un día se animó a pronunciar un humilde discurso.

—Una vez que mis cabras estén ubicadas en el corral, tendré horas libres por las tardes para venir y ayudar —dijo él mirando en varias direcciones—. Veo que hay mucho para hacer aquí.

True tuvo una fuerte premonición al escuchar el generoso comentario del pastor. Los dioses se estaban valiendo de una potente voz interna dictándole una profecía que le hizo dibujar una amplia sonrisa. Era una voz que ahora la llenaba de regocijo, puesto que

sonaba canora a la altura de sus sienes, brindándole un mensaje maravilloso. Por primera vez desde que el pastor se acercaba a la puerta de claustro, se detuvo dispuesta a contestarle.

—No tenemos dinero —respondió la doncella para desanimarlo.

—¡No es lo que busco! Ofrezco mi ayuda, pero si molesto… —se justificó el hombre.

—El jardín necesita ser abonado. Quizá pueda servirnos un poco del excremento de sus cabras —dijo True, con el ánimo de retenerlo.

El rostro de Lorenzo se iluminó al escuchar esas palabras.

—Si está dispuesto, podría venir también para ablandar el suelo, que ha sufrido mucho en este invierno —añadió ella.

—¡Claro que sí! ¿Cuándo le parece que deba venir?

—Mañana mismo —un aire nuevo enterneció los gestos de True—. ¡Lo espero a esta misma hora! Buscaré la forma de recompensarlo —terminó diciendo.

A la tarde siguiente, cuando entró al claustro, lo envolvió un aire frío. Las galerías, como resultado de un disparatado e intrincado diseño arquitectónico, brindaban juegos alucinatorios a sus ojos, dándole la sensación de ser infinitas. Por su parte, las bóvedas, sostenidas por anchos arbotantes, insinuaban un descomunal peso a punto de caer.

Sintió que acababa de ingresar a un peligroso laberinto; todo resultaba monumental a sus campestres costumbres.

Sin saberlo, estaba entrando a otra dimensión, un espacio mágico, que era el producto de la paz y el silencio sostenido.

True le indicó que debía empezar por remover la tierra en el jardín. Con suma delicadeza añadió que una de las muchachas le traería las herramientas necesarias para empezar el trabajo. Más adelante, precisarían también de su ayuda para acarrear los escombros que se encontraban en unas de las habitaciones. Directivas que aceptó de inmediato, aunque algo más precioso le llamaba la atención.

Detrás de unas ventanas que daban a las galerías, cuyos vitrales continuaban destrozados, había una mujer que los miraba como si intentara averiguar lo que sucedía.

—¿Quién es ella? —Preguntó el pastor, sin ningún reparo.

A sus ojos, la imagen de esa mujer le recordaba a las vírgenes que poblaban los altares de las iglesias, pero inmanejable, algo en su instinto de hombre lo conminaba a querer tomar esa hermosura en sus brazos para poseerla.

—Es nuestra señora. La dueña de este lugar —respondió True, percibiendo en él un evidente e irrefrenable entusiasmo.

La premonición de la doncella no estaba errada.

Por más que no hubieran intercambiado comentarios, y ninguno de los dos supiese nada de la vida del otro, tanto Isabella como él sintieron en sus corazones una emoción que terminó embargándolos.

El pastor no quitaba su atención de esa mujer apoyada en el umbral de la ventana. Nunca en su vida había visto una belleza tan singular. ¡Era imposible dejar de contemplarla! Lejos de parecerle enfermiza su extrema palidez, la tenue coloración verdosa que contorneaba los ojos y la comisura de sus labios, también le inspiraba un tipo de atracción imposible de refrenar. Comparada con su piel de hombre campesino, curtida por el sol y el viento, la piel de esa mujer parecía que fuese la de un ángel o de alguien que pretende imitar los rasgos de la eternidad, e inclusive excederla.

Estaba enamorándolo con sus formas perfectas y con el minucioso cuidado de su aseo.

Tuvo un ataque de egoísmo y quiso ser el único varón en admirar a esa bella mujer. No terminaba de saber lo que sucedía, pero intuía que ese objeto de belleza no pertenecía al mismo mundo donde él vivía.

True le comentó que tanto la dueña del lugar como sus compañeras sentían mucho agradecimiento en recibir su ayuda. Lorenzo no atendía lo que llegaba a sus oídos.

—¿Me escucha? —Insistió la doncella.

—¡Sí, la escucho! —Respondió él, sin estar seguro de dónde se encontraba.

El rústico pastor respiraba obnubilado.

Por las tardes, él continuó visitando el claustro. El generoso pastor sentía entusiasmo al hacerlo, pero la atracción que sentía por la enigmática mujer era lo que más lo motivaba, comenzando a quitarle el aire por las noches. Su única complacencia era terminar cuanto antes con su trabajo, dirigirse a la casona y allí observar, aunque fuese por algunos minutos, la imagen femenina que parecía estar vigilando todos sus movimientos.

Estaba feliz como un niño.

Gracias a sus buenos oficios, el jardín había cambiado de aspecto. La nieve convertida en hielo había sido quitada del lugar, y los arbustos, por más que estuviesen pelados, lucían hermosos, esperando pacientes la llegada de la primavera. En pocos días más

volverían a nacer sus hojas y con ellas absorberían la energía del sol para producir nuevas flores.

Con la ayuda del abono, los brotes saldrían saludables y fuertes.

En una oportunidad, Isabella no vio con buenos ojos que el hombre dejara de improviso sus actividades, para luego acercársele con un puñado de frutos silvestres en sus manos. ¿Acaso quería hacérselos probar? De ser así… carecía de todo cuidado y caballerosidad.

Ante la obstinación del hombre, probó la consistencia de los ácidos frutos desintegrándose en su boca, provocándole un desconcertante resquemor. Sintió nauseas, acompañadas de la sensación de que nunca llegaría a tener confianza con ese varón rústico.

Sin embargo, según pasaban los días, no quitaba de su memoria las palabras que él utilizaba para comunicarse con True o con las otras doncellas. Aunque se mostrara servicial, había rudeza en lo que hacía y en todo lo que pronunciaba. ¡Qué preciosos eran sus rasgos masculinos, por más que no supiera matizarlos con cultura!

Algo en el sonido de su voz la despertaba de un letargo antiguo.

Era el roce liviano, pero insidioso del deseo.

Cuando hablaba, la voz del pastor sonaba límpida, como aquellas que suelen escucharse en los labios de las personas que se animan a brindar ocultas confesiones y proclaman la verdad con convicción.

Isabella pasaba horas pensando en ese desconocido. Su doncella predilecta le había comentado, pero sin darle demasiadas explicaciones, que un día vendría un lugareño para trabajar en el jardín, pero nunca se le hubiese cruzado por la cabeza que con el paso de los días se convertiría en alguien imposible de quitar de sus pensamientos.

¿Quién era ese hombre rodeado de un aura tan particular?, se preguntaba, mostrando el carácter de alguien entrado en años, por más que no representara más de treinta años.

La humildad lo convertía en un rey, o santo, que curaba los dolores que ella no percibía; en realidad continuaba sin perdonar a Ludovico. Cuando posaba su mirada en él, sentía compunción; nunca más se permitiría repartir amargos insultos.

Después de dos semanas, y llevado por su impulso viril, Lorenzo fue a la recámara de Isabella.

Una de las doncellas puso en alerta a las otras para impedir que él continuara con su irrespetuoso plan. Pero True las detuvo con un leve gesto, obligándolas a detenerse pronunciando un chito para que volvieran a sus labores en silencio. Era indefectible que el hombre un día buscara ese lugar del claustro. Y aunque no lo entendieran, todas precisaban de esa inquietante visita en las habitaciones de su patrona.

Isabella también era consciente de que algún día debía llegar ese momento con el rústico.

De pie, leyendo uno de sus manuscritos al lado de la ventana, una luz dorada transformada por el cristal de los vitrales acariciaba su figura. Escuchó un breve rumor y lo vio traspasar el umbral. Lorenzo la contemplaba como si fuera un hombre a punto de desmoronarse ante tanto encanto.

En él, la lascivia perdía todo peso y peligro.

Su desparpajo en aparecer de esa forma tan decidida, se aceptaba y admitía tranquilamente, sin ningún tipo de juicio. Parecía decirle con el brillo de sus ojos que la necesidad de nutrirse de su extraña belleza, era algo tan natural e inocente, como precisar alimentarse con los frutos de la tierra, sin por esto tener que cargar con penas opresivas.

Continuó aproximándose con un palpitar extraño parecido al nerviosismo, pero con un ritmo de respiración más calmo y distendido que el de ella.

Una vez a su lado, quitó de sus manos el inservible papel, dejándolo caer al suelo. Se aproximó más todavía y la cubrió con un cálido abrazo, pidiéndole disculpas.

Lorenzo bajó su mirada de una manera que conmovió a Isabella, y repitió hasta el cansancio su pedido de indulgencias plenarias, como si ella fuese una diosa dueña de todas sus debilidades masculinas. Isabella sintió miedo, pero de inmediato la embargó una sensación de estar siendo transportada por el aire, volando a un lugar de otras dimensiones.

Comenzó a besarla.

Aceptó sus besos temblando como una hoja, pero con la convicción de que serían los únicos que podrían salvarla de su angustia contenida.

Se preguntaba ¿cuáles eran las palabras adecuadas para dirigirse a un hombre en esas ocasiones?

Vino un instante de luz.

¿Qué sucedía con ella?

Se apartó atemorizada.

¡Quizá se trataba de una trampa del destino! Otra trampa en la que no estaba dispuesta a caer.

El hombre la trajo de nuevo consigo.

Por más que el rostro, los labios y toda la contextura del rústico pastor fuesen de la más contundente naturaleza masculina, por un profundo miedo que la invadía, Isabella unió sus labios a los del hombre y comenzó a corresponder al pedido amoroso, pero lo hacía como si besara a alguien que no existía. Podía comprobarlo, era como besar el vacío, esa idea convertida en sustancia por la cual la naturaleza siente espanto.

Mientras continuaban en ese inconcluso juego embriagador, todavía en su cuerpo no había palpitación que sonase humana.

En realidad, Isabella corroboraba que la historia no había transcurrido, los únicos besos que había recibido antes eran los de su antiguo esposo.

Todavía no se sentía preparada para un nuevo amor.

¿Acaso es posible volver a tener un sentimiento auténtico?, se preguntaba.

Se apartó lo más que pudo del pastor, sumergiéndose en un silencio que espantaba: esa forma que tenía él de observarla era tan preciosa y benéfica, que Isabella sintió su vulnerabilidad saliendo a flor de piel. Permaneció de ese modo, recordando toda su historia.

Las miradas, tanto como el amor, cuando son practicadas en total mutismo, suelen desplegar un poder aún más grande que el que se desprende de las palabras pronunciadas con sabiduría. La perfección de los encuentros humanos se completa al brindarse los placeres adecuados. Lorenzo sabía que podía brindar a Isabella todo aquello que tanto necesitaba.

Ella le había permitido besarla de ese modo. Se sentía culpable.

Se encontraban en un camino de sorpresiva intimidad, en el cual era ella la que ahora tenía problemas para expresarse. Se había olvidado de las palabras.

Con sus ojos, el rústico pastor, le decía que tenía intenciones de seguir con los besos. Isabella intentaba frenarlo, pero también desistiendo como la más débil de las criaturas. Él comenzó a jugar con sus torpes dedos a la altura de sus hombros.

Detuvo sus caricias y la miró de repente con un aire transformado, mostrándole una sonrisa amplia. Era un dios regalándole con total desenvoltura su expresión de hombre libre, invitándola a participar de todo aquello que puede suceder entre dos amantes.

Exhaló un aire que provenía de sus pulmones salvajes y continuó jugando con sus dedos en los labios de ella, sin importarle para nada lo que pudiera estar sintiendo en su alma de mujer, ahora llena de vergüenza.

La arrebató con otro beso, más intenso, más profundo.

La actitud de su amante le inspiraba un temor a ser devorada. Las bebidas que provenían de su boca la hacían palidecer, parecían contener el sabor de esos filtros que alteran el corazón llenándolo de desenfreno, pero haciéndole correr el riesgo de dañarlo con sus impiadosos venenos ocultos.

Lorenzo presionó la cintura de Isabella, quien continuaba sin saber si era placer o sufrimiento lo que sentía en su cuerpo. ¡Hacía tanto que no se permitía la pasión…! ¡Todo lo que sucedía la desconcertaba!

Sintiéndose perdida, no podía más que dejarse llevar por esa atrevida invitación. Para sobrevivir a ese miedo, que se asemejaba a la caída en un abismo, se aferró a la musculatura de su amante y besó sus mejillas, degustando un poco más distendida la piel de ese rostro impregnado con sabores agrestes.

Poco a poco, se fue convenciendo de que debía entregarse a ese hombre que la envolvía con su energía. Sintió deseos de sonreír, y abrir sus labios para recibir de manera más franca sus besos enardecidos.

Al presentir esa entrega por parte de Isabella, el entusiasmo del pastor resultaba interminable.

La especie de locura que estaba viviendo, en los brazos de un varón carente de toda sofisticación, la convertía en una mujer nueva. Palpaba la Creación. La simpleza de ese hombre, acosaba sus antiguas creencias hasta acorralarlas, asfixiándolas para darle lugar a una nueva mujer. ¡Una mujer renovada!

Esos besos eran la expresión misma de la naturaleza. Carecían de todo pedido de auxilio, apartándolos a ambos por igual de la idea de espacio y tiempo. El tamaño del cuerpo del pastor, su altura y su musculatura comenzaban a significar una gran tentación a los sentidos de Isabella. El sabor de sus besos implicaba un tipo de alimento que venía necesitando y reconocía como salvación a sus deseos resquebrajados.

Eran dos cuerpos, o como en este caso, dos almas que se encontraban para no despedirse.

Lo maravilloso de estar viviendo todo aquello era que, por más que estuviesen atravesando los caminos del pudor, no había en la compañía de Lorenzo ningún movimiento tosco que pudiera alterar la calma de Isabella. ¿O acaso ella en el fondo de su alma era tan primitiva como él se mostraba? Aunque los pensamientos del pastor diesen la sensación de ser rudimentarios, se presentía una delicadeza oculta en sus movimientos, mientras la conducía a la penumbra de los cortinados para ocultarla de los reflejos del sol.

—Aquí es lindo besar —dijo él, con aire dominante.

Allí continuó con sus besos, sumando pequeños e inofensivos mordiscos, que hacían enrojecer sus mejillas de mujer conmovida.

Mostraba cierta calma en todo aquello. Mientras la reducía con su afecto, la llenaba de vida afectando la circulación de su sangre, acariciándole con suavidad su espalda. Tocaba también su abdomen, dándole la sensación de que estuviera acariciando todas las partes de su cuerpo.

Eso lo convertía en dueño de una perfecta masculinidad, mostrando sin temor sus estandartes. Sin ningún tipo de pudor, ubicó las manos de Isabella en su sexo. Ella, embriagada, comenzó a besarlo de manera diferente, tratando de perderse en la temperatura de su amante.

En él exaltaba la virilidad, como si en el fondo de su ser existiese una criatura bellamente peligrosa, capaz de olvidar toda clase de contemplaciones. Pero el pastor se encontraba allí, intercalando su deseo de posesión, con afecto compasivo como si la amara de toda la vida.

De pie continuaron con el juego amoroso.

Lorenzo desprendió las enaguas de Isabella, y cuando vio la totalidad de su cuerpo desnudo, pareció no importarle las cicatrices, que si bien eran diminutas, poblaban con cierta indecencia algunos espacios de su figura. Llevado por su afán de adoración, se dedicó a inspeccionar lugares inidentificables de sus partes ocultas.

Mientras tanto, ella iba despojándose de todos sus miedos.

Luego, la llevó en alzas al abrigo de las mantas del lecho, donde se tendieron un par de minutos sin decir nada. Sabían lo que estaba por suceder de inmediato, era inevitable que la vida volviese a tomar las primigenias formas de la naturaleza.

Convertido en un ser difícil de definir, comenzó a devorar los últimos candores de Isabella.

Ella se iba convirtiendo en una mujer más joven, según se sumaban las caricias desenfrenadas del pastor.

Con su mirada perdida, no atinaba a decir nada, ni a sonreír. Aunque dispuesta a todo, parecía no tener comprensión de lo que en realidad sucedía. Para ella no existía esa alcoba. ¿Y si todo fuese un sueño?, se preguntaba con susurros mezclados con gemidos. Se piensan tantas cosas inútiles en esos momentos que deberían ser de total entrega…

Lo que practicaba él en su cuerpo era tan prohibido y pecaminoso… pero no tenía sentido evitar su fervor de mujer transformada. Ambos, en sintonía, repetían esos movimientos antiguos de los cuerpos cuando se aman. Él, pálido de amor, se comportaba como un experto conocedor de las reacciones del cuerpo de su amante, se dejaba llevar como un caballo joven por esos lugares

donde la fisiología se mezcla con el alma.

Isabella comenzó a arder con un fuego extraño que nunca había conocido. Conducirse en estos actos sin ninguna clase de arte de seducción te obliga a la entrega absoluta.

No existía la premeditación, todo se brindaba en estado puro.

Debían seguir de manera estrepitosa por ese cauce bien marcado. Poseer, adherirse, soportar encima el cuerpo del otro hasta agitarse y girar para buscar nuevas formas de entrega.

El placer que sentían era tan grande y descontrolado, que los obligaba a gestos que simulaban la muerte.

Entre ellos había una perfecta comunicación piel a piel, sin ninguna clase de obstáculos en sus cuerpos. Sus almas se hallaban sueltas en un juego de amor. Había colores y todo tipo de fragancia humana, pero en un paisaje de cielo, de recuperado paraíso.

La total entrega se desencadenaba como cuando se abre una carta mágica y sus palabras son capaces de transportar a quien la lee a lugares inimaginables. Respiraban con agradecimiento, como si estuviesen sumergidos en los procelosos mares de un amor del que no era necesario ampararse.

Eran como peces deslizándose en la más transparente y violenta de las aguas.

A su vez, participaban de un acto de completa reserva, dándole lugar a un romance que parecía inextinguible, capaz de relumbrar siempre. Lorenzo le agradecía a ella que estuviera participando de esa furia compartida.

Con su atisbar, la autorizaba a utilizar la voz para proclamar el goce, pero ella, amiga de las palabras del silencio, no atinaba a responder a esa demanda. El pastor comenzó a gemir, invitándola a compartir también su música, que ya era de carácter mágico. Ella comenzó a soltar suspiros, todo se reducía a una sensación de profundo agradecimiento por estar participando de ese milagro; comprendió que su afán por venerarlo aumentaría indefiniblemente.

Ambos se pertenecían.

Tomando con dulzura el cuello de su amante, Isabella continuó besándole el rostro, mientras sentía como su cuerpo iba desapareciendo.

Esta es la vida, la corriente de la vida, repetía para sus adentros.

—Me gusta tu sonido… —ella se animó a decir aunque su voz casi no se oía.

Para ella, toda la creación sonaba en el cuerpo del precioso pastor.

—Hay una sola canción, ¿sabías?, como hay un solo Dios, conformado por todos los dioses del mundo —terminó diciendo

Isabella.

Lorenzo atinó a decir varias veces el nombre de su amada mujer.

XXX

Pasaron dos días sin que desearan salir del confortable lecho. Prácticamente no se alimentaron y se negaban a abrir las ventanas para que entrara, al menos, un poco de aire.

—¿Hasta cuándo durará ese estado de abandono amoroso? — Se preguntaba mediante susurros True, un tanto preocupada por la salud de su señora.

Los amantes comenzaban las mañanas, brindándose en totalidad, pronunciando los planes que imaginaban para el futuro. Ese fue el ritual que mantenían a rajatabla. Casi al límite físico, persistían en seguir haciendo sus amores. Ella, perdida, exaltaba su intelecto, imaginando nuevas formas de decir lo que nunca había dicho antes con sus palabras escritas. Él, esforzando sus vigilias, se demostraba a sí mismo que se parecía a un dios, capaz de soportar todo embate de la vida; no dejaban de abrazarse.

Así se comportan los que están enamorados.

Sentían un completo agradecimiento a ellos mismos, a Dios, a todas las personas que habían contribuido de una manera u otra a que errasen sus caminos, y así, haber aprendido los secretos necesarios para luego encontrarse. Ahora recibían una gran compensación por parte del Universo.

En la casa de Lorenzo, al sentirse abandonado por su dueño, el rebaño, desesperado, logró escaparse derrumbando parte de los corrales. El chivo, recuperado en fuerza, se dirigió rápido a la casona guiando a sus fieles cabras.

True golpeó en repetidas ocasiones la puerta de la recámara de Isabella, dando aviso de que las cabras estaban rodeando la casona. Los amantes, sorprendidos por la novedad, no habían percibido ningún sonido que los percatara de tan multitudinaria y bulliciosa visita.

Cuando salió de la habitación, él mostraba otro semblante.

No dejaba de ser el humilde pastor, respondiendo amablemente al llamado de la doncella, pero algo en su alma se había transformado. Ya era dueño de una particular y refinada belleza. Sonreía como un varón recién nacido.

Al corroborar la noticia, salió de inmediato para ver qué sucedía con sus cabras. Había perdido la noción con respecto a los horarios de las noches y las vigilias, pero tampoco se reprochaba haber estado encerrado esos días con Isabella.

True vio la oportunidad para ingresar a la habitación y

descorrer las cortinas.

Luego dijo:

—¿Puedo traerle alimentos, mi señora?

—No tengo hambre —respondió Isabella.

—¡Pero, mi señora! Cuando llega el amor hay que alimentarse con buenas comidas. Si es posible sazonadas con la hierba picante que nace en el huerto —argumentó True.

Ambas mujeres sintieron gracia por el comentario y empezaron a reír, aunque a Isabella se la veía más entusiasmada en la risa que a su fiel doncella. Era reconfortante verla así de feliz.

—¡Estoy diciendo la verdad! Saldré a buscar huevos frescos para mezclarlos con miel —dijo True, entusiasmada.

Así tuviera que salir a pedir alimentos en todas partes, su plan era preparar un almuerzo suntuoso.

—Hay un tipo de nueces que nacen del árbol de la hoja puntiaguda, que servirán para darle más lozanía a su piel —continuó diciendo la doncella.

Isabella la llamó con un dulce gesto, y cuando la tuvo cerca, tomó su mano.

—No preciso de esos alimentos. ¿Acaso no comprendes? —Contestó Isabella.

True esperaba una buena explicación.

—¡Ha llegado el momento! —Dijo la dueña del claustro.

Mientras se incorporó en su lecho, insufló sus pulmones con un aire renovado.

—¿Recuerdas las palabras de la Mujer de los Pájaros? “Lo más importante y urgente es que aprendas a separar los abalorios, antes de que comience tu transformación. Primero deberás buscar el cristal que represente la figura del Rey y permanecer…”

—“…permanecer tranquila, puesto que lo demás vendrá por añadidura.” —terminó diciendo a media voz la sorprendida doncella.

—No tiene sentido la inmortalidad, sin una promesa para un nuevo encuentro. ¡Ese humilde pastor debía aparecer en nuestras vidas para que todas nosotras podamos acceder a lo que está escrito en los cuadernos! —Dijo Isabella, categórica.

True no terminaba de convencerse con la revelación que había tenido su patrona. Ella presentía que la presencia del pastor era benéfica, pero no a tal grado como para compararlo con la pureza del cristal sugerido por la maga africana.

—Lorenzo es alguien que no pedí a la Providencia, y mucho menos planifiqué con mis pensamientos —continuó diciendo Isabella.

True no entraba en razón, sentía una felicidad que la embargaba.

—¿Puedes entenderlo? Es un regalo que vino a mi vida

cuando más lo necesitaba. ¡Él es el verdadero destinatario de mi amor y mi agradecimiento! —Exclamó por último Isabella.

¡Ahora sí, todo encajaba! Isabella había encontrado en el cuerpo del pastor las claves que necesitaba para darse ánimos y conducirse por los intrincados caminos del Universo. Si continuaba atenta a esas señales, jamás volvería a perderse en emociones equivocadas que la alejarían de su centro. ¡Pernoctar con ese hombre implicaba acostarse sobre un pecho simbólico, por el cual accedería a la concreción de lo inimaginable! Y si bien el pastor le ofrecía de manera inconsciente toda esa información tan importante para su causa, todo lo que él brindaba lo hacía a cambio de nada.

Ése suele ser el obsequio de los amantes perfectos.

La fortaleza de varón solitario lo convertía en el más auténtico representante de los hombres, pero a la vez, a su lado, la vida volvía a mostrarse como algo nuevo y limpio de toda historia pasada.

La fiel doncella, entendiendo las verdaderas repercusiones que traería el encuentro de su amada señora con el rústico pastor, apoyó sin objeciones toda decisión que la dueña del claustro pudiera tomar. Volvió a observarla con la tranquilidad de quien sabe de antemano todo lo que va a suceder. Para ella, el hecho de adivinar no era algo que la llenara de especial orgullo, eso sólo le servía de guía para cuidar disimuladamente a su señora. ¡Jamás se le hubiera ocurrido interferir en su destino! La creación seguía estando en las múltiples decisiones que tiene la mano humana y era preciso respetar a rajatabla esa ley.

Ahora, más que nunca, sentía la necesidad de ayudarla en todo lo que pudiera precisar.

—Hay que prestar atención a los sueños que vienen después de una profunda entrega —dijo True, mientras acariciaba la brillante y pelirroja espesura de su patrona.

Isabella sonrió al escuchar el consejo de su doncella predilecta.

—Cuando el alma se ha limpiado de toda amargura, recién ahí está capacitada para brindarnos mensajes fidedignos, ellos no se equivocan. Los sueños buscan salvarnos de la muerte —terminó diciendo True.

Lorenzo se ocupó de reunir su rebaño, para llevarlo de inmediato a pastar en los campos aledaños. El paisaje resplandecía con una nueva luz. La primavera se acercaba indefectible, inundando el pecho del pastor que no hacía otra cosa que sonreír satisfecho.

Mientras tanto, Isabella, tendida en el lecho de su recámara, sentía cómo en su cuerpo todavía palpitaba el bienestar que suelen brindar las formas físicas cuando agradecen el placer recibido; no podía desembarazarse del perfume de su amado.

Llena de ternura, escuchaba como de a poco se iba alejando ese sonido del badajo golpeando el bronce del cencerro, guiando el imaginario rebaño. Era la misma música hecha con tintineos que solía acompañarla mañana y tarde cuando escribía sus memorias.

Todo significaba y completaba un mensaje placentero que, si bien no lograba interpretar, sentía que era beneficioso para su nueva vida.

Comprendió que los hombres verdaderos llegan para instalarse en la vida de una mujer solitaria, primero en forma de sonidos, si se quiere, melifluos e incomprensibles. Hasta que, paso a paso, sus aproximaciones se hacen más palpables, como si la naturaleza masculina que los gobierna exigiera a la mujer una dulce espera hasta que la forma se concrete.

Lorenzo, hasta pocos días antes, era apenas una manifestación sonora de alguien que Isabella creía insignificante y apartado. Se le escuchaba lejos. Alguna vez había entonado una canción, o usado su flauta acompañando el sonido del cencerro…

La feliz mujer recordaba con dulzura que, cada vez que aparecía esa presencia sonora rodeando las murallas del claustro, True, con su sola mirada, indicaba de manera autoritaria a sus compañeras que debían guardar silencio para no provocar ningún rumor que sonara sospechoso.

Disfrutaba con esos pensamientos, tomándolos como una buena compañía. Eran la suma del tiempo transcurrido, mezclándose con ensoñaciones que tomarían forma en el futuro.

Así se manifiesta el deseo en el estado más puro.

Isabella se adormiló con los más puros pensamientos que puede tener un ser humano.

XXXI

Cuando Isabella despertaba por las madrugadas, Lorenzo ya había partido en dirección al corral para ordeñar sus cabras y liberar el rebaño que luego emprendía ansioso sus recorridos matutinos.

Siempre sucedía lo mismo en los días del renovado claustro.

El hombre, vistiéndose en pocos minutos, había salido sin disturbar su descanso.

Ese día en particular, ella había despertado recordando un extraño sueño. Desde que dormía con él, no había sufrido más ninguna pesadilla, pero éste la inquietaba hasta amargarle la boca.

Lo recordaba con claridad.

Se encontraba en un lugar a cielo abierto. Jugueteando a su alrededor, había unas cuantas cabras apareciendo como figuras en blanco y negro.

A lo lejos, se divisaba el corral vacío, que por más que fuese antiguo, puesto que había sido construido por los antepasados de Lorenzo, seguía en pie al costado de la humilde casa. Los leños que componían ese recinto para animales daban la sensación de ser preciosos por la magistral forma en la que estaban dispuestos.

De pronto, las cabras ya estaban casi encima de ella, y la iban llevando a ese lugar rústico y a la vez sagrado.

Los árboles, que en los meses de verano acostumbraban proveer la sombra a los rumiantes, desprendían un perfume y una sensación de frescura jamás vivida por alguien que no fuese del lugar.

Con pequeñas cornadas, las desprejuiciadas cabras le indicaban que debía sin temor cruzar la tranquera.

Una vez dentro del corral, Isabella comprendió que todos los antepasados seguían ahí, rodeando la humilde construcción de leños. Todos la observaban con ingenua curiosidad.

Se sentía dentro de un armario o caja misteriosa, que la obligaba a guardar silencio, mientras cientos y cientos de esos seres caprinos comenzaban a brindar sus balidos y el macho hacía sonar más que nunca su cencerro.

Le llegaba una revelación.

Cuando detenía su mirada en el bullicioso grupo de cabras, comprendía que el animal originario de todos ellos no había tenido sangre, o pelaje que cubriera su forma caprina, sino que se trataba de una estrella, y que un día había elegido bajar del firmamento, dando un colosal salto al monte de una isla que hoy lleva el nombre de su especie.

Esa cabra primigenia eligió a una isla del Mediterráneo para bajar de los cielos y traer compañía y alimento a los hombres.

Esa isla era toda montaña.

El fabuloso animal correteó y saltó por la montaña hecha también de mitología.

A los oídos de Isabella sonaba el nombre del lugar: Caper Capri…

—Caper Capri… —repetían los labios de Isabella, como si quisiera aprender el origen de la Eternidad.

La fuerza del rumiante, la leña de sus corrales, la imagen complaciente de todos los antepasados de su amante contemplándola, la envolvían en movimiento.

Y ella, en el centro del corral sin saber qué hacer al verse rodeada de miradas compasivas y por tantos animales. Pero no eran animales. ¡Cierto! Eran estrellas, cuya madre, encarnando la ingenuidad y la solidaridad, ofrecía su leche no solo a sus crías, sino también a todo aquél que la necesitara. Aquel primer animal había heredado también su forma de cabra… Los animales continuaban rodeándola hasta llegar a marearla.

En el sueño, Isabella bebe gustosa la leche de cabra para alimentarse.

Razones herméticas le impiden calificar el verdadero sabor de ese alimento y mucho menos poner nombre a ese animal cósmico.

Lejos de allí, patas de cabra golpetean en las galerías de su claustro, aguas de cabra comienzan a bañar los espacios de sus habitaciones, viajes de cabra la invitan a conocer todo lo nuevo…

Estrella y respiración que son de cabra.

Isabella era consciente de estar respirando en esos espacios oníricos. En ese ritual llevaba a cabo una cura absoluta de todas sus pesadillas.

De pronto, las cabras comenzaron a saltar sobre ella.

Con sus pezuñas buscaban aplastarla.

Era tanta la cantidad de embestidas sobre su cuerpo, que pensó que moriría debido a la interminable sucesión de golpes.

¡Esas cabras sabían cómo alcanzar el objetivo! ¡En grupo eran invencibles!

¡Dando cabritadas sobre el cuerpo de Isabella, se sabían cerca de la cumbre de la montaña!

A los pocos minutos, apareció Lorenzo. En su rostro se adivinaba que traía un dulce mensaje. Pero para el espanto de todas las doncellas, venía con una sugerencia que afectaría profundamente a

Isabella.

Tomó la mano de ella y le dijo:

—Es bueno que demos un paseo acompañando mi rebaño.

Sus pocas palabras retumbaron en el pecho de la delicada mujer. El pedido de su amado no llegaba como algo atrevido, y mucho menos mal intencionado. Todo lo contrario.

¡Resultaba lo mejor que escuchaba en siglos!

No obstante, le costaba creer como verdadero lo que había escuchado.

¿Qué tenía de malo que lo acompañase en una caminata por los campos?

Si lo pensaba bien, no había ninguna necesidad de negarle la posibilidad de invitarla a salir del claustro. Sabía que ese hombre formidable encarnaba, sin ninguna noción de pesadumbre, el resumen de todo lo que había aprendido a lo largo de su historia.

El bondadoso pastor estaba seguro de que ella disfrutaría del aire puro y, cuando se sintiera agotada la traería en alzas. Había aprendido a conocerla y sabía cuándo los pensamientos de Isabella eran llanos o escabrosos.

La preciosa mujer no opuso resistencia.

Era maravilloso dejarse conducir por un hombre sin cultura y sin prosapia.

Las doncellas pasaron varias veces las escobas por las galerías y limpiaron con cuidado los umbrales que daban a las diferentes puertas con tal de que su señora se sintiera homenajeada en la que sería su primera salida del claustro en años.

Isabella lucía exultante.

Iba del brazo de Lorenzo, llevando en su rostro una expresión que delataba convicción por lo que estaba haciendo. Algo había cambiado en su vida. Sabía que su compañero, a simple vista podría parecer común y corriente, pero también sentía que el pastor reunía características que lo diferenciaban del resto de los hombres. Cuando lo observaba con detenimiento, era la mismísima imagen de la belleza masculina, a la que no podía resistirse, haciéndola caer, desaparecer… Sentía que como mujer se iba desdibujando.

Él era un hombre translúcido, similar a esos seres bondadosos que no pueden ocultar nada de su vida interior, y cuya sola apariencia es la suma de todas las cosas buenas.

El pastor la miraba con amor.

Isabella debía acostumbrarse a recibir ese tipo de miradas, las mismas que habría jurado que no existían más. Ahora, su fuente de

inspiración era un varón que, por más que estuviese ansioso por querer llevarla cuanto antes consigo en una caminata con sus cabras, le transmitía calma y confianza.

Al salir, fueron recibidos por los cabritos más pequeños, que se acercaron graciosamente para saludarlos con sus hocicos húmedos. El pastor los alejó para que se unieran al grupo reunido de cabras inquietas que esperaban cerca.

Isabella, entre emocionada y frágil, se aferró con firmeza a su hombre. Elevó su mirada y notó que el cielo se mostraba blanco y no celeste para sus ojos de mujer siempre confinada.

Bajaron por las bellas hondonadas del terreno, sabiendo que llevaban a cabo algo fuera de lo común, demostrándose con discreción sus afectos.

¿Cuántas vidas hacía que no sucedía un encuentro con esas características?

Él observaba con atención cada paso que hacía Isabella esquivando las ondulaciones del suelo. De ese modo, además de cuidarla como una princesa, se adueñaba de toda su historia pasada, comprendiéndola en su intimidad y logrando imaginar el duro camino que la mujer había transcurrido.

Isabella esbozaba sonrisas, pero como nunca la felicidad se instalaba en su pecho para engrandecerlo.

Lorenzo, con su sabiduría, comprendía que si Isabella no hubiera amado nunca a nadie, su carácter no se vería tan rico de matices buenos, su voz resonaría anodina, y su cuerpo no insistiría en seguir funcionando con tanta hermosura.

Sólo el amor, convertido en una anécdota superada en la consciencia, transforma al ser humano y lo vuelve verdaderamente generoso.

Tal como había pensado el joven pastor, las piernas de Isabella no aguantaron todo el trayecto que imaginaban llevar a cabo y tuvieron que volver mucho antes de lo previsto.

True, feliz por la excursión en la que había participado su señora, los esperaba de pie, como un vigilante de piedra, junto a la puerta del claustro. Los observaba llegar envueltos por el aire y los colores del valle.

Debido a sus expresiones, era evidente que hablaban de temas cotidianos que intercalaban con risueñas anécdotas de la intimidad compartida.

Un minuto de verdadero sentimiento equivale a veinte años de gesticulaciones que remedan amor. Hasta el más hábil de los

farsantes llega a ser desenmascarado a la hora de pronunciar la verdad, reflexionaba la doncella, recordando la antigua época cuando el desafortunado mercader seguía cuidando de la casona.

—¡Ha sido un paseo formidable! —Dijo Isabella a su doncella cuando pudo divisarla.

—¡Cuánto me alegro, mi señora! —Respondió True.

Todo era perfecto.

Viéndola en brazos del pastor, parecía una niña feliz por haber recibido un formidable regalo.

XXXII

Lorenzo dejó a Isabella en la puerta del claustro para que, a su vez, True la acompañase a la recámara.

La idea era ir rápido donde las cabras pastaban, reunirlas y acompañarlas de vuelta al corral. Y, como siempre, volver cuanto antes para pasar la noche en la casona junto a su amada.

El pastor estaba tan contento recordando lo compartido con Isabella, que parecía ir bailando al dar sus alegres pasos, mientras recogía hojas frescas y pequeños frutos de los arbustos que poblaban la espesura del terreno. Como era su costumbre, llevaba a su boca cuanto pudiera extraer en el camino.

Algunos frutos eran sabrosos y agradables, otros resultaban amargos, pero era tanta la felicidad que invadía su alma que nada podía alterar su alborozo.

Escupía y seguía su marcha.

Cuando logró reunirse con sus cabras, sintió un extraño tirón en las mejillas. Por un breve instante, el gesto de la tristeza desfiguró su rostro. Tuvo la sensación de que una intrincada rigidez paralizaba su expresión, mientras un nudo atragantaba delicada, pero impasiblemente, su garganta muda.

Se sintió perdido y no en el hermoso campo que él conocía tanto como si fuera su propia casa. Era como encontrarse en medio de un paisaje devastador.

Después de probar los frutos de aquellos arbustos, sintió pisar en un lugar pedregoso. Recordaba muy bien esa espantosa sensación. Una vez de niño, sus padres lo habían llevado a una humilde iglesia decorada con imágenes de Cristo mostrando su padecimiento de una forma descarnada, con el cuerpo lastimado por los azotes y la cabeza atravesada por espinas. Todo aquello con fondos de ambientes desolados y tétricos, que lo habían impactado hasta llegar al llanto. Ahora esa desolación se encontraba en todas direcciones donde pudiera llevar su mirada.

Comenzó a sentir náuseas, como si hubiese merendado refacciones perfumadas con tártago. Algo lo reducía a sufrir fortísimos efectos eméticos que lo debilitaban.

¿Qué oscura magia era la que deslustraba de esa forma tan rápida todo su aspecto de hombre formidable? Era tal su inusual agotamiento que sintió olvidar su propio nombre.

Lorenzo estaba muriendo de una manera fulminante.

Sus manos embrutecidas palpitaban tan hinchadas que los

dedos no parecían de un ser humano.

Siguieron contracciones musculares, hinchazón generalizada, un sudor helado que delataba su total debilitamiento. El cuerpo del pastor comenzó a temblar de manera irrefrenable; daba la sensación de que buscara cambiar de forma.

Toda su fisiología se había convertido en un campo de batalla.

Su piel comenzó a tener un color morado y el cuerpo comenzó a ennegrecer.

Faltaba el aire.

Era tanta su debilidad que se apoyó en el suelo. El veneno que contenían los frutos de algunos de los arbustos que había cruzado en el camino provocaba sangrados espontáneos por su nariz y su boca, rompiendo todas las reglas de su organismo.

A poco menos de una hora, había muerto en medio del paisaje donde transcurrieron por años sus distendidas caminatas, acompañando el rebaño y donde supo llevar a Isabella para mostrarle cómo se encontraba todo fuera de las paredes de su claustro.

Como si nada hubiese sucedido, las cabras continuaron desprendiendo la grama del lugar.

En el claustro, True, por medio de su extrema sensibilidad, se había enterado de todo lo sucedido. ¡Pasaban las horas y el pastor no aparecía! Daba por sentado que las imágenes que acudían a modo de revelación eran fidedignas. Cuando preparaba el agua para el baño de Isabella, o cuando extendía las sábanas del lecho, veía los restos mortales del pastor como destellos de una potente luz.

Por su parte, Isabella no quiso formular preguntas, tampoco tuvo la tentación de caer en pánico, imaginando otra historia de abandono. Intercambiando algunas apesadumbradas miradas con su doncella, supo que Lorenzo no volvería.

Pidió a True y a las demás doncellas algo que sería muy difícil de conseguir.

Necesitaba ubicar en sus aposentos, un espejo, donde contemplaría su rostro tranquilamente.

Ella tenía la opción de no morir, conservando la belleza que tanto le había costado recuperar. Sin embargo, con la ayuda de los cuadernos y los rituales bien conducidos, pondría en marcha el plan trazado por la maga africana.

¡Ahora, en plena aceptación de sí misma, debía poner en práctica la sabiduría del jardín!

La palabra infinita

Podría pensarse que con la práctica denodada, el hecho de hacer transcripciones se convierte en un oficio llevado a cabo de manera inconsciente y mecánica. En mi caso, debido a la naturaleza de estos cuadernos, he debido estar atento hasta en la expresión más insignificante que pudiera realizar mi dictadora, con tal de no caer en abismos provocando desastres en la persona que lea estas crónicas.

Sobre todo en este último cuaderno, la cautela ha marcado el tono de mi humilde trabajo.

Espero no haber sido irresponsable, puesto que transcribir es intentar dar la mejor forma a una versión ya excelente, cayendo en el riesgo de ser fiel a uno mismo, muchas veces debiendo inventar la otra palabra, la que probablemente no tenga nada que ver con la versión original.

¡Al menos, las memorias de mi tía se han salvado del olvido!

Los tres primeros cuadernos estaban sojuzgados por la forma vetusta del idioma antiguo, y los dos siguientes existían en otro plano del que nunca hubiesen emergido a no ser por la maravillosa colaboración de mi fenomenal antepasada.

El pensamiento sienta raíces cuando es llevado a la palabra escrita. De no ser transformadas en caligrafías, todas las ideas se desvanecerían en el aire. Ahora estoy seguro de que el conocimiento que guardan estas páginas podrá ser transmitido con facilidad a nuevas generaciones.

True interrumpe mis meditaciones con respecto al trabajo que estoy llevando a cabo y dice con complacencia:

—Convertirse en planta era sólo una parte del proceso. La verdadera eternidad, para ser manifestada como corresponde, debe tomar la forma de una montaña, alta, vertical, lo más próxima al cielo como fuese posible.

Su comentario, pronunciado con aviesa determinación, vuelve a cambiar la dirección de todo lo escrito hasta ahora.

—¿Qué estás diciendo? —Le respondí.

—¿Acaso imaginabas que Isabella era la preciosa hiedra que rodea esta casa de humildes piedras? —Respondió True con su ahora sarcástica mirada.

Quedé boquiabierto.

—¡La manifestación de la Sabiduría del Jardín debía ser esplendorosa para justificar tanto sufrimiento! ¿A cuántos años de vida accedería convertida en simple vegetal? —Terminó diciendo la

doncella.

No había forma de responder a esa sentencia. Por otra parte, debía admitir que sus comentarios no sonaban tan demenciales. Eso explica que hubiese elegido el pequeño poblado de Cisterna de Asti, al pie de los majestuosos Alpes, para instalar la nueva residencia, y sobre todo ubicar el cuerpo ya transformado de Isabella.

Antes de escribir lo que ahora mis pensamientos me dictaban, preferí guardar silencio.

¡Era demasiada locura, pero encerraba cierta lógica!

Aquí, el cuerpo de Isabella tomaría su forma definitiva para que un día del porvenir, una vez convertida en montaña, fuera la morada del alma del nuevo mundo…

¡La pureza debía ser conservada en la inmutabilidad de esa montaña, lugar donde el hombre puede comunicarse con lo divino! Y aquel que se animara a escalarla, absorbiendo su conocimiento, sería el encargado de proclamar el mensaje guardado con tanto celo durante tantos años.

Mi tía aceptaba y aprobaba con luminosa autoridad lo que yo decía con mis pensamientos.

¿Pero el acto mismo de la transformación, el paso previo a ser montaña, cuándo me iba a ser develado? No me importaba saber si Isabella había llegado a tomar la forma más excelsa. Esas indagaciones correspondían a otras formas de mitología que más adelante buscaría dilucidar. Lo único que me importaba era conocer los pormenores de la mutación a planta, si es que de hecho había sucedido tal milagro.

De repente, True se puso de pie, y caminó en dirección a la puerta de entrada como si quisiera abandonarme cuando más la necesitaba para resolver el enigma.

Ante mi suspiro de desilusión, detuvo su marcha.

Volvió su rostro y, nuevamente contrita, me observó agradecida.

Ambos sabíamos que seguida la escena de desmembrar los primeros cuadernos y sumida en un ataque de indolencia, ella había echado al fuego la totalidad de las páginas que creía despreciables. Pero tenía la obligación de contar todo lo restante antes de marcharse con tanta cobardía.

¡Debía confesar la totalidad de los hechos!

Amenazada por mi perseverancia, mostraba una actitud medrosa nunca antes vista. Me vino la sensación de que todavía conservaba consigo una parte de los cuadernos.

¡No estaba equivocado!

Conservaba tres páginas del quinto cuaderno que no tuvo el coraje de destruir.

Como si estuviese hipnotizada, las extrajo del pliegue de sus

enaguas para entregármelas a modo de legado definitivo.

Finamente dobladas, se veían tan frágiles y amarillas que parecían correr el riesgo de desintegrarse con sólo rozarlas.

En ellas sonaba la última voz de Isabella, proclamando su promesa de eternidad.

XXXIII

Tal como lo predijo la Mujer de los Pájaros, ya han comenzado a desaparecer de mi cuerpo algunos indicios de presencia humana.

—Serás una princesa del mundo, y no habrá vejez que te aplaque… —me parece volver a escuchar su límpida voz, viniendo de otra dimensión—. Piensa con detenimiento en las formas del árbol prodigioso, y él tomará tu imaginación para llenarte de ímpetu —termina diciendo la maga.

A pesar del temor de confrontarme con sus palabras como entidades palpables, respiro tranquila; pero a la vez todo en mi fisiología se comporta de manera tan extraña. Al hecho de mirar, o de querer mirar, se suma el deseo de pensar y de recordar. Aunque suene paradójico, no hay sentimiento que parezca trascendental, o al menos no hay sensaciones que tengan mucha importancia.

Unas preciosas hojas, llenas de palpitaciones, van naciendo en mis dedos. Muestran, sin detenerse en su camino de evolución, un profundo color verde que subyace y me sigue transformando con la magnífica facultad de la pureza.

Al intentar observarlas en detalle, todo se convierte en oscuridad.

Aún falta redactar un texto dedicado a Lorenzo, que sirva además como testamento de mi legado, pero no debo entrar en pánico. Podría hacerlo hasta en la penumbra; es más, me divertiría como una niña al escribir un libro imaginario de amor que todo poeta ha soñado concluir. Buscaría recuperar en el insondable éter las palabras mías, ésas que muy pronto me serán quitadas. Tenerlas conmigo para disfrutarlas en mi intimidad. ¡Esa maravillosa práctica que por tantos años me alejó del tedio de ser yo misma, que me enseñó a observar y traspasar lo circundante de la materia con mis inofensivas preocupaciones metafísicas!

Pero no debo distenderme en esas alegrías privadas. Al carecer de extremidades razonables, y de una respiración humana para concluirlos como yo quisiera, he tenido que recurrir a las manos de True para dictarle estas últimas palabras.

Con respecto a la tristeza que debería tener por estar perdiendo la visión, aunque suene espantoso, es un sentimiento que se convierte en algo parecido a la felicidad.

Esa falta de vitalidad en mi vista, me conmina a tener un dichoso deseo de buscar con agradable ansiedad el calor y la luminiscencia que habitan en los ventanales cuando son bañados por

la fuerte claridad de las mañanas.

¿Será por eso que siempre volvemos a la vida? ¿Será por el recuerdo que tenemos del sol que nos empuja a seguir buscándolo?

Hoy en día tengo una noción distinta de lo que las personas llaman soledad.

Hay espíritus elementales que me acompañan en esta nueva existencia, y me avisan que ponga mi atención a las presencias luminosas de todo aquello que me rodea. Esas benéficas transparencias, observadas desde este lugar quieto y callado, son más perceptibles de lo que cualquier ser humano pueda imaginar, puesto que sus movimientos son acompañados por una música sinfónica.

Revolotean y trazan espirales en el aire, mostrando con gracia única sus atenuantes aspectos, como si lo invisible fuese una entidad empedernida en querer anunciar el paso hacia lo eterno.

Ojalá que True pueda oír mi diminuta voz y volcar en el papel estas últimas sensaciones… Si tuviésemos el día, y la noche, y de nuevo el día, podría explayarme en infinitos detalles, pero ya no puedo continuar con este dictado.

Cuando llegue a ser planta continuaré soñando con Lorenzo.

Seguiré consciente de que estoy viva y que puedo respirar mientras espero reencontrarme con él.

No cerraré mi mirada como si estuviese en un sueño interminable, y de ese modo también ayudaré a los seres elementales encargados de sostener mi nueva existencia.

Reuniré todas mis intenciones y buscaré evolucionar para ahorrarles trabajo.

La mía es una naturaleza que no llega a ser.

Aunque sé cuál es mi próximo destino, en mi alma tengo la sensación que diferentes reinos siguen disputándose la titularidad de mi existencia, pero permanezco tranquila, pensando en las hojas que visualicé con tanto afecto; tengo bien aprendido que cada pensamiento y cada parte nuestra, por más que sea minúscula e insignificante, puede crear conciencia.

Lo bueno de estar a punto de pertenecer al reino de los vegetales es que todo se percibe con una obligada inocencia.

Me despierta ternura la forma vegetal que empieza a gobernarme. Lo que habita en las lábiles funciones de mi nuevo organismo, sólo necesita de la simpleza de los climas benéficos para seguir palpitando; tan sólo la humedad de la tierra y la luz reconfortante del sol es lo que preciso para existir.

Tengo la sensación de una sonrisa.

Me gusta imaginar las transformaciones que buscaré intentar. Desde esta aparente quietud dejaré de ser fantasma para ostentar, sin disimulo, mi nueva forma de arrogante vitalidad. Mudaré en deliciosa

esencia y, cuando las estaciones vengan a visitarme, mudaré en nuevos aspectos, vistiendo trajes de diferentes colores.

Es bueno comprobar que, al igual que los hombres, las plantas también somos universos infinitos e irrepetibles.

Mi bondadosa doncella me ha transportado a un lugar donde respiraré más segura de hoy en adelante.

Luego, siguiendo al pie de la letra los consejos de la Mujer de los Pájaros, anotados en una prolija carpeta que siempre lleva al cinto, ha puesto en práctica el ritual de una manera intachable.

Acarició y olfateó cada porción de tierra removida y, al hacerlo, imaginaba estar palpando la totalidad de la Madre Tierra.

Una vez listo el confortante lecho, aunque sus ojos se inundaran con lágrimas de impotencia, debía continuar con el siguiente paso: debía ir al cuarto de sus compañeras para tomar la imagen de María, a la que tanto adoraban, para desintegrarla a golpes de martillo.

Hacerla añicos hasta reducirla a polvo, de ese modo, la vetusta imagen podría tomar la verdadera forma que le correspondía al tener contacto con el humus, transmutada en abono, en benéfico alimento simbólico para el nuevo cuerpo que debía contener y fortalecer.

Era una forma de rezar, seguir rezando con devoción, pero sin imágenes ni íconos que desde altares humanos pudieran confundirla y así terminar con éxito la más cuidadosa de sus encomiendas.

Única testigo de mi metamorfosis, al observarme en ese estado de transición, afirmaba con su tristeza, que ya no podría provocarme ni los más insignificantes suspiros; mi pecho ya estaba transformado en leve madera.

Sin embargo, su alma también rebalsaba de placer viendo la prueba espiritual que yo estaba efectuando, se sentaba un precedente en la historia y se cerraba para siempre la puerta de la muerte.

Volvían a su consciencia imágenes y sensaciones conmovedoras. ¡True es la más bella de las doncellas!

Esta mañana, cuando despuntaba el sol, mi amada doncella, al dirigirse a mi lecho de tierra para controlar cómo había amanecido, al verme, detuvo su paso. Se dijo a sí misma que no debía espantarse.

Se produjo un tintineante silencio, inabarcable e incluso temible para los seres humanos.

Su rostro parecía petrificado.

Cerró la puerta de la recámara para quedarse a solas

conmigo.

Había pasado por situaciones más adversas y siempre con desenlaces airosos, supo que debía tomar con urgencia los papeles en los que debía hacer las últimas anotaciones que describiesen mi metamorfosis.

Era tanta la emoción que la inundaba que ya no sabía quién pronunciaba el mensaje o quién lo acataba escribiéndolo. ¿Acaso yo sigo escribiendo por medio de sus manos?

Mis extremidades crecían en forma de frágiles ramas, al igual que una corteza, podríamos llamarle tenue, pero también irremediable, comenzaba a ceñir mi blando tórax.

Al abrazarme, escuchó bajo mi pecho, aunque débil, el trepidar de un corazón agotado, también a punto de transformarse como el resto de todo mi cuerpo.

En mis partes pudendas otro tipo de corteza, más débil e incolora, buscaba abrazar mis ingles, mientras que la juntura de las rodillas iba quedando tiesa y tirante. Mis pies comenzaban a prenderse con un silencioso disimulo, como morosas raíces, al acogedor suelo que se encontraba debajo de mi lecho y que días atrás había preparado con tanta dedicación.

Todo el conjunto de mis aposentos representaba mi esperado tálamo, decorado con arenisca y generosas partes de humus, acariciadas con ternura, para más tarde ser regadas con finísimas lágrimas de virgen. Ese lugar tenía que servirme de nueva morada, donde llevaría a cabo la que sería la unión-casamiento con mi próxima existencia.

Al mutar mis formas de ese modo, espantoso para muchos, me despedía del pasado, dirigiéndome a un sueño más confortable; lo hacía en medio de minúsculas muecas infantiles, queriendo expresar agradecimiento al percibir el calor de mi doncella. Eran pequeñas sonrisas que mi debilitada imaginación seguía dibujando en un rostro a punto de desaparecer.

La joven y preciosa True me observó en el más absoluto de los silencios.

Yo estaba convertida en planta, retenida tan sólo por una raíz al suelo. Me veía joven, llena de nueva vida, aunque a la vez intuía en mí un dulce sufrimiento por no respirar como lo venía haciendo normalmente. El poco crúor que persistía en mi organismo se debía al apego que todavía tenía por el dulce recuerdo de Lorenzo.

Salvo eso, no había ni un leve estridor que al menos me acompañase.

Inficionada por mí misma, mi rostro, mis manos y todo mi cuerpo se habían endurecido.

Me mantuve inmóvil y yerta.

El que fuera mi insuficiente aire, que exhalaba ya sin fuerzas, se había convertido en un insignificante anhélito, a punto de unirse y desvanecerse en la rugosa superficie de las paredes donde mi cuerpo ya se prendía con silencioso denuedo. Se asemejaba a un agotamiento de mi antigua vida, y que quería asumir con urgencia la forma de las hojas que ya me cubrían…

La joven True volvió a sentirse mi dueña, la que se encargaría de conservar mi obra y convencer a sus compañeras de acompañarme en el camino de la eternidad.

Para ella, haber perdido mi antigua imagen no significaba nada. Más importante era saber cómo se presentaría el destino. Había que llamar a mi cuerpo con otro nombre, pero ¿cuál sería?

Eran muchas sus preguntas.

La única certeza era que debía seguir cuidándome como siempre, acariciándome con ternura. Más adelante, yo aprendería a entretejer mis largos troncos; ayudada por la rapidez de mi cuerpo sería una fecunda hiedra, mostrando flores níveas.

No obstante, siempre la eternidad, hasta en sus representaciones más elevadas y atrevidas, carga con sus pesares.

De mi tierno cuerpo desprendí una hoja, tal vez para que la recogiera del suelo y se decidiera a virarla con sus ligeros pulgares.

La doncella acató mi extraño mensaje con lágrimas en sus ojos y pronunció algunas palabras; de ese modo intentaba atravesar la ternura de mi nueva fisiología, pero yo no lograba escucharla, lo que decía eran sólo murmullos, cada vez más evanescentes.

No hubo más respuestas, ni signos, ni mensajes de mi parte.

Mis brazos, convertidos en leños, palpitaban con un ritmo ya conocido por ella, eso la tranquilizó, como si yo le estuviera pidiéndole un abrazo.

Nunca más podría intentar la palabra, puesto que la corteza también iba ocupando, sigilosa, los diminutos espacios que persistían con aspecto humano a la altura de mis labios. Estaba dándole pruebas de que la puerta a la eternidad existe y que puede ser traspasada con total facilidad.

Todo se sucedía rápida e ininterrumpidamente, hasta que mi lene respirar dejó de repetirse, y mis brazos se extendieron con total libertad hasta acariciar la pared a la altura de las bóvedas. Por primera vez en años, me sentí altiva y majestuosa.

¡Era más alta que todas mis doncellas, y sobresalía mostrando mi índigo y poderoso color sin ningún vestido humano!

¡No sentía añoranza por mi antigua condición humana! Pronto, muy pronto volvería a encontrarme con mi amado para jugar en el campo y renovar con él la herencia de las pocas noches compartidas. Vuelvo a palpitar minuto a minuto la felicidad que sentía

cuando observaba sus ojos de varón precioso, diciendo, y repitiendo mi nombre.

Gracias a la Mujer de los Pájaros, había buscado en lo que duró mi encierro, descubrir lo invisible. Ahora comprobaba que lo intuitivo busca la forma por el solo deseo de expresarse.

¡Que nadie se sorprenda de todo lo que pueda suceder!

¡Acabo de descubrir la verdadera causa! Seré recompensada con la maravillosa quietud, un estado que los seres humanos deberían buscar más a menudo.

La belleza nunca dejará de ser… la vida nunca dejará de ser.

Sobre o autor

Alejandro Mansilla

Nació en Córdoba, Argentina, el 24 de febrero de 1970.
Estudió Dibujo y Pintura en la Escuela Provincial de Bellas Artes Dr. José Figueroa Alcorta.
En 1999 publica “El último consuelo”, (Cuentos cortos y poemas), La Strada Ediciones. Luego, en 2005, publica “Cuadernos de la Intimidad”, (Recopilación de relatos cortos y poesías), Ediciones del Boulevard. En 2010 publica “La Mansión”, Ediciones Malvario. En 2013, su novela “La hija del Jardín”, (Editorial Antigua) queda finalista en el Premio Fernando Lara, Sevilla, España. En 2016 también con Editorial Antigua publica “La palabra según Emilia”, segunda parte de su saga.
Desde 2010 tiene su residencia en Brasil.

En febrero de 2014 la Academia Brasileña de Ciencias, Historia y Literatura le otorga el Diploma del Mérito Cultural y la Medalla Víctor Brecheret por su empeño y dedicación, distinguiéndose entre sus pares, contribuyendo de esa forma al desarrollo del país. En la actualidad dirige como editor la Colección Países: Autores españoles y latinoamericanos (Editorial Antigua).

“De la misma forma que lo haría un bordador de finos y delicados hilos de oro, Alejandro Mansilla ha sabido tejer una historia donde la vida, la muerte, la belleza y lo eterno, se ensamblan en un marco histórico capaz de absorber al lector e introducirlo de lleno en un mundo mágico-espiritual que no deja indiferente a nadie. Su exquisita descripción de sentimientos, su calidad literaria, su perfecta armonía del lenguaje y la temática trascendental de la novela, consiguen impresionar a todo el que busca una lectura cargada de emociones”.

Antonio García Pereyra, escritor y poeta malagueño

Livros deste autor

La Mansión